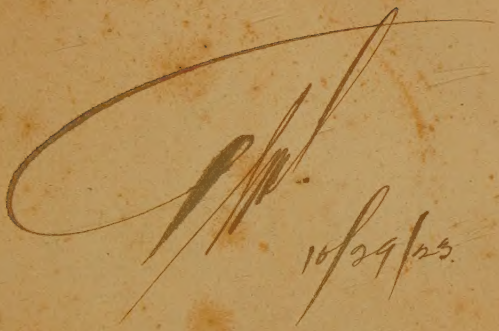

EL DISCÍPULO

PAUL BOURGET

EL DISCÍPULO

VERSIÓN CASTELLANA

MADRID
SÁENZ DE JUBERA, HERMANOS, EDITORES
10, Calle de Campomanes, 10.
1916

Esta obra es propiedad de sus editores, y queda hecho el depósito que marca la ley.

Imprenta Helénica. Pasaje de la Alhambra, 3, Madrid.

A UN JOVEN

—

Quiero dedicarte este libro, joven de mi país; a ti, a quien conozco perfectamente; bien que desconozca tu pueblo natal, tu nombre, tu familia, tu fortuna y tus ambiciones; todo, menos la circunstancia de que has pasado de los diez y ocho años y no has cumplido los veinticinco y la de que buscas en nuestros libros, los libros de tus hermanos mayores, respuestas para las preguntas que te mortifican. Y de las repuestas halladas en estos libros depende en algo tu vida moral y acaso un poco de tu alma. Y tu vida moral es la vida moral de la Francia misma, tu alma es su alma. De aquí a veinte años, tú y tus hermanos tendréis en poder vuestro la fortuna de esta patria querida y vieja, nuestra madre común. Seréis vosotros la patria misma. ¿Qué habrás recogido tú? ¿Qué habréis vosotros todos recogido de nuestras obras? Pensando en esto no hay escritor honrado, por insignificante que sea, a quien no espante su responsabilidad.

En *El Discípulo* hallarás el estudio de una de esas responsabilidades. Quiera Dios que veas en el libro una demostración de que el amigo que te dirige estas

líneas posee, a falta de otros merecimientos, el de creer profundamente en la seriedad del arte. Ojalá halles también en estas líneas la prueba de que su autor piensa en ti con ansiedad y con empeño. ¡Oh, sí, en ti piensa, en ti piensa y hace ya mucho tiempo: desde la época en que comenzabas sin duda a deletrear, mientras nosotros, los que hoy nos acercamos a los cuarenta años, garrapateábamos nuestros primeros versos y nuestras primeras líneas de prosa, al ruido del cañón que retumbaba sobre París.

En aquel tiempo no se vivía por cierto alegremente en nuestros cuartos de colegiales. Los mayorcitos habíanse partido a la guerra, y nosotros, los que permanecíamos en el colegio, sentíamos, desde el fondo de nuestras aulas a la sazón casi desiertas, cómo pesaba sobre nosotros el deber sagrado de levantar y restaurar la patria.

Todos nosotros te invocábamos frecuentemente entonces, joven de ahora, durante aquel funesto período de 1871; te invocábamos a menudo cuantos queríamos consagrar nuestros esfuerzos a las letras.

Mis amigos y yo repetíamos aquellos hermosos versos de Teodoro de Banville:

Vous en qui je salue une nouvelle aurore,
Vous tous qui m'aimerez,
Jeunes hommes des temps qui ne sont pas encore.
Oh bataillons sacrés (1)!

---

(1) Vosotros en quien vemos nacer un nuevo día,
y de quienes mañana seremos estimados.
¡Oh jóvenes de tiempos que no son todavía!
¡Batallones sagrados!

(N. del T.)

Deseábamos que esa aurora nueva del mañana fuera tan resplandeciente como la nuestra había sido melancólica y obscurecida por vapores de sangre. Anhelábamos lograr y merecer que nos amaseis, vosotros nuestros hermanos menores, nacidos la víspera, dejándoos algo que os permitiera valer más de lo que nosotros valíamos. Nos decíamos a nosotros mismos que nuestra principal tarea era la de rehacer para vosotros una Francia nueva, por virtud de nuestros actos privados y públicos, por obra de nuestro fervor y de nuestro ejemplo; una Francia reconquistada a la desdicha; una Francia reconstruída en su existencia exterior y en su existencia interior. Aun siendo entonces muy jóvenes nosotros, sabíamos, de haberlo oído a nuestros maestros, y esta fué su mejor enseñanza, que los triunfos y las derrotas del exterior traducen siempre los merecimientos o las insuficencias del interior; sabíamos que la resurrección de Alemania en los albores del siglo había sido, ante todo, una *obra del alma*, y comprendíamos que el *alma de Francia había sido la herida gravemente en 1870*, a la que era necesario levantar, prestar cuidados y curar. No éramos solos, en la generosa sencillez de nuestra adolescencia, en comprender que la principal crisis era entonces la crisis moral, la que ha sido siempre, pues en 1873 el más valiente de nuestros jefes, Alejandro Dumas, decía en el prefacio de *Le Femme de Claude*, dirigiéndose a los franceses de verdad, como yo me dirijo a ti, mi hermano menor: «Ten cuidado; estás atravesando tiempos dificultosos... Acabas de pagar muy caro antiguas faltas tuyas y todavía no están pagadas todas. No se

trata de ser ingenioso, ligero, libertino, bromista, escéptico y calavera; basta ya de todas esas cosas, por algun tiempo al menos. Dios, la Naturaleza, el trabajo, el matrimonio, el amor, los hijos, todo esto es serio, muy serio, se yerguen ante ti. *Es preciso* que todo eso viva o que tú mueras.»

De esta generación, a la que pertenezco y a la que animaba esta esperanza noble de regenerar la sociedad, no puedo, en justicia, decir que lo haya conseguido ni que se haya ocupado con la suficiente atención y con el necesario exclusivismo en su tarea. Lo que sé es que ha trabajado mucho, sí, mucho. Sin mucho método ¡es verdad!, pero con una aplicación constante que me conmueve cuando considero lo muy poco que han hecho para ello los hombres del poder, ¡cómo hemos sido abandonados a nosotros mismos! y la indiferencia en que nos han tenido los que dirigían los negocios y a quienes no ocurrió nunca el pensamiento de estimularnos, de ayudarnos, de dirigirnos. ¡Ah! ¡Bien haya mil veces la valerosa clase media, la sólida y virtuosa burguesía que aun posee Francia! ¡Cuántos oficiales laboriosos! ¡Qué de agentes diplomáticos, hábiles y perseverantes! ¡Cuántos excelentes profesores! ¡Cuántos artistas insignes ha producido en el espacio de veinte años esa mesocracia! Oigo muchas veces decir: «Qué vitalidad la de este país! Sigue adelantando en circunstancias en que cualquiera otro moriría.»

Cierto, muy cierto; pero si Francia continúa marchando, efectivamente, hace veinte años, es debido, en primer término, a la voluntad firme de esa burguesía joven que lo ha aceptado todo para servir al

país. Esa juventud burguesa ha visto de qué modo los amos en un momento proscribían, en nombre de la libertad, sus más caras creencias; en qué términos políticos advenedizos utilizaban el sufragio universal como instrumento de dominio; por qué medios colocaban sus obscuras medianías en los puntos más preeminentes. Esa juventud ha soportado el sufragio universal, la más monstruosa y la más inicua de las tiranías; porque la fuerza del número es la más brutal de todas las fuerzas cuando ni aun tiene en su apoyo la osadía o el talento.

La juventud se ha resignado a todo, lo ha aceptado todo para tener el derecho de concluir su obra. Si nuestros soldados van y vienen, si nos respetan los demás países, si nuestra enseñanza superior adquiere desarrollo, si nuestras artes y nuestra literatura siguen afirmando el genio nacional, a esa clase media se lo debemos. Esa generación de soldados jóvenes no tiene, en verdad, victorias que registrar en su archivo; no ha sabido establecer una forma definitiva de gobierno, ni resolver los temerosos problemas de la política extranjera y del socialismo. Sin embargo, joven de 1889, no la desprecies. Acostúmbrate a ser justo con tus hermanos mayores. Gracias a ellos ha vivido Francia.

¿Cómo vivirá por ti? Esta es la duda que atormenta al presente a todos aquellos de tus hermanos mayores que han conservado la fe en el renacimiento de la patria. Tú no tienes para que te sirva de acicate y te dé aliento la vista de la caballería prusiana galopando victoriosa bajo los álamos de la tierra natal. Y de la horrorosa guerra civil solamente conoces las

pintorescas ruinas del *Tribunal de Cuentas*, donde los árboles extienden su vegetación exuberante entre piedras rojizas que toman las apariencias poéticas de palacios antiguos. Nosotros, por nuestra parte, no hemos podido considerar nunca que la paz del 71 haya arreglado definitivamente nuestras cuentas...

¡Cuánto me agradaría saber si piensas tú como nosotros! ¡Cuánto me gustaría tener la seguridad de que no te hallas dispuesto a renunciar a lo que ha sido el ensueño secreto, la consoladora esperanza de todos y de cada uno de nosotros, hasta de los que nunca han hablado de ella.

Pero no; tengo la absoluta certidumbre, la seguridad completa de que te sientes entristecido cuando pasas por delante del *arco*, por donde LOS OTROS han pasado, y te sientes triste aún cuando pases por allí acompañando a tu amante en una de las más hermosas noche del verano.

¿La abandonarías satisfecho para ir *allá*, si mañana fuera preciso? También estoy seguro de eso. Pero no es suficiente que sepas morir. ¿Estás resuelto a saber vivir? Cuando ves ese *arco de triunfo* y recuerdas la apopeya del *gran ejército*, ¿sientes no tener los alientos de los reclutas de entonces? Cuando recuerdas el año 1830 y las luchas gloriosas del *Romanticismo*, ¿experimentas la nostalgia del que no tiene, como tenían los de *Hernani*, una bandera literaria que defender? ¿Sientes al encontrarte con uno de los maestros de hoy, un Dumas, un Taine, un Leconte de Lisle, la emoción de pensar que está ante ti uno de los depositarios del genio de tu raza? Cuando lees libros como los que nosotros debemos escri-

bir cuando necesitamos pintar las pasiones culpables y su martirio ¿no deseas amar mejor que los autores de esos libros han amado? ¿Tienes ideales, querido hermano, más ideales que nosotros? ¿Tienes más fe que nosotros? ¿Tienes esperanza, más esperanza que nosotros? Si me contestas *sí*, dame tu mano y déjame decirte: *gracias*. Si me contestas *no*...

¡Si me contestas *no*!... Existen dos tipos de jóvenes que veo ante mí en estos momentos, y que también verás tú, como dos formas de tentación por igual temibles y funestas. El uno es cínico y alegre; tiene veinte años, gasta la vida y cifra su religión toda en una sola palabra: gozar; que se traduce con esta otra: conseguir. Conságrese a la política o a los negocios, a la literatura o al arte, al *sport* o a la industria; que sea militar, diplomático o abogado, sólo en sí mismo piensa y sólo a sí se tiene por Dios, por principio y por fin. Ha tomado a la filosofía natural de estos tiempos la gran ley de la concurrencia vital y la aplica a la obra de su fortuna con un furor de positivismo que le convierte en un bárbaro civilizado, la especie de barbarie más peligrosa. Alfonso Daudet, que le ha visto con gran claridad y ha sabido definirle maravillosamente, ha bautizado a este joven de nuestra época con el nombre de *stuggler-for-life*, y el personaje mismo se nombra a sí propio: *fin del siglo*. El tal joven solamente estima el buen éxito, y como buen éxito solo juzga el dinero. Está muy convencido mientras lee esto que ahora escribo, porque ese joven me lee, como lee muchas cosas, aunque sea solamente para estar al tanto de todo lo que se dice, que estoy burlándome del público al trazar

ese retrato que bien pudiera ser el mío. Porque ese joven del presente es, a su modo, tan esencialmente nihilista, que todo eso de los ideales le parece en los otros una comedia, como lo sería en él, como lo es en él cuando considera conveniente engañar al pueblo para solicitar sus votos. Un joven de esa calaña es un monstruo, ¿verdad? Porque es ser un monstruo tener veinticinco años y por alma una máquina de cálculo al servicio de una máquina de placer. Y, sin embargo, menos temor me inspira por ti tal monstruo que ese otro que tiene todas las aristocracias del sistema nervioso, todas las del talento y que es un epicúreo intelectual y refinado, como el anterior era un epicúreo brutal y científico. ¡Y cómo abunda este nihilista delicado! ¡Y cuán peligroso es tropezar con él en el camino de la vida! A los veinticinco años ha dado vuelta ya a todas las ideas. Su espíritu crítico, precozmente despierto, ha comprendido los resultados últimos de las filosofías más sutiles de la edad presente. No le hables de impiedad ni de materialismo. Sabe ya que la voz *materia* no tiene significación precisa, y posee, además, inteligencia sobrada para admitir que todas las religiones han podido ser legítimas en su tiempo. Sólo que él ni ha creído nunca ni creerá jamás en ninguna; bien así, como no creerá nunca en nada que no sea el divertido juego de su espíritu, que ha transformado él mismo en instrumento de perversidad elegante. El bien y el mal, la belleza y la fealdad, los vicios y las virtudes son a sus ojos cosas solamente curiosas.

El alma humana, en su totalidad, es un mecanismo complicado que conviene desmontar alguna vez para

realizar experimentos. En su fuero interno nada hay que sea verdad ni mentira; nada es inmoral y nada es moral. Es un egoísta sutil y refinado, cuya ambición se reduce a idolatrar *su Yo* y a procurarle sensaciones nuevas, como ha dicho un observador de mucho entendimiento, Mauricio Barrés, en su primorosa novela *El hombre libre*, esa obra maestra de ironía a la cual falta solamente una conclusión. Para el joven de que te hablo, la vida religiosa de la humanidad no es más que un pretexto para experimentar determinadas sensaciones, como la vida sentimental, como la intelectual. Su corrupción es también profunda, pero de modo diferente; también es complicada como la del disipado brutal; pero también de diferente manera; y el nombre hermoso de *dilettantismo*, con que adorna su corrupción, disimula y oculta su ferocidad fría, su sequedad horrible. ¡Ah! Todos nosotros conocemos muy bien a ese joven; todos nosotros hemos estado muy cerca de serlo, encantados por las paradojas de maestros muy elocuentes; todos nosotros lo hemos sido, un día quizá, acaso una hora. Y si yo he escrito este libro ha sido para demostrarte a ti que todavía no lo eres, ¡oh joven de veinte años en quien el alma está ya disponiéndose a adquirir forma!, lo que ese egoísmo puede encerrar de perversidad en su fondo.

No seas tú, mi querido hermano menor, ni uno ni otro de esos dos jóvenes. No seas ni el brutal positivista que abusa del mundo sensual, ni el *sabio* desdeñoso, precozmente aviejado, que abusa del mundo del sentimiento y de la inteligencia. ¡Que ni el orgullo de la vida ni el del entendimiento te conviertan

en un cínico ó en prestidigitador de ideas! En esta época de conciencias turbadas y de doctrinas contradictorias, acógete, como a puerto de salvación, a la frase de Cristo: «Es necesario juzgar al árbol por sus frutos.» Existe una realidad acerca de lo que no te es lícita la duda; la posees, la sientes, la ves constantemente: tu alma. Entre las ideas que te asaltan las hay que hacen a esa alma tuya menos apta para amar, menos capaz de querer. Ten por seguro, hermano mío, que esas ideas, por muy sutiles y muy ingeniosas que te parezcan, aunque estén sostenidas por los nombres más hermosos y adornadas con el más prodigioso talento, son falsas en algún punto. Exalta y cultiva en ti mismo dos grandes virtudes, dos grandes energías, fuera de las cuales hay sólo quebrantamiento presente y agonía final: *la voluntad, el amor.*

La ciencia de hoy, la sincera, la modesta, reconoce que en el término de su análisis se extienden y dilatan los dominios de lo desconocido. Littré, ese anciano que fué un santo, habló admirablemente de ese océano de misterio que contemplamos delante de nosotros, real y para el que no tenemos ni barcos ni velas. A los que te aseguren que detrás de ese océano existe solamente el vacío, el abismo de la negrura y de la muerte, contéstales sin vacilar: *usted no lo sabe.* Y ya que tú sabes, y ya que tú demuestras que hay en ti un alma, trabaja para que esa alma no muera en ti antes de que tú mueras. Te lo juro, hijo mío; Francia ha menester que tú pienses algo ya. ¡Ojalá este libro pudiera ayudarte a pensarlo! No busques en él lo que no podrías encontrar, alusiones a sucesos recientes. La obra estaba ya planeada, y aun escrita en parte,

cuando dos tragedias, francesa la una y la otra europea, vinieron a testificar de que una misma perturbación de las ideas y de sentimientos invaden en este momento a los altos y a los humildes. Hazme la justicia de creer que no he querido explotar dramas que han hecho y hacen padecer aún a muchas personas. Los moralistas, cuyo oficio es investigar las causas, hallan en ocasiones analogías de situación, de las cuales deducen ellos que vieron con lucidez; entonces preferirían mil veces haberse equivocado. ¡Cómo y cuánto celebraría yo, para ponerme como ejemplo, que no hubiese existido nunca en la vida real personaje parecido, de cerca ni de lejos, al infeliz *discípulo* que da su nombre a esta novela! Pero, ¡ay!, si no lo hubiese habido, si no existiese todavía, no te hubiera yo dicho lo que acabo de decirte, ¡oh, joven de mi querida patria!, a quien tan de veras me holgaría de favorecer y por quien quiero con tanto anhelo ser estimado y merecerlo.

PAUL BOURGET.

París, Junio de 1889.

EL DISCÍPULO

I

UN FILÓSOFO MODERNO

En una leyenda que no ha sido desmentida, se dice que los ciudadanos de Kœnisberg adivinaron que un acontecimiento prodigioso trastornaba el mundo civilizado, solamente con advertir que el filósofo Manuel Kant variaba la dirección de su paseo cotidiano. El célebre autor de la *Crítica de la razón pura* había recibido en aquel mismo día la noticia de haber estallado la *Revolución francesa.* Aunque la ciudad de París no es terreno muy a propósito para admiraciones tan inocentes, algunos vecinos de la calle *Guy de la Brosse* experimentaron cierta tarde de Enero de 1887 un estupor semejante, viendo salir de casa, a eso de la una, a un filósofo menos ilustre que el viejo Kant, pero tan metódico y tan maníaco en sus hechos y en sus *gestas* como el filósofo de Kœnisberg, y acaso más demoledor en su análisis: al señor Adriano Sixto, a quien los ingleses designan espontáneamente con el nombre de *Spèncer* francés.

Es conveniente manifestar, ante todo, que la mentada calle de Guy de la Brosse, que une la de Jussieu con la de Linneo, forma parte de una especie de provincia en pequeño, o llámese cantón, limitado por el Jardín de Plantas, el Hospicio de la Caridad, el depósito de los vinos y los primeros tramos de las montañas de Santa Genoveva. Más claro, que allí son posibles averiguaciones y vigilancias asiduas absolutamente irrealizables en los barrios populosos de la ciudad, en los que el vaivén de la existencia renueva sin cesar las olas de carruajes y de transeuntes. Suelen vivir aquí solamente propietarios de escasa renta, profesores, modistas, empleados en el Museo, estudiantes ganosos de estudiar, escritores jóvenes que tienen cerca de su soledad las tentaciones del país latino. Las tiendas son aquí famosas para una parroquia fija como la de una aldea. El panadero, el carnicero, la lavandera, el boticario... todos estos nombres son pronunciados en singular por la doméstica cuando va a recados. No hay concurrencia de industrias en aquella manzana de casas fuera ya de la línea de ómnibus de la *Glaciere*, y adornada con una fuente que, en honra del Jardín de Plantas, adornó el escultor con muchas y muy caprichosas figuras de animales. Las personas que visitan el mencionado jardín, muy contadas veces entran en él por la puerta estrecha frente al hospicio; de suerte que aun en las más hermosas mañanas de primavera, y cuando abunda la concurrencia bajo los verdes árboles de aquel paseo predilecto de soldados y de niñeras, la calle de Linneo permanece solitaria y tranquila como de ordinario, y mucho más tranquilas y más solitarias las

calles adyacentes. Si en aquel apartado rincón de París se advierte alguna vez afluencia extraordinaria de gentes, consiste en que se han abierto las puertas del *hospital* para los que quieran visitar a los enfermos; y entonces se verifica por aquellas aceras un desfile de transeuntes afligidos y humildes. Estos romeros de la miseria llegan allí, por lo general, provistos de golosinas destinadas al pariente o allegado que padece dentro de las paredes negruzcas y viejas del hospital, y los vecinos de los pisos entresuelos, de las tiendas y de los almacenes no se dignan fijar en ellos su atención. Ni aun reparan en aquellos paseantes de casualidad, y reservan su atención toda para aquellos transeuntes que aparecen todos los días y a las mismas horas y casi al mismo minuto por el sitio mismo de la acera. Y es de tal manera esto, que tienen los porteros y los comerciantes del barrio, bien así como los cazadores en el campo, señales inequívocas y precisas de la hora que es o del tiempo que hará, en los que habitualmente pasan por las calles; ven, por ejemplo, al profesor de enseñanza libre andar con alguna precipitación, llevando su cartera de cuero verde bajo el brazo y mordiendo el panecillo de diez céntimos comprado a la carrera, pues aquellos espías de mostrador ya saben que son muy cerca de las ocho; advierten que el mozo de la pastelería sale con sus fiambreras cubiertas, pues ya saben que son las once y que el comandante retirado, inquilino del quinto piso, de tal o cual casa, va a almorzar... y así sucesivamente pasan todas las horas del día. Un cambio en el tocado de las señoras que por allí pasean su elegancia, más o menos coqueta, es obser-

vada y se comenta y se traduce por veinte bocas muy habladoras y no muy indulgentes. En fin, para emplear una frase muy pintoresca del centro de Francia: «Las idas y venidas de los habituales transeuntes de aquellas cuatro o cinco calles *andan siempre en lenguas*», y las idas y venidas del señor Adriano más todavía que las de muchos otros, como se comprenderá fácilmente con una ligera noticia acerca del personaje. Al fin y a la postre, los pormenores de la existencia ordinaria de este hombre proporcionarán a los curiosos un *documento auténtico* de una especie social muy rara: la de los filósofos de profesión.

Algunos ejemplares de esta especie nos han dado los antiguos, y más recientemente Colero, hablando de Spinosa, y Darwin y Stuart Mill hablando de ellos mismos. Pero Spinosa fué un holandés del siglo XVIII, y Darwin y Stuart Mill se desarrollaron entre la opulenta y activa burguesía de Inglaterra, mientras que Adriano vivía como filósofo en París y a fines del siglo XIX. He conocido en mi juventud, y cuando este linaje de estudios tenía atractivos para mí, muchos individuos tan presos como él en la atmósfera de sus abstrusas especulaciones; pero ninguno he hallado que me haga comprender mejor la existencia de un Descartes, en su estufa en el fondo de los Países Bajos, y la del pensador de la *Ética*, el cual, como todos sabemos, no tenía más entretenimiento, en medio de sus constantes meditaciones, que fumar de cuando en cuando una pipa y perseguir a las arañas.

Catorce años hacía justamente que el señor Sixto,

al día siguiente de la guerra, había venido a establecerse en una de las casas de la calle de Guy de la Brosse, en la que todos los vecinos le conocen ahora. Era en aquella época, ya lejana, hombre de unos treinta y cuatro años, en cuya fisonomía todo indicio de juventud estaba borrado por la absorción del espíritu en las ideas, absorción tan ostensible, que el rostro completamente afeitado del nuevo inquilino no indicaba ni edad, ni profesión. Los médicos, los sacerdotes, los agentes de Policía y los comediantes presentan a la vista, por muy distintas razones, esos rostros fríos, pelados, prolongados y sin expresión.

Frente alta, algo echada hacia atrás; boca grande, labios delgados, color bilioso, ojos enfermizos a fuerza de leer y ocultos por espejuelos obscuros, cuerpo débil y huesoso constantemente envuelto en un saco muy largo, de paño grueso en invierno y de lana delgada en verano; zapatos atados con cintas; cabellera muy larga, prematuramente encanecida, cubierta por uno de esos sombreros llamados clac que pueden plegarse por medio de muelles y que se desfiguran muy pronto; he aquí las exterioridades con que se presentaba este sabio, cuyas acciones fueron desde el primer día meticulosamente regularizadas como pudieran serlo las de un sacerdote. Ocupaba un piso cuarto de setecientos francos de alquiler, piso que se componía de alcoba, despacho, comedor, cocina y cuarto para la criada; todo con hermosas vistas. Desde la ventana de su despacho veía el filósofo casi todo el *Jardín de Plantas;* la colina del Padre La Chaise, a lo lejos; en el fondo, y hacia la izquierda, una hondonada que señalaba el curso del Sena. La

estación de Orleáns y la Salpetrière se alzaban enfrente, y a la derecha la masa de cedros ennegrecía el follaje, verde o seco, según la estación, de los árboles del Laberinto.

El humo de las fábricas se extendía en el horizonte, claro u obscuro, por todos los ámbitos de aquel vasto paisaje, del cual partía un rumor semejante al de un mar lejano, interrumpido a veces por el silbido de las locomotoras o de las máquinas de los vaporcillos que recorren el Sena. Sin duda alguna el señor Sixto, cuando escogió aquella Tebaida, había obedecido a una ley general, aun no explicada, de las naturalezas dadas a la meditación. ¿No están edificados casi todos los conventos en sitios que permiten alcanzar con la vista extensiones grandes? ¿Quién sabe si los apasionados a la soledad encuentran algo de contraste voluptuoso entre su pensativa inacción y la amplitud con que se desarrolla la actividad de los demás hombres? Sea lo que fuere de este problema de escaso interés relacionado con el no muy conocido de *la sensibilidad animal en los hombres de inteligencia*, es lo cierto que aquel paisaje lleno de melancolía era de quince años a esta parte el camarada con que aquel trabajador silencioso departía más a menudo. El hogar doméstico del sabio corría a cargo de una criada de esas que son el bello ideal de las solteronas, que no advierten cómo la perfección de ciertos servicios supone en el amo una vida también perfecta y regularizada. Al instalarse en su habitación, el filósofo se había limitado a pedir al portero una mujer que arreglase el cuarto y las señas de una fonda de la cual pudiera hacerse servir la comida; esta

solicitud podía haber tenido por consecuencia un servicio endiablado y una alimentación de casualidad y expuesta a cualquier contratiempo; tuvo, sin embargo, un éxito inesperado, cual fué llevar a casa de Adriano Sixto justamente la persona que pudo él soñar en sus más quiméricas aspiraciones; puesto caso de que un buscador de quintas esencias (como nombraba Rabelais a este género de soñadores) tenga tiempo para formar aspiraciones.

Este portero, como es uso y costumbre de todos los porteros en casas de estas, aumentaba el salario, muy mezquino en su portería, ejerciendo su oficio: era zapatero *de viejo* y *de nuevo*, según así lo rezaba un cartelito pegado al vidrio de la ventana que daba a la calle. El señor Carbonnet, así se llamaba el portero y maestro de obra prima, tenía entre sus parroquianos un cura domiciliado en la calle de Cuvier. Este presbítero, muy entrado en años, retirado del mundo, tenía como criada a la señorita Marieta Trapenard, mujer de unos cuarenta años, acostumbrada desde muy antiguo a disponer en todo y por todo en casa de su amo, sin que por esto hubiese perdido sus aires de lugareña ni tuviese deseos de darla de medio señora. Era dura para el trabajo, pero por nada en el mundo hubiese entrado a servir en una casa donde pudiera hallarse con otra autoridad femenina. Su amo, el sacerdote, falleció casi de repente en la semana próxima anterior a aquella en que el filósofo se había instalado en el cuarto piso de la calle de Guy de la Brosse. Leyendo el señor Carbonnet el contrato de inquilinato, en el cual el recién venido se inscribió solamente como rentista, comprendió

muy pronto a qué clase de hombres pertenecía Sixto; primeramente, por los numerosos libros que formaban la biblioteca del sabio; después, por las noticias que proporcionó acerca de él una criada de la misma casa; criada que servía a un profesor del Colegio de Francia, inquilino del piso primero. Así lo atestiguaban varios anuncios blancos colocados en la pared y en los que se especificaban las asignaturas de aquel célebre establecimiento.

En esta especie de falansterio del París burgués, todo se convierte en substancia y todo llama la atención. La criada aludida nombró delante de su ama al vecino futuro. El ama, a su vez, dijo el nombre al marido. Este último, durante la comida, habló del sabio en tales términos, que la nueva criada se juzgó en el caso de explicar a los porteros que el inquilino nuevo *escribía en los papeles como el señorito*. Carbonnet no habría sido digno de desempeñar una portería si no hubiese experimentado inmediatamente la necesidad de poner en relaciones al señor Sixto y a la señorita Trapenard, con tanto mayor motivo, cuanto era más cierto que la señora de Carbonnet, vieja ya y casi inutilizada, estaba más que sobradamente ocupada con el arreglo de otros tres cuartos de la misma casa, y no habría podido de ningún modo aceptar el del señor Adriano. La afición al cabildeo y a la intriga que florece en los cuchitriles de los porteros, lo mismo que los geranios, indujo a la pareja porteril a manifestar al sabio que en las hosterías del barrio cocinaban muy mal, y que no conocían ellos en todos aquellos alrededores una asistenta de quien se atrevieran a responder, y, en fin, que la criada del

difunto padre Vayssier era una *perla* de discreción, de orden, de economía y de talentos culinarios.

En una palabra, el filósofo vino en que hablaría con aquella ama de llaves ejemplar. Sedújole, desde luego, el aspecto de honradez de la doncella; y le sedujo también el considerar que aquel arreglo simplificaba muchísimo su existencia, eximiéndole de una ocupación muy penosa y muy desagradable; es, a saber, la de dar él mismo, por sí y ante sí, cierto número de órdenes positivas. La señorita Trapenard entró, por consiguiente, al servicio de este nuevo amo, para residir en la casa con un salario de cuarenta y cinco francos al mes, que se elevó muy pronto hasta sesenta.

El sabio daba además a su ama de gobierno cincuenta francos de aguinaldo todos los años. Jamás examinaba el libro de gastos, para los cuales entregaba, sin discutirlos nunca, lo que la señorita Trapenard le pedía en la mañana del domingo para toda la semana. Ella era la encargada de entenderse con los proveedores, sin que la más insignificante observación del señor Sixto turbase las combinaciones de su criada, combinaciones que, justo es decirlo, eran honradas de todo en todo.

En resumen, la señorita Trapenard reinaba en el hogar de aquel buen señor como ama absoluta; situación que, como se comprende perfectamente, excitaba la envidia universal de aquella sociedad en miniatura, que iba y venía incesantemente por la escalera común que un barrendero limpiaba todos los lunes.

—Vaya, vaya... señorita Marieta, le ha caído a us-

ted la lotería con ese amo—solía decirle Carbonnet cuando la criada del filósofo se detenía un minuto para hablar con su introductor, ya algo más envejecido.

El pobre tenía necesidad ahora de usar anteojos, y muy difícilmente acertaba a dar con precisión sus martillazos en las tachuelas con que trataba de asegurar los tacones de las botinas, sujeta la horma entre ambas piernas y rodeado el cuerpo con el mandil de cuero.

Hacía ya algunos años que el maestro Carbonnet educaba en su casa a un gallo, al cual, sin que nadie supiese el por qué, llamaba Fernando. Dicho animal se paseaba de aquí para allí con la mayor frescura entre los cueros, excitando la admiración de cuantos visitaban la *tienda-portería* por la avaricia con que tragaba botones de las botas. En sus momentos de terror, aquel gallo domesticado se acogía al amparo de su dueño; metía una de sus patas en el bolsillo del chaleco y ocultaba la cabeza debajo del brazo de Carbonnet.

—Vamos, Fernando, saluda a la señorita Marieta—decía el portero. Y el gallo picoteaba suavemente en las manos a la criada, mientras el portero seguía diciendo:

—Siempre he repetido lo mismo: no hay que desesperarse por un año malo; a éste seguirá el segundo lo mismo, y otros peores, y luego otros mejores, y así... Los años se persiguen unos a otros, lo mismo que Fernando persigue a las gallinas... ¿No es cierto, corretón?

—Sí lo es—respondió Marieta—; es preciso reco-

nocer que, como buen hombre, es buen hombre mi señorito, aunque en lo que hace a la religión es un verdadero pagano, que no ha oído misa ni una sola vez en quince años.

—¡Tantos hay que la oyen y son unos tunantes!

Ese trozo de conversación da idea exacta de la opinión que la señorita Marieta tenía formada de su amo. Pero esa opinión sería por completo ininteligible si no se recordasen aquí los trabajos del filósofo y la historia de su pensamiento. Nacido por los años 1839 en Nancy, donde su padre tenía una tiendecilla de relojero, y distinguido desde muy niño por la precocidad de su inteligencia, Adriano Sixto ha dejado entre sus compañeros el recuerdo de un muchacho tristón y taciturno, dotado de extraordinaria fuerza de resistencia moral, que imposibilitó siempre toda familiaridad. Siguió sus estudios al principio con brillantez extraordinaria, después con menos resultado, hasta que en la clase de filosofía, que se denominaba entonces lógica, Sixto se distinguió por sus aptitudes excepcionales. Su profesor, asombrado del talento metafísico demostrado por el joven, procuró persuadirle a que se preparase para el ingreso en la Escuela Normal. Adriano se negó a ello resueltamente, y declaró, además, a sus padres, que oficio por oficio, le parecía preferible, a cualquier otro, un trabajo manual. «Seré relojero como tú», fué la única respuesta que dió a las observaciones y a los consejos de su padre, que acariciaba, como suelen acariciar muchos menestrales y artesanos franceses, cuyos hijos concurren a los colegios, el sueño de un porvenir de empleado público.

El señor y la señora de Sixto (porque a la sazón Adriano tenía madre) nada podían censurar a un joven que no fumaba, que no concurría al café, que nunca se presentaba con mujeres, en fin, que los tenía al mismo tiempo hechizados y orgullosos y ante cuya voluntad se doblegaban siempre. Los padres renunciaron, por consiguiente, a que su hijo siguiera carrera, pero tampoco se resignaron a ponerle de aprendiz; así Adriano vivió en la casa paterna sin más ocupación que la de estudiar lo que le pareciera y como le pareciera. Empleó así diez años perfeccionándose en el estudio de las filosofías inglesas y alemanas, en las ciencias naturales y, muy particularmente, en la ciencia del cerebro, en las matemáticas; en fin, se dió como ha dicho de sí mismo uno de los grandes pensadores de nuestro tiempo, una violenta *encefalitis*, esa especie de apoplejía de conocimientos positivos que fué el proceso de la educación de Carlyle y de Mill, de M. Taine y de M. Renán y de casi todos los maestros de la filosofía moderna.

Corriendo el año 1868, el hijo del relojero de Nancy, que contaba entonces veintinueve años, publicó un tomo bastante voluminoso (unas 900 páginas) y que llevaba por título *Psicología de Dios*. Adriano sólo mandó ejemplares de su libro a muy limitado número de personas, que no excedían de quince; pero así y todo, la obra movió mucho ruido y produjo escándalo, lo cual fué para la obra y para el autor una fortuna inesperada. El repetido libro, ideado y escrito en la más completa soledad del pensamiento, presentaba simultáneamente dos caracteres distintos: el de un análisis crítico, agudo, hasta la

crueldad, y de un ardimiento en la negación que llegaba hasta el fanatismo. Menos poeta que Taine, inepto para escribir el magnífico prefacio de *La Inteligencia* y el trozo sobre el *fenomenismo* universal, menos árido que M. Ribot, el cual preludiaba ya en su obra *Psicólogos ingleses* la hermosa serie de sus estudios, la *Psicología de Dios* reunía la elocuencia del uno a la perspicacia del otro; a lo cual se agregaba la circunstancia de haberse fijado precisamente, sin advertirlo acaso, en el problema más interesante de la metafísica. Un folleto de cierto obispo muy en boga; ciertas alusiones, con las cuales pudo desahogar en el Senado su indignación un señor cardenal; un artículo furibundo firmado por el crítico más brillante de la escuela espiritualista; artículo que apareció en una revista muy acreditada, bastaron y sobraron para llamar hacia el libro la atención curiosa de la juventud, sobre la cual pasaban entonces vientos de revolución precursores de futuros trastornos.

La tesis del autor consistía en demostrar la necesidad absoluta de que se produjese *La hipótesis-Dios*, en virtud de funciones realizadas, en virtud de leyes psicológicas, originadas en algunas modificaciones cerebrales de un orden puramente físico. Esta tesis se presentaba establecida, apoyada y desarrollada con una aspereza de ateísmo que recordaba los furores de Lucrecio contra las creencias de su siglo. Aconteció, pues, al solitario de Nancy, que su obra, concebida y escrita como en una celda, fué el primer golpe lanzado de un modo ruidoso en la batalla de las ideas contemporáneas.

Muchos años hacía que no se había hallado tal

copia de ideas generales unida a tan vasta erudición, ni tanta claridad de entendimiento junta con tan osado nihilismo. Pero en tanto que el nombre del escritor adquiría en París notoriedad, sus allegados, los que le habían instruído, estaban espantados de tan escandaloso éxito. Algunos artículos de los diarios católicos entristecían, hasta desesperarla, a la señora de Sixto.

El antiguo relojero, ya anciano, temía perder su parroquia entre la aristocracia de la ciudad. Todas las miserias y todas las ruindades de la provincia crucificaron al filósofo, que estaba resuelto a separarse de su familia y abandonar su pueblo cuando sobrevino la invasión alemana y aquel espantoso naufragio nacional separó de Adriano la atención de sus compatriotas y de sus padres. Estos fallecieron en la primavera de 1871. En el verano de aquel mismo año, Adriano Sixto perdió a una tía, y a consecuencia de todo esto, en el otoño de 1872, después de haber realizado toda su fortuna, fué a establecerse a París. Sus ingresos consistían, unidas la herencia de sus padres y la de su tía, en una renta vitalicia de ocho mil francos. Había resuelto no casarse, no alternar con nadie, no ambicionar nunca honores, puestos, ni reputación: toda la fórmula de su existencia estaba resumida en este vocablo: *pensar*.

Para definir mejor a este hombre de condición tan rara, como este dibujo tomado del natural corre gran peligro de parecer inverosímil al lector, poco familiarizado con las biografías de los grandes manipuladores de ideas, es necesario echar una ojeada sobre las diarias ocupaciones de tan infatigable trabajador.

En verano como en invierno, Adriano Sixto se ponía a la mesa a las seis de la mañana para desayunarse con una taza de café puro. A las diez almorzaba, operación tan breve, que a las diez y media ya podía franquear la puerta del Jardín de Plantas. Allí paseaba hasta las doce, llevando algunas veces su paseo a los muelles y del lado de *Nuestra Señora*. Uno de sus entretenimientos predilectos era permanecer largos ratos ante las jaulas de los monos y cerca de la choza del elefante. Los muchachos y las niñeras que le veían reir, como Sixto reía, silenciosamente y sin cesar, ante las ferocidades y el cinismo de los macacos y demás cuadrumanos, no sospechaban siquiera los misantrópicos pensamientos que este espectáculo hacía nacer en el espíritu del sabio, que comparaba, en su fuero interno, la comedia del hombre con la comedia del mono, como comparaba nuestra locura habitual con la cordura del animal tan noble que fué el rey del globo terrestre antes que nosotros. Hacia el medio día regresaba Adriano a su casa y volvía al trabajo hasta las cuatro. De cuatro a seis recibía, tres veces a la semana, a cuantos querían visitarle, que eran, por lo común, estudiantes, profesores ocupados en los mismos estudios que él, extranjeros a quienes atraía la fama ya europea del filósofo. En los otros tres días se dedicaba él mismo a visitas indispensables. A las seis comía y tornaba a salir, andando en en este segundo paseo a lo largo del Jardín cerrado hasta la estación de Orleáns. A las ocho estaba de vuelta en su casa, despachaba la correspondencia o leía. A las diez ya estaban apagadas en aquella casa

todas las luces. Esta vida casi monástica tenía su día de descanso semanal: el lunes.

El filósofo, observando que los domingos arrojan sobre el campo olas de paseantes, en tales días salía muy de mañana, montaba en el tren de cualquier pueblecito cercano, y no regresaba hasta la noche. En el transcurso de unos quince años Adriano Sixto no se había separado una vez siquiera de esa marcha regular y uniforme. Ni una sola vez había aceptado un convite para comer fuera de casa ni había concurrido a ningún espectáculo. Nunca leía periódicos; del servicio de sus libros encargaba al editor y nunca solicitaba artículos; ni los agradecía siquiera. Tan absoluto y tan completo era su indiferentismo en política, que nunca se había tomado el trabajo de recoger su cédula electoral. Es preciso agregar a lo dicho, si han de fijarse los rasgos más principales de esta figura singular, que había roto las relaciones con su familia y que esta ruptura se fundaba en una teoría. El señor Sixto había escrito en el prefacio de su segunda obra, titulada *Anatomía de la voluntad*, esta frase significativa: «Los lazos sociales deben reducirse a su *mínimum* por aquel que desea conocer y decir la verdad en el terreno de las ciencias psicológicas.» Por un motivo análogo, este hombre tan bondadoso, que no había dirigido a su criada tres observaciones en quince años, se había prohibido a sí mismo de una manera terminante el ejercicio de la caridad. Sixto pensaba sobre este particular lo mismo que Spinosa, cuyas son las siguientes líneas: «La caridad en el sabio que vive, según la razón, es mala y además es inútil.» (Véase el libro IV de la

Ética.) Este santo laico, así hubieran podido llamarle con tanta justicia como se lo han llamado al venerable Emilio Littré, aborrecía en el cristianismo una dolencia del linaje humano. Aducía para justificar su creencia dos razones: la primera, que la hipótesis de un Padre celestial y de una bienaventuranza eterna había desarrollado extraordinariamente en el alma el desprecio hacia las realidades y disminuído al propio tiempo la fuerza de aceptación de las leyes de la Naturaleza; la segunda, que al establecer todo el orden social sobre el amor, es decir, sobre la sensibilidad, esta religión dejaba abierta de par en par la puerta a todos los caprichos de las doctrinas más personales.

No sospechaba el buen filósofo, por lo demás, que su fiel criada le cosía en todos los chalecos medallas benditas, y su despreocupación respecto al mundo exterior era tal, que comía de vigilia todos los viernes y aun muchos días en que nuestra santa madre la Iglesia preceptúa abstinencia de carne, sin percatarse de aquel esfuerzo que la solterona hacía para asegurar la salvación eterna de su amo, acerca del cual solía decir, sin saber de seguro que reproducía una frase muy célebre:

«El Dios de bondad no sería el Dios de bondad si tuviese corazón para condenarle.»

Aquellos años de labor continuada en la ermita de la calle de Guy de la Brosse habían producido, amén del libro titulado *Anatomía de la voluntad*, una *Teoría de las pasiones*, obra en tres tomos, cuya publicación hubiese movido mayor escándalo que la *Psicología de Dios*, si la absoluta libertad de la Prensa periódica y del libro desde diez años antes no hu-

biesen familiarizado a los lectores con las osadías de descripciones que la tranquila ferocidad técnica de los sabios no podía igualar. En estos dos libros se hallaba expuesta con precisión y exactitud la doctrina de Adriano Sixto, que es conveniente resumir aquí, en algunos rasgos generales, para la inteligencia del drama al que sirven de prólogo estos ligeros apuntes biográficos. Con la escuela crítica aislada de Kant, el autor de esos tres tratados, admite que el espíritu es impotente para conocer las causas y las substancias, y que debe, por consiguiente, limitarse a observar y coordinar fenómenos, hechos. Con los psicólogos ingleses admite que un grupo de esos fenómenos, los que podrían clasificarse bajo el epígrafe común de *hechos del alma*, puede ser objeto de conocimiento científico siempre que sea estudiado con sujeción a un método científico. Hasta aquí, según vemos, nada hay en estas teorías que las diferencie de las que Taine, Ribot y los discípulos de éstos han desarrollado en sus principales trabajos. Los dos caracteres originales de las investigaciones de Adriano Sixto están en otra parte. El primero reside en un análisis negativo de lo que Herbert-Spencer nombra lo *Incognoscible*. Es sabido que el gran pensador inglés admite que toda realidad reposa sobre un fundamento oculto y en el que es imposible penetrar; es necesario, por consiguiente, para emplear la fórmula de Fichte, admitir este fundamento oculto como incomprensible. Pero según lo atestigua evidentemente el comienzo de su libro *Primeros principios*, para Spencer ese *Incognoscible* tiene existencia real. Vive, toda vez que de él tomamos nuestra vida nosotros.

De esto a suponer y concebir que ese fondo oculto, con existencia propia, que hay en toda realidad, tiene pensamiento ya que de él sale nuestro pensamiento y tiene corazón, pues que nuestro corazón se deriva de él, no hay mas que un paso. Cuando menos viven en la actualidad muchos hombres de talento que vislumbran una reconciliación posible, y aun probable, entre la ciencia y la religión, tomando como punto de partida ese terreno de lo incognoscible. En concepto de Adriano Sixto aquí se guarece la última forma de la ilusión metafísica que el filósofo se obstina en destruir con una fuerza de razonamiento que no se había admirado en tal grado desde Kant hasta nuestros días. Su segundo título de honor como psicólogo, consiste en una exposición tan nueva como ingeniosa de la procedencia puramente animal de le sensibilidad humana. Merced a una lectura abundantísima y a un conocimiento serio y profundo de las ciencias naturales, ha podido intentar, con el estudio de la generación de las formas del pensamiento, el trabajo que ensayó Darwin para estudiar la generación de las formas de la vida. Aplicando la ley de la evolución a todos los hechos que constituyen el corazón humano, ha procurado demostrar que nuestras sensaciones más delicadas, los refinamientos morales más nobles, como nuestras caídas más vergonzosas son el último límite, la suprema metamorfosis de los más sencillos instintos, que eran, a su vez, propiedades de la celdilla primitiva; de suerte que el universo moral reproduce fiel y exactamente al universo físico, y el segundo no es, en realidad, otra cosa que la conciencia ya dolorosa,

ya estática del segundo. Esta conclusión, lanzada a título de hipótesis, por su carácter metafísico, sirve como de punto de partida para una maravillosa serie de análisis entre los cuales merecen y deben ser mencionadas doscientas páginas acerca del amor, de un atrevimiento casi cómico, brotando de la pluma de un hombre en extremo casto, si no completamente inmaculado. ¿Pero acaso el mismo Spinosa no dió sus teorías de los celos, cuya barbarie no ha llegado a igualar ningún novelista moderno? ¿Schopenhauer no rivaliza en talento con Chamfort, en sus violencias contra las mujeres? Inútil parece agregar a lo dicho que en todas las páginas del libro se respira el determinismo más completo. A Adriano Sixto se deben algunas frases que traducen con gran energía su convicción de que todo es necesario en el alma, hasta la ilusión de que somos libres. «Todo acto, escribe Adriano, es solamente una adición. Afirmar que ese acto es libre, vale tanto como decir que en la suma hay algo que no existe en los sumandos.» Y en otro lugar: «Si conociésemos realmente la posición relativa de todos los fenómenos que constituyen el universo actual, podríamos desde ahora mismo determinar con la certeza y la exactitud con que predicen los astrónomos un eclipse, el día, la hora, el minuto en que Inglaterra, *verbi gratia*, abandonará la India; o en que Europa habrá consumido su último pedazo de hulla; o en que este o estotro criminal, aun no nacido, asesinará a su padre; o tal poema, aun no concebido, será escrito. Lo porvenir está en lo presente, como están en la definición todas las propiedades del

triángulo.» El fatalismo mahometano no ha sido nunca expuesto con precisión más absoluta.

Especulaciones de esta especie no parecían compatibles sino con la más espantosa aridez de la imaginación. De manera que cuando Adriano Sixto decía de sí mismo, y lo decía muy a menudo: «tomo la vida por su lado poético,» parecíales a cuantos lo oían la más absurda de las paradojas. Y no obstante, nada más exacto en lo que respecta a la índole especial del espíritu de un filósofo. Lo que distingue esencialmente a un verdadero filósofo, filósofo de nación, por decirlo así, de los otros hombres, es que sus ideas, en vez de ser para su inteligencia fórmulas más o menos exactas, son seres vivos y reales. En el filósofo la sensibilidad se modela en el molde del pensamiento, mientras que en todos nosotros existe siempre divorcio, y aun antagonismo a las veces, entre el corazón y el cerebro. Un predicador cristiano señaló admirablemente la naturaleza de ese antagonismo al pronunciar aquella frase extraña y profunda al mismo tiempo: «*Sabemos* perfectamente que hemos de morir, pero no lo *creemos*.» El filósofo, cuando lo es por su constitución propia, no concibe ese dualismo, esa vida dispersa entre sensaciones y reflexiones contradictorias.

Así, pues, la necesidad universal de todas las cosas; la metamorfosis indefinida y constante de unos fenómenos en otros fenómenos; el trabajo colosal de la Naturaleza, siempre en disposición de hacer y deshacer, sin punto de partida ni punto de llegada, sin fin ni principio, por el único juego de la *celdilla* primaria; el trabajo también gigantesco del alma hu-

mana, trabajo paralelo al anterior, limitado a reproducir en forma de pensamientos, sensaciones y voliciones, el movimiento de la vida psicológica, no eran para Adriano Sixto simples objetos de especulaciones abstractas.

Engolfábase Sixto en la contemplación de esas ideas con una especie de vértigo, las sentía con todo su sér; de tal suerte, que aquel pobre señor, sentado en su mesa, servido por la criada anciana que cocinaba y gobernaba en su casa, con un despacho de aspecto humilde, sumergidos los pies en sus zapatillas forradas, envuelto su cuerpo en un gabán raído, participaba en su imaginación del trabajo universal. Sixto revestía, por lo tanto, todas las formas del sér; vivía la vida de todo lo creado; dormía como el mineral, vegetaba como la planta; animábase como el bruto rudimentario, se complicaba con los organismos superiores; como hombre, en fin, se abría con la amplitud de un talento apto para reflejar la extensión del mundo. Estas delicias de las ideas generales son muy parecidas a las que produce el opio, que convierte a sus apasionados en soñadores indiferentes a las insignificantes contingencias del mundo entero y también ¿por qué no decirlo? extraños a los afectos ordinarios de la vida.

Por regla general, no solemos aficionarnos sino a las cosas que para nosotros tienen realidad; mas para esos seres extravagantes, lo real es precisamente la abstracción, y las realidades diarias son únicamente sombras; cuando más, una prueba grosera y degradada de las leyes invisibles. Acaso Adriano Sixto habría querido a su madre, pero de seguro se había

reducido a ese cariño toda su existencia sentimental. Si el sabio era siempre dulce e indulgente con todos, esa dulzura y esa benevolencia no reconocían otro origen que el instinto mismo en virtud del cual cogía sin violencia un mueble de su despacho cuando se le ocurría cambiarlo de sitio; pero Sixto no había sentido nunca la necesidad de tener a su lado el calor de una verdadera ternura, una familia, una adhesión, un amor, ni aun una amistad.

Algunos sabios, con quienes mantenía relaciones, eran para él, única y exclusivamente, ocasión de conversaciones profesionales; éste sobre química, esotro sobre matemáticas sublimes, el de más allá sobre las enfermedades del sistema nervioso. Que esos compañeros estuviesen casados, que se dedicaran a la educación de sus hijos, que aspiraran a crearse una posición en su carrera, nada significaba en las relaciones de Sixto con ellos. Y aunque, después de esta especie de esbozo del carácter de Adriano, la conclusión puede parecer muy original, es lo cierto que el filósofo era completamente feliz.

Dados tal hombre, tal hogar y tal vida, imagínese qué efecto producirían en el despacho de la calle de Guy de la Brosse dos sucesos, que uno en pos de otro, sobrevinieron en una tarde misma. Fué el primero, la llegada de una papeleta de cita judicial, dirigida al señor don Adriano Sixto, para que compareciera al despacho del señor Valette, juez de instrucción, a prestar declaración, según la fórmula, «sobre hechos y circunstancias de las cuales se le enterará»; el segundo fué la llegada de una carta firmada por la viuda de Greslou, y en la cual dicha señora viuda su-

plicaba al señor Sixto que tuviera la bondad de recibirla al día siguiente, hacia las cuatro de la tarde, «para hablarle del crimen de que se acusaba injustamente a su desgraciado hijo.»

Ya he dicho que el filósofo nunca leía periódicos. Si Adriano hubiese abierto casualmente cualquiera de ellos en el transcurso de la última semana, habría encontrado, sin duda, alusiones a esa historia del joven nombrado Greslou, historia que procesos más recientes han hecho olvidar por completo. Careciendo de estas noticias, ni la cita judicial, ni la carta de la viuda Greslou explicaban nada al señor Sixto. Esto no obstante, por la relación que advertía entre la citación del juez y las palabras de la viuda, supuso el sabio que entre el uno y el otro hecho existían conexiones, y presumió también que se trataba en ambas de un joven, de un tal Roberto Greslou, a quien el filósofo había conocido un año antes, en circunstancias que, por cierto, nada tenían de extraordinarias. Pero precisamente tales circunstancias contrastaban mucho con la idea de una causa criminal, para que estos vagos recuerdos guiasen de algún modo las suposiciones del sabio; el cual permaneció mucho tiempo mirando alternativamente, ya la papeleta, ya la carta, presa de esa inquietud casi dolorosa que el suceso más insignificante, cuando sobre inesperado es obscuro, produce en el ánimo de los hombres metodizados.

¡Roberto Greslou! Adriano Sixto había leído por primera vez este nombre en la firma de una carta que recibió, hacía ya dos años, con un manuscrito. Este manuscrito llevaba en la cubierta el título si-

guiente: *Apuntes para el estudio de la multiplicidad del Yo*, y en la carta se manifestaba modestamente el deseo de que el escritor insigne se dignase echar una ojeada sobre aquel primer ensayo de un hombre muy joven todavía. El autor había agregado a su firma las palabras siguientes: «Alumno antiguo de filosofía en el Liceo de Clermont-Ferrand.»

Aquel trabajo, de unas sesenta páginas, revelaba una inteligencia tan prematuramente sutil, un conocimiento tan exacto de las más recientes teorías de la psicología contemporánea, y, por último, tan ingenioso análisis, que Adriano Sixto se creyó precisado a contestar detenidamente en una extensa carta. Otra carta de gratitud llegó inmediatamente, y en ésta el joven anunciaba que, siéndole necesario ir a París para los exámenes de ingreso en la Escuela Normal, tendría a mucha honra presentarse en casa del *Maestro*. Este vió, en efecto, una tarde, entrar en su cuarto un joven de unos veinte años, de hermosos ojos negros, vivos y brillantes, que prestaban luz y animación a su rostro, quizá demasiado pálido. Este era el único rasgo de la fisonomía de Greslou que Sixto conservaba en la memoria.

Parecido en esto a todos los hombres pensadores, sólo recibía del mundo visible una impresión algo aérea y flotante, y de ella conservaba únicamente una reminiscencia tan indiferente y tan vaga como la impresión misma. En cambio su memoria de ideas era prodigiosa; recordaba, hasta con los más mínimos pormenores, su conversación con Roberto Greslou. Entre los muchos jóvenes a quienes la fama de Adriano Sixto había atraído a casa de éste, ningu-

no le había asombrado tanto por la precocidad verdaderamente maravillosa de su erudición y de su talento. Tal vez flotaban aún en el espíritu de este adolescente la efervescencia de un pensamiento ajeno que se ha asimilado demasiado pronto y conocimientos excesivos; pero ¡qué extraordinaria facilidad de deducción! ¡Qué elocuencia tan espontánea y al mismo tiempo qué evidente sinceridad de entusiasmo!... El sabio volvía a verle y a oirle tal cual le vió y le oyó por primera vez, cuando gesticulando un poco le decía: «No, señor; usted no puede figurarse lo que es usted para nosotros, ni lo que sentimos nosotros leyendo sus libros... Usted es el que representa toda la verdad; el hombre en quien puede creerse. Mire usted, en su *Teoría de las Pasiones* hay un capítulo... el análisis del amor, que es el breviario de todos nosotros. En el Liceo está prohibido ese libro. Yo le tenía en casa, y dos condiscípulos míos iban a ella, en los días de salida, para copiar algunos capítulos.» Y como la vanidad del autor se oculta siempre en el espíritu de todo aquel que ha hecho imprimir su prosa, aun siendo tan absolutamente sincero como lo era Adriano Sixto, aquel culto de grupos de estudiantes, expuesto con ingenua sencillez por uno de ellos, había lisonjeado muy particularmente al filósofo. Greslou había solicitado permiso para hacer al maestro otra visita, y en ella, después de confesar que no había conseguido su ingreso en la Escuela Normal, habló un poco acerca de sus proyectos. Adriano Sixto, contra su costumbre, habíase dejado arrastrar un poco, hasta preguntar al joven sobre asuntos de carácter íntimo.

De este modo supo que Roberto era hijo único de un ingeniero, que había muerto sin fortuna; y que la viuda había dado carrera al hijo a fuerza de sacrificios.

—Estoy resuelto—decía Greslou—a no permitir que haga más. Me propongo graduarme este año, después busco una clase de filosofía en cualquier colegio, y trabajo en una obra sobre las variaciones de la personalidad, cuyo boceto es el ensayo que usted ha tenido la desgracia de leer.

Los ojos del filósofo joven brillaban más que de ordinario cuando estaba él exponiendo su programa. Aquellas dos visitas habían sido hechas en el mes de Agosto de 1885; corría ahora el mes de Febrero de 1887; en ese lapso de tiempo, Adriano Sixto había recibido cinco o seis cartas de su discípulo. En la última le daba noticia Roberto Greslou de su entrada, en concepto de preceptor, en el seno de una familia aristocrática, que pasaba los meses de verano en un castillo situado en las cercanías de uno de los más hermosos lagos de Auvernia, el lago de Aydat.

Un solo dato bastará para que se forme idea de las preocupaciones de Adriano Sixto por la coincidencia entre la cita del juez y la carta de la viuda de Greslou: aunque tenía en la mesa, para corregirlas, las pruebas de un extenso artículo que había de publicarse en la *Revista Filosófica*, el filósofo comenzó a buscar aquellas cartas de Roberto inmediatamente. Es claro que las halló en seguida en la papelera donde colocaba y ordenaba cuidadosamente todos los documentos particulares. Las cartas de Roberto estaban clasificadas con otras de la misma índole, bajo el común epígrafe de: *Documentos contemporáneos so-*

bre la formación del alma. Estas cartas tenían unas treinta páginas, que el sabio leyó con mucho cuidado, sin encontrar en ellas nada que no fuesen reflexiones de orden intelectual, preguntas sobre los estudios que se proponía seguir y enunciados de algunas Memorias en proyecto. ¿Qué hilo misterioso podía unir preocupaciones de esta naturaleza con una causa criminal a que se refería la madre de Roberto? ¿Era esta causa criminal el motivo de que se le citase para declarar como testigo, hecho que de otro modo no tenía explicación? Preciso era que aquel joven, a quien sólo había visto dos veces, hubiese impresionado mucho al filósofo, porque al pensar que el misterio oculto detrás de aquel llamamiento al Palacio de Justicia era el mismo que motivaba aquella visita de una madre sumida en la desesperación, tuvo despierto al sabio gran parte de aquella noche.

Por primera vez al cabo de muchos años riñó a la señorita de Trapenard por una negligencia sin importancia en el servicio; y cuando a la una de la tarde siguiente pasó por delante de la portería, el semblante del sabio, ordinariamente sereno, expresaba tal alarma, que el señor Carbonnet, puesto ya sobre aviso por la papeleta de citación que se recibió abierta, según la costumbre demasiado brutal de la curia, y que el portero había leído de cabo a rabo, como era natural, dijo confidencialmente a su mujer:

—No tengo curiosidad por enterarme de negocios ajenos; pero daría de muy buena gana veinte años de la vida del ama, por saber lo que pueda pedir la justicia a este pobre señor Sixto, que sale ahora como palomino atontado.

—Mira, mira, el señor Sixto ha variado su hora de paseo—decía a su madre la muchacha que llevaba las cuentas de la tahona inmediata—; parece que tiene un proceso en el Juzgado con motivo de una herencia.

—¿Qué me cuentas del padre Sixto?... Mírale cómo va... Parece que la justicia anda tras de enredarle... ¡Por algo será!—decía a su compañero uno de los dos practicantes de la botica—. Esos viejos, lo ves, parece que no han roto un plato en su vida, y a lo mejor vienen a saberse un sin fin de historias de muchachas. En el fondo, todos estos filósofos viejos son unos canallas.

—Está hoy más salvaje que de ordinario. Verás cómo ni siquiera nos saluda.

La que decía ésto era la mujer del profesor del *Colegio de Francia* establecido en la misma casa que el célebre filósofo, y que se cruzaba con él en aquel momento.

—Más vale así; dicen ahora que van a ser condenados sus libros. No se pierde nada.

Y cata cómo el hombre más humilde, el que se considera más ignorado, no puede ni aun mover un pie sin dar motivo a comentarios lanzados por cientos de bocas, si se empeña en vivir en lo que se ha convenido en llamar un barrio tranquilo. Bien será, sin embargo, tener en cuenta que si Adriano Sixto hubiese sospechado, que no llegó a sospecharlo nunca, la vigilancia de que era objeto, habríase cuidado de ella lo mismo que se cuidaba de un tomo de filosofía oficial... Esta era para Sixto la manifestación del colmo de su desprecio.

II

EL PROCESO GRESLOU

El célebre filósofo era, en todo y para todo, sistemáticamente puntual. Entre las máximas que en los albores de su vida racional adoptó imitando a Descartes, figuraba ésta: «El orden da libertad al pensamiento.» Entraba, pues, en el Palacio de Justicia cuando faltaban cinco minutos para la hora señalada en la papeleta. Tuvo necesidad de aguardar en el corredor muy cerca de media hora antes de que el juez le hiciese llamar a su presencia. En aquel largo corredor, de paredes completamente desnudas y sin otro mobiliario que algunas sillas y mesas para mozos y ordenanzas, se habla muy quedo, como en toda antecámara oficial. Había allí, cuando entró Adriano, media docena de personas. El sabio se colocó, sin notarlo siquiera, próximo a un honrado burgués y a su señora esposa citados para otro asunto y algo alarmados también por aquel encuentro con la justicia. La presencia de aquel hombre completamente afeitado, cubiertos los ojos por los cristales redondos y obscuros de sus gafas, con su saco largo y su fisonomía extraña, produjo cierta inquietud en el ánimo

de aquellas buenas gentes, que consideraron muy oportuno abandonar el sitio en que charlaban.

—Es un polizonte—dijo a la mujer el marido.

—¿Es de veras?—preguntó la mujer mirando con terror aquella enigmática e impasible figura—. ¡Virgen santa, qué aire tan falso tiene!

En tanto que esa escena, profundamente cómica, se verificaba sin que el sabio observador del corazón humano sospechara ni un solo instante el efecto que su presencia producía, ni siquiera que había alguien cerca de él, el señor juez de instrucción departía alegremente con un su amigo en un cuartito próximo al despacho. Adornado con los autógrafos y los retratos de algunos malhechores célebres, aquel cuartito servía al señor de Valette de tocador, de sitio para fumar y de cuarto reservado cuando quería charlar lejos del imprescindible escribano de actuaciones. Era este juez hombre de menos de cuarenta años, de aspecto agradable, vestido con sujeción a las prescripciones de la moda y adornados de sortijas sus dedos; en fin, un magistrado de la escuela novísima. En la calle, con su cinta de caballero en el ojal, con su sombrero reluciente como un sable, habríasele creído bolsista condecorado a consecuencia de alguna emisión. Tenía en la mano el papel sobre el cual había escrito el sabio su nombre, con una forma de letra clara y ligada, y mostraba esa firma al amigo; era el tal un hombre dedicado única y exclusivamente a divertirse; era su cara una de esas caras medio borrosas, medio consumidas que solamente se encuentran en París. ¿Pretende cualquiera adivinar sus gustos, sus costumbres, su carácter? Lo pretenderá en

vano; es imposible, porque sobre aquel semblante han pasado un cúmulo de sensaciones múltiples y contradictorias.

Pertenecía el amigo del juez instructor al grupo numeroso de los que asisten en los teatros a todos los estrenos, visitan asiduamente los estudios de los pintores de fama, asisten a las vistas de las causas que interesan al público; en fin, que se jactan y alardean de estar al corriente, *al tanto de cuanto sucede*, como suele decirse ahora. Después de haber leído el nombre de Adriano Sixto, exclamó el camarada del juez:

—¡Diablo, amigo Valette, gran fortuna tienes de hablar con ese sabio! ¿No has leído el capítulo sobre el amor que ha publicado en no sé qué librote? He ahí un camándulas que conoce a las mujeres. Pero ¿sobre qué diablos tienes que preguntarle?

—Sobre este proceso Greslou. Parece que el joven ha visitado mucho a este hombre, y la defensa le cita como testigo de descargo. Solamente para esto se ha expedido exhorto.

—Me contraría mucho no poder verle.

—Si tienes empeño en ello nada más fácil. Doy orden para que sea introducido aquí; tú sales cuando él entre... y está hecho. De todas maneras no te olvides de lo principal. Quedamos en que esta noche, a las ocho, en casa de Durand: ¿irá Gladys?

—Sí, estará; y no me olvidaré de esto. Ya conoces, supongo, su última agudeza. Censurábamos en presencia de Gladys a Cristina porque engaña a Santiago, y dijo Gladys:

—Necesariamente ha de tener dos amantes, toda

vez que ella gasta al año el doble de lo que le da cada uno.

—¡Admirable! Creo que Gladys aventaja en filosofía del amor a todos los Sixtos del mundo y del *demi-monde* (1).

Ambos amigos rieron alegremente después de dar orden de que fuese conducido el filósofo al despacho. El curioso, despidiéndose de Valette con un buen apretón de manos, y diciéndole otra vez:

—Hasta la noche, a las ocho en punto—guiñó el ojo detrás de su *monocle* para examinar más a su gusto al escritor ilustre, a quien conocía solamente por haber leído extractos algo picantes de la *Teoría de las pasiones* en artículos de periódicos.

La presencia de aquel buen hombre, juntamente extravagante y tímido, que entraba en el despacho visiblemente embarazado, contrastaba tanto con la idea del misántropo mordaz, cruel y despreocupado, concebida por ellos, que ambos amigos cambiaron entre sí una mirada de estupor. Sonrieron el uno y el otro, pero todo aquello sólo duró un segundo. El amigo salió. El juez hizo señal al testigo para que se sentase en uno de los sillones forrados de terciopelo verde que adornaban el cuarto, lujo que se completaba, según la moda administrativa, con una alfombra de moqueta, también verde, y un escritorio de anacardo. La fisonomía del juez instructor habíase

(1) En el original resulta un juego de palabras que no tiene traducción posible en castellano. Se ha dejado el vocablo francés (ya vulgarizado en España), para que se forme idea de la intención de la frase.
(N. del T.)

tornado seria. Estas transiciones de una actitud a otra son mucho más sinceras de lo que se figuran muchos que observan el contraste entre el aspecto del hombre privado y el aspecto del funcionario público. El perfecto comediante social, que menosprecia por completo su profesión, es un monstruo muy raro, afortunadamente. No tenemos, por regla general, esta fuerza de escepticismo al servicio de nuestras hipocresías. El agudo señor Valette, aficionado a la vida alegre, amigo de hombres de casinos y de carreras de caballos, émulo de periodistas en lo relatibo a bromas y agudezas, y que momentos antes comentaba la frase de una *vengadora*, con la que se proponía cenar aquella misma noche, no había necesitado realizar ningún esfuerzo para ceder el sitio al investigador severo, hábilmente frío, que tiene el encargo de averiguar la verdad en nombre de la ley. Con sus pupilas, convertidas en penetrantes de pronto, intentó llegar hasta el fondo de la conciencia del recién llegado. En los primeros minutos de conversación con cualquiera a quien se desea hacer que hable, aunque él no quiera hacerlo, los magistrados de *raza* tienen en sí mismo una especie de alerta de toda su naturaleza militante, como los espadachines que tantean el juego del adversario desconocido para entrar en él. El filósofo se convenció de que sus presentimientos no le habían engañado, porque vió, escritas en gruesos caracteres, sobre un legajo de papelotes que tomó el juez, estas palabras, que le produjeron involuntario estremecimiento: *Proceso Greslou*. Reinaba a la sazón en la estancia profundo silencio, interrumpido solamente por el ruido de

doblar papeles y por el de la pluma del escribano. Disponíase éste a escribir el interrogatorio con esa indiferencia peculiar de los hombres habituados a representar el oficio de máquinas en el drama de la vida jurídica. Una causa criminal no se diferencia, para los tales, de otra causa criminal, como para un dependiente de la funeraria un muerto no se distingue de otro muerto, o para un mandadero del hospital un enfermo es exactamente lo mismo que otro enfermo.

—Voy a eximir a usted—dijo el juez por último—de contestaciones de mera fórmula. Existen nombres y personas que a nadie es lícito desconocer...—El filósofo no se inclinó ni aun de cumplido.—Vamos, no tiene trato de gentes—pensó el magistrado—será uno de esos literatos que nos desprecian.—Y en voz alta prosiguió:—Voy, pues, directamente al hecho que motiva esta citación que me he visto obligado a dirigir a usted. ¿Usted tiene ya noticias, sin duda, del crimen de que se acusa a Roberto Greslou?

—Dispénseme usted, señor juez—interrumpió el filósofo abandonando la posición adoptada instintivamente para escuchar al magistrado, el codo sobre el brazo del sillón, la barba sobre la mano, el índice en la mejilla como en las horas de las meditaciones solitarias—; no tengo de eso ni la más ligera noticia.

—Pues todos los periódicos lo han referido con una exactitud a la que los señores periodistas no nos tienen acostumbrados—respondió el juez, que consideró de gran efecto y de mucha oportunidad manifestar cierto desdén hacia la Prensa para correspon-

der al menosprecio que el literato había manifestado a la toga.

Después el juez continuó, pensando:

—Disimula; ¿por qué? ¿Pretenderá echárselas de listo? Esto es verdaderamente estúpido.

—Pero es que—respondió el filósofo—no leo nunca ningún periódico.

El juez, al oir esto, miró atentamente a su interlocutor y dijo:

—¡Ah...!—poniendo en esta exclamación más ironía que extrañeza—. Corriente pensó; ¿quieres que yo hable? Pues espera un poco y verás...

Y en seguida, con cierta irritación en el tono, continuó diciendo:

—Sea; entonces voy a resumir la acusación en pocas palabras, deplorando que no se halle usted más enterado de un proceso que puede interesar bastante, si no a la responsabilidad legal de usted, cuando menos a la responsabilidad moral.

Al oir esto el filósofo levantó la cabeza con una inquietud que regocijó el corazón del juez.

—Has caído, pobre hombre—dijo para sí mismo, y después continuó diciendo en alta voz—: De todos modos, caballero, usted sí sabe quién es Roberto Greslou y el puesto que ocupaba en casa del señor marqués de Jussat-Randon. Tengo aquí en el apuntamiento copias de muchas cartas que usted ha dirigido al castillo de Jussat; que era usted, ¿cómo diremos?, el director intelectual del procesado.

El filósofo hizo con la cabeza un signo de negación; el juez, aparentando no advertirlo, prosiguió:

—Por de pronto, suplico a usted que me diga si

ese joven ha hablado a usted de esa familia y en qué términos lo ha hecho. Seguramente nada digo a usted de nuevo recordando que la familia se componía de padre, madre, el hijo mayor, que es capitán de dragones, actualmente de guarnición en Luneville, un hijo menor, que era el discípulo del presunto reo, y una joven de diecinueve años, la señorita Carlota. Esta era novia del barón de Plane, oficial en el mismo regimiento que el hermano de Carlota. El matrimonio que, por razones del todo ajenas al proceso, había sido aplazado por algunos meses, estaba fijado definitivamente para el día quince del mes de Diciembre último.

Pues bien, cierta mañana de la semana anterior a aquella en que debían llegar el esposo futuro y el conde Andrés, hermano de la señorita Carlota, la doncella de la joven, al entrar en la habitación de su ama, a la hora acostumbrada, la encontró muerta en la cama.

El magistrado, al llegar a este punto de su relación, se detuvo un momento y, sin que dejase de hojear el legajo de papeles, miró con el rabo del ojo al testigo. El asombro que se retrataba en el semblante del filósofo era tan sincero, que el magistrado estaba realmente maravillado.

—Nada sabe—se dijo—, he aquí una cosa muy extraña.

Valette estudió de nuevo, sin abandonar sus aires de despreocupación e indiferencia, el semblante del hombre célebre. Pero el juez carecía de los datos que le hubieran hecho comprender a este personaje singular, consorcio extraño de un cerebro poderoso

en el terreno de las ideas, y de un inocente, un parapoco, un bobo casi en el terreno de los hechos. Por eso el juez continuó sin comprender nada y prosiguió su relación:

—Aunque el médico avisado a toda prisa era un humilde practicante de una población rural, no vaciló un momento en afirmar que el aspecto del cadáver alejaba toda suposición de muerte natural. Lívido el rostro, apretados los dientes, extraordinariamente dilatadas las pupilas y el cuerpo, formando un arco de círculo, descansando sobre la nuca y los pies, el cadáver presentaba todos los síntomas de un envenenamiento por medio de la estricnina. Una copa colocada encima de la mesita de noche contenía las últimas gotas de una poción que la señorita de Jussat había debido de tomar durante la tarde o la noche de la víspera, como lo hacía habitualmente, para combatir el insomnio. La joven estaba padeciendo, hacía poco más o menos un año, una dolencia nerviosa. El médico analizó aquellas gotas y halló en ellas indicios de nuez vómica. Esta es, como usted sabe, una de las formas bajo las cuales se administra ese terrible veneno en la medicina moderna. Una botellita, sin letrero alguno y que contenía también algunas gotas de color obscuro, fué recogida casi al mismo tiempo por el jardinero debajo precisamente de las ventanas de la habitación. Probablemente habría sido arrojada con el propósito de que se rompiera; pero había caído casualmente sobre tierra blanda, en un bancal recién movido. Aquel líquido obscuro contenía también nuez vómica.

Era imposible ya la duda; la señorita de Jussat

había muerto envenenada. La autopsia acabó de demostrarlo. ¿Se trataba de un suicidio o de un asesinato...? ¿Un suicidio? Pero ¿qué motivos podía tener para matarse una joven que iba a contraer matrimonio pronto con un hombre muy amable, a quien ella había aceptado con gusto? ¡Y de qué modo! Sin una palabra de explicación, sin una carta de despedida para sus padres. Además, ¿cómo se había proporcionado el veneno?

Justamente la investigación de este particular puso a la justicia sobre la pista que ahora seguimos.

Preguntado el boticario del pueblo, declaró que seis semanas antes el preceptor del castillo le había pedido nuez vómica para calmar una gastralgia. Ese preceptor habíase partido para Clermont so pretexto de visitar a su madre, algo enferma, en la madrugada misma del día en que se había descubierto el cadáver, diciendo que había recibido un telegrama en el que se le llamaba.

Súpose después, de modo indudable y sucesivamente, que no existía tal telegrama; que en la noche del crimen un criado había visto a Roberto Greslou salir de las habitaciones de la señorita Carlota; por último, que el frasco de veneno comprado en la botica y que se halló en la habitación del joven había sido vaciado en una mitad próximamente y vuelto a llenar con agua, sin duda para suplir lo quitado y evitar sospechas.

Diferentes y numerosos testimonios contribuyeron a probar que Roberto Greslou había requerido de amores con asiduidad a la joven a escondidas de los padres.

Descubrióse también una carta que él le había dirigido once meses antes, pero que traducía perfectamente un esfuerzo hábil para preparar una declaración amorosa.

Los criados y el mismo discípulo de Roberto Greslou declararon que las relaciones entre el joven y la señorita Jussat, relaciones que eran de ordinario casi familiares, se habían enfriado mucho, y habían llegado, en los últimos ocho días, a una tirantez extraña. Carlota contestaba apenas al saludo del joven. De estas premisas se obtuvo la conclusión siguiente.

Roberto Greslou, enamorado de la joven, la había perseguido sin esperanzas; después la envenenó para evitar su matrimonio con otro.

Esta suposición adquirió gran fuerza y muchos grados de verosimilitud merced a las mentiras y a las contradicciones en que el joven incurría desde que comenzaron sus interrogatorios. Negó que él hubiese escrito jamás a la señorita Carlota; le fué presentada su carta y hasta se pudo hallar en la chimenea del cuarto de la víctima, entre los restos que denunciaban haberse quemado allí muchos papeles en la noche del crimen, la mitad de un sobre, escrito indudablemente por el procesado; negó también haber ido aquella noche al cuarto de la señorita Carlota, y se le careó con el lacayo que le había visto salir de allí; dicho criado sostuvo enérgicamente su afirmación, asegurando que no podía equivocarse, pues confesó que a la misma hora había entrado él en el cuarto de una doncella, que era su querida.

Tampoco pudo explicar Greslou la razón de haber comprado nuez vómica, abusando de la confianza del

boticario, de quien era amigo. Demostróse, además, que nadie le había oído quejarse, antes de aquella época, de padecimiento de estómago.

Roberto no consiguió explicar la invención del telegrama falso, ni su marcha precipitada, ni principalmente la espantosa turbación que produjo en él la noticia de que estaba probado el envenenamiento de la señorita de Jussat.

Por otra parte, no había posibilidad de admitir en este caso móvil alguno que no fuese una venganza de amante extraviado, porque la víctima conservaba todas sus alhajas, dinero en su portamonedas y en su cuerpo no apareció indicio de violencia de ninguna clase. El hecho, pues, se supuso haber ocurrido del modo siguiente.

Greslou había penetrado en la alcoba de la señorita de Jussat-Randon, sabiendo que dicha joven dormía de ordinario hasta las dos de la madrugada, pues a dicha hora se despertaba todas las noches para tomar un medicamento. El presunto reo había mezclado, con la pócima ya preparada, una dosis de nuez vómica bastante para matar instantáneamente a la joven, que sólo pudo colocar la copa sobre la mesilla y no tuvo ya tiempo de pedir socorro.

Roberto, continúa la hipótesis, Roberto temió que su emoción le denunciase y partió precipitadamente antes de que fuese conocida la muerte de su víctima. La botella vacía hallada por el jardinero en un acirate había debido ser arrojada por el joven desde la ventana del cuarto de estudio, que se hallaba precisamente encima de la del cuarto de la señorita Carlota. El mismo había llenado indudablemente con

agua la otra botella, por una de esas torpezas en que suelen incurrir los criminales poco expertos en el oficio. En una palabra, Greslou está hoy preso preventivamente en la cárcel de Riom, y debe comparecer ante los Tribunales en la sesión de Febrero o en los primeros días de Marzo, como presunto reo de envenenamiento de la señorita de Jussat-Randon.

Los cargos que sobre Roberto pesan se han hecho abrumadores por la actitud del acusado mismo desde que se verificó su detención. Enciérrase en un absoluto silencio; una vez destruídos sus embustes, niégase a responder y sólo dice que es inocente y que no tiene interés alguno en defenderse. Ha rehusado nombrar defensor y vive en un estado de tristeza sombría que hace sospechar mortificaciones de los remordimientos. Lee y escribe mucho, pero, y este es un dato muy curioso y que prueba la fuerza de fingimiento y disimulación en un mozo de veinte años, sólo escribe y lee cosas de pura filosofía: quiere tal vez combatir la mala impresión producida por su tristeza y demostrar la completa libertad de su ánimo... La índole especialísima de la ocupación del procesado me conduce, después de esta larga relación, al motivo por el cual ha podido ser reclamado el testimonio de usted, señor de Sixto, como lo ha sido, en efecto, por la madre de ese joven; pobre señora que se rebela contra la evidencia, como es muy natural; que se muere de pena, pero que a pesar de todos sus esfuerzos no ha conseguido vencer la obstinación de su hijo, empeñado en guardar silencio. Las obras de usted y otras de algunos psicólogos ingleses son las únicas que el preso ha pedido; más

diré a usted, en los entrepaños de sus armarios se han encontrado todos los libros de usted, en condiciones que demuestran asidua lectura y estudio detenido; hay intercaladas algunas hojas de papel en las cuales escribía Roberto de vez en cuando comentarios o notas, algunas veces más completamente desarrolladas que en el texto. Usted mismo puede juzgar.

Mientras así hablaba el magistrado, entregaba al filósofo un ejemplar de lo *Psicología de Dios*, ejemplar que Sixto abrió maquinalmente. Advirtió que, en efecto, a cada página impresa correspondía una hoja completamente cubierta de una letra muy parecida a la suya, pero algo más confusa, podría decirse más febril. En la tendencia de líneas a caer, un *grafólogo* habría encontrado propensión a desalientos rápidos.

Esta semejanza en los caracteres de letra, en la cual no se había fijado el sabio hasta entonces, produjo en él una impresión muy desagradable. Volvió a cerrar el libro, que entregó al juez y le dijo:

—Caballero, la revelación que acerca de ese pobre muchacho acabo de escuchar de labios de usted, me ha sorprendido muy dolorosamente; pero confieso que no alcanzo a comprender qué relación pueda existir entre ese crimen y mis libros o mi persona, ni qué género de testimonio puedo dar sobre el asunto.

—Sin embargo—replicó el juez—, la cosa es sencillísima. ¡Por graves que sean los cargos que pesan sobre Roberto Greslou, solamente se fundan, hasta ahora, en suposiciones. Existen contra él sospechas terribles, pero no absoluta certidumbre. Ya comprende usted, caballero, si es lícito a un profano

emplear el tecnicismo de la ciencia en que usted tanto brilla, que una cuestión psicológica va a ser lo dominante en los debates jurídicos próximos a comenzar. ¿Cuáles eran las ideas, cuál el carácter de este joven? Evidentemente, si Roberto seguía con interés extremado estudios abstractos, las probabilidades de su culpabilidad disminuyen...

Al pronunciar estas palabras, en las cuales el sabio no vió el lazo que se le tendía, el señor Valette se presentaba más indiferente que nunca. No dijo el magistrado al filósofo que precisamente uno de los fundamentos de la acusación, puesto en primer término por el marqués de Jussat, era el de que Roberto Greslou había sido pervertido por sus lecturas perniciosas. Tratábase, pues, de conducir hábilmente a Sixto a que declarase la índole de los principios en que el joven estaba imbuído e impregnado.

—Puede usted preguntar, señor juez—dijo el filósofo.

—¿Quiere usted que principiemos por el principio? ¿En qué condiciones y en qué época principiaron las relaciones de amistad de Roberto Greslou con usted?

—Hace dos años; con ocasión de un trabajo puramente especulativo sobre la personalidad humana; Roberto me pidió parecer sobre ese trabajo.

—¿Le veía usted con frecuencia?

—Le vi dos veces nada más.

—¿Y qué impresión produjo en usted?

—La impresión de que era un hombre maravillosamente apto para los estudios y los trabajos psico-

lógicos; tan prodigiosamente dotado que casi me espantó aquella precocidad.

El filósofo dijo esto como si pensase sus palabras; el magistrado pudo ver en su rostro y adivinar en su acento la actitud de quien desea y se propone ver y decir la verdad.

—¿No le habló a usted nunca de su vida privada?

—Muy poco. Solamente me refirió que vivía con su madre y que sus propósitos eran seguir la carrera del profesorado y, al propio tiempo, trabajar en algún libro.

—Efectivamente, ese era uno de los artículos inscriptos en una especie de plan de vida hallado entre los papeles del preso; es decir, entre los papeles que han quedado; pero justamente uno de los más graves cargos que sobre Greslou pesan consiste en que, durante el tiempo transcurrido entre su declaración primera y su prisión, ha destruído casi todos los papeles suyos. ¿Podría usted, caballero, dar algunas explicaciones sobre una de las frases de ese programa o plan de vida, demasiado obscuras para los no iniciados, que no estamos al corriente de la filosofía moderna? *Multiplicar cuanto sea posible los experimentos psicológicos.* ¿Qué piensa usted que Roberto Greslou quiso decir con eso?

—Crea usted, caballero, que es muy dificultosa la contestación.

Así respondió Adriano Sixto después de un rato de silencio; pero Valette empezaba a ver con toda claridad que todos los ardides eran ociosos con un hombre tan sencillo; comprendió, pues, que aquel silencio indicaba solamente la labor de quien busca la

palabra rigurosamente exacta para traducir bien su pensamiento. El filósofo, por su parte, sin cuidarse de la curiosidad que inspiraba y que ni siquiera advirtió, continuó diciendo:

—Unicamente sé el sentido que *yo mismo* daría a esa fórmula, y, según todas las probabilidades, ese joven estaba suficientemente enterado de los trabajos de la psicología para no pensar del mismo modo... Es evidente que en las otras ciencias de observación, como, por ejemplo, la Física o la Química, la demostración de una ley cualquiera exige una aplicación positiva y concreta de esta ley. Cuando, por ejemplo, he descompuesto el agua en oxígeno e hidrógeno, es preciso que pueda yo, en condiciones idénticas, reconstituir el agua con esos mismos elementos. Este es un experimento de los más vulgares; pero que resume todo el método de la ciencia moderna. Conocer experimentalmente es tener la facilidad de reproducir tal o cual fenómeno, reproduciendo sus condiciones. ¿Es admisible este procedimiento en los fenómenos morales? Yo creo que sí; de todas maneras, lo que llamamos educación, no es sino un experimento psicológico, mejor o peor establecido, toda vez que puede reducirse al enunciado siguiente: «dado tal fenómeno, que se denomina ya una virtud: la paciencia, la sinceridad; ya una aptitud del entendimiento: una lengua muerta o viva, la ortografía, el cálculo; determinar las condiciones con que se reproducirá este fenómeno con más facilidad...»

Este campo, no obstante, es muy limitado, pues si yo pretendiera, supongamos esto, si yo pretendiera, después de bien conocidas las condiciones exactas

del nacimiento de una pasión, producir esa pasión misma en un individuo, me estrellaría inmediamente con invencibles dificultades, puestas ora por el Código, ora por las costumbres. Acaso llegará un día en que tales experimentos sean posibles. Opino, sin embargo, que, al presente, los psicólogos no tenemos otro remedio que contentarnos con los experimentos que la Naturaleza o la casualidad nos proporcionen. Las Memorias sobre cuestiones particulares; las obras de literatura o de arte; los legajos de procesos célebres; los trabajos estadísticos; los apuntes de medicina legal constituyen un mundo de hechos aislados que pueden ser utilizados por nosotros. Roberto Greslou había discutido, efectivamente, conmigo acerca de ese *desiderátum* de nuestra ciencia. Lo recuerdo muy bien: deploraba Greslou que los condenados a muerte no pudieran ser colocados en condiciones especiales que permitiesen al psicólogo realizar en ellos experimentos de determinados fenómenos morales. Esta era una opinión, llamémosla así, hipotética, de una inteligencia muy joven todavía y que no se daba cuenta de que para trabajar con fruto en este orden de ideas es preciso estudiar un caso por espacio de mucho tiempo.

Con los niños—continuó el filósofo lanzándose, acaso sin advertirlo, a exponer ya sus propias ideas—sería más fácil operar; pero ¿cómo podría convencerse a ciertas personas de que sería utilísimo para la Ciencia dar a esos niños sistemáticamente ciertos defectos o ciertos vicios?

—¿Vicios?—preguntó el juez, absorto y estupefac-

to por la tranquilidad con que el filósofo había dicho aquello.

El sabio, que sonrió, a su vez, notando la extrañeza del magistrado, siguió diciendo, con la mayor serenidad:

—Hablo como psicólogo; he aquí justamente la razón de que nuestra Ciencia no pueda realizar determinados progresos. Si yo tuviese necesidad, que no la tengo, de una prueba, la exclamación de usted me la habría proporcionado. La sociedad no puede prescindir de la famosa teoría del *bien* y del *mal*, que para nosotros son únicamente un conjunto de convenciones útiles algunas veces y pueriles otras.

El magistrado, aprovechando la ocasión de utilizar para sus averiguaciones aquella controversia de índole general, dijo entonces:

—Sin embargo, usted admite que hay acciones buenas y acciones malas. Este envenenamiento de la señorita de Jussat, por ejemplo, ¿conviene usted en que es un crimen?

—Desde el punto de vista social, lo es indudablemente; pero para el filósofo no hay crímenes ni virtudes. Nuestras voliciones son hechos de un cierto orden, regidos por leyes determinadas; ni más ni menos. Puede usted hallar una demostración, que me atrevo a creer incontestable, de estas teorías en mi libro titulado *Anatomía de la voluntad.*

Y al decir esto, la ingenua vanidad del escritor aparecía.

—¿Habló usted de esto alguna vez con Roberto Greslou? ¿Cree usted que él profesaba esas mismas ideas?

—Lo creo muy probable.

A estas palabras, dichas con sencillez y naturalidad, el magistrado, descubriendo ya sus baterías, dijo:

—¿Sabe usted, caballero, que casi casi justifica usted las acusaciones del marqués de Jussat, el cual afirma que las doctrinas de los materialistas contemporáneos han destruído todo sentido moral en el espíritu de ese joven y le han hecho capaz de cometer un asesinato?

—No sé lo que es materia—dijo Adriano—; no soy, por consiguiente, materialista. Eso de arrojar sobre una doctrina cualquiera la responsabilidad que una inteligencia desequilibrada puede darle es tan absurdo como lo sería censurar al químico que ha descubierto la dinamita por los atentados en que ha sido utilizada esa substancia. Ese argumento no merece ser contestado.

El tono con que el filósofo pronunció estas palabras revelaba la fuerza invencible de resistencia moral que presta una convicción arraigada y profunda. Así como revelaba un temor casi infantil ante las molestias de la vida material el acento con que de pronto preguntó al juez:

—¿Cree usted que me obligarán a que vaya a Riom para declarar?

—No lo creo—contestó Valette, que no pudo menos de asombrarse de nuevo al notar el contraste extraño entre la firmeza del hombre pensador en la primera parte de su discurso y la ansiedad que expresaba el tono de sus últimas palabras—. Haré constar—siguió diciendo el juez—que las relaciones man-

tenidas por usted con el acusado son mucho más superficiales de lo que suponía la madre de Greslou; si, en puridad, se han reducido a dos visitas y a una correspondencia que, según parece, fué exclusivamente filosófica. Pero torno a mi pregunta: ¿nunca ha recibido usted de Roberto confidencias relacionadas con su vida en casa de la familia Jussat-Randon?

—Nunca. Además, Roberto dejó por completo de escribirme poco después de su entrada en aquella casa.

—Y en sus últimas cartas, ¿no había indicado nuevas aspiraciones de inquietud, de curiosidad, de sensaciones desconocidas?

—Nada de eso he advertido.

El señor de Valette guardó silencio durante algunos instantes, que aprovechó para seguir estudiando el aspecto de aquel original testigo, y dijo por último:

—Corriente; no quiero molestar a usted por más tiempo. Las horas son preciosas para usted. Permítame que dicte al escribano las respuestas de usted... Está poco habituado a interrogatorios que versan sobre cuestiones tan elevadas... Inmediatamente firmará usted y habremos concluído.

Mientras el magistrado dictaba aquello que, en su opinión, podía interesar a la justicia en las declaraciones del filósofo, éste, a quien la repentina revelación del crimen de Roberto Greslou y su conversación con el juez habían trastornado ostensiblemente, escuchaba sin hacer observación alguna, y es casi seguro que no comprendía lo que oía; de tal modo había desorientado en su espíritu el elemento meditativo la novedad del suceso en que, si bien media-

tamente, se encontraba envuelto. Sixto firmó, sin leer, después de haberle leído el señor Valette en alta voz la declaración, y antes de despedirse volvió a preguntar:

—¿Es decir, que puedo estar seguro de que no tendré necesidad de ir allá?

—Me parece que no—contestó el juez acompañándole hasta la puerta, y siguió diciendo—: De todas maneras sólo será por uno o dos días.—Y sintió una secreta satisfacción al ver que se pintaba indecible angustia en el rostro del pobre sabio. Después, y cuando éste hubo salido del despacho, dijo a su escribano: —He ahí los orates que sería muy conveniente encerrar.

El escribano movió la cabeza en señal de asentimiento, y el magistrado continuó:

—Con ideas como las de este loco de atar, acerca de la virtud y del crimen se pierden los jóvenes. Y el caso es que, según parece, él las profesa de buena fe... Menos peligroso sería siendo un canalla... ¿Sabe usted que con sus paradojas podría muy fácilmente enviar a la guillotina a su discípulo? Bien que, según las señas, le da lo mismo. Él solamente se inquieta por si le harán ir a Riom. ¡Valiente monomaníaco!

Y el juez y el escribano se rieron, encogiéndose de hombros. En seguida Valette, después de haber repasado en su memoria, en una meditación de algunos minutos, las diversas impresiones que le había producido aquel sujeto tan enigmático, dijo:

—¡Que me emplumen si imaginaba yo que el célebre Adriano Sixto se pareciese a éste...! ¡Es inconcebible!

III

DOLOR SENCILLO

Mucho más enérgico habría sido el epíteto con que el juez de instrucción condenaba la impasibilidad del sabio, si el señor Valette hubiese podido seguir a Adriano Sixto y leer en aquel cerebro de filósofo durante el corto tiempo que medió entre el interrogatorio y la cita pedida por la desdichada madre de Roberto Greslou. Cuando hubo llegado al patio principal del Palacio de Justicia, aquél, a quien el juez calificaba de monomaníaco, miró la esfera como correspondía hacerlo a un trabajador tan metódicamente ordenado.

—Las dos y cuarto—pensó—; no podré estar en casa antes de las tres; la señora Greslou irá a las cuatro... No hay modo de que me ponga a trabajar... Es muy desagradable esto...

Adoptó, pues, en el momento mismo, la prudente determinación de trasladar a esta hora su cotidiano paseo, con tanta más razón, cuanto más fácil le era entrar en el Jardin de Plantas, siguiendo la corriente del río, y por la *Cité*, cuyo aspecto anticuado y cuya apacible dulzura eran muy de su agrado.

El cielo estaba azul, con un azul claro, propio de

los días de heladas, matizado con ráfagas violadas en las lejanías del horizonte. Deslizábase el Sena, verdoso y animado, bajo los puentes, con sus barcos cargados, en que humeaban las chimeneas de sus casetas de madera con ventanas adornadas de flores. Los caballos trotaban alegremente sobre el seco empedrado. Si el filósofo advirtió todos estos pormenores en el tiempo empleado por él en ganar la acera del muelle con las precauciones de un provinciano asustado por los carruajes, fué, sin duda, más inconscientemente que en otras ocasiones. Sixto seguía pensando en las revelaciones que acababa de oir. Pero el cerebro de un filósofo es una máquina tan particular, que los sucesos no producen en él la impresión directa y sencilla que parece natural a las demás gentes. El filósofo se componía de tres individuos como encajonados unos en otros: existía en él primeramente el buen hombre, Adriano Sixto, solterón, acostumbrado a los cuidados meticulosos de su ama de llaves, y cuidadoso, ante todo, de su tranquilidad material; existía también en segundo término, el polemista filósofo, el *autor*, para decirlo de una vez, animado, quizás sin saberlo, del feroz amor propio común a todos los escritores; existía por último, el gran psicólogo apasionadamente ligado a los problemas de la existencia íntima. Era preciso, pues, para que una idea realizase su acción completa sobre aquel espíritu, que hubiese atravesado aquellos tres compartimientos.

Desde el Palacio de Justicia hasta los primeros pasos a la orilla del Sena tocóle razonar al burgués señor de Sixto.

—Sí—se decía repitiendo las palabras que la vista del reloj le había arrancado—; es muy desagradable esto. Un día entero perdido y ¿para qué? Porque yo pregunto: ¿qué tengo que ver con esta historia del envenenamiento y con lo que mis declaraciones puedan llevar al proceso?

Bien comprendía Sixto que, en las manos de un abogado hábil, sus teorías sobre el crimen y sobre la responsabilidad criminal podrían convertirse contra Roberto Greslou en armas muy temibles.

—Eso no era motivo para molestarme. Estas gentes no se hacen cargo siquiera de lo que es la vida de un hombre laborioso... ¡Qué necedad la de ese juez con sus estúpidas preguntas...! ¡Con tal de que no me obliguen a presentarme en Riom ante algunos otros individuos tan majaderos como éste!

El cuadro de un viaje pintábase de nuevo en la imaginación de Sixto como el choque violento que un trastorno de este género representa para un hombre de gabinete, a quien la actividad desorienta y para el que el más insignificante malestar físico es una desgracia verdadera. Las inteligencias privilegiadas tienen estas puerilidades. Veía el filósofo, todo atribulado, abierta su maleta, con ropa interior doblada, los papeles necesarios para los trabajos de momento puestos al lado de sus camisas; veía después su subida al carruaje de alquiler, el barullo de la estación del ferrocarril, el vagón con las groseras promiscuidades de los compañeros de compartimiento, su llegada a la ciudad desconocida, las deficiencias de un cuarto de fonda sin los cuidados de la señorita de Trapenard, que, si bien Sixto no lo

notaba, había llegado a serle indispensables como a un niño.

Aquel pensador independiente hasta el heroísmo, que en otras épocas hubiera arrostrado el martirio por sus convicciones como un Giordano Bruno o como un Vanini, sentíase, ante la imagen de tan insignificantes molestias, acometido por una especie de espanto animal. Mirábase ya ante los jurados, constreñido a contestar a las preguntas del presidente en presencia de una muchedumbre que le miraría curiosa, y todo esto sin tener contra su timidez natural punto de apoyo en una idea; esta es la sola fuente de energía para los *especulativos* puros.

—No volverá a recibir la visita de ningún joven— dijo al fin hondamente turbado por sus previsiones... —Sí, de hoy más, cerraré la puerta de mi despacho a piedra y lodo. Pero no nos adelantemos a los sucesos. Acaso todo haya tarminado con mi declaración de hoy y no sea menester que yo tenga un nuevo contratiempo.

—¡Concluído...! ¡Terminado...!—Y aquí el casero burgués cedía el puesto, para continuar este soliloquio íntimo, al segundo de los tres personajes, contenidos en Adriano, al autor de obras discutidas con pasión por el público... ¡Terminado!—En lo que respecta al *Yo* que va y que viene, que habita en la calle de Guy de la Brosse y que se molestaría extraordinariamente viajando en invierno y por una barbaridad... sea; pero ¿y en lo que se refiere a mis ideas y a mis libros? ¡Cosa extraña, en verdad, es este aborrecimiento instintivo de los ignorantes a los sistemas que ni aun comprender pueden...! Un joven enamo-

rado y celoso envenena a una muchacha para que ella no se case con otro. Aquel joven mantuvo, durante algún tiempo, correspondencia con un filósofo, cuyas obras estudia. Pues el culpable de todo esto es el filósofo. Y heme aquí convertido en materialista... ¡Yo, que he probado que la materia no existe!—Sixto se encogió de hombros con desdén; de pronto otra figura surgió entre sus recuerdos, la de Mario Dumoulin, el profesor suplente en el colegio de Francia, el hombre a quien más aborrecía Adriano. Este vió al mismo tiempo, como si estuviesen allí delante de él, escritas en una revista *sensata*, algunas de las fórmulas a que era tan aficionado aquel defensor, con título oficial, del espiritualismo: «Las doctrinas perniciosas..., el veneno intelectual destilado por plumas que queremos considerar inconscientes... La escandalosa muestra de una psicología de reclamo y de corrupción...»

—Sí—se dijo Adriano con cierta amargura—; ese no sería él mismo si no aprovechara esta casualidad, que ha hecho que uno de mis discípulos sea envenenador... Estoy muy seguro... La psicología será la que todo lo haya hecho.

Conviene advertir que ese Mario Dumoulin, cuando se publicó la *Anatomía de la voluntad*, había señalado en el libro un error grave. Adriano Sixto fundaba uno de sus capítulos más ingeniosos en un supuesto descubrimiento de cierto fisiólogo alemán, que Sixto admitió como verdadero y cuya inexactitud acababa de ser demostrada.

Acaso Dumoulin, en su crítica de la obra, subrayaba esta inadvertencia del gran analista con una as-

pereza de ironía demasiado irreverente. Tanto le disgustó el reparo, que Sixto, a quien nunca pasó por el pensamiento contestar a una crítica de sus libros, quiso responder a la de Mario Dumoulin.

Confesando con sinceridad que había sido sorprendido, demostró Sixto, no sin trabajo, que aquel punto puramente incidental en nada afectaba al conjunto de su tesis. Adriano, sin embargo, había conservado siempre contra el crítico espiritualista un inexplicable rencor de sabio, tanto más fuerte cuanto era más cierto que podía el filósofo abonarlo en cuenta al desprecio que le inspiraba su carácter ruin, pues Mario había comprometido la sinceridad de sus doctrinas por pobres ambiciones de honores académicos y de puestos oficiales bien retribuídos.

—Me parece que estoy oyéndole—pensaba Sixto. —Lo que pueda decir de mis libros poco me importa; pero ¿y de la Psicología?, de que depende el porvenir de este país.

Como se ve, había llegado Sixto, como suelen llegar en esto otros hombres sistemáticos, a hacer de sus doctrinas el centro del mundo. El sabio razonaba, poco más poco menos, de la manera siguiente:

Dado un hecho histórico, ¿cuál es su causa principal? Un estado general de los ánimos. Este estado de los ánimos tiene su origen en las ideas dominantes. La revolución francesa, por ejemplo, procede toda de una concepción falsa del hombre, emanada de la filosofía cartesiana y del *Discurso sobre el método*.

El filósofo deducía de tales premisas que para modificar el curso de los acontecimientos era menester,

ante todo, modificar las nociones generalmente aceptadas sobre el alma humana, y poner, en lugar de esas nociones, datos precisos de los que resultasen una educación y una política nuevas.

De esta suerte, cuando Sixto se indignaba contra Mario Dumoulin, creía de buena fe que estaba indignándose contra un entorpecimiento al bien de todos. Tuvo Adriano algunos minutos terribles, en que se imaginó a ese adversario aborrecido tomando pretexto en la muerte de la señorita de Jussat para dirigir un vigoroso ataque a la ciencia moderna del alma.

«¿Será preciso contestarle otra vez?», se preguntaba Sixto, para quien el ataque de su rival era ya una venganza. ¡Tan semejantes son todas las pasiones en su facultad de considerar real lo que ellas imaginan! «Sí—contestaba el sabio hablando ya en alta voz—, le responderé, y con mi tinta más negra.»

Hallábase entonces enfrente del templo de *Nuestra Señora*, y se detuvo para contemplar la arquitectura de aquel monumento. La antigua catedral simbolizaba para el sabio ordinariamente el carácter complicado del espíritu germánico, que Sixto, en su imaginación, oponía al carácter sencillo del espíritu griego, representado por él en una fotografía del Parthenón, contemplada en otro tiempo durante largos ratos en la Biblioteca de Nancy. El recuerdo de Alemania, súbitamente evocado, cambió en un segundo el curso de sus ideas. Recordó, casi a su pesar, a Hegel; recordó después la doctrina de la identidad de los contradictorios; después la teoría de la evolución que se originó de aquella doctrina. Esta última idea se enlazó

con la que poco antes le agitaba, y al comenzar nuevamente su paseo principió a argumentar para sí mismo contra las previstas objeciones de Dumoulin sobre el caso de Roberto Greslou. Por primera vez, desde el principio de su conversación con el magistrado, el drama del castillo de Jussat-Rando adquiría realidad en su inteligencia, porque Sixto pensaba entonces en él con el elemento más real de su naturaleza: con su facultad de psicólogo. Olvidóse entonces lo mismo de Dumoulin que de las molestias posibles de un viaje a Riom, y su cerebro se abstrajo por completo en el problema moral planteado por el crimen. Su primera pregunta debería haber sido esta: «¿Roberto Greslou ha envenenado a la señorita de Jussat?» El filósofo no pensó siquiera en eso; dejóse arrastrar, sin percatarse de ello, del defecto común a los entendimientos generalizadores, que no ratifican jamás, sino a medias, los datos sobre los cuales teorizan. Los hechos particulares no son a sus ojos más que materia utilizable para sus lucubraciones y los desfiguran adrede para edificar mejor sus sistemas. Sixto volvió a la fórmula que le había servido para resumir, en su fuero interno, el drama:

—Un joven celoso que asesina... he aquí una nueva prueba en apoyo de mi tesis, de que el instinto de la destrucción y el del amor surgen unidos en el macho...

Sixto se había servido de este principio para escribir en su *Teoría de las pasiones* un capítulo de extraordinario atrevimiento sobre las aberraciones del instinto genésico. «La reaparición de la animalidad salvaje en el hombre civilizado bastaría para explicar

este acto. Convendría, no obstante, estudiar también la herencia particular del asesino.» Esforzóse entonces en recordar bien a Roberto Greslou; pero no logró resucitar en su memoria otro rasgo que aquellos que confirmaban la hipótesis ya esbozada en su cabeza:

—Aquellos ojos negros excesivamente brillantes, aquellos gestos demasiado vivos, aquel modo brusco de comenzar nuestras relaciones, su entusiasmo al hablar... Existía, sin duda, un desequilibrio nervioso en aquel muchacho. ¿Murió joven su padre? Si se probase que había habido alcoholismo en la familia, quizás tendríamos aquí un hermoso ejemplar de lo que Legrand Du Saulle llama *Epilepsia hereditaria*. Así explicaríamos el mutismo del procesado y sus negativas podrían resultar de buena fe. Esta es la diferencia esencial que Du Saulle indica entre el epiléptico y el enajenado. Este último se acuerda de sus actos, el epiléptico los olvida... ¿Será Roberto un *epilético hereditario?*

Llegado a este punto de su meditación tuvo el filósofo un momento de alegría verdadera. Acababa, según una costumbre a que son muy dados los hombres de su casta, de labrar un edificio de ideas que él tomaba buenamente por una explicación de lo sucedido. Examinó esta hipótesis desde distintos puntos de vista, recordando diferentes ejemplos citados por un autor en un magnífico *Tratado de Medicina legal*, y tanto y tan bien le entretuvo este trabajo, que llegó hasta el Jardín de Plantas, en el que penetró por la puerta principal del muelle de San Bernardo. Volvió entonces hacia la derecha por una calle plan-

tada de árboles añosos, cuyos troncos se retuercen blindados de hierro y recubiertos de yeso. Flotaba en el aire, que se había hecho algo frío, un aroma salvaje que procedía de las bestias feroces que, cerca de ellos, daban vueltas en sus enrejadas jaulas. Este olor distrajo al filósofo de sus meditaciones. Sixto se puso a contemplar a un jabalí, ya viejo, de enorme cabeza, que de pie sobre sus patas diminutas tendía su hocico móvil y codicioso entre los colmillos retorcidos.

—¡Y decir—pensó el sabio—que nosotros no nos conocemos mejor que ese animal se conoce! ¡Esto que denominamos nuestra personalidad es una conciencia tan vaga, tan indefinida de las operaciones que se realizan en nosotros!

Y tornando a Roberto Greslou, siguió:

—¿Quién sabe? Este mozo estaba tan preocupado con la multiplicidad del *¡yo!* Nada habría de extraño en admitir la posibilidad de que Roberto llevase dentro de sí dos estados muy diferentes, como una condición primera y una segunda condición...; dos seres, en fin, uno cuerdo, inteligente, honrado, apasionado por el estudio, el que yo conocí; otro tenebroso, cruel, arrebatado, el asesino... Evidentemente este es un caso. He sido muy afortunado en encontrarle.

Sixto, al hablar así, ponía completamente en olvido que cuando salió del Palacio de Justica renegaba de sus relaciones con el procesado de Riom.

—Será una gran fortuna estudiar ahora a la madre. Esta podrá facilitarme documentos exactos sobre los ascendientes de Roberto. ¡Está tan escasa nuestra colección de monografías hechas *de visu* sobre la

estructura natal de los grandes hombres y de los grandes criminales!... Procuraré hacer ésta.

Toda pasión sincera es egoísta, lo mismo la pasión intelectual que cualquiera otra.

El filósofo que, como suele decir el vulgo, no era capaz de hacer daño a una mosca, iba más animoso y mucho más alegre dirigiéndose hacia la puerta de Cuvier, desde donde tomaría la calle de Jussieu para entrar en la de Guy de la Brosse, ¡siendo así que iba a celebrar una entrevista con una pobre madre desesperada, cuyo propósito debía de ser suplicar a Sixto que le ayudase a salvar la vida de un hijo, tal vez inocente!

Pero la inocencia posible del presunto reo, el dolor de la madre, el papel que él mismo sería acaso llamado a desempeñar en la nueva escena, todo se desvanecía ante la idea fija del hecho significativo que debía coleccionarse.

Las cuatro daban cuando este soñador peregrino, y que de seguro no echaba de ver su propia ferocidad, como no la advierte un médico encantado con una autopsia rara, desembocó en su calle y llegó frente a su casa. En la puerta cochera había dos hombres: el señor Carbonnet y el mandadero habitualmente instalado al final de la calle. Vueltos de espaldas al lado por donde llegaba el filósofo, reíanse ambos de los traspiés de un borracho perdido que iba por la acera de enfrente, y uno y otro se decían las cosas que espectáculos de ese linaje inspiran a la gente del pueblo; el gallo Fernando, cerca de ellos, saltaba, muy negro y muy reluciente, picoteando las rendijas del empedrado.

—He ahí uno que ha bebido demasiado—decía el mandadero.

—Pues yo creo—replicó Carbonnet—que si va como usted le ve ir, es porque no ha bebido bastante. Porque si hubiese bebido más se habría caído debajo de la mesa de la taberna y no estaría ahí haciendo *eses*... Bueno va, ahora se dirige a la enlutada.

Los dos interlocutores, que no habían visto venir al filósofo, le impedían entrar. Sixto, con los excesivos miramientos que no olvidaba nunca, dudó algunos minutos en molestarles. Maquinalmente siguió también con la vista al borracho. Era un infeliz desarrapado y astroso, cubría su cabeza con un sombrero de copa destruído por el tiempo y por las lluvias, y sus pies descansaban en unas botas completamente destrozadas. Había tropezado con una persona vestida de luto riguroso, que estaba parada en la acera de la calle de Guy de la Brosse, esquina a la de Linneo. Indudablemente aquella persona acechaba hacia esta última calle algo que le interesaba mucho, porque a pesar del tropezón no se movió en el primer momento. El hombre desarrapado, con esa insistencia peculiar de los borrachos, comenzó a pedir mil perdones a la señora, que acabó por notar su presencia. La señora entonces se apartó, haciendo un gesto de disgusto. El hombre ebrio se encolerizó con esto, y apoyado en la pared, lanzó contra la infeliz señora frases injuriosas y soeces; formóse muy pronto alrededor de ambos un corro de los chicos que jugaban por la calle. El mandadero se echó a reir y Carbonnet hizo otro tanto. Después, como se volviese para buscar su gallo, gruñendo:

—¿Dónde se habrá ido ahora ese tunante?...

Vió al señor Sixto, detrás del que se había refugiado Fernando, y que se había detenido también contemplando la escena entre el borracho y la desconocida.

—¡Ah, señor Sixto!—dijo el portero—justamente aquella señora de luto acaba de preguntar por usted dos veces. Dice que usted la espera.

—Vaya usted a llamarla—respondió Sixto, y pensó—es la madre.

Su primer impulso fué entrar en su casa inmediatamente, pero una especie de timidez le detuvo y le hizo permanecer en el portal mientras el portero, cubierta la cabeza con su gorra, rodeado al cuerpo su delantal de cuero, corría seguido de su gallo hasta el grupo reunido en la esquina de la calle. La señora, no bien oyó las palabras de Carbonnet corrió hacia la casa del filósofo, dejando al borracho que se las entendiese con el amo de Fernando. Sixto, continuando instintivamente los razonamientos comenzados en su paseo, advirtió en seguida un extraordinario parecido entre la mujer misteriosa que se acercaba a él y el joven a quien se acusaba de envenenador. Era aquella la misma mirada brillante en una fisonomía muy pálida y el mismo corte de cara. En esta ocasión no tuvo la menor duda, e inmediatamente el psicólogo, implacable, curioso tan sólo de estudiar un hecho, cedió su puesto al hombre bonachón, torpe, desconocedor de la vida práctica, embarazado hasta el suplicio para dar comienzo a la conversación. La señora de Greslou, pues efectivamente era ella, le sacó, por fortuna, del apuro, diciéndole en seguida:

—Caballero, soy la persona que escribió a usted ayer.

—Lo celebro mucho, señora—balbuceó el filósofo—. Deploro muy de veras no haber llegado antes, pero en la carta decía a usted que vendría a las cuatro... Además, salgo justamente del despacho del juez instructor, adonde he sido llamado para declarar con motivo de este desgraciado asunto de...

—¡Ah, caballero!—dijo la madre apoyando su mano en el brazo de Sixto para interrumpir la frase, señalándole con la vista al mandadero que seguía en la puerta escuchando con suma curiosidad.

—¡Ah! Dispense usted, señora - dijo el sabio, que comprendió, aunque tarde, la crueldad de su distracción—. Permítame usted que vaya delante para enseñar a usted el camino—. Y para ocultar el rubor de que sentía cubierto su rostro, comenzó a subir la escalera invadida ya por la obscuridad de la caída de una tarde de invierno. Sixto subía muy despacio en consideración al cansancio de su compañera, que se apoyaba en el pasamano como si apenas tuviese fuerzas físicas para subir al cuarto piso en que el sabio habitaba. Una respiración corta y que se oía en el silencio de aquella casa vacía, denunciaba la debilidad de la infeliz mujer. Por insensible que el filósofo fuese a las impresiones del mundo externo, sintióse conmovido cuando, ya en su gabinete, débilmente iluminado por el fuego de la chimenea y por la luz de la lámpara, pudo ver cara a cara a la madre de Roberto. Las profundas arrugas de su semblante, los labios secos por la calentura, el fruncimiento de sus cejas,

sus párpados amoratados, la contracción de sus manos, entre las cuales sostenía un rollo de papeles, sin duda alguna Memoria justificativa... todos los rasgos de su fisonomía, por fin, revelaban las torturas de un pensamiento fijo, y apenas cayó, más que se sentó, en un sillón, dijo con voz entrecortada por los sollozos:

—¡Dios mío! ¡Dios mío!... He llegado muy tarde. Yo quería hablar a usted antes de su entrevista con el juez de instrucción... Pero usted le habrá defendido, ¿no es verdad?... Usted le habrá dicho que no, que era imposible... que mi hijo no ha cometido el crimen de que le acusan... Usted no lo cree culpable... ¿verdad?... Usted, a quien él llamaba su maestro y a quien tanto quería.

—Señora, no he tenido por qué denfenderle—dijo Adriano—. Me han preguntado las relaciones que había yo mantenido con él, y como yo sólo le he visto dos veces, y como él unicamente me ha hablado de sus estudios...

—¡Ah!—interrumpió la madre angustiada, y tornó a decir—: He llegado muy tarde... Pero, no—dijo en seguida juntando, en ademán de súplica, sus manos temblorosas—; usted vendrá para declarar ante los jueces que mi hijo no puede ser culpable; que usted sabe que no puede serlo. No se convierte uno así, de pronto, en asesino o envenenador. La juventud de los criminales anuncia ya sus crímenes... Son siempre unas malas cabezas, holgazanes... Pero, ¿él...? Desde que era niño, siempre al lado de su pobre padre, sin separarse un instante de sus libros. Yo era, yo era quien tenía que decirle: «Vamos, Roberto, sal

un rato..., es necesario que pasees, que tomes el aire, que te distraigas...» Si hubiese usted visto qué vida tan tranquila llevábamos él y yo antes de que entrase mi pobre hijo en esa casa maldecida. Y ha sido por mí, por no ocasionarme más gastos y continuar sus estudios por lo que ha entrado en ella. Roberto hubiese sido *agregado* dentro de tres o cuatro años..., después habría obtenido una plaza de profesor en un Liceo, quizás en Clermont. Yo le hubiera casado... Tenía yo preparado ya para él un buen partido... Yo habría permanecido allí, con mis hijos, en un rincón del hogar para cuidar a los nietecillos... ¡Ah, caballero!—Y la desdichada madre buscaba en los ojos del filósofo una respuesta conforme con su anhelo—. Diga usted si es posible que un hijo como el mío, con esas ideas, haya hecho lo que cuentan. ¡Eso es una infamia! ¿Verdad, caballero, que es una infamia?»

—Cálmese usted, señora, cálmese usted.

Estas fueron las únicas palabras con que Adriano Sixto supo responder a la afligida madre de su discípulo; de aquella madre que ante él, con acento desgarrador, lloraba la ruina de sus más dulces esperanzas. Por otra parte, influído casi por su conversación con el juez, hallaba el filósofo a la podre señora tan separada de la verdad y forjándose ilusiones tan ciegas, que Sixto se quedaba estupefacto; y también, ¿por qué no confesarlo?, la nueva perspectiva del viaje a Riom le espantaba casi tanto cuanto aquel dolor humano le sobrecogía. Estas diversas impresiones se traducían en su mirada por una vacilación y una frialdad que no se ocultaron a la madre. Los

padecimientos extremados tienen intuiciones instintivas infalibles. Aquella mujer comprendió que el filósofo no creía en la inocencia de Roberto, y con gesto de desaliento y apartándose de Sixto con horror, le gritó:

—¡Cómo...! ¿Usted también...? ¿Usted también es enemigo suyo...? ¿Usted... Usted?

—No, señora, no—respondió con dulzura Adriano—; no soy enemigo de Roberto. Nada deseo tanto como creer lo que usted cree. Pero, ¿me permite usted que le hable con entera franqueza? Los hechos son hechos y, por esta vez, son terribles para ese joven desdichado. El veneno comprado clandestinamente, la botella arrojada por la ventana, la otra botella medio vacía y llena después con agua, aquella salida del cuarto de la joven en la noche del envenenamiento, el supuesto telegrama, su marcha repentina, las cartas quemadas y después sus negaciones...

—Pero en todo eso no hay una sola prueba, caballero—interrumpió la madre—, ni una sola. ¡Su marcha repentina! Mi hijo quería dejar su empleo desde hacía más de un mes; tengo las cartas en que me anuncia este propósito; además, el fin de su compromiso estaba ya muy próximo. Presumía él que tratarían de detenerlo, y estaba ya muy fatigado de aquella vida de preceptor. Pero como es tímido y débil buscó un pretexto cualquiera y discurrió inventar aquel desdichado telegrama. ¡El veneno...! Pero, señor, si mi hijo no lo ha comprado en secreto ni se ha ocultado para comprarlo..., padece del estómago.., ¡cuántos años ha...! ¡Había estudiado tanto el pobre después de sus comidas! ¡Su salida aquella noche!

Pero, por Dios, ¿quién le había visto salir...? ¡Un criado! ¿Y no puede ese lacayo estar pagado por el verdadero asesino para acusar a mi hijo? ¿Conozco yo, por ventura, las intrigas que tenía esa joven, ni sé quién pudiera tener interés en matarla? ¡La botella arrojada al jardín! ¡La otra llenada con agua! ¡Las cartas quemadas! ¿Pero no ve usted claro, clarísimo, que esa es la continuación de un plan encaminado a conseguir que recaigan las sospechas en mi hijo! ¿Cómo y por qué...? Algún día se descubrirá esto..., usted lo verá... Lo que aseguro es la inocencia de mi hijo. Lo juro por la memoria de su padre. ¡Ah! ¿Usted piensa que lo defendería yo, como lo defiendo, si le tuviese por criminal? ¡Oh, no! Yo solicitaría compasión, sollozaría, rogaría, mientras que yo nada de eso hago, ni pido misericordia, grito: ¡justicia... justicia... justicia! No, mil veces no, esas gentes no tenían derecho a acusarle como lo han hecho, a prenderle, a deshonrar nuestro nombre por nada, por nada. Porque, en fin, caballero, he demostrado a usted que no existe ni una sola prueba.

—Si Roberto es inocente, ¿por qué esa obstinación en callar?—preguntó el filósofo, que, allá en su fuero interno, pensaba que la pobre mujer nada había probado sino su obstinación en luchar contra la evidencia.

—¡Bah! Si Roberto fuese culpable hablaría—gritó enérgicamente la señora de Greslou—. Se defendería, mentiría... No—siguió diciendo con voz ahogada y sorda—en todo esto hay un misterio. Roberto sabe algo, estoy segurísima, algo que no quiere revelar. Algún motivo tiene para no hablar. ¿Por qué no

habla? Quizá para no deshonrar la memoria de esa joven, a la que ellos dicen que mi hijo amaba. ¡Ah, caballero, si he querido hablar con usted a toda costa, si he dejado a Riom por dos días ha sido por esto! Sólo usted podrá conseguir que mi hijo hable, obtener de él que se defienda, que se justifique. Es preciso que usted me prometa escribirle o ir a verle a Riom. Nada hará usted con esto sino pagarme lo que me debe—dijo con voz dura la señora de Greslou—. ¡Me ha hecho usted padecer tanto!

—¿Yo?—preguntó asombrado el filósofo.

—Sí, usted—respondió con aspereza la viuda; y mientras hablaba, veíase en su rostro la sombría violencia de rencores antiguos—. Si Roberto ha perdido su fe, ¿de quién es la culpa? De usted, caballero, de sus libros. ¡Oh, Dios mío, cuánto he aborrecido a usted en aquella época!... Me parece que estoy viéndole ahora mismo, cuando me dijo que no quería comulgar el día de las ánimas, porque *tenía dudas*... Yo le dije entonces: ¡en el día de las ánimas!... ¿Y tu padre?—Y Roberto me contestó: «Déjame en paz, madre, ya no creo en esas cosas, se ha concluído eso—.» Mi hijo estaba sentado a la mesa, y tenía delante un libro que cerró para hablarme. Lo recuerdo como si fuese ahora; leí maquinalmente, sin querer leerlo, el nombre del autor... Era el de usted. Yo aquel día no discutí con mi hijo... ¿para qué? El era ya un sabio... yo una pobre ignorante. Pero al día siguiente, mientras Roberto estaba en el colegio, introduje al padre Martel, que había educado a Roberto, en el cuarto de estudio de éste, para que aquel sacerdote viese la biblioteca de mi hijo. Tenía yo el presenti-

miento de que las lecturas habían sido la perdición de mi Roberto. El libro de usted, caballero, estaba todavía encima de la mesa; el padre Martel lo tomó, y me dijo: «Este es el peor de todos». Dispénseme usted, perdóneme usted, caballero, si le ofenden mis palabras; pero ¿sabe usted?; si mi hijo fuese todavía el cristiano de otro tiempo, yo hubiera acudido a su confesor para que le hiciera declarar, para que le mandase romper el silencio. Usted le ha quitado su fe, no hago a usted un cargo por esto, ni le aborrezco a usted ya; pero lo que habría yo solicitado del sacerdote, vengo a solicitarlo de usted. ¡Ah, si usted le hubiera oído cuando regresó de París! Me decía muy a menudo hablándome de usted: «No le conoces, mamá; si le conocieses, le venerarías; es un santo.» ¡Ah, caballero, prométame usted que le mandará hablar! ¡Que hable, que hable, por mí, por el nombre sin mancha de su padre, por los que le quisieren, y por usted también, que no puede ni querrá tener por discípulo a un asesino! Porque Roberto es discípulo de usted; usted ha sido su maestro; debe a usted, a su maestro, la empresa de defenderse, y a mí también, a su madre.

—Señora—dijo el sabio con solemnidad—, prometo a usted hacer cuanto me sea posible.

Era esta la segunda vez que durante el día se levantaba ante Sixto aquella responsabilidad de profesor a discípulo. Habíala hallado ante el juez instructor preparado para la resistencia del pensador, que rechaza con desdén una acusación insensata. Las palabras de aquella mujer anciana, estremecida con el dolor humano, al cual la existencia de ermitaño in-

telectual que Sixto llevaba le tenía tan poco habituado, tocaron en su espíritu fibras muy distintas de las del orgullo. Más extraordinariamente se conmovió cuando la señora de Greslou, tomando sus manos, le dijo con una mansedumbre y una dulzura que contrastaban con su aspereza anterior.

—Bien me había dicho mi Roberto que usted era bueno, muy bueno... He venido, además— dijo la pobre madre enjugándose las lágrimas—, para cumplir un encargo que mi desdichado hijo me hizo; y vea usted si no es otra prueba de su inocencia. En su prisión, desde hace dos meses, ha puesto en limpio un trabajo muy extenso de filosofía. Roberto estima en mucho este trabajo, que es, según él me ha dicho, su obra más importante; yo me he encargado de entregársele a usted.—Al decir esto, la señora de Greslou tendió al filósofo el rollo de papeles que tenía sobre la falda, y dijo:—Está lo mismo que Roberto me lo entregó... Allí le dejan escribir cuanto quiere... Todos le estiman. A mí se me permite que le hable en sitio distante de aquel horrible locutorio, en el que había siempre un vigilante entre él y yo. Ahora nos vemos en la sala de abogados... Pero ¿cómo no quererle cuando se le conoce? ¿Hará usted el favor de leer esto?—preguntó, por último, con voz alterada—: Mi hijo no ha mentido nunca; creo que esto será lo que él me ha dicho... Pero podría suceder que hubiera escrito a usted lo que no ha querido confiar a nadie.

—Leeré esto en seguida—dijo Adriano Sixto, que desenvolvió el paquete—. Echó una ojeada sobre la página primera del cuaderno y leyó: *Psicología mo-*

derna; en la segunda página había escritas las palabras siguientes: *Memoria sobre mi mismo*, y debajo estas otras: «Suplico a mi querido maestro, señor Sixto, que se considere como comprometido, bajo su palabra, a reservar para sí las páginas escritas a continuación. Si no le conviniere este compromiso con su desgraciado discípulo, pídole que rompa este cuaderno, pues me entrego confiado a su honor para no entregar esta Memoria a nadie, ni aún tratándose de salvar mi existencia.» Y el joven había firmado estas palabras solamente con las iniciales R. G.

—¿Qué hay?—preguntaba la madre, mientras el filósofo hojeaba el cuaderno—. ¿Qué hay?—preguntaba con insistencia demostrando su terrible ansiedad.

—No hay nada—dijo Sixto, cerrando el cuaderno y mostrando la primer página a los ojos de la señora de Greslou—; es, efectivamente, como él había dicho a usted, un trabajo sobre filosofía.

La madre tuvo una pregunta en los labios..., una desconfianza en la mirada, mientras leía aquella fórmula técnica ininteligible para su espíritu. La infeliz había echado de ver las vacilaciones de Sixto; pero no se atrevió a dirigir la pregunta; levantóse, pues, y para despedirse dijo:

—Ya me perdonará usted que le haya molestado tanto tiempo. He puesto en usted mi última esperanza y no puedo creer que engañe usted a una madre desventurada. Me llevo una promesa que...

—Todo lo que yo pueda hacer para que la verdad sea conocida lo haré, señora; lo prometo a usted otra vez.

Cuando hubo acompañado a la pobre señora y se halló solo en su despacho, Adriano Sixto permaneció bastante tiempo sumergido en sus meditaciones. Tomando de nuevo el manuscrito que la señora de Greslou le había entregado, leyó y volvió a leer las palabras escritas por el joven, y rechazando el cuaderno tentador, comenzó a dar paseos por el cuarto. Dos veces cogió aquellos papeles y se aproximó con ellos a la chimenea; pero no los arrojó a las llamas. Habíase entablado en su cerebro un empeñado combate entre la devoradora curiosidad que aquella confesión de su discípulo despertaba en él y escrúpulos de muy distinto género. Sixto lo comprendía perfectamente: adquirir el compromiso que aquella lectura le imponía y conocer lo que prodría conocer en aquellas páginas le colocaría quizá en una situación horrorosa. Si llegaba él a ser poseedor de la prueba de que Roberto era inocente, sin tener el derecho de utilizarla para salvarle; o lo que Sixto temía más, si adquiría la certidumbre de la culpabilidad de su discípulo, ¿no sería terrible su situación? Sin que él mismo se diese razón de esto, Adriano Sixto temía también, allá en el fondo más íntimo de su conciencia, hallar a través de esa Memoria, si el crimen existía, las huellas de la influencia suya y la acusación cruel, dos veces formulada ya en el curso de aquel día agitado, de que sus libros se hallaban relacionados con aquella historia siniestra. Por otra parte, su egoísmo inconsciente de hombre de estudios, y que aborrecía todo ruido, hacíale desear con toda su alma que no le obligasen a meterse más hondamente

en un drama en el cual, en último resultado, no tenía él por qué mezclarse.

—No—dijo al fin—, no; no quiero leer esta Memoria. Escribiré a Roberto como he prometido a su madre, y hemos concluído.

La hora de la comida lo encontró engolfado en estas reflexiones. Comió solo, como de costumbre, sentado muy cerca de la chimenea. Extremadamente friolero, Adriano Sixto sólo pensaba, con respecto a comodidades, en la calefacción. La lámpara misma de su despacho alumbraba su frugal comida, compuesta aquella tarde, lo mismo que todas, de un caldo, un plato de legumbres y pasas de postre. Sixto no bebía nunca más que agua. Ordinariamente, mientras comía, tomaba el filósofo uno de los libros que ocupaban un armario-librería, desterrado allí para evitar estorbos en el despacho; o bien escuchaba de su ama de gobierno, la señorita de Trapenard, noticias de asuntos domésticos y de cuentas caseras. Aquella noche, ni Adriano Sixto cogió libro alguno, ni su ama de llaves consiguió saber, aunque lo procuró varias veces, si la visita de la señora enlutada y la citación del juez estaban relacionadas entre sí. Corría viento, un viento de invierno, cuyas quejas venían a morir silenciosamente contra las puertas vidrieras de las ventanas a través del espacio obscuro. Sentado en su sillón, después de comer, y con el manuscrito de Roberto ante su vista, el sabio, en vez de salir, permaneció largo rato escuchando los tristes gemidos del viento. Las mismas dudas volvieron a apoderarse de su ánimo. Por último, la psicología venció sobre todos los escrúpulos, y cuando algunos minu-

tos después Marieta vino a decirle que tenía ya dispuesta la cama y a recoger la lámpara para llevarla al despacho, Sixto le dió orden de que se acostase. Daban las dos de la madrugada, y aun continuaba el sabio leyendo aquel original trozo de análisis que Roberto había titulado *Memoria sobre él mismo*, y cuyo título propio y exacto hubiera sido: *Confesión de un joven del dia.*

IV

CONFESIÓN DE UN JOVEN DEL DÍA

«*Cárcel de Riom, Enero 1887.*

»Escribo para usted, querido maestro, esta Memoria, que no he querido dar a mi abogado defensor, a pesar de las súplicas de mi madre. Se la envío a usted, que tan poco me conoce por mis hechos—¡y en qué momento de mi vida!—, por la razón misma que me impulsó a remitirle mi primer trabajo.

»Entre usted, el maestro ilustre, y yo, el discípulo acusado del crimen más infame, existe un lazo que los hombres no comprenderían, que tal vez ignora usted mismo, y que yo veo y siento, tan estrecho como *irrompible*. ¡Yo he vivido con el pensamiento y del pensamiento de usted, tan completamente, tan apasionadamente en el período más decisivo de mi existencia! Ahora, en medio de las angustias de mi agonía intelectual vuelvo mis ojos hacia usted como hacia el sér único de quien yo puedo solicitar y esperar un auxilio y un consuelo. ¡Oh! No me desprecie usted, querido y venerado maestro, y crea que las perturbaciones terribles en que me retuerzo no son

producidas por el vano aparato de la justicia que me rodea.

»No sería yo digno del nombre de filósofo si desde hace mucho tiempo no hubiese aprendido a considerar mi pensamiento como la sola realidad con que puedo contar y el mundo externo como una indiferente y fatal serie de apariencias.

»Desde que cumplí diecisiete años, he adoptado por regla repetirme a mí mismo, en los momentos de contrariedad, grande o pequeña, la fórmula de nuestro querido Spinosa: «La fuerza en virtud de la »cual persevera el hombre en su existencia es muy »limitada, la de las causas exteriores la excede infini»tamente.»

»Dentro de seis semanas seré condenado a muerte por este crimen, del cual soy inocente, aunque no puedo justificarme, y ya comprenderá usted por qué después de haber leído estas páginas. Iré al patíbulo sin temblar. Sobrellevaré este acontecimiento desagradable con el mismo esfuerzo de sangre fría que si un médico, después de haberme consultado, me diagnosticase una enfermedad, ya muy adelantada, del corazón. Una vez condenado, será preciso que yo venza: primero, la rebelión del animal; después, el dolor de mi madre. He aprendido en los libros de usted el remedio contra ese linaje de pruebas, y oponiendo el sentimiento de la inquebrantable necesidad a la imagen de una muerte próxima, atenuando la vista del dolor de mi madre con el recuerdo preciso de las leyes psicológicas del consuelo, llegaré a una tranquilidad relativa. Algunas frases de usted bastarían para ello; por ejemplo, aquellas del capí-

tulo quinto del libro segundo de la obra de usted *Anatomía de la voluntad*, que me he aprendido de memoria: «El universal y recíproco enlace de los fe-»nómenos da por resultado que sobre cada uno de »ellos gravita el peso de todos los otros, de suerte »que cada partícula del universo puede ser, en cada »segundo, como un resumen de todo lo que ha sido, »de todo lo que es y de todo lo que será. En este »concepto es lícito decir que el mundo es eterno en »sus pormenores y en el conjunto.» ¡Qué frase! ¡Cómo envuelve, y afirma, y demuestra que todo es necesario en nosotros y en rededor nuestro, toda vez que nosotros somos una partícula y un órgano de ese mundo eterno! ¡Ay! ¿Por qué esa idea tan lúcida, tan clara, a los ojos de mi espíritu, cuando razona, como debe razonarse, con la cabeza, y a la que yo asiento y me adhiero con toda la fuerza de mi sér, no puede destruir en mí una especie de padecimiento tan particular, que se apodera de mi corazón, cuando me acuerdo del drama que he presenciado, de ciertas acciones que yo he querido y de otras cuyo autor soy, aunque indirectamente? Para expresarlo a usted todo, en una palabra, querido maestro, aunque, vuelvo a decirlo, yo no haya matado a la señorita de Jussat, me he visto mezclado de un modo muy íntimo al drama de su envenenamiento, y tengo remordimientos, siendo así que las doctrinas en las cuales creo, las verdades que sé, las convicciones que forman lo esencial de mi inteligencia me enseñan a considerar el remordimiento como la más insignificante de las ilusiones humanas. Estas convicciones son impotentes para prestarme esa paz, esa certi-

dumbre, que eran la mía. Dudo con mi corazón de lo que mi inteligencia reconoce como verdad. No creo que para un hombre, cuya juventud entera fué consumida por pasiones intelectuales, existe un suplicio más horroroso que este mío. Pero, ¿para qué intento traducir a usted en lenguaje literario un estado mental que pretendo justamente exponer con sus pormenores, a usted, al gran conocedor de las dolencias del alma, para que me dé el consuelo único que puede favorecerme, una palabra que me explique a mí mismo lo que hallo inexplicable, que me asegure que no soy un monstruo, que me sostenga en el desarrollo de mis creencias, que me pruebe que no estoy equivocado desde hace años, adhiriendo a la nueva doctrina toda la energía de una persona sincera? En fin, querido maestro, soy muy miserable y necesito contar toda mi miseria. ¿Y a quién dirigirme sino a usted, ya que no puedo prometerme que seré inteligible para nadie sino para el psicólogo de quien soy discípulo?

»Desde hace dos meses, poco más o menos, que vivo en esta cárcel, el instante en que determiné escribir a usted esta Memoria ha sido el único en que me he encontrado yo tal cual era antes de ocurrir este terrible acontecimiento. Había yo intentado engolfarme en algunos trabajos de orden puramente abstracto, pero sin poder conseguirlo. En eso habré ganado, por lo menos, la posibilidad de escribir para usted estas páginas sin que nadie me vigile. Cuatro días hace que solamente pienso en esto y, gracias sin duda a usted, recobro la fuerza y el vigor de mi pensamiento. Hasta he probado un poco de

aquel placer que yo experimentaba en otro tiempo cuando escribí mi primer ensayo, al tornar hoy, para emprender este trabajo, a la severidad fría de mi método, es decir, del método de usted. Ayer puse en el papel el plan de esta monografía de *mi yo* actual, adoptando la división por parágrafos que usted ha seguido siempre en los suyos. He confirmado el vigor persistente de mi reflexión, reconstruyendo mi vida desde su origen, como podría resolver, por procedimiento sintético, un problema geométrico. Ahora veo de un modo claro y distinto que la crisis porque atravieso tiene por factores: primeramente, la herencia; después, un medio de ideas, el medio en que he crecido; después, otro medio de hechos, el medio a que me he trasplantado al entrar en la casa de los Jussat-Randon. La crisis en sí misma y las dudas que ella produce en mí será la materia de este último trozo de mi estudio, al que procuraré desembarazar del parasitismo de recuerdos insignificantes, a los que un maestro contemporáneo llama *las generatrices*. Cuando menos, habré proporcionado a usted un documento exacto sobre las maneras de sentir que yo creí en otro tiempo muy curiosas y muy raras, y hasta de gran precio, y habré probado a usted dos veces por mi confianza en la absoluta discreción de usted y por la solicitud de apoyo filosófico que a usted dirijo, lo que usted ha sido para el que escribe estas líneas y, después de pedir a usted perdón por este largo preámbulo, da principio a su propia disección. Cuando la termine, yo procuraré y espero lograr que usted la perciba.

§ I.—Mis herencias.

»Los sucesos más remotos que conservo en la memoria sobre mi pasado, me demuestran que mi facultad dominante, la que se hallaba presente a través de todas las crisis de mi existencia, pequeñas o grandes, como hoy mismo se halla, ha sido la facultad, quiero decir, el poder y la necesidad de *duplicarme*, de ser dos en uno. Siempre existía en mí dos personas distintas: una que iba, venía, obraba, sentía... y otra que miraba a la primera ir y venir y sentir y obrar, con curiosidad impasible. En estos momentos mismos, sabiendo yo que estoy aquí, en la cárcel, acusado de un crimen espantoso, deshonrado y lleno también de amarguras; sabiendo que soy yo, yo mismo, Roberto Greslou, nacido en Clermont en 5 de Septiembre de 1865... y no otro cualquiera... pienso en esta situación como en un espectáculo al cual fuese yo completemente ajeno... Pero ¿me expreso con propiedad cuando empleo el vocablo *yo?* Evidentemente no. Porque mi *yo* verdadero no es, para hablar con exactitud, ni el que está padeciendo, ni el que mira los padecimientos. ¡Ah! *Yo*, mi verdadero *yo*, está compuesto de esos dos y he tenido de esta dualidad una percepción muy clara, aun no siendo capaz entonces de explicarme esta disposición psicológica, exagerada hasta la anomalía, desde mi infancia; esa infancia cuyo recuerdo quiero evocar ahora procurando prescindir de cuanto hoy me ocurrre, y narrarlo con la imparcialidad del historiador más desinteresado.

»Mis primeros recuerdos me representan la ciudad de Clermont-Ferrand, y en ella una casa que daba a un paseo, ahora muy variado por la reciente construcción del colegio de artillería: la carrera de Sablón. La casa estaba labrada, como todas las de la ciudad, en esa piedra de color gris al principio y negruzco después, que presta a las calles tortuosas de Clermont una fisonomía de población de la Edad Media. Mi padre, a quien perdí muy joven, era oriundo de Lorena. Desempeñaba en Clermont el cargo de ingeniero de caminos. Era hombre débil, valetudinario, de barba rala, en una fisonomía severa y melancólica que me enternece aún, cuando le recuerdo, después de tantos años. Paréceme verle todavía en su despacho, por cuyas ventanas se descubría la gran llanura del Limagne, con la linda altura de Crouël muy cerca, y a lo lejos la línea sombría de las montañas de Fórez. La estación del ferrocarril estaba próxima a nuestra casa, y el silbido de las locomotoras llegaba con mucha frecuencia hasta aquel despacho tranquilo. Estaba yo generalmente sentado en la alfombra, a la chimenea, jugando sin hacer ruido, y aquella señal aguda y penetrante causaba en mi sistema nervioso una impresión extraña de misterio, de alejamiento, como de una huída del tiempo y de la existencia. Mi padre trazaba con tiza sobre el encerado o tablero negro signos enigmáticos para mí, figuras de geometría o fórmulas algebraicas con aquella limpieza en los rasgos de las curvas o en las letras de los polinomios que revelaba el método habitual en todo su sér. En otras ocasiones solía escribir de pie en una mesa alta, de las que sirven para dibujantes o te-

nedores de libros; mesa que mi padre prefería a la de su escritorio. Esa mesa alta se componía solamente de un gran tablero ancho, de pino sin pintar, colocado sobre dos caballetes. Sus grandes libros de matemáticas, esmerada y cuidadosamente colocados en su biblioteca; los fríos rostros de los sabios, cuyos retratos tallados en madera eran los únicos objetos de arte que adornaban las paredes; el reloj, que representaba un globo terráqueo, dos cartas astronómicas pendientes de la mesa de escritorio y sobre esta mesa la regla de cálculo, con sus cifras grabadas y su *nonius* de cobre, las escuadras, los compases—evoco voluntario y fácilmente los pormenores de aquella estancia, en la cual todo se había calculado—y estas imágenes me ayudan a comprender cómo desde los años primeros de mi infancia el ensueño de una existencia puramente ideal y contemplativa se labró en mí, favorecido, sin duda, por la predisposición de la herencia. Mis meditaciones posteriores me han hecho reconocer en muchos rasgos de mi carácter el resultado, transmitido en forma instintiva de la vida, consagrada exclusivamente a estudios abstractos, que mi padre llevaba. Yo, por ejemplo, he sentido siempre un aborrecimiento singular a la acción, por insignificante que fuese, de tal modo, que el hacer una sencilla visita me causaba en otro tiempo palpitaciones de corazón y los más ligeros ejercicios físicos me eran intolerables. Entrar en lucha abierta con otra persona, aunque fuese para discutir las ideas que yo más estimaba, me parecía, y aún hoy me parece, cosa casi imposible. Este horror a la acción se explica por el abuso de trabajo cerebral que, excesivamente prolon-

gado, aisla al hombre en medio de las realidades que sobrelleva difícilmente, porque no tiene la costumbre de estar en contacto con ellas. Comprendo que esta dificultad de adaptación al hecho procede en mí de mi pobre padre; de él proviene también esta facultad de generalizar, que es la potencia, pero al mismo tiempo, la manía de mi pensamiento; obra suya es asimismo una preponderancia enfermiza del sistema nervioso, que hace a mi voluntad tan loca en ciertos momentos. Mi padre, que debía morir muy joven, no había sido nunca robusto. Hubo de sufrir, en la edad del desarrollo físico, la prueba de la preparación de ingreso en la Escuela Politécnica; preparación mortal para la salud más resistente. De hombros estrechos, de miembros empobrecidos por largas vigilias de meditaciones sedentarias, aquel sabio de manos transparentes parecía tener en las venas, en vez de glóbulos rojos de sangre vigorosa, un poco de polvo de la tiza que tan frecuentemente usaba. No me legó músculos capaces de contrabalancear la excitabilidad de mis nervios, de manera que le debo, a más de esta facultad de abstracción que me hacía tan dificultosa a actividad más insignificante, una especie de intemperancia de desenfrenados deseos. Siempre que he deseado con ardor me ha sido imposible reprimir ese linaje de concupiscencia. Una de las hipótesis que más a menudo se me han ocurrido cuando me analizaba a mí mismo, es la de que las naturalezas abstractas son menos capaces que otras de resistir a la pasión, cuando esta pasión se despierta, quizá porque la relación diaria entre la acción y el pensamiento están en ellas quebrantada y rota. Los fanáti-

cos darían una prueba evidente de esto. He visto a mi padre, de ordinario dulce y sufrido, arrebatarse a veces por la cólera, con tal violencia, que le hacía desvanecerse. En este concepto soy también hijo de mi buen padre, y pasando por él, soy al propio tiempo el sucesor de mi abuelo, algo desequilibrado, especie de hombre de carácter primitivo, casi un aldeano, que llegó, a fuerza de invenciones mecánicas, a una media fortuna de ingeniero civil, y que después quedó arruinado a consecuencia de numerosos pleitos. De esta rama de mis ascendientes ha existido siempre un elemento peligroso, alguna cosa desencadenada a ratos al lado de un entendimiento constante. En algún tiempo he considerado como un estado superior esta doble naturaleza: el ardor posible de la pasión, unida a esta energía continua del pensamiento abstracto. He soñado con ser, a un tiempo mismo, febril y lúcido, sujeto y objeto, como dicen los alemanes, de mi análisis: el sujeto que se estudia a sí mismo y halla en ese estudio un medio de exaltación a la vez y de desarrollo científico. ¡Ay! ¿Adónde me ha conducido esta quimera? Pero no es esta la ocasión de hablar de los efectos; estamos todavía en las causas.

»Entre las circunstancias que obraron sobre mí durante mi niñez, he aquí una de las que juzgo más importantes: todos los domingos, de mañana, así que pude leer, comenzó mi madre a llevarme con ella a misa. Celebrábase esta misa a las ocho en la iglesia de Capuchinos, recientemente levantada sobre un paseo de plátanos que sube desde la carrera de Sablón a la plaza del Toro, siguiendo todo lo largo del Jardín de Plantas. A la puerta de esta iglesia ha-

llábase sentada, ante una tienda ambulante, una vendedora de bollos, a quien llamaban la tía Girard, y a quien yo conocía muy bien, porque en primavera solía comprarle varitas de las que colgaban cuatro o cinco cerezas unidas por hilo blanco. Eran siempre las primeras de su clase que yo comía en la estación. Aquella golosina, agria y fresca, fué una de las sensualidades de mi niñez, y hubiera podido ser, para alguno que me hubiese observado, ocasión de fijarse en ese frenesí del deseo de que he hablado a usted hace poco. Yo estaba casi calenturiento siempre que me dirigía al puesto. No era esta la única razón que me hizo preferir la iglesia de Capuchinos, con su arquitectura sencillísima, a las criptas subterráneas de Nuestra Señora del Puerto y a las bóvedas de la catedral sostenidas por elegantes columnas estriadas. En la iglesia de Capuchinos el coro permanecía cerrado. Durante los oficios, voces invisibles entonaban, detrás de las rejas, cánticos que conmovían de un modo extraño mi imaginación de niño; antojábanseme tan lejanas aquellas voces como si viniesen de un abismo o de una tumba. Veía yo a mi madre a mi lado rezar con el ardor sostenido que en todos sus actos se manifiesta, y pensaba yo en que mi padre no estaba allí y en que jamás él iba a la iglesia. Torturábase mi cabeza infantil pensando en esta ausencia, y se torturaba tanto, que un día pregunté a mi madre.

»—¿Por qué no viene papá a misa con nosotros?

»Con mis ojos investigadores de niño advertí, sin trabajo, el apuro en que aquella pregunta colocaba a mi madre. Salió de él, sin embargo, con una respues-

ta parecida a otras muchas que me han dado después sus labios de mujer especialmente enamorada de principios fijos de obediencia:

»—Tu padre oye otra misa, a su hora; además, ya te he dicho que los niños no deben preguntar por qué sus padres hacen tal o cual cosa.

»Todas las diferencias espirituales que a mi madre y a mí nos han separado, estaban contenidas en esta frase, que pronunció en una mañana muy fría de invierno, cuando regresábamos a casa pasando bajo los árboles de la carrera de Sablón. Me parece que aún veo su peinado, sus manos dentro del manguito forrado de seda obscura, del que salía a medias su devocionario, y la sinceridad de su expresión hasta cuando decía aquella piadosa mentira, y, sobre todo, cuando me repitió: «no se debe nunca preguntar el por qué.» Veo ahora mismo sus ojos, que tantas veces, desde entonces, me han mirado con esa mirada que no me comprendía, y desde aquella época no sospechaba ella nada de mi infantil naturaleza meditativa, para la cual pensar equivalía a preguntarse siempre y con motivo de todo: ¿Por qué?... Sí, ¿por qué mi madre me había engañado...? Porque yo sabía de sobra que mi padre no iba a misa ninguna. ¿Y por qué no iba...? En tanto que los tristes y graves acentos de las monjas ocultas entonaban las respuestas de la misa, engolfábame yo en meditaciones sobre este problema. Sabía yo, sin precisar bien los motivos de esta superioridad, que mi padre figuraba entre los primeros hombres de Clermont. ¡Cuántas veces, en paseo, habíamos sido detenidos él y yo por algún amigo que, acariciándome la mejilla, me decía: «Y

qué, ¿llegaremos a ser un gran sabio como papá?» Cuando mi madre le pedía parecer, era siempre para escucharle con la sumisión de un íntimo respeto. Era, pues, evidente que mi madre encontraba muy natural que su marido no realizase determinados actos del culto obligatorios para nosotros. No teníamos, pues, idénticos deberes nosotros y él. Esta idea no aparecía formulada entonces en mi cerebro de niño con tanta claridad; pero dejaba en él un germen de lo que sería, andando el tiempo, una de las convicciones de mi juventud; es, a saber, que no rige la misma regla para los hombres muy inteligentes y para los otros. Allí fué, en aquella iglesia pequeña, mientras yo permanecía dócilmente arrodillado, donde tomó cuerpo el gran principio de mi vida: no considerar como ley para los hombres que pensamos lo que sí debe ser ley para los que no piensan; así como en aquella edad misma recibí de las conversaciones con mi padre, mientras paseábamos, el germen primero de mi conocimiento científico del mundo.

»La campiña en los alrededores de Clermont, es maravillosa, y si bien yo soy, al revés de los poetas, hombre para quien el mundo exterior apenas existe, he conservado siempre en el fondo de mi memoria la imagen de los horizontes que rodean aquellos paseos. La ciudad que mira, por un lado, la llanura del Limagne, únese por el otro con las últimas estribaciones de la próxima cordillera. La cortadura de los cráteres de volcanes apagados, los productos de las erupciones calcinadas, los lechos de lava ya fría, dan a las líneas de aquellas montañas volcánicas cierta semejanza con los paisajes que el telescopio descu-

bre en el cadáver del planeta llamado la luna. Colúmbrase allá abajo salvaje y grandioso recuerdo de las más terribles convulsiones del globo, y aquí el paisaje más lindo de caminos pedregosos y de arroyuelos que murmuran bajo las ramas y entre los castaños. Las mayores dichas de mi niñez han consistido en esas interminables correrías con mi padre por todas las sendas que van desde Crouël a Gergovie, de Royat a Durtol, de Beaumont a Gravenoire. Sólo con escribir esos nombres mi corazón se rejuvenece. Heme aquí el muchachuelo que un retrato conservado me muestra, con sus cabellos largos, cubiertas sus piernas con polainas de hilo, que camina agarrado a la mano de su padre. ¿De dónde venían al sabio matemático, al hombre de gabinete y de reflexión abstracta, aquellas aficiones al campo? He pensado mucho en eso después de aquella época, y creo haber descubierto con este motivo una ley poco conocida del desenvolvimiento de los espíritus: nuestras aficiones de la juventud persisten hasta en el caso de habernos desarrollado en sentido contrario a ellas, y seguimos practicando esas aficiones mismas justificándolas con razonamientos intelectuales y que las excluirían. Me explicaré: mi padre era aficionado al campo, naturalmente, porque había sido educado en una aldea, porque desde pequeñito había pasado horas enteras al borde de los arroyos entre insectos y flores. En vez de abandonarse lisa y llanamente a esas aficiones, mezclaba con ellas sus preocupaciones de sabio. No se hubiera perdonado nunca mi padre ir a la montaña sin estudiar en ella la formación de un terreno; mirar una flor sin determinar los caracteres

y el nombre de la misma; recoger un insecto sin acordarse de la familia y de las costumbres del animal.

»Merced al rigor de su método había llegado así a un conocimiento perfectísimo de toda la comarca, y cuando paseábamos juntos, ese conocimiento era la materia única de nuestra conversación. El paisaje de las montañas le daba pretexto para explicarme las revoluciones de la tierra; desde aquí pasaba, sin esfuerzo, con una claridad de expresión tal que me hacía perceptible estas ideas, a la hipótesis de Laplace sobre la nebulosa, y yo veía distintamente con los ojos de la imaginación las protuberancias planetarias escapándose del inflamado núcleo de aquel sol ardiente en rotación. El cielo de la noche, en los hermosos meses del verano, convertíase en una especie de mapa, que mi padre descifraba para mis ojos de diez años, y donde yo distinguía la estrella polar, las siete estrellas del Carro, la estrella Sirio, todos esos mundos formidables e inaccesibles, cuyo volumen, cuya posición y hasta cuyos metales conoce ya la ciencia humana.

«Lo mismo sucedía con las flores que él me enseñaba a colocar en un herbario; con las rocas que partía yo, bajo su dirección, con un martillito de hierro; con los insectos que yo alimentaba o clavaba con alfileres, según los casos. Mucho tiempo antes de que se practicase en los colegios la enseñanza objetiva, aplicaba mi padre a mi educación primaria su máxima fundamental: «No encontrar nada de lo cual no se dé cuenta científicamente.» Conservaba así el carácter campesino de sus primeras impresiones con

la precisión adquirida en sus estudios matemáticos. A esta enseñanza atribuyo el precoz espíritu de análisis que se desarrolló en mí desde mi adolescencia, y que indudablemente se hubiera vuelto hacia los estudios positivos si no hubiese muerto mi padre. Pero no debía acabar esta educación emprendida, según su plan razonado, cuyas huellas he hallado después entre sus papeles. Precisamente en una de esas correrías y durante uno de los más ardorosos días de estío del año en que yo había cumplido diez, fuimos sorprendidos ambos por una tormenta que nos caló hasta los huesos. Tal vez mi padre se enfrió en el tiempo que empleamos para volver a casa. Por la noche sentía escalofríos; dos días después se le declaró una pleuresía, y a la semana siguiente había muerto.

»Como deseo, en esta indicación sumaria de las causas que me han formado de joven, evitar a toda costa lo que más aborrezco en el mundo, el aparato de sentimentalismo subjetivo, no he de contar a usted, querido maestro, otros pormenores sobre aquella muerte. Húbolos muy lastimosos y muy tristes; pero yo no sentí toda mi tristeza sino mucho después. Me acuerdo de que, a pesar de ser yo un muchacho muy crecido y muy desarrollado, experimenté entonces más asombro que aflicción. Hoy es cuando siento en realidad y echo de menos a mi padre y comprendo lo que perdí al perderle. Creo haber explicado a usted con toda claridad lo que le debo: el gusto y la facilidad de la abstracción; el amor a la vida intelectual; la fe en la ciencia y el precoz manejo del método; esto, por lo que respecta al espíritu.

En cuanto al carácter, debo a mi padre la adivinación primera del orgullo de pensar, y también un elemento algo enfermizo; esta dificultad de obrar, uno de cuyos resultados es la dificultad de resistir a las pasiones cuando éstas nos arrastran.

»Mucho celebraría yo poder definir con claridad idéntica y con la misma precisión lo que creo deber a mi madre. Y observo, desde luego, un hecho: el de que esta segunda influencia obraba en mí por reacción, en tanto que la primera había obrado directamente. Para hablar con verdad, debo decir que esta reacción no principió hasta el día en que, al quedar viuda, se propuso dirigirme ella misma. Hasta entonces mi madre me había abandonado por completo a la educación paternal. Parecerá extraño, sin duda, que viviendo ella y yo solos en el mundo, ella, tan enérgica, tan amante, y yo tan joven, no hayamos vivido, al menos algún día, en completa comunicación de corazones.

»Existe, efectivamente, una psicología rudimentaria para la cual esta palabra: madre e hijo, equivale a ternura absoluta, inteligencia íntima de dos almas. Tal vez sucederá así en las familias de tradición antigua, aunque en la naturaleza humana no creo en lo que supondría una sencillez completa de relaciones entre personas de edad y sexo diferente. Sea de esto lo que fuere, es la verdad que en las familias más ricas, bajo las apariencias corteses de una etiqueta convencional, ocúltanse los más crueles casos de divorcios secretos, de profundas divergencias y hasta de odios, que se comprenden perfectamente pensando en su origen. Ocurren desde hace cien años

cruzamientos de provincia a provincia y de raza a raza, con que se ha cargado nuestra sangre, la de casi todos, de herencias contradictorias. Gentes hay que se encuentran con que nominalmente son de la misma familia y que no tienen ni un solo rasgo común en su estructura mental y moral; como es natural, la intimidad diaria entre tales seres es una causa de conflictos cotidianos o de distensión constante. Mi madre y yo somos un ejemplo de este caso; ejemplo que llamaría yo excelente si el placer de encontrar la prueba muy clara de una ley psicológica no fuese acompañado, en el caso actual, del profundo dolor de haber sido su víctima.

»Mi padre, ya se lo he dicho a usted, era antiguo alumno de la Escuela politécnica e hijo de un ingeniero civil. También he dicho a usted que ambos eran oriundos de Lorena. Existe un proverbio que dice: «Lorenés, traidor al monarca y a Dios también.» Este epigrama expresa, en inicua forma, la observación justificada de que flota algo muy complejo en el espíritu de esa población fronteriza. Los loreneses han vivido siempre en la línea divisoria de dos razas y de dos existencias: la francesa y la germánica. ¿Qué es el gusto de la traición, por otra parte, sino una depravación de otro gusto, admirable desde el punto de vista intelectual: el de las complicaciones sentimentales? Por lo que se refiere a mí, atribuyo a ese atavismo el poder de *duplicación*, del cual he hablado a usted al comenzar este análisis. Diré más: diré que he gustado muy a menudo, cuando era pequeño, placeres muy extraños de fingimiento desinteresado que procedían evidentemente

del mismo principio. Me ha sucedido referir a mis compañeros todo género de pormenores inexactos con respecto a mí mismo, sobre el pueblo de mi nacimiento, sobre el pueblo natal de mi padre, sobre tal o cual paseo que acababa de dar; y no por vanagloria o jactancia, no, sencillamente para ser *otro*.

»He experimentado después voluptuosidad singular en exponer opiniones completamente opuestas a las que consideraba yo como verdaderas, y exponerlas por el mismo extraño motivo. Desempeñar un papel distinto de mi verdadera naturaleza parecíame un enriquecimiento de mi persona; ¡tan persuadido estaba yo de que determinarse en un carácter, en una creencia, en una pasión, es limitarse! Mi madre es una mujer del Mediodía, absolutamente rebelde a toda complejidad y para quien solamente las ideas de las cosas son inteligibles. En su imaginación, las formas de la vida se reproducen concretas, precisas y sencillas. Cuando piensa en la religión, ve su iglesia, su confesonario, la sabanilla del altar, los clérigos que ha conocido, el catecismo en el que estudió siendo niña. Cuando piensa en una carrera, ve la actividad positiva y los beneficios. El profesorado, por ejemplo, en que mi madre ha querido que yo entrara, era para ella el señor de Limasset, el profesor de matemáticas amigo de mi padre. Me veía ya mi madre, parecido a Limasset, atravesando la ciudad dos veces al día con cazadora de alpaca y sombrero de jipijapa en verano, y en invierno calzando chanclos y abrigado el cuerpo con un gabán entretelado, y todo esto con un sueldo fijo, con los ingresos pro-

ducidos por lecciones particulares y con la seguridad grata de una jubilación.

»Estudiando a mi madre he podido comprender hasta qué punto las imaginaciones de esta índole incapacitan a los que las tienen para figurarse el interior de otras almas. Dícese a menudo de esas personas que son despóticas, o que tienen mal carácter. En realidad, esas personas se hallan delante de las personas a quienes tratan como un niño delante de un reloj: ve moverse las manecillas; pero no sabe una palabra del mecanismo que produce ese movimiento.

»De esto, a violentar la marcha del horario y del minutero, y a estropear los muelles del reloj cuando no van a su gusto, no hay más distancia que el grueso de la impaciencia del niño.

»Mi pobre madre fué eso para mí, y lo fué desde la semana siguiente al fallecimiento de mi padre. Casi de repente me encontré, con respecto a ella, en un estado de malestar y de incomodidad indefinibles, pero sin que un hecho determinado hubiese dado cuerpo a esa molestia. La primera circunstancia que me abrió los ojos con respecto al divorcio iniciado entre nosotros—en la medida naturalmente en que mi cabeza de muchacho podía abrir sus ojos entonces—sobrevino una tarde de otoño, unos cuatro meses después de la muerte de mi padre. La impresión recibida fué tan profunda, que la recuerdo como si la hubiera recibido ayer. Habíamos tenido precisión, muerto mi padre, de mudarnos de casa; habíamos alquilado, pues, el tercer piso de una casa sita en la calle de Billard, callejuela estrecha que ro-

dea los soportales de la plaza de los *Arbolillos*, delante del palacio del Gobierno civil. Mi madre había escogido esta casa por la existencia de cierto balcón, en el que estaba yo precisamente disponiéndome a jugar aquella tarde. Mi juego, y usted reconocerá en esto el carácter científico impreso por mi padre a mi imaginación infantil, consistía en conducir una piedra, en la que yo representaba un gran explorador, de un extremo a otro del balcón, y entre otras piedras cogidas de los tiestos. Estas otras piedras representaban: las unas, ciudades; las otras, animales curiosos, cuya descripción había yo leído. Una de las ventanas de la sala principal daba a ese balcón. Dicha ventana estaba entreabierta, y como mi juego me hubiese llevado, sin yo pensarlo, hasta allá; oí que mi madre hablaba de mí con otra señora. No pude resistirme a escuchar, palpitándome el corazón como me ha sucedido mucho tiempo a la idea de mi personalidad juzgada por las otras. Tiempo adelante he comprendido que entre nuestro verdadero sér, y la impresión que producimos en nuestros parientes y aún en nuestros amigos, no hay más semejanza que la que existe entre el color exacto de nuestra cara y el color de su imagen en un espejo azulado, verde o amarillo.

»—Acaso—decía la señora que visitaba a mi madre—, acaso está usted equivocada en lo que piensa de ese pobre Roberto; a los diez años puede haberse formado tan poco...

»—Que Dios la oiga a usted—respondió mi madre—; pero temo que ese niño no tenga corazón. No puede usted figurarse lo insensible que estuvo cuan-

do la muerte de su padre... Al día siguiente parecía que ni siquiera pensaba en él... Y desde entonces... ni una palabra nunca... Vamos, ya comprende usted, una de esas palabras por las cuales se ve que uno se acuerda de los muertos... Cuando le hablo de su padre, apenas me contesta... Diríase que no ha conocido nunca a ese hombre querido que tan bueno era para él.

»En alguna parte he leído que Merimée, siendo muy niño todavía, había sido severamente reñido en cierta ocasión por su madre, la cual le hizo salir del cuarto en que ambos se hallaban, y que no bien desapareció el chico se echó a reir a carcajadas. Merimée oyó aquella risa y comprendió que lo del enojo había sido una comedia; entonces sintió que se formaba en su corazón un pliegue de desconfianza que no desapareció jamás. Esta anécdota me impresionó mucho cuando la leí. La impresión del escritor famoso era extraordinariamente análoga al efecto producido en mí por el trozo de confidencia que yo había oído desde el balcón. Era muy cierto que yo no hablaba nunca de mi padre; pero, ¡qué falso era que yo le hubiese olvidado! Muy al contrario... pensaba en él constantemente. Yo no recorría una calle, no atravesaba un paseo, no miraba uno de nuestros muebles sin que el recuerdo del muerto se despertase en mí con una tenacidad que me hacía daño. Mezclábanse con este recuerdo constante un sentimiento de asombro y de espanto porque mi padre hubiese desaparecido para siempre, y esto, y aquello y todo se confundían en una especie de aprensión angustiosa que ponía a mi boca un sello siempre que alguien me

hablaba de él. Ahora comprendo perfectamente que este trabajo singular y complicado de mi pensamiento no podía ser conocido por mi madre. En aquel momento, y cuando la oí condenar mi corazón, experimenté una humillación profunda. Parecióme que expresándose así no se conducía conmigo como debía conducirse. La encontré injusta, y por una timidez de muchachuelo feroz aún y poco domesticado, lejos de procurar, por mi conveniencia propia, desengañar a mi madre y hacerle conocer que se había equivocado al juzgarme, me irrité contra su injusticia. Desde aquel momento nació en mí una imposibilidad de mostrarse jamás a ella tal cual yo era. Comprendí, y así ocurrió siempre, que cuando los ojos de mi madre se fijasen en los míos para buscar en ellos mis emociones, sentiría yo necesidad irresistible de ocultarle mi pensamiento íntimo.

»Esta fué la primera escena, si es lícito dar nombre tan grande a cosa tan pequeña, y no tardó mucho en sobrevenir la segunda, de la cual levanto acta también, a pesar de su aparente insignificancia. Los niños no serían niños si los sucesos importantes de su sensibilidad no fuesen pueriles. Yo era, en aquella época, muy aficionado a la lectura, y la casualidad había puesto en mis manos algunos libros muy diferentes de los que suelen dar de premio en las solemnidades de los colegios. Diré a usted cómo: aunque mi padre, en su condición de matemático, no poseía profundos conocimientos literarios, tenía predilección por ciertos autores que él comprendía a su manera; y al hallar y estudiar algún tiempo después muchas de las notas íntimas de mi padre acerca de

esos autores, he podido apreciar hasta qué grado las sensaciones de las literaturas son personales, irreductibles, incomensurable, empleando esta voz tomada de su ciencia favorita, es decir, que no existe medida común entre las razones por las cuales dos inteligencias se agradan o se desagradan de un mismo escritor.

»Entre otras obras, mi padre tenía en su biblioteca una traducción de Shakespeare, en dos tomos, sobre los cuales, colocados a manera de almohadón, me sentaba para levantar mi silla hasta la altura de la mesa, al comenzar yo a comer con mis padres. Dejáronme después, sin reparar en ello siquiera, manejar aquellos tomos, ilustrados con grabados, que fueron pronto estímulo a mi curiosidad para leer algunos trozos del texto. Era unas veces lady Macbeth, frotándose los dedos ante la mirada de espanto del médico y de una criada; era otras Otelo penetrando, puñal en mano, en la habitación de Desdémona e inclinando su negro rostro sobre aquella blanca figura dormida; ya el rey Lear, destrozando sus ropas al resplandor de los relámpagos; ya Ricardo III, acostado en su tienda y rodeado de espectros. Y del texto a que correspondían aquellos grabados leí tantos y tantos trozos, que acabé familiarizándome, antes de cumplir los diez años, con aquellos dramas que exaltaban mi imaginación en lo que podía yo comprender, sin duda porque fueron escritos para concurrencias populares, y tienen un elemento de poesía primitiva y una tosquedad infantil. Enamorábanme aquellos reyes que desfilaban, alegres o desesperados, a la cabeza de su ejército; que perdían o

ganaban batallas en algunos minutos; aquellas matanzas, acompañadas de trompetería entre las banderas desplegadas y las apariciones; aquellos viajes rapidísimos de un país a otro, y aquella geografía puramente fantástica. En una palabra, cuanto hay de compendioso y casi rudimentario en los dramas, y más particularmente en las crónicas, me encantaba; y me encantaba de tal modo, que cuando me quedaba solo me sucedía muchas veces ponerme a representarlas con sillas, que se convertían para mí en Jorik, Lancastre, Warwick o Glocester... ¡Oh sencillez...! Por su parte, mi padre, cuyas repugnancias de geómetra relativamente a las dolorosas realidades de la vida eran extremadas, había saboreado en Shakespeare la parte conmovedora y pura, los perfiles de mujer de una delicadeza admirable; Imógena y Desdémona, Cordelia y Rosalinda habíanle agradado, por raras que puedan parecer estas afirmaciones, por las razones mismas que le hacían agradables las novelas de Dickens, las de Topffer y hasta las pueriliidades de Florián y de Berquin.

»He aquí contrastes que prueban la incoherencia de los juicios artísticos fundados únicamente en la impresión sentimental. Yo leía también todos esos libros, y por añadidura los de Walter Scott, como las narraciones campesinas de Jorge Sand en una edición también ilustrada. Es verdad que más me hubiera valido no alimentar mi imaginación con elementos tan heterogéneos, y hasta tan peligrosos algunos; pero mi edad no me permitía comprender sino muy exigua parte de ellos, y, a más de esto, mientras mi padre trabajaba en su pizarra negra dis-

poniéndose a desenvolver sus fórmulas, creo que hubieran podido caer rayos sobre la casa sin que él se percatase de nada; tan absorto se encontraba en alas del demonio de la abstracción. Mi madre, para quien ese demonio era tan desconocido como el monstruo del Apocalipsis, no tardó mucho, luego que pasaron las primeras horas de nuestro aturdimiento, en registrar el cuarto en que yo trabajaba, y debajo de un tema principiado encontró un libro abierto; era el *Ivanhoe*, de Scott. «—¿Qué libro es este?—me preguntó.—¿Quién te ha dado permiso para tomarlo? «—Ya le había leído—respondí. «—¿Y estos otros? —prosiguió mi madre registrando la biblioteca reducida que, al lado de mis librejos de estudiante contenía: además del *Shakspeare*, las *Novelas ginebrinas*, *Nicolás Nickleby*, *Rob-Roi* y *La charca del diablo*. —Esto no es propio de tu edad—prosiguió—y vas a hacerme el favor de llevar conmigo estos libros a la sala para encerrarlos allí en la biblioteca de tu padre.

»Me parece estarme viendo ocupado en la operación de trasbordar, de tres en tres, los tomos de la biblioteca, algunos de los cuales eran demasiado pesados para mis bracillos, poco robustos, a la habitación llena de polvo y de telas de araña que tenía el balcón; la habitación misma en que había yo oído a mi madre pocos días antes juzgar tan severamente mi corazón. Con sus dedos blanquísimos, que salían de sus mitones negros, cogía los libros e iba colocándolos al lado de voluminosos tratados de matemáticas. Cerró después la puerta vidriera del armario, y después de echar la llave la quitó de la cerradura y la

colocó entre otras muchas llaves en el llavero que llevaba siempre consigo.

»Y una vez hecho todo esto, me dijo con gran severidad. «—Cuando quieras un libro me lo pides.»

»¡Yo! ¿Pedir a mi madre uno de esos libros?... Pero ¿cuál de ellos? Sabía yo de antemano que habían de serme negados todos aquellos que yo deseaba volver a leer, y cuyos títulos acababa de mirar por detrás de los cristales. Ya entonces empezaba yo a comprender que eran muy distintos los modos de pensar de mi madre y mío. Me enfadé con ella por haberme privado de mis placeres más vivos, de la lectura, menos tal vez por la prohibición misma que por la causa en que la había fundado. Porque mi madre se creyó en el caso de repetirme en aquella ocasión y acerca de los peligros de las novelas, frases tomadas indudablemente de algún libro piadoso, que desde luego me parecían expresar precisamente lo contrario de lo que yo había experimentado por mí mismo. También tomó pretexto mi madre en los peligros que yo había corrido con estas lecturas inconsideradas para atender más a mis estudios y dirigir mi educación. Era obligación suya hacerlo así; pero el contraste entre las ideas a las cuales mi padre me había acostumbrado precozmente y la pequeñez de pensamiento de mi pobre madre, lleno de impresiones mezquinas y burguesas, fué demasiado grande.

»Ibamos juntos a paseo, y mi madre hablaba conmigo. Su conversación recaía solamente sobre cuestión de trajes, de buenas o malas maneras, de mis compañeros y de sus padres. Mi inteligencia, demasiado familiarizada con el placer de pensar, sentíase

como ahogada, como oprimida. El paisaje inmóvil de los volcanes extinguidos me recordaba las convulsiones grandiosas del drama terrestre. Mi madre tomaba las flores recogidas por mí, las tenía en sus manos algunos minutos, y después las dejaba caer sin mirarlas casi. La pobre señora ignoraba el nombre de aquellos vegetales, como ignoraba el de los insectos que me obligaba a soltar así que los veía en mis manos, asegurando que eran sucios y venenosos. Los caminos que juntos seguíamos no iban ya dirigidos al descubrimiento de las extensiones inmensas con que la palabra fecunda de mi padre, ya muerto, me había familiarizado. Aquellos senderos de árboles eran sólo una prolongación de las calles de la ciudad y la monotonía triste de las obligaciones cotidianas. Busco palabras con qué traducir la extraña e indefinida sensación del aburrimiento, de inteligencia mutilada, de rarificada atmósfera que me causaban aquellos paseos, y no puedo hallarlas que sean propias, precisas. El lenguaje ha sido inventado por hombres ya hechos para expresar ideas y sentimientos de hombres hechos. Faltan los vocablos que corresponden a las percepciones incompletas de la niñez, a esa penumbra de alma. ¿Cómo contar los padecimientos que no se comprenden, y cuya revelación no se verifica hasta que han pasado, como, por ejemplo, lo fueron los míos, de un cerebro donde fermentan concepciones elevadas y amplias; de un cerebro colocado ya en los límites del gran horizonte intelectual, y que sobrelleva la tiranía inconsciente de otro cerebro estrecho, débil y extraño a toda idea general, a todo punto de vista grande y profundo?

Hoy que he atravesado ya el período de una adolescencia contrariada, interpreto los menores episodios de ella por las leyes de la constitución de los espíritus, y me doy razón de que la suerte, al confiar la educación de un chico, como yo, a una mujer como mi madre, había asociado dos formas de pensamiento tan irreductibles la una a la otra, como dos especies distintas. A millares surgen en mi ánimo los recuerdos de pormenores donde encuentro la prueba de esta antítesis constitucional entre nuestras dos naturalezas.

»He dicho a usted ya sobre esto lo suficiente para que ahora pueda limitarme a fijar con exactitud aquel choque silencioso de nuestras almas, y para tomar fórmulas al estilo filosófico, creo advertir que aquella educación, contraria a mi modo de ser, dispuso en mí dos gérmenes diferentes: el germen de un sentimiento y el germen de una facultad; el sentimiento fué el de la soledad de mi *yo;* la facultad fué la del análisis íntimo.

»Ya he dicho a usted que en el orden de la sensibilidad, como en el de la inteligencia, había yo experimentado, de pronto, la imposibilidad de mostrarme a mi madre tal cual yo era. Aprendí así, apenas nacido a la vida intelectual, que existe en nosotros un elemento obscuro e incomunicable. Nació entonces en mí una timidez que se convirtió después en orgullo. ¿Pero acaso no tienen todos los orgullos el mismo origen? No atreverse a mostrarse a los demás tal cual uno es, equivale a aislarse; aislarse es muy pronto preferirse a todos.

»He hallado después, en algunos filósofos moder-

nos, por ejemplo Renán, este mismo sentimiento de la soledad del alma, pero transformado en un desdén transcendental; le he hallado también, aunque convertido en enfermedad y en aridez, en el *Adolfo* de Benjamín Constant; agresivo e irónico en Beyle. Es un infeliz escolarcillo de un colegio de provincias, que trotaba con su cartapacio bajo el brazo, llenas las manos de sabañones, calzados los pies con zuecos, por las heladas calles de un pueblo de la montaña, aquello era solamente un instinto confuso y doloroso. Pero ese instinto, después de haber sido aplicado a mi madre, crecía, crecía, y se aplicaba ya a mis condiscípulos y a mis maestros. Sentíame yo distinto de todos ellos, con diferencias que voy a resumir en una palabra; creía yo comprenderles a ellos del todo, y creía también que ninguno de ellos me comprendía; pero veo ahora que existía, además, entre nosotros esta otra diferencia: que ellos aceptaban su persona y la mía, sencilla y buena, y lealmente, en tanto que yo comenzaba ya a confundirme pensando demasiado en mí mismo. Si he sentido muy pronto que contra las palabras de Cristo yo no tenía prójimo, es porque me he acostumbrado desde muy temprano a exasperar la conciencia de mi propia alma y, por consiguiente, a convertirme a mis ojos en un ejemplar, sin análogo, de excesiva sensibilidad individual.

»Habíame dotado mi padre de una curiosidad prematura de inteligencia. No hallándose él presente para conducirme y guiarme hacia el mundo de los conocimientos positivos, esa curiosidad sin empleo recayó sobre mí mismo. El espíritu es una criatura

viviente como las otras, y en la cual todo vigor va acompañado, como en todas, de una necesidad. Sería necesario trocar los términos de un refrán antiguo, y decir *poder es querer*. Toda facultad acaba siempre en nosotros por la voluntad de ejercerla. La herencia mental y mi primera educación habían hecho de mí un entendimiento prematuro. Continué siéndolo; pero aplicándose toda esa inteligencia a mis propias emociones, por carecer yo de un maestro semejante al que perdí tan niño; me convertí con respecto a mi madre, que no lo sospechó nunca, en un *Yoísta* absoluto con una extraordinaria energía de menosprecio para con todos los demás seres. Estos rasgos de mi carácter no debían, sin embargo, aparecer, sino mucho después, y bajo la influencia de crisis de ideas por las que he atravesado, y cuya historia debo a usted ahora.

»§ II.—Mi medio ambiente de ideas.

»Las diferentes influencias que he resumido, algo abstractamente, pero en términos que usted, mi querido maestro, comprende bien, tuvieron por efecto primero inesperado, hacer de mí, desde los once a los quince años, un niño muy piadoso. Probablemente si me hubiesen puesto en un colegio como interno hubiera yo crecido semejante a muchos de mis camaradas, a los cuales he podido estudiar después y para los que la crisis religiosa no ha existido. En la época de que hablo, y que señala el advenimiento definitivo del partido democrático en Francia, una ola inmensa de libre pensamiento rodó des-

de París a todas las provincias; pero yo era el hijo de una mujer muy devota, y fuí sometido a todas las prácticas de la religión más severa. Hallo una prueba de lo que he dicho a usted acerca de mis aficiones precoces a la disección íntima, en el hecho de sentirme yo, al revés de lo que sucedió a mis compañeros de catecismo, seducido de una manera casi apasionada por la confesión. Sí, puedo asegurar que durante los cuatro años de mi crisis mística de adolescente, desde 1876 hasta 1880, los grandes acontecimientos de mi vida fueron aquellas largas conferencias en el estrecho confesonario de madera de la iglesia de los Minimos, nuestra parroquia, donde iba yo, cada quince días, a postrarme de hinojos y a hablar en voz baja y palpitándome el corazón de lo que pasaba en mi ánimo. La aproximación de mi primera comunión marca el nacimiento de aquella sensación de *confesando* mezclada toda con elementos contradictorios. *Yo creía;* por consiguiente, mis pecadillos me parecían verdaderos crímenes y me avergonzaba de confesarlos. Arrepentíame y tenía la seguridad de que me levantaría perdonado, con la delicia de la conciencia limpia de toda mancha. Era yo un niño fantaseador y nervioso; existía, pues, para mí, en el aparato del sacramento, en el silencio de la iglesia, en aquel olor de humedad y de incienso que la llenaba, en el balbucir de mi propia voz cuando yo decía: *padre;* en el murmullo de la voz del sacerdote cuando contestaba: *hijo mío,* a través del enrejado; una poesía de misterio que sentía yo, aunque sin comprenderla entonces. Uníase también a esto una singular impresión de frío que procedía de la

enseñanza dada por el cura Martel, sacerdote encargado de prepararnos para esta primera comunión. Era el tal un hombrecito bajo, de rostro apoplético y de mirar sombrío; tenía su cara, ancha y roja, un aspecto duro; había sido educado en un seminario de provincia, algo tocado de jansenismo. Sus ojos, cuando nos hablaba del infierno en la tribuna de los Mínimos, donde nos reunía, lanzaban fulgores de espanto desde sus pupilas brillantes, y Martel nos transmitía ese espanto suyo. Casi estoy a punto de alegrarme de que se haya muerto, porque le vería entrar si no en mi calabozo... y, ¿quién sabe?, quizás se repetirían en mí las emociones de terror que su presencia me producía en aquella sala de paredes blanqueadas con cal, amueblada con bancos de madera y una silla de pino pintado. El tema habitual de sus discursos era «el escaso número de los escogidos y las venganzas divinas.» ¿Quién impediría a Dios, ya que todo lo puede, constreñir el alma del que muere a permanecer al lado del cuerpo de que se ha separado...? El alma estaría allí, en la cámara mortuoria, oyendo los sollozos, viendo las lágrimas de los parientes, y le sería imposible consolarlos. Sería encerrada en el féretro y obligada allí durante días y días, noches y noches a presenciar la corrupción de aquella carne, que fué suya, entre gusanos y podredumbre.

»Imágenes parecidas a esta y de análoga ferocidad de invención abundaban en aquella boca y solían perseguirme en mis sueños. El miedo al infierno exaltábase en mí hasta la locura. Por otra parte, el cura Martel desplegaba la misma elocuencia en cele-

brar la importancia decisiva que tendría para nuestra salvación el aproximarnos a la sagrada mesa, y, por consiguiente, mi temor a las penas eternas venía siempre a parar en exámenes de conciencia de una escrupulosidad exagerada. Muy pronto aquellos íntimos recogimientos; aquellas miradas lanzadas, como con microscopio, sobre las evoluciones más insignificantes de mi pensamiento; aquel estudio continuo de lo más recóndito de mi sér, me interesaron tanto, que nada significaban para mí los atractivos de ningún juego. Había yo encontrado por primera vez, desde la muerte de mi padre, un empleo a ese poder de análisis, ya definitivo, casi esencial en mi persona.

»El desenvolvimiento dado así a mi penetrante sentido de la vida interior, hubiera debido producir una mejora en mi sér moral. Tuvo, por el contrario, como consecuencia inmediata, un exceso de sutileza que, por sí sola, era ya una corrupción, al menos desde el punto de vista de la estricta disciplina católica. Me volví, efectivamente, con el exceso de estos exámenes de conciencia, en los cuales hubo muy pronto más placer que arrepentimiento, extraordinariamente ingenioso para descubrir motivos lejanos a mis acciones más sencillas. El cura Martel no era psicólogo suficientemente perspicaz para comprender esta evolución y advertir que desmenuzando así el alma, me encaminaba en derechura a preferir a la sencillez de la virtud las complicaciones del pecado. Martel solamente veía en mi transformación el celo de un niño muy fervoroso. Por ejemplo, en la mañana misma de mi primera comunión, me vió el sacer-

dote acercarme a él derramando lágrimas y rogándole que me confesase.

»Revolviendo afanoso los más apartados rincones de mi memoria, había yo recordado una culpa extraña; seis semanas antes escuché a dos condiscípulos míos burlarse de una señora anciana qne entraba en la iglesia del Carmen. Habíame reído de sus palabras en lugar de censurárselas. La señora iba a misa; burlarse de ella equivalía, por consiguiente, a burlarse de un acto piadoso. Yo me había reído, ¿por qué? Por una mal entendida vergüenza de protestar contra aquel escándalo; luego yo había participado de la culpa. ¿No era realmente obligación mía dirigirme a los burlones, reprenderles por su impiedad y obligarles a arrepentirse de ella? No lo hice así; ¿por qué? También por vergüenza mal entendida, por respeto humano, según lo define el catecismo.

»Pasé toda la noche que precedió al gran día de la primera comunión preguntándome con angustia indecible si lograría yo encontrar al cura Martel al día siguiente a tiempo para decirle mi pecado. Todavía recuerdo la sonrisa con la que el sacerdote, golpeándome cariñosamente en la mejilla, me dió su absolución para tranquilizarme. Aun me parece oirle su voz, casi dulce en aquella ocasión, cuando me dijo: «¡Ojalá permanecieses siempre el mismo!»

»El cura Martel no sospechaba que aquel escrúpulo pueril era indicio de una reflexión morbosamente exagerada, ni que esta reflexión amargaría los anhelados goces del pan eucarístico. En el transcurso de las semanas precedentes no me había yo contenta-

do con analizar mi conciencia hasta en sus menores fibras; habíame abandonado a esa imaginación anticipada del sentimiento, que es la consecuencia necesaria de ese espíritu de análisis. Habíame figurado, con extraordinaria precisión, las sensaciones que experimentaría al recibir la hostia en mis labios. Adelantéme hacia la barandilla del altar, adornada con blanca sabanilla, y me adelanté experimentando en todo mi sér una tensión que no he vuelto a experimentar nunca; comulgando sentí una especie de decepción helada, un desfallecimiento en el éxtasis, cuyo disgusto no acierto a traducir. Andando el tiempo hablé de esta impresión sin igual a un compañero que continuaba siendo cristiano, y que me dijo: »No eras ya bastante sencillo.» Su piedad había dado a ese católico el golpe de vista de un observador profundo. Era mucha verdad; pero ¿qué culpa tenía yo?

»El acontecimiento más importante de mi adolescencia, que fué la pérdida de mi fe, no procede, sin embargo, de aquella decepción. Las causas que determinaron ese efecto fueron muy numerosas y no las he comprendido con toda claridad hasta hoy. Húbolas desde luego lentas, progresivas, que obraron sobre mi alma como obra el gusano en el fruto devorando su interior sin que la superficie conserve de aquella destrucción otro indicio que una mancha casi invisible sobre la púrpura de su hermosa piel. Fué la primera, según me parece, el haber yo aplicado a mi confesor aquel terrible espíritu crítico, aquella facultad destructora de toda confianza, que me había

separado de mi madre, como ya he dicho, desde mi infancia.

»Continuaba yo llevando mis exámenes de conciencia hasta las más tenues y más sutiles delicadezas, y continuaba el padre Martel sin advertir aquel trabajo de secreta tortura que me anatomizaba el alma; mis escrúpulos le parecían lo que eran en sí mismos, puerilidades. Pero eran puerilidades de un muchacho muy complejo y que no podía ser dirigido sino por quien le hiciera conocer que lo comprendía. Pronto llegué a experimentar en mis conversaciones con aquel clérigo rudo y primitivo la sensación contraria: la de que no me comprendía. Esto no era bastante, en verdad, para impedir que siguiera yo cumpliendo con mis deberes religiosos; pero sí era lo suficiente para quitar al director espiritual de mi juventud primera toda positiva autoridad sobre mi pensamiento. Al propio tiempo, y esta es la segunda de las causas que me separaron de la Iglesia, encontraba yo en los hombres, a quienes consideraba entonces como superiores, la misma indiferencia con respecto a las prácticas religiosas que yo, desde muy pequeño, había observado a mi padre. Sabía yo también que los profesores jóvenes, los que llegaban de París con el prestigio de haber pasado por la Escuela Normal, eran escépticos y ateos; oía yo esas palabras que el padre Martel pronunciaba con indignación reconcentrada en las visitas que hacía a mi madre. Yo reflexionaba involuntariamente, cuando acompañaba a mi madre a los oficios en el templo de los Mínimos, como en otros tiempos la acompañaba a misa en los Capuchinos, acerca de la

pobreza de espíritu de los devotos que se apresuraban a oir misa el domingo por la mañana y mascullaban sus oraciones en el silencio de la ceremonia; silencio interrumpido por el ruido de las sillas que la alquiladora cambiaba de sitio. En aquellas frentes que se inclinaban con movimiento de sumisión fervorosa al alzar, nunca había brillado con su llama una idea viva y clara. No formulaba yo este contraste con tanta claridad como lo veo ahora; pero evocaba, a mi pesar en mis recuerdos, la imagen de aquellos maestros jóvenes saliendo del Instituto con paso desembarazado, hablando unos con otros de cosas que imaginaba yo semejantes a las que mi padre me decía cuando paseaba con él, en aquella conversación, cuyas menores frases iban cargadas de ciencia, y un espíritu de duda crecía en mí con respecto al valor intelectual de las creencias católicas. Fué alimentada esta desconfianza por una especie de ambición ingenua que me obligaba a desear con ardor increíble, ser tan inteligente como los más inteligentes y no vegetar entre los de segunda fila. Gran parte de orgullo había en este deseo, me lo confieso ahora; pero no me ruborizo por este orgullo. Era un orgullo completamente intelectual, extraño por completo a la codicia de éxito alguno externo. Además, si al presente me hallo con vida, en medio del horrible drama de mi destino, a ese orgullo lo debo; ese orgullo es el que me permite manifestar a usted mi pasado con esta lucidez fría, en lugar de correr, como haría de fijo un acusado vulgar, a los sucesos ruidosos e interesantes de este drama. ¡Veo con tal claridad ahora, que las primeras escenas de la trage-

dia comenzaron desde luego en el colegio rural en donde se agitaba niño el joven de hoy!...

»La tercera de las causas que concurrieron a esta lenta desaparición de mi fe cristiana fué mi afición a la literatura contemporánea, que se despertó en mí a los catorce años. Ya he dicho a usted cómo mi madre, poco tiempo después de quedar viuda, me había quitado algunos libros. No había cedido un punto en esa severidad con el tiempo; la llave de la biblioteca paterna seguía sonando en su llavero, entre las de la despensa y la bodega. El resultado más natural de esta prohibición fué el de avivar en mi espíritu el encanto de los recuerdos que me habían dejado aquellos libros tantas veces hojeados; los dramas, no muy bien digeridos, de Shakespeare, las novelas casi olvidadas de Jorge Sand. Hizo la casualidad que encontrase yo, al comienzo de mi tercer curso, algunas muestras de la poesía moderna en el tomo de autores franceses que debían servirnos de texto en aquel año. Había en él trozos de Lamartine, unas cuantas obras de Hugo; *estrofas a la Malibran*, de Alfredo de Musset; algunos párrafos de Sainte-Beuve y de Leconte de Lisle. Esas páginas, unas doscientas, me bastaron para apreciar la absoluta diferencia de inspiración entre los poetas modernos y los maestros antiguos, como, aun cerrados los ojos, se aprecia perfectamente la diferencia de aroma entre un ramo de rosas y un ramo de lilas.

»Aquella diferencia, que yo adiviné por instinto, estriba toda en que hasta la Revolución los escritores no han tomado nunca la sensibilidad como materia y como regla única de sus obras. Precisamente

lo contrario sucede desde el 89. Resulta de aquí, entre la gente nueva, un no sé qué de desenfrenado, de doloroso, una aspiración a las emociones morales y físicas, que, exasperándose, ha llegado hasta lo febril y lo enfermizo, y que inmediatamente me atrajo con fuerza irresistible. La sensualidad mística de las estrofas del *Lago* y del *Crucifijo*, los esplendores prodigiosos de algunos *Orientales* me fascinaron; pero, sobre todo, me sentí seducido por lo que encontré de atrevido leyendo, con fiebre en el corazón, *Esperanza en Dios* y algunos trozos de *Consuelos*.

»Estas fugitivas complicaciones del pecado de que he hablado a usted hace poco, las presentí leyendo los trozos escogidos de mi libro de clase, y principié a sentir, por el resto de las obras de los maestros así adivinadas, una de las curiosidades tan fuertes, casi insensatas, que señalan el punto medio de la adolescencia. Está uno sobre los bordes de la vida, y la oye sin verla como el rumor de una caída de agua a través de un bosque frondoso. ¡Cuánto nos embriaga aquel ruido llenando nuestro corazón de esperanzas! Una amistad íntima con un compañero de colegio, que vivía en el piso primero de mi casa, exasperó más todavía aquella curiosidad. Dicho amigo, que debía yo perder muy joven, y que tenía por nombre Emilio, era también aficionado hasta el encarnizamiento de la lectura; pero, más feliz que yo, no sufría ninguna vigilancia. Sus padres, ya ancianos, vivían de su escasa renta y pasaban largas horas jugando, cerca de la ventana que daba a la calle de Billar, con una baraja comprada en el café y que olía a tabaco desde una legua. Emilio, por consiguiente, solo en

su cuarto, podía entregarse a sus anchas a la lectura. Como él y yo concurríamos a las mismas clases, juntos íbamos al colegio y juntos volvíamos de él, razón por la cual mi madre me permitía sin inconveniente pasar horas enteras en casa de aquel muchacho tan simpático, al cual hice muy pronto participar de mi afición a los versos que yo tanto admiraba y de mis deseos de conocer mejor a los autores.

»Tomábamos para ir al colegio las callejuelas de la ciudad antigua, y pasábamos por delante del puesto de un librero de viejo, al cual habíamos comprado algunas obras clásicas de lance. ¡Cuánto gozamos al descubrir en uno de los cajones del librero un Musset en bastante mal estado; dos tomos de poesías que, juntos los dos, costaban cuarenta sueldos! ¡Estaban tan usados, tan llenos de manchas! Empezamos por hojearlos, después nos fué imposible no poseerlos. Reuniendo nuestros ahorros de dos semanas, llegamos a comprarlos, y después, allá, en el cuartito de Emilio, él sentado en su cama, yo en una silla, leímos: *Don Páez, Las castañas de fuego, Porcia, Mardoquio, Rolla.* Temblaba yo como si cometiese algún pecado muy grave al leer aquellas poesías, cuyo espíritu se apoderaba de nosotros como se enseñorea del ánimo un buen vino: lentamente, dulcemente, apasionadamente.

»Tuve después entre mis manos, en el cuarto mismo de Emilio, y aún en el mío, empleando ardides de enamorado, muchos tomos clandestinos y que me han gustado mucho, desde *La piel de zapa*, de Balzac, hasta *Flores del mal*, de Baudelaire; y no cuento las poesías de Enrique Heine y las novelas de Stendhal.

No he probado jamás emoción comparable a la de mi primer encuentro con el genio del autor de *Rolla*. No era yo artista ni historiador. El mérito mayor o menor de estos versos, su significación de más o menos actuatidad, me dejaban indiferente. ¡Oh, no! Fué para mí como la aparición de un hermano mayor, que se presentaba para revelarme a mí, ruin y pobre, y que aun no había vivido, el peligroso universo de la experiencia sentimental.

»Aquello que yo había sentido vaga y obscuramente, aquella inferioridad de la piedad con respecto a la impiedad, apareciósemе entonces desde un punto de vista extraordinariamente nuevo. Todas las virtudes que me habían predicado durante mi infancia, se empobrecieron, se empequeñecieron a mis ojos, resultando humildes, mezquinas, al lado de los esplendores, de la opulencia, del frenesí de ciertas faltas...

»La fe sencilla era aquellas devotas, las amigas de mi madre, tan desagradablemente encogidas y viejas. La impiedad era un hermoso mancebo que, en la mañana de su última noche, contempla la aurora sangrienta, y en un relámpago descubre todo el horizonte de la Historia y de las leyendas para venir en seguida a reclinar su cabeza sobre el seno de una virgen bellísima, como su sueño más hermoso, y que le ama demasiado tarde. La honestidad, el matrimonio..., eran los burgueses que yo conocía, los que asistían, jueves y domingos, a oir la música del Jardín de Plantas, andando siempre con su mismo paso regular; los que decían en el mismo tono las frases mismas. La imaginación me ponía a la vista, iluminados por los colores quiméricos de la más brillante

poesía, los rostros de los libertinos y de las adúlteras de *Cuentos de España* y de los fragmentos que les siguen. Ya era Dalti dando muerte al marido de Porcia, errante después con su querida en el agua muerta de la laguna entre las escalinatas de los antiguos palacios. Ya era Don Páez asesinando a Juana, después de haberse ligado a ella con un abrazo estrechísimo de locura producida por el filtro; Frank y su Belcolore, Hassan y su Namouna, el abate Carsio y su Susana. Carecía yo de competencia y aptitud para censurar lo falsamente novelesco de todo ese atavío, o para trazar la línea divisoria entre las partes sinceras y las porciones literarias de aquellos poemas. Los criminales abismos del alma se me aparecían entre líneas, y me tentaban y despertaban dentro de mí el espíritu, ya curioso de sensaciones nuevas, la facultad de análisis, ya muy despierta. Los otros libros, cuyos títulos he mencionado a usted poco antes, fueron en mí pretextos para tentaciones análogas, aunque no tan fuertes. Ante las llagas del corazón humano, que presentan unas y otras con tanta complacencia, me parecía yo, al cumplir quince años, a aquellos santos de la Edad Media, que se *hipnotizaban* contemplando las cinco llagas de Jesucristo.

»La fuerza de su piedad hacía que apareciesen en sus manos cicatrices milagrosas, y a mí el entusiasmo de la admiración me ha abierto en el alma, en la edad de las ignorancias virginales y de las purezas sin mancha, las cicatrices de úlceras morales por las que padecieron y derramaron su sangre todos los grandes enfermos contemporáneos.

»Sí; en aquellos años en los cuales era yo siempre

el colegial, y nada más que el colegial, el amigo de Emilio, el niño que se ocultaba de su madre para leer, me asimilé todas las emociones que las enseñanzas timoratas de mis maestros me indicaban como más criminales.

»Repletos se hallaban mis ensueños de los venenos más peligrosos para la vida, en tanto que proseguía yo, gracias a mi facultad de *duplicarme*, representando mi papel de niño muy prudentito, muy asiduo en el cumplimiento de sus deberes, muy sumiso a su madre y muy piadoso. Pero no; por muy extraña que la cosa parezca a usted, es la verdad que yo no fingía ser ese muchacho; lo era, en efecto, por una contradicción espontánea, que tal vez me ha puesto en el camino del trabajo psicológico, al cual he consagrado mis primeros esfuerzos.

»Cuando he hallado en la obra de usted sobre la voluntad aquellas indicaciones sugestivas sobre la teoría de la multiplicidad del *yo*, ¿cómo no había de de prestarle yo mi adhesión después de haber atravesado épocas tales como las que describo a usted hoy, y en las que real y positivamente he sido yo, al mismo tiempo, varias personas distintas?

»Esta crisis de sensibilidad imaginativa había seguido atacando en mí la fe religiosa dándome la tentación del pecado sutil, y la del escepticismo doloroso. Poco faltó para que la crisis de la sensualidad que se originó en la otra reavivase la fe en mi corazón, ya muy enfermo. Dejé de ser puro a los diecisiete años, y, como de ordinario acontece, en circunstancias muy prosaicas y muy tristes. Una obrera, de muy cerca de treinta años, fresca todavía, pero vulgar, que iba

a casa de mi madre, encontrándose una tarde sola conmigo, aprovechó esta circunstancia para atraerme a sus brazos y llenarme de besos que me enloquecieron. Después me rogó que fuese a verla a su casa, y la fiebre que sus caricias había despertado en mí, unida a una palpitante curiosidad de las cosas carnales, curiosidad que las lecturas habían excitado, me hicieron acudir a la cita. Allí, en una alcoba de mala muerte, sobre una cama de tosco aspecto, perdí mi virginidad en los brazos de aquella hembra, en cuyos ojos la idea de mi inocencia física encendía un brillo tan bestial que me dió miedo. No bien se hubo realizado aquel acto material, huí de la casa con un disgusto inexplicable. Parecíame que mi boca, mis manos, mi cuerpo todo estaba manchado con mancha que ninguna agua podía lavar. Mi primer pensamiento fué el de ir a confesarme y de pedir a Dios, en quien yo aún creía, fuerzas para no reincidir en el pecado.

»Aquel disgusto me duró muchos días, y después advertí, con cierta mezcla de espanto y de voluptuosidad, que el deseo se insinuaba otra vez poco a poco; entonces fué cuando pude observar aquel rasgo de mi carácter, que ya he indicado a usted cuando le hablé de mi padre: la incapacidad mía para servirme de mi alma en la dirección y dominio de mis pasiones. En vano pretendí oponer las convicciones de mi piedad intacta todavía y las delicadezas de mi imaginación, cultivada por tantas lecturas, a la vergüenza de una segunda caída en el abismo de los sentidos; inútilmente me dije a mí mismo, que aquello era juntamente trivial e infame, que con tal proceder me ase-

mejaba a los compañeros, a quienes Emilio y yo despreciábamos tanto, a los que pasaban sus noches, ya en el café, ya en casas de mala nota; una noche, alrededor de las ocho, salí de casa pretextando que me dolía la cabeza.

»Sí, era una noche de verano. Aún respiro el olor a tierra mojada que llenaba la plaza de Jaude, regada poco antes. Enderecé mis pasos hacia el barrio de Saint Allyre, en que vivía Mariana, así se llamaba la obrera; llevaba yo conmigo el temor y el deseo de no hallarla, pero la encontré en casa, y esta vez fué la primera vez en que me abandoné realmente al delirio animal, sin perjuicio de experimentar al retirarme la misma impresión de disgusto. Desde aquel día, al lado de las dos personas que existían en mí, entre el adolescente fervoroso aún, formal, piadoso, y el adolescente romántico y fantaseador, nació y se desarrolló un tercer individuo, sensual, asediado por los deseos más brutales. Y, no obstante, la afición a la vida intelectual subsistía en mí tan fuerte, tan definitiva, que hasta en los momentos en que sufría yo aquel estado singular experimentaba cierta sensación de superioridad, cerciorándome de que esa afición subsistía y estudiándola.

»Lo que había de más extraño en esto es que yo me abandonaba a esta última disposición, ni más ni menos que a las otras, con un perfecto y lúcido conocimiento. En medio de estas perturbaciones, proseguía yo siendo adolescente, es decir, un sér todavía indefinido, sin acabar, y en quien se dibujaban apenas las líneas del alma venidera. No me afirmaba yo en mi misticismo, toda vez que en el fondo, muy

en el fondo, me avergonzaba de creer, como de una inferioridad; ni en mis fantasías sentimentales, a las que nunca tuve por otra cosa que por pasatiempos y juegos de literatura; ni en mi sensualidad, pues siempre experimentaba yo náuseas al salir de la habitación de Mariana. Por otra parte, yo no tenía ni la audacia ni la teoría de mi curiosidad con respecto a mis faltas.

»Esto sucedía en las vacaciones de verano de la clase de Retórica.

»Emilio, que había de morir de una enfermedad del pecho en el invierno próximo, estaba muy débil y no salía de su cuarto. El pobre escuchaba mis confidencias con un interés de espanto que lisonjeaba mi amor propio y me daba a mis propios ojos ciertas apariencias de hombre excepcional. Este amor propio no era parte a evitar que yo mismo tuviese miedo, parecido al que sentí la víspera de mi primera comunión, de la mirada que el cura Martel echaba sobre mí cuando nos econtrábamos. Indudable Martel había hablado a mi madre hasta donde se lo había permitido el secreto de la confesión, porque la buena señora comenzó a vigilar mis salidas; pero sin poder evitarlas por completo, y, sobre todo, sin ver en ellas otra cosa que ocasiones de tentación posible. ¡Tan perfectamente me había yo cubierto con la capa de la hipocresía! La dolencia de mi mejor amigo, la vigilancia de mi madre, el miedo a las escrutadoras miradas del sacerdote, acababan de enervarme, tanto más cuanto más exacto es que en este país de volcanes parece como si los calores del estío hiciesen brotar del suelo vapores ardientes que marean. He co-

nocido en aquellos momentos, días de verdadera locura, ¡tantas horas contradictorias se encerraban en ellos!; días en los cuales me levantada yo católico fervoroso, más fervoroso que nunca. Leía unas páginas de la *Imitación*, oraba; iba a clase con el firmísimo propósito de ser formal y prudente. Una vez de regreso, cumplía todas mis obligaciones y después bajaba para visitar a Emilio. Entregábamos entonces a cualquier lectura peligrosa. Sus padres, que le veían morir y que le mimaban, permitíanle tomar en la librería todas las obras que le agradaban, y estábamos dedicados entonces a los escritores más modernos, a los de hoy, cuyos tomos últimamente recibidos de París exhalaban olores de papel húmedo y de tinta reciente. De este modo aquel día nos procurábamos el enfermo y yo una conmoción del cerebro que me acompaña toda la tarde, y, no obstante, volvía a mi cátedra. Allí, en medio del asfixiante calor de lo más fuerte de un día de verano, mientras que las puertas abiertas al patio dejaban ver la reducida sombra de los árboles, y mientras se escuchaba a lo lejos la voz de los profesores que en otras clases explicaban o dictaban, ofrecíase a mi imaginación el recuerdo de Mariana, y comenzaba una tentación vaga y confusa al principio, y que después iba poco a poco creciendo y creciendo, y creciendo cada vez más. Resistíame yo, sabiendo de antemano que sería vencido. Ponía yo término a mis lecciones con una especie de elocuencia endemoniada, hallando talento en la excitación de mis nervios tirantes.

»Comía, seca ya la boca por el ardor de la sensualidad que en aquellos momentos me abrasaban; ba-

jaba después so pretexto de ver a Emilio y me precipitaba a la calle de Mariana. Volvía a encontrar al lado suyo las sensaciones brutales, abrasadoras y ásperas, a las que seguían repugnancias y náuseas, y al tornar a casa acontecíame muchas veces pasar muchas horas a la ventana contemplando las estrellas infinitas de una noche de estío, acordándome de mi padre muerto y de lo que él, en tiempo lejano ya, me decía acerca de aquellos mundos apartados. Apoderábase entonces de mí una extraordinaria impresión del misterio de la Naturaleza y del misterio de todas las almas, y de mi alma también, que vivía dentro de esa Naturaleza; y no sé qué me causaba más admiración, si las profundidades inmensas del espacio taciturno o los abismos que un día, empleado de aquel modo, me revelaba en mi corazón.

»Tales eran mis disposiciones interiores, querido maestro, cuando ingresé en la clase, que había de ser decisiva en mi desenvolvimiento: la Filosofía. Desde las primeras semanas del curso, comenzó mi encanto. Y, sin embargo, ¡qué curso tan pobre, cargado de nonadas y de fruslerías, es un curso de psicología oficial! No importa, inexacta e incompleta, convencional y reglamentaria, aquella psicología me apasionó. El método empleado, la reflexión personal y el análisis interno, el objeto del estudio, el *yo* humano considerado en sus facultades y en sus pasiones, el fin perseguido; un sistema de ideas generales bastantes a resumir en fórmulas breves multitud de fenómenos, todo, en esta acción nueva, se armonizaba perfectamente con el linaje de espíritu que la herencia, la educación y mis propias tendencias me había labrado.

»Olvidé entonces hasta mis lecturas predilectas y me engolfé en aquellos trabajos, de especie aun no bien conocida, con entusiasmo realmente frenético; frenesí al que dió mayor incremento la muerte de Emilio, mi único amigo, muerte que sobrevino en esta época, y que vino a imponer de nuevo a mi inteligencia, naturalmente inclinada a la meditación, el problema del destino del hombre, para resolver el cual, por mis creencias primeras, me consideraba yo casi impotente. Tan vivo fué mi ardor, que muy pronto no me contenté con seguir mi curso. Busqué libros y obras que pudiesen completar las enseñanzas del profesor; así fué como cierto día cayó en mis manos el libro *Psicología de Dios*. Tan profundamente me impresionó, que adquirí en seguida la *Teoría de las pasiones* y la *Anatomía de la voluntad*. Ellas me lanzaron en el terreno de las ideas puras del mismo modo que en otro tiempo las obras de Musset habían lanzado mi espíritu en el terreno de las sensaciones fantásticas. Cayó el velo. Disipáronse para mí las tinieblas del mundo exterior y del mundo interior. Yo había encontrado mi camino; usted tenía en mí un discípulo nuevo.

»Para explicar a usted de una manera clara cómo el pensamiento del maestro penetró el mío, permítame usted que pase, desde luego, al resultado de aquella lectura y de las meditaciones que la siguieron. Verá usted cómo de sus obras pude sacar una ética completa y que coordinó de un modo maravilloso los elementos dispersos que en mí flotaban. Encontré, desde luego, en la primera de las tres obras mencionadas, la *Psicología de Dios*, la defini-

tiva terminación de la angustia religiosa, en la que continuaba yo viviendo a pesar de la tentación de mis dudas.

»En verdad, no me habían faltado objeciones contra los dogmas desde que comencé a leer, al acaso, tantos libros, muchos de los cuales manifestaban la irreligiosidad más atrevida; sobre todo, habíame yo sentido muy inducido al escepticismo, como ya he dicho a usted, porque encontraba en él los dos caracteres de superioridad intelectual y de novedad de sentimientos. Había yo sufrido, entre otras influencias, la del autor de la *Vida de Jesús*. La exquisita magia de su estilo, la gracia soberana de su *dilettantismo*, la poesía *languidecedora* de su piadosa impiedad habíanme conmovido profundamente. Mas por algo era yo el hijo de un geómetra; no me satisfizo lo que hay de inseguro, de incierto, de próximo a las dudas en este artista incomparable.

»El vigor matemático del incomparable libro de usted subyugó inmediatamente mi pensamiento. Usted me demostró, con irresistible naturalidad, que toda hipótesis sobre la causa primera es un *contrasentido;* que la idea misma de esa causa primera es un *absurdo;* pero que, no obstante, este absurdo y aquel contrasentido son tan necesarios a nuestro espíritu cuanto lo es a nuestros ojos la ilusión de un sol con apariencias de girar alrededor de la tierra, aunque sabemos que ese sol se halla inmóvil (1) y que la tierra está en movimiento.

---

(1) Es indudable que al asentar que el sol está inmóvil quiso hablar el autor de un reposo relativo; pues

»El ingenio poderoso de este razonamiento hechizó mi inteligencia que, abandonándose dócilmente a la dirección de usted, llegó, por último, a tener concepción del mundo lúcida y razonable. Vi entonces el universo tal cual es, dilatado, sin principio y sin fin la onda inagotable de sus fenómenos. El cuidado que pone usted en apoyar todas sus argumentaciones en hechos tomados de las ciencias amoldábase admirablemente en las ya lejanas enseñanzas de mi padre, y no podía menos de seducirme también por eso, por el encanto de una antigua costumbre del espíritu, renovada después de tantos años. Leía yo, y releía, y tornaba a leer las páginas de aquellos libros y las resumía, y las comentaba y me aplicaba con el ardimiento del neófito para asimilarme todo su jugo.

»El orgullo intelectual que había yo sentido agitarse dentro de mí mismo desde mi infancia exaltábase en el joven que aprendía en usted a renunciar a las utopías más consoladoras. ¡Ah!; ¿cómo expresar a usted estas calenturas de una iniciación tan semejante a un primer amor por las felicidades del entusiasmo y por sus fervores? Experimentaba yo una especie de goce físico derribando, con los libros de usted por arma de combate, todo el edificio de las creencias en las cuales me habían criado.

»Sí, era esta la felicidad varonil que cantó Lucrecio; la felicidad de las negaciones libertadoras, no la melancolía afeminada de un Jouffroy. Este himno a la ciencia, himno del cual parece una estrofa cada

---

de sobra sabe que también el sol tiene movimiento. (*N. del T.*)

página de las obras de usted, era escuchado por mí con verdadero encanto, con inexplicables transportes, que fueron tanto más intensos cuanto mayor era el espacio que para ejercitarse hallaba en aquellos libros mi facultad de análisis; aquella facultad que había sido, como he dicho ya, la causa principal, sino única, de mi fervor religioso, y que entonces tenía, gracias a usted, horizontes más extensos que los del confesonario.

»Los dos hermosos tratados escritos por usted me iluminaban en lo concerniente a mi universo interior al propio tiempo que la *Psicología de Dios* alumbraba para mí el universo exterior con una claridad que, aun ahora mismo, es mi último, mi enextinguible faro en la borrasca.

»¡Qué admirablemente me explicaba usted todas las incoherencias de mi juventud! Entonces comprendí aquella soledad moral que tanto me había hecho padecer al lado de mi madre, al lado del cura Martel, al lado de mis camaradas, de todos, hasta del mismo Emilio. ¿No ha demostrado usted en su *Teoría de las pasiones* que somos impotentes para salir del *yo*, y que toda relación entre dos seres descansa, como todo lo demás, en simples ilusiones? La *Anatomía de la voluntad* me reveló los motivos necesarios, la irresistible lógica de aquellas caídas de los sentidos, por las cuales había yo experimentado tan atroces remordimientos.

»Explicábame yo también, gracias a esos libros, cómo buscando en los novelistas y en los poetas de este siglo estados del alma o culpables o enfermos, había seguido, sin sospecharlo, mis indicaciones na-

turales de psicólogo. Usted, usted es el que ha escrito: «Todas las almas deben ser consideradas por »el sabio como experimentos instituídos por la Natu»raleza. Entre estos experimentos hay unos que son »útiles a la sociedad, y entonces se les denomina vir»tudes; hay otros que son perjudiciales, y para estos »tenemos los nombres de vicio o crimen. Estos últi»mos son, no obstante, los más significativos; faltaría »un elemento esencial a la ciencia del espíritu si Ne»rón, por ejemplo, o tal tirano de Italia en el si»glo XV no hubiesen existido.»

»Paréceme ahora que vuelvo a verme cuando en una de aquellas ardorosas tardes del estío me dirigía yo al paseo llevando en el bolsillo uno de aquellos tomos, y una vez solo en el campo, leía cualquiera de sus frases y me exaltaba meditando acerca de su sentido. ¡Cuántas veces apliqué al paisaje que me rodeaba esa interpretación filosófica de lo que han convenido en llamar el *mal!* Indudablemente las erupciones que habían formado la cordillera a cuyo pie yo paseaba, habrían devastado con su hirviente lava las llanuras vecinas, habrían destruído muchos seres vivientes...; pero también habían producido aquella hermosura del horizonte que me encantaba, cuando me ponía a contemplar el gracioso grupo de aquellas montañas majestuosas. Verdeaban a lo largo del camino florecientes euforbiáceas, cuyos tallos me entretenía yo en romper para mirar cómo goteaba el veneno, blanco lo mismo que la leche. Pero aquellas flores venenosas nutrían a la oruga verdosa de obscuras manchas y de ella había de nacer la mariposa, una *esfinge* de alas coloreadas con

los matices más delicados. Deslizábase a veces arrastrándose entre las piedras de aquellos caminos arenosos una víbora a la cual veía yo destacarse como línea gris sobre la porcelana roja, con su cabeza chata y la flexibilidad de su cuerpo manchado. El peligroso animal se me presentaba como una prueba del indiferentismo de toda la Naturaleza, la cual se cuida únicamente de multiplicar la vida, bienhechora o funesta, con la misma prodigalidad inagotable. Sentía yo entonces surgir con irresistible elocuencia de aquella lucha la enseñanza misma que brotaba de las obras de usted, es, a saber: que nada tenemos nuestro más que nosotros mismos; que el *yo* es la única realidad; que la naturaleza nos desconoce, lo mismo que los demás hombres, y que ni a ella ni a ellos hemos de pedirles otra cosa que pretextos para sentir o para pensar. Mi antigua creencia en ese Dios, padre y juez, parecíame entonces delirio de muchacho enfermo, y mi espíritu se dilataba hasta los últimos límites de aquel vasto paisaje, y hasta las profundidades infinitas del espacio vacío, pensando que yo, sér débil, había reflexionado ya lo suficiente para comprender del mundo lo que ninguno de los aldeanos a quienes veía yo pasar llegaría a comprender nunca. Aquellos campesinos descendían de la montaña conduciendo los apacibles bueyes uncidos a sus carretas, y saludaban con devoción a los curas que encontraban en el camino. ¡Con cuánto regocijo los despreciaba yo desde el fondo de mi alma por su grosera superstición... a ellos, al cura Martel y a mi madre, si bien no me decidí entonces a declarar mi ateísmo previendo las escenas que aquella declara-

ción provocaría! Pero aquellas escenas nada importan; llego ahora a la exposición de un drama que no tendría sentido si yo no hubiese hecho que usted penetrase previamente en la intimidad de mi pensamiento para apreciar la manera de formarse.

»§ III.—Transplantación.

»Al concluir aquel curso en el cual acaso estudié con exceso, contraje una enfermedad gravísima que me obligó a interrumpir mi preparación para el ingreso en la Escuela Normal. Ya restablecido, repetí el curso de Filosofía y estudié una parte del curso de Retórica. Me presenté en la escuela en aquella época, que también fué cuando tuve la honra de ser recibido en casa de usted. Ya usted conoce los sucesos que a éstos siguieron. Fracasé en el examen. Carecían mis trabajos de la brillantez literaria que solamente en los colegios de París puede adquirirse. En el mes de Noviembre de 1885 acepté el ofrecimiento que se me hizo de entrar, en concepto de preceptor, en casa de los Jussat-Randon. Escribí a usted entonces que renunciaba a mi independencia para evitar a mi madre nuevos gastos. Uníase a esta razón la secreta esperanza de realizar en mi empleo economías que me permitiesen, terminada mi licenciatura, preparar mi agregación a París.

»La permanencia en esa capital era mi sueño dorado, querido maestro, ahora puedo confesárselo a usted, por la perspectiva de habitar muy cerca de la calle de Guy de la Brosse. Mi visita al retiro de usted habíame producido impresión profundísima. Había

usted aparecido a mis ojos como una especie de Spinosa moderno, completamente identificado con sus libros por la nobleza de una vida consagrada en absoluto al pensamiento. Imaginaba yo, por adelantado, una novela de felicidad, pensando que me sería posible averiguar las horas en que usted paseaba; que podría asimismo contraer la costumbre de hallar a usted en el antiguo Jardín de Plantas que se ve desde las ventanas de la casa en que usted habita; que usted accedería a dirigirme; que ayudado, sostenido por usted, llegaría yo tal vez a ser algo, a señalarme de algún modo en la ciencia; en una palabra, usted era para mí la certeza absoluta, el maestro, lo que Fausto era para Wagner en la sinfonía psicológica de Goethe. Además, las condiciones en que aquella plaza se me ofrecía eran muy aceptables. Tratábase principalmente de acompañar a un niño de doce años, el hijo segundo del marqués de Jussat.

»Posteriormente he sabido por qué circunstancias había determinado aquella familia pasar todo un invierno en un castillo próximo al lago de Aydat en el que, de ordinario, solamente habitaban durante los meses de otoño.

»Pérdidas considerables de intereses, cuya relación no importa a mi objeto, habían obligado al señor de Jussat a dar en arrendamiento, amuebladas y todo, su casa de París y su quinta de recreo de Cannas. El profesor de su hijo Luciano se despidió entonces quizá porque no le seducía la perspectiva de la vida del campo, y esta circunstancia le hizo pensar en la conveniencia de buscar otro.

»Hállabase entonces en Clermont, donde treinta y

cinco años antes había estudiado matemáticas en la clase del señor Limasset, el antiguo profesor íntimo amigo de mi padre. El señor de Jussat pensó en hacer a su maestro de antaño el encargo de proporcionarle un joven instruído, inteligente, capaz de repasar a Luciano en sus estudios durante aquel año. Por esto ofrecía seis mil francos. El señor Limasset pensó naturalmente en mí, y yo, por las razones que he manifestado, consentí en ser presentado al marqués como candidato a dicha plaza.

»En el salón de una de las fondas que dan a la plaza de Jaude vi a un señor muy alto y muy calvo, do ojos grises claros y cara llena de manchas rojizas, y que ni se tomó el trabajo de mirarme. Habló inmediatamente y sin cesar, mezclando pormenores sobre su salud—era enfermo de aprensión—con las críticas más amargas contra la educación moderna. Aun me parece oirle diciendo, sin orden ni concierto, frases que revelaban todos los distintos aspectos de su carácter.

»—Veamos, mi pobre Limasset, ¿cuándo irá usted a visitarnos allá? Reinan allí unos aires excelentes. Eso es lo que yo necesito. En París no respiraba yo bastante. Nunca se respira bastante. Espero, joven —decía después dirigiéndose a mí—, que no será usted partidario de los métodos modernos de enseñanza. ¡La ciencia, siempre la ciencia! ¿Y de Dios, señores sabios, qué hacen ustedes?

»Después, tornando a dirigirse al señor Limasset, continaba:

»—En mis tiempos, en nuestros tiempos, puedo decir, existía aún el sentimiento de las jerarquías y

de los deberes. No se despreciaba, como ahora, la educación por la instruccción. ¿Se acuerda usted de lo bien que hablaba nuestro limosnero, el abate Habert? ¡Qué salud aquella! ¡Cómo andaba en todo tiempo a pie firme y sin cansarse! Y usted Limasset, ¿qué edad tiene...? ¿Sesenta y cinco años...? ¡Sesenta y cinco años! ¡Y sin un dolor, sin uno solo...! Yo estoy mejorado desde que vivo en la montaña, ¿no es cierto? Nunca estoy enfermo del todo, eso no; pero siempre tengo alguna cosiila que me molesta. Mire usted, preferiría yo estar enfermo de verdad. Al menos me cuidaría.

»Si reproduzco ahora estos discursos incoherentes tales cuales los recuerdo, querido maestro, es primeramente para demostrar lo que vale la inteligencia de ese hombre que, según he sabido por mi madre, se ha permitido mezclar en mi proceso el respetable nombre de usted; y además, para que usted comprenda la disposición de ánimo en que yo llegaría, cuatro días después de esta conversación, a ese castillo, en el cual he chocado con tan terribles acontecimientos. El marqués me había aceptado desde la primera visita y se había ofrecido a llevarme en su landó. En el trayecto desde Clermont hasta Aydat se entretuvo el buen señor en darme noticias de toda su familia.

»Me explicó sucesivamente, con su charla interminable, interrumpida siempre con referencia a su persona, que su mujer y su hija gustaban poco de la sociedad y que eran excelentes mujeres de su casa; que su hijo mayor, el conde Andrés, se hallaba en el castillo temporalmente, sólo por quince días, y que

no me enojase yo por su aspereza, porque debajo de esa aspereza tenía un corazón buenísimo; que su segundo hijo, Luciano, había estado muy enfermo, y que lo más importante de todo era devolverle su salud.

»Después, con motivo de haber soltado la palabra salud, charló, charló y continuó charlando, y en pos de cuatro horas largas de confidencias sobre sus jaquecas, sus digestiones, sus insomnios, sus dolencias pasadas, presentes y futuras; fatigado indudablemente por aquel flujo de palabras y halagado por el vientecillo fresco de la mañana, quedóse profundamente dormido en un rincón del carruaje.

»Lo que yo había visto ya del marqués, a quien tuve en muy poco desde el primer momento; lo que sus fastidiosos discursos me hicieren comprender de su casa y de su familia, todo, en fin, habría sido bastante si con anticipación no hubiese estado yo convencido de ello, pero convencido que se me dirigía a un destierro entre los bárbaros. Daba yo este nombre de bárbaros, hacía ya muchos años, a las personas a quienes consideraba irremediablemente ajenas a la vida intelectual.

»La perspectiva de este destierro no me asustaba. ¡Veía yo tan clara y tan precisa en mi entendimiento la doctrina a la que había de ajustar mi conducta! Estaba resuelto a no vivir más que en mi *yo* y para mi *yo*, y a defender este yo contra toda intrusión externa. Aquel castillo, al que me encaminaba, y sus habitantes, serían para mí solamente materia explotable en pro de mi pensamiento. Mi programa estaba ya fijado; en los doce o catorce meses que había de

permanecer allí, dedicaría mis horas de descanso a estudiar el alemán, a extractar los dos tomos de fisiología de Beaunis, que saltaban en mi maleta en la trasera del carruaje; con la obras de usted, mi querido maestro, con mi *Etica*, con muchos tomos de M. Ribot, de M. Taine, de Herbert Spencer, algunas novelas analíticas y los libros necesarios para la preparación de mi licenciatura.

»Había yo decidido sufrir este examen en el mes de Julio. Un cuaderno en blanco esperaba las notas que me proponía yo escribir sobre los caracteres de los amos del castillo. Habíame yo prometido a mí mismo desmontarle rueda por rueda, y para esto había adquirido, antes de salir de Clermont, un libro que podía ser cerrado con llave, y sobre cuya portada había yo estampado esta frase de la *Anatomia de la voluntad:* «Spinosa se jactaba de estudiar los sen»timientos humanos como el matemático estudia sus »figuras de geometría; el psicólogo moderno debe »estudiarlas como combinaciones químicas elabora»das en una retorta, deplorando que esa retorta no »sea tan transparente y tan manejada como las retor»tas que se usan en los laboratorios.». Refiero esta puerilidad para demostrar a usted el grado de mi íntima sinceridad, y cuán lejos estaba yo de parecerme, mientras el landó rodaba por la carretera de Aydat, al joven pobre y ambicioso que han pintado tantos novelistas.

»Con mi afición habitual a *duplicarme*, recuerdo que en aquella hora me convencí, no sin cierto orgullo, de que era real y positiva esa diferencia. Recordaba yo a Julián Sorel, de *Rojo y negro*, llegando en

casa del señor de Renal; recordaba las tentaciones de Rubempre en Balzac, ante la casa de la Bargetón; recordaba, en fin, algunas páginas de *Vingtras*, de Vallés. Analicé la sensación que se oculta bajo las concupiscencias y las rebeliones de aquellos distintos personajes. Encontré siempre el asombro, la admiración producida por el paso de un mundo a otro; en mí mismo no hallé ni señales de esa admiración ávida o rencorosa. Veía dormitar al marqués, envuelto, para resguardarse del frío de aquella tarde de Noviembre, en un abrigo, cuyo cuello levantado le ocultaba a medias el rostro. Cubría sus piernas una manta de lana fuerte y obscura. Buenos guantes de piel grises y bordados de negro protegían sus manos, con que el marqués, durmiendo y todo, sostenía la manta. Su sombrero de fieltro, fino como seda, estaba echado sobre los ojos. Bastaban estos pormenores para revelar una existencia muy diferente de la nuestra, de la pobre y mezquina economía de nuestro hogar, que solamente la meticulosa limpieza y los cuidados asiduos de mi madre salvaban de la miseria. Regocijábame al advertir que aquello no me causaba envidia ni me producía encogimiento. Era yo dueño de mí mismo por completo; seguro de mí y acorazado contra toda sugestión vulgar por mi doctrina, la doctrina de usted, y por la soberanía de mis ideas.

»Quedará completo el retrato de mi alma en aquellos instantes diciendo a usted que había yo resuelto y me había prometido a mí mismo borrar el amor del programa de mi vida. Había yo tenido, después de mi primera aventura con Mariana, otro amorío

del cual nada he dicho a usted, con la esposa de un profesor del Instituto, tan completamente tonta y al propio tiempo tan presumida, que me separé de ella más firme que nunca en mi desprecio hacia la inteligencia de la *dama*, según decía yo copiando a Schopenhauer, y más firme también en mi repugnancia primera por la sensualidad.

»Atribuyo a las arraigadas influencias de la disciplina católica esta repulsión ante la carne que ha sobrevivido en mí a los dogmas del espiritualismo. Sabía yo perfectamente, por una experiencia demasiado repetida, que esta repulsión no era bastante para evitar mis reincidencias en el deseo sensual; pero sabía también que aquellos deseos nacían en mí, en tiempo de Mariana, por ejemplo, por la seguridad que tenía de satisfacerlos, y contaba yo con la soledad del castillo para verme libre de toda tentación y practicar rigurosamente la gran máxima del sabio de la antigüedad: *Encerrar todo el sexo en el cerebro.* ¡Ah! Tan fuerte y tan poderosa ha sido en mí esta idolatría del cerebro, de mi *yo* presente, que pensé con formalidad en estudiar las reglas monásticas para aplicarlas a la cultura de mi pensamiento.

»Sí, determiné consagrar todos los días algunas horas a mis meditaciones, como hacen los frailes, sobre algunos artículos de mi credo religioso; resolví celebrar cada día la fiesta de uno de mis santos predilectos: Spinosa, Hobbes, Stendhal, Stuar Mill y usted, mi querido maestro, evocando la imagen y las doctrinas del iniciador así elegido e impregnándome en su ejemplo. Comprendo que todo esto era demasiado candoroso y pueril quizá; pero de todas suer-

tes, ya ve usted que no era yo el plebeyo intrigante que sueña con un buen matrimonio, como quiere suponer esa familia que ahora me insulta y me desacredita, y si es cierto que la idea de seducir a la señorita de Jussat penetró en mi espíritu, fué implantada, inspirada, digámoslo así, por las circunstancias.

»No escribo a usted para presentarme desde un punto de vista novelesco, y no hallo razón para ocultar que entre esas circunstancias que habían de impulsarme hacia esa empresa de seducción, tan lejos de mis sentimientos al llegar al castillo, fué la principal, o la primera, cuando menos, la impresión que me produjo el conde Andrés, el hermano de esa desdichada, hoy muerta, cuyo recuerdo, ahora que me aproximo al drama, renace en mi ánimo para atormentarle. Pero vuelvo a mi llegada al castillo...

»Son muy cerca de las cinco de la tarde. El landó anda más de prisa. El marqués acaba de despertarse. Pronto penetramos en la calle de árboles que conduce al castillo, y no tardamos muchos minutos en entrar en el vestíbulo. Después me introdujeron en el salón.

»¡Qué tranquilo, qué apacible me pareció aquel salón, iluminado suavemente por lámparas de amplias pantallas y por el fuego que ardía alegremente en la chimenea! La familia hallábase formando grupos; en uno, la marquesa de Jussat y su hija hacían trabajos de *crochet* para los pobres; mi futuro discípulo, de pie, delante del piano y absorto, miraba un libro de estampas; el aya de la señorita Carlota y una religiosa permanecían sentadas y cosiendo. El conde

Andrés leía un periódico, y en el momento de entrar nosotros lo dejó.

»Sí; ¡qué apacible y qué sereno aspecto el de aquel salón! ¿Quién me habría dicho que mi entrada allí señalaba el fin de esa paz para las personas que ahora se dibujan en el campo de mis recuerdos con tanta claridad, como si viese sus retratos? Vi, desde luego, el rostro de la marquesa, una mujer alta, robusta, de rasgos un poco toscos, muy diferentes del aspecto que mi imaginación ignorante había creído hallar en una dama aristocrática.

»La marquesa era, efectivamente, el modelo de la mujer de su casa con una educación excelente; sólo me dirigió algunas palabras para celebrar el buen tiempo que habíamos tenido en nuestro viaje, y me dejó en libertad. Vi el perfil algo desvanecido de la señorita Elisa Largeyx, y en aquel rostro débil la constante sonrisa de aprobación de aquel tipo inocente del servilismo, feliz en la vida sosegada y tranquila del bienestar material. Vi a la hermana Anacleta con sus ojos de aldeana y su boca pequeñísima. Esta religiosa habitaba de asiento en el castillo, en calidad de enfermera del marqués, preocupado siempre con el temor de un ataque posible. Vi a Luciano con sus mejillas abultadas de muchacho holgazán. Vi también a la que ya no existe, y su delicado cuerpo envuelto en una bata elegante, y sus ojos grises tan dulces en su claridad, y su cabellera castaña, y el corte ovalado de su rostro y el ademán con que nos ofrecía a su padre y a mí una taza de té para combatir el frío del viaje.

»La familia había comenzado a hablar del tiempo,

y de pronto el conde Andrés, volviéndose hacia mí, me preguntó:

»—¿Es usted cazador?

»—No, señor—respondí.

»—¿Monta usted a caballo?

»—Tampoco.

»—Le compadezco a usted; después del placer de la guerra, cazar y montar a caballo son los dos principales placeres que conozco.

»Esto nada significa, lo comprendo; comprendo también que este trozo de diálogo no explicará a usted por qué estas sencillas frases bastaron para que mirase yo desde aquel instante a Andrés de Jussat como un sér completamente aparte de cuantos yo había conocido hasta entonces; porque desde que subí a mi habitación, donde un criado comenzó a deshacer mi maleta, pensé en el conde más que en su delicada y graciosa hermana; ni por qué en la mesa, mientras comíamos, y después durante toda la noche, sólo pensé en observarle a él. Mi admiración ingenua en presencia de aquel joven orgulloso y varonil procedía, no obstante, de un hecho muy sencillo: yo había crecido hasta entonces en un medio puramente cerebral, en el que las únicas formas estimadas de la vida eran las intelectuales. Había tenido por compañeros los alumnos más aplicados de mi clase, todos débiles y enfermizos como yo mismo lo estaba, sin dignarme nunca conceder atención alguna a los otros, a los que sobresalían en los ejercicios corporales y que, por otra parte, no encontraban en esos ejercicios otra cosa que un pretexto para hacer brutalidades. Todos los profesores de mi predilec-

ción y algunos amigos de mi padre eran asimismo *cerebros*. Cuando yo, en mis lecturas, me había figurado cómo eran los personajes de las novelas, había ideado siempre mecánicas mentales, más o menos complicadas, pero jamás pensé en las condiciones físicas de aquellos héroes. En una palabra, si había yo pensado alguna vez en la superioridad que representa la bella y sólida energía animal del hombre, había sido de una manera abstracta; pero, en realidad, nunca la sentí. El conde Andrés, a la edad de treinta años, presentaba un ejemplar admirable de esa superioridad. Figúrese usted un hombre de mediana estatura, pero desarrollado como un atleta, de espaldas anchas y miembros delgados, de gesto y movimientos que revelaban a la vez flexibilidad y fuerza, con movimientos y con gestos en los cuales se veían claramente distribuídos el vigor y la vida con esa perfección que produce la agilidad conveniente y precisa, las manos y los pies nerviosos, bastantes por sí para denunciar la raza aristocrática, y además de esto el rostro marcial, uno de esos rostros curtidos detrás de los cuales circula sangre rica en hierro y glóbulos rojos, con ancha frente encajada en un casco de cabellos negros, un bigote del mismo color que los cabellos sobre labios cerrados y firmes, ojos obscuros y nariz algo encorvada, que da el perfil ese vago carácter de ave de rapiña. En fin, una barba atrevidamente delineada acaba esta fisonomía, prestándola un aire de invencible voluntad. Y la voluntad es toda la persona, la acción hecha hombre. Parece que no hay en este militar, dispuesto para todos los ejercicios corporales, apercibido para to

das las osadías, ninguna solución de continuidad entre el pensar y el obrar, y que todo su sér se halla siempre en sus gestos más insignificantes. Le he visto, después de aquella noche, montar a caballo como si se propusiera realizar le antigua fábula del Centauro; poner, a treinta pasos de distancia, diez balas de pistola sucesivamente en una carta de una baraja; saltar en el paseo, y sólo por divertirse, zanjas y fosos con agilidad que habría envidiado un gimnasta de profesión; lo mismo que otras veces, y sólo por distraer a su hermano, saltaba una mesa apoyando en ella las manos solamente. He sabido también que cuando tenía apenas dieciséis años se enganchó como voluntario durante la guerra prusiana, e hizo toda la campaña del Loira, sobrellevando admirablemente todas las fatigas y animando a los veteranos. Me bastó estudiarle en la comida aquella primera noche para sentir la impresión de que me hallaba delante de un hombre muy distinto de mí, pero completo y acabado en su especie. Me parece, cuando escribo estas líneas, que la escena sucedió ayer y que estoy allí, mientras el marqués da principio a una partida de cartas con su hija, hablando con la marquesa y mirando con disimulo al conde Andrés, que juega solo al billar. Veíale yo, a través de la mampara abierta, ágil y robusto, con su ligero traje de noche, impulsando las bolas con una precisión tan perfecta como elegante; tenía en su boca un cigarro, y yo, el discípulo de usted, yo tan orgulloso con la amplitud de mi pensamiento, seguía, embobado, los menores gestos de aquel joven, dedicado a ejercicio tan vulgar, con una especie de admiración envidiosa

que un sabio monje de la Edad Media, poco apto para ejercicios musculares, habría experimentado ante un caballero disponiéndose a partir, metido en su armadura.

»Cuando escribo la palabra envidia, suplico a usted que me comprenda bien, y no me atribuya una bajeza de que no soy capaz ni lo he sido nunca. Ni en aquella noche, ni en los días que la sucedieron, he experimentado celos del nombre del conde Andrés, ni de su fortuna, ni de varias ventajas sociales que él poseía y de las cuales carezco. Tampoco he sentido ese extraño aborrecimiento del *macho* al *macho*, tan perspicazmente analizado por usted en sus páginas sobre el amor. Mi pobre madre había tenido muchas veces la debilidad de decirme, siendo yo niño, que era un guapo chico. Mariana y mi segunda querida, me lo habían repetido. Sin ser un fatuo, comprendía yo que nada había para disgustar en mi rostro, ni en mi modo de ser. Y digo a usted esto, no por orgullo, sino para demostrar a usted que la vanidad para nada entró en la especie de rivalidad repentina que me convirtió, desde aquellas primeras horas, en adversario, casi en enemigo del conde Andrés, sin que, de seguro, él lo sospechara un solo momento. Lo repito, en esta rivalidad había tanto de admiración como de antipatía. Reflexionando sobre esto, he hallado en este sentimiento, que procuro explicar a usted, la huella probable de un atavismo inconsciente. Tiempo después tuve ocasión de preguntar al señor de Jussat, cuyo orgullo lisonjeaba mi consulta, acerca de la genealogía de los Jussat-Randon, y creo saber que ellos son de la raza conquistadora, en

tanto que por las venas de este descendiente de los labradores loreneses, que ahora escribe para usted estas líneas, circula sangre de raza conquistada; la sangre de los abuelos, siervos durante muchos siglos. Es verdad que entre mi cerebro y el del conde Andrés hay la misma distancia que entre el mío y el de usted, mi querido maestro..., mayor aún, porque yo, por mi parte, puedo comprender a usted, y yo desafío al conde a seguir uno solo de mis razonamientos, aun este mismo que ahora expongo acerca de nuestras mutuas relaciones. Para hablar con franqueza: yo soy un hombre civilizado, él no es más que un bárbaro. Pues bien; no he podido negarme a mí mismo que mi civilización resultaba menos aristocrática que su barbarie. Sentí entonces, de pronto, en las profundidades del instinto, adonde tan difícilmente desciende el pensamiento, la revelación de esa precedencia de la raza que la ciencia moderna afirma de la naturaleza toda, y que, por consiguiente, ha de ser verdadera también en el hombre. ¿Por qué dar ese nombre de envidia que sirve de rótulo a hostilidades no razonadas, como la que de repente me inspiró el conde? ¿Por qué esa hostilidad no había de ser una parte de la hereneia de mis antepasados? Una adquisición humana cnalquiera, por ejemplo, la del carácter y la de la energía activa, supone que durante siglos y siglos muchas filas de individuos, cuya rama representa uno, han querido y han obrado. La adquisición de un pensamiento vigoroso supone, por el contrario, filas de individuos que han reflexionado más que querido, y más que obrar han meditado. En el transcurso de muchos años, una antipatía, lúcida a veces,

obscura en ocasiones, ha hecho a los individuos del primer grupo odiosos a los del segundo, y cuando los representantes de esta labor soberana de las generaciones, tan típicos, cada cual en su género, como el conde y yo lo somos, se encuentran, ¿cómo no han de levantarse inmediatamente uno contra otro como dos animales de especie distinta? El caballo que jamás ha estado próximo al león, relincha espantado cuando amontonan en su cama paja en la cual se haya acostado una de esas fieras. El miedo, pues, se hereda, y el miedo ¿no es, por ventura, una de las formas del odio? ¿Por qué no habían de heredarse todos los aborrecimientos? Y en muchos centenares de casos, la envidia no sería otra cosa, y no lo fué de seguro en mí, que el eco reproducido en nosotros de odios y rencores sentidos en otros tiempos lejanos por hombres cuyos hijos somos y que prosiguen, a través de varias generaciones, combates del corazón comenzados hace muchos siglos.

»Es muy común asegurar, y un proverbio lo dice, que las antipatías son recíprocas, y si mi hipótesis se admite, este fenómeno de la reciprocidad tiene sencillísima explicación. Acontece, sin embargo, que esa antipatía no se manifiesta en los dos seres a un tiempo mismo. Y esto suele ocurrir cuando uno de ellos no se digna mirar al otro, y también cuando este otro se oculta. No creo que el conde Andrés haya experimentado, desde nuestro primer encuentro, la aversión que de fijo habría sentido hacia mí si hubiera podido leer hasta el fondo de mi alma. Primeramente, el conde apenas si fijó su atención en mí, pobre muchacho de Clermont, llegado al castillo en con-

cepto de simple pasante; además, una vez encerrado en hogar extraño, había yo resuelto ocultar constantemente y con disimulo perseverante mi verdadero *yo*. No me repugnaba aquella hipocresía defensiva, como no había repugnado al jardinero de la Jussat revestir y guarecer los árboles del jardín para conservar, a pesar de las nieves y de los hielos, la frescura de las frutas.

»El disimulo de mi actitud, que siempre tuvo atractivos para mí por mi afición a *duplicarme*, correspondía demasiado a un orgullo intelectual de entonces para que yo me abandonase a él con verdadera complacencia. Pero el conde Andrés no tenía motivo alguno para ocultarme nada de su carácter, y aquella misma noche que siguió a mi llegada me rogó, cuando nos retirábamos, que le acompañase a su cuarto para charlar un poco. El conde ni me había mirado siquiera; comprendí, pues, perfectamente, que su intención era, no en modo alguno colocarse en pie de familiaridad conmigo, sino explicarme sus ideas, con relación a mi oficio de pasante.

»Ocupaba el conde una parte del castillo, compuesta de tres habitaciones: alcoba, tocador y despacho, en que a la sazón nos hallábamos. Brillaban en las paredes armas de todas procedencias; fusiles marroquíes traídos de Tánger, sables y mosquetes del primer Imperio, y un casco de soldado prusiano que el conde me enseñó así que entramos. El conde había encendido su pipa y preparado dos copas de aguardiente mezclado con agua de Seltz, y, lámpara en mano, alumbraba de cerca la parte de cobre del casco, y me decía:

»—En cuanto a éste, tengo la completa seguridad de haberle hecho caer yo mismo... ¿No conoce usted la sensación de tener un enemigo al alcance de nuestro fusil, de apuntarle, de verle caer y de decirse *uno menos?* Era en un pueblecillo próximo a Orleans... Estaba yo de centinela, cuando comenzaba a amanecer. En el ángulo del cementerio; por encima de la tapia veo una cabeza que pasa, que mira, veo unos hombros que siguen... Era un curioso que venía a enterarse de lo que hacíamos. No pudo regresar para contarlo.

»Dejó la lámpara sobre la mesa, y después de haber reído con aquel recuerdo, tornóse grave su rostro. Creí que era deber mío, por mera cortesía, humedecer los labios con aquella mezcla de alcohol y de agua gaseosa que me abrasaba el paladar, y el conde continuó:

»—He querido que hablásemos hoy mismo para explicar a usted el carácter de Luciano y en qué sentido conviene que usted le dirija. El profesor a quien usted reemplaza era hombre excelente, pero débil y poco activo. He apoyado la candidatura de usted porque es usted joven, y para la tarea de que se trata conviene un joven más que un viejo. La instrucción, caballero, nada vale, a mi juicio, menos que nada en algunas ocasiones y peor que nada cuando conduce á falsificar las ideas. Lo principal en esta vida... ¿qué lo principal?, lo único, es el carácter.

»Detúvose al llegar a este punto como pidiéndome opinión; respondí yo con algunas palabras muy insustanciales, pero que indicaban mi asentimiento, y el conde prosiguió:

»—Perfectamente; me parece que vamos a entendernos. En la actualidad, usted lo comprende como yo, no existe en Francia para un hombre de nuestra clase más que una carrera: la de soldado.

»En tanto que este pobre país se encuentre en su interior a merced de la canalla y en el exterior tengamos necesidad de luchar con Alemania, nuestro sitio está en el único terreno que se nos ha dejado: el ejército. A Dios gracias, mis padres piensan sobre este particular lo mismo que yo pienso. Luciano será militar, y un militar, digan cuanto quieran los reformistas de ahora, no ha menester mucha sabiduría. Honor, sangre fría y músculos; el que teniendo todo eso sienta además amor a su patria, ya posee cuanto necesita. Yo, yo mismo, que ahora hablo con usted, he pasado los apuros mayores para llegar al bachillerato.

»En una palabra, es necesario que entienda usted bien que este año en el campo ha de ser, para Luciano sobre todo, un año de respirar aires, de llevar una vida algo ruda; y en cuanto a los estudios, han de ser para él a modo de conversación. Y justamente acerca de estas conversaciones con él quiero decir a usted algunas palabras. Deseamos que usted insista sobre el lado positivo y práctico de las cosas y eso desde el principio; conviene que algunos defectos sean corregidos desde luego.

»Seguramente lo encontrará usted muy bueno, pero demasiado flojo; es preciso que se acostumbre a soportarlo todo. Exija usted de él, por ejemplo, que salga en todo tiempo, que ande diariamente dos o tres horas. Es poco aficionado a la exactitud y ten-

go verdadero empeño en que sea puntual como un cronómetro. Es, además, algo mentirosillo. Para mí este es el peor de todos los vicios. Todo puedo perdonárselo a un hombre, todo, hasta las mayores locuras; yo mismo he cometido muchas; pero no perdono jamás un engaño.

»El antiguo profesor de mi padre me ha dado de usted tan favorables noticias; tanto me ha hablado de la conducta de usted con respecto a su señora madre, de la rectitud con que usted procede en todo, de la dignidad que siempre ha demostrado, que mi familia y yo contamos de antemano con la influencia de usted sobre Luciano. La edad de usted permite que Luciano halle ahora en su preceptor nuevo, más que un preceptor, un camarada; el ejemplo es, ya lo sabe usted, la mejor de las enseñanzas. Diga usted a un recluta que es hermoso y noble adelantar bajo el fuego del enemigo, y de fijo el recluta no comprenderá lo que usted le dice; adelántese usted a él, marche usted con valor y arrojo, y el recluta acabará por ser más arrojado que usted.

»En cuanto a mí, voy a unirme a mi regimiento dentro de algunos días; pero presente o ausente yo, usted puede contar con todo mi apoyo si alguna vez se trata de adoptar alguna medida enderezada a lograr que ese muchacho llegue a ser lo que es necesario que sea: un hombre que pueda servir con valor a su país, y, si lo permite Dios, a su rey.

»Este discursillo, que me parece haber reproducido con exactitud, nada tenía que pudiera maravillarme. Era naturalísimo que en una casa en que el padre era un viejo monomaníaco, la madre una ama

de gobierno, la hermana tímida y de poca edad, dirigiese como jefe el hermano mayor, y que éste hablase al preceptor recién llegado. Era naturalísimo también que un militar y aristócrata, educado en las ideas de su clase y de su profesión, me hablase como militar y como aristócrata. Usted, mi querido maestro, con su universal comprensión de las naturalezas, con su facilidad en separar el lazo necesario de unión entre el temperamento y el medio de las ideas, hubiera visto en el conde Andrés Jussat, un caso muy definido y muy significativo. Y yo mismo, ¿para qué había preparado mi cuaderno de cerradura, sino para recoger documentos de esta especie sobre la naturaleza humana? ¿No los encontraba yo en aquel oficial tan bueno, tan sencillo, que manifestaba su manera de pensar evidentemente idéntica a su modo de ser, de respirar, de moverse, de fumar y de comer? Comprendo perfectamente que mi filosofía no era como sangre de mis venas ni como medula de mis huesos, porque aquel discurso y las opiniones que él expresaba, lejos de complacerme por este raro hallazgo de lógica, exacerbaron la llaga de antipatía súbitamente abierta, no sé dónde, acaso en mi amor propio, que al fin yo era el ruin y el débil delante del fuerte, de seguro en lo más íntimo de mi sensibilidad.

»Ninguna de las ideas emitidas por el conde tenían a mis ojos valor alguno. Eran para mí puras niñerías, y, sin embargo, en vez de menospreciar esas niñerías como en otra ocasión hubiera yo hecho, hallábalas abominables en sus labios. ¡La profesión de soldado! Considerábala yo tan miserable por el tiem-

po perdido en ella y por la intimidad brutal que impone, que me había regocijado ser hijo de viuda para librarme de la barbarie del cuerpo de guardia y de las miserias de la disciplina. ¡El odio a Alemania! Habíame consagrado yo a destruirle dentro de mí mismo como la peor de las preocupaciones, tanto por antipatía hacia camaradas imbéciles, a quienes veía exaltados por su patriotismo ignorante, cuanto por la admiración religiosa que aún inspira el pueblo a quien la psicología debe a Kant y a Schopenhauer, Lotze y Fechner, Helmholtz y Wundt. ¡La fe política! Yo miraba con idéntico desprecio las hipótesis groseras que con el nombre de legitimismo, republicanismo, cesarismo, etc., pretenden gobernar un país *à priori*. Soñaba yo con el autor de los *Diálogos filosóficos*, una oligarquía de sabios, un despotismo de psicólogos, de economistas, de fisiólogos y de historiadores. ¡La vida práctica! Era la vida empequeñecida para mí que no veía en el mundo exterior otra cosa que un campo de experimentaciones, donde un espíritu libre se aventura con prudencia y solamente lo necesario para recoger emociones. En fin, ese desdén por la mentira y el engaño que profesaba mi interlocutor me hería como un insulto, y al propio tiempo aquella confianza absoluta en mi moralidad, fundada en una idea falsa de mi persona, me molestaba, me hería.

»Ciertamente la contradicción era curiosa; presentábame yo como igual al retrato que el antiguo amigo de mi padre había hecho de mí; halagábame, en cierto modo, que así me creyese y al propio tiempo me sentía irritado porque el conde Andrés no des-

confiara de mí. Existe aquí un pliegue del corazón que desconcierta mi análisis; pero ¿qué prueba esto sino que nunca nos conocemos por completo a nosotros mismos? Usted lo ha dicho, querido maestro, magnífica y admirablemente: «Los estados de nues»tra conciencia son lo mismo que islas en un océano »de tinieblas que nos oculta la base. La labor del psi»cólogo es estudiar, por medio de frecuentes sondas, »el terreno que hace de estas islas vértices visibles de »una cordillera de montañas invisibles e inmóviles, »bajo la movible masa de las aguas.»

»Si he insistido tanto en esta noche que siguió a mi entrada en el castillo, no es porque haya tenido consecuencuencias inmediatas, pues me retiré después de haber asegurado al conde Andrés que estábamos perfectamente de acuerdo acerca de la dirección que convenía dar a su hermano menor, y una vez en mi cuarto, me limité a estampar aquellas palabras en mi libro de notas con un comentario más o menos desdeñoso. Pero esta primera impresión hará seguramente que usted adivine qué impresiones análogas la sucedieron y la crisis inesperada, aunque muy natural, que resultó de ellas. Hay aquí una de esas cordilleras submarinas de que usted habla, y cuyos pormenores veo hoy del todo, arrojando la sonda al fondo, muy al fondo de mi corazón.

»Bajo la influencia de los libros y del ejemplo de usted, querido maestro, me había yo *intelectualizado* cada vez más y creía haber renunciado definitivamente a la enfermiza curiosidad de las pasiones que me hacía hallar en otro tiempo picantes placeres en

mis lecturas culpables y hasta en el disgusto de mis sensuales relaciones con Mariana.

»Así guardamos, dentro de nosotros mismos, pedazos de alma que hemos visto muy vivos, que juzgamos muertos, y que sólo están adormecidos. He aquí de qué modo, y poco a poco, cultivando sólo durante quince días el trato de aquel hombre, que apenas me llevaba nueve o diez años y que era todo realidad, todo energía, la existencia de pura especulación que, en otro tiempo, tan sinceramente yo había soñado, comenzaba a parecerme... ¿cómo diré yo? ¿Inferior? ¡Oh no! No hubiera consentido, ni por el valor de un Imperio, en convertirme en el conde Andrés, con su nombre, su fortuna, sus ventajas físicas y sus ideas. ¿Descolorida? Tampoco. Bastábame recordar una aparición única: el perfil de usted destacándose sobre la ventana del despacho en el fondo del paisaje parisiense, tan vasto, tan triste, para probar los goces de las meditaciones poéticas.

»El vocablo *incompleta* es el único adecuado para resumir la impresión poco favorable a mí mismo que la simple comparación entre la existencia del conde y la mia esparció en mis propias convicciones. En este sentimiento de hallar incompleta mi personalidad residió el principio tentador de que fuí víctima. Nada hay, por cierto, de original, según yo entiendo, en este estado del espíritu de un hombre que, habiendo cultivado, tal vez con exceso, en sí mismo, la facultad de pensar, encuentra otro hombre que ha cultivado en el grado mismo la facultad de obrar y que se siente atormentado por una especie de nostalgia delante de esa naturaleza de acción, poco antes

menospreciada. De esta nostalgia ha sacado Goethe su Fausto. Yo no era un Fausto, yo no había apurado, como el doctor caduco, la copa de la ciencia, y, sin embargo, es preciso creer que mis estudios de los últimos años, al exaltarme en un sentido muy especial, habían dejado en mí facultades y aptitudes sin empleo que se estremecieron de emulación al aproximarse a un representante de otra raza de hombres.

»Mientras yo le admiraba, le envidiaba y le despreciaba, todo a un tiempo, durante los días sucesivos no podía yo impedir que trabajase mi cabeza y que mis razonamientos adelantasen. Y pensaba yo: un hombre que igualase a éste, por la acción, y que me igualase en el pensamiento, sería realmente el hombre superior que yo he querido ser. Pero la acción y el pensamiento, ¿no se excluyen? No se excluían en la época del Renacimiento; no han sido incompatibles en las épocas más próximas de Goethe, que encarnó en sí mismo la doble naturaleza de su Fausto, sucesivamente filósofo, hombre de mundo, poeta y ministro; ni en Stendhal, novelista y teniente de dragones; ni en Constant, que fué autor de *Adolfo* y un fogoso orador, y además jugador, duelista y enamorado.

»Esta cultura completa del *yo*, cultura de la cual había yo hecho el resultado último, el fin supremo de mis doctrinas, ¿podía marchar sin este doble juego de facultades, sin ese paralelismo entre la *vida vivida* y la *vida pensada*? Probable es que el primer sentimiento experimentado por mí al verme desposeído así de todo un mundo, el mundo de los hechos, sólo fuese orgullo. Pero en mí, por la natura-

leza filosófica de mi vida, las sensaciones se transforman pronto en ideas. Los menores accidentes me sirven para proponer problemas generales. Cada acontecimiento de mi destino me lleva a teorías sobre todo destino. Allí donde otro joven cualquiera se hubiese dicho: «Es triste que la suerte no me haya »permitido más que una clase de desarrollo.» Yo me puse a recapacitar si me habría yo engañado sobre la ley en todo desenvolvimiento. Desde que yo, gracias a los admirables libros de usted, había libertado y alejado del alma los varios terrores religiosos, no conservaba yo de mis antiguas prácticas piadosas más que una: la costumbre de hacer un examen de conciencia cotidiano, bajo forma de memoria o discurso, y de vez en cuando hacía lo que yo llamaba una oración. Transportaba yo, como ya he dicho a usted, con regocijo extraño la religión al dominio de mi sensibilidad personal. A esto lo denominé entonces la liturgia del *yo*. Recuerdo que una de las tardes de la segunda semana que pasé en el castillo de Jussant, empleé muchas horas en redactar una confesión general, es decir, en levantar un cuadro completo de mis instintos diversos desde el más lejano despertar de mi conciencia. En ese cuadro vine a obtener la conclusión de que el rasgo esencial de mi carácter, la característica de mi sér íntimo había sido siempre, como ya lo he indicado al principio de este trabajo, la facultad de *duplicarme*. Significaba esto que yo había sufrido siempre una tendencia a ser, a un tiempo mismo, apasionado y reflexivo, a vivir y a mirar cómo viven. Pero encerrándome como yo deseaba en la reflexión pura, desdeñando

la existencia para no ser otra cosa que una mirada clavada sobre la vida ¿no corría yo el peligro de parecerme a ese Amiel, cuyo diario doloroso aparecía entonces, de esterilizarme por el abuso del análisis en el vacío? Para fortificarme en la resolución de una existencia abstracta, inútilmente se me presentaba la imagen de usted, venerado maestro. Recordaba yo las frases que acerca del amor había leído en la *Teoría de las pasiones*. «No ha sido siempre lo que es »ahora», me decía a mí mismo: «un misterio crimi»nal ha debido de llenar su juventud», y veía a usted, cuando tuviese mi edad, abandonándose a experimentos culpables que ya no tentaban osadamente en aquellas idas y venidas de mi pensamiento.

»No sé si esta química del alma, muy complicada y, sin embargo, muy sincera, parecerá a usted suficientemente lúcida. El trabajo en virtud del cual se elabora en nosotros una emoción y acaba por resolverse en una idea, permanece tan obscuro, que esta idea es casi siempre precisamente lo contrario de lo que un sencillo razonamiento habría previsto. ¿No habría sido natural, por ejemplo, que la especie de admiración repulsiva producida en mi espíritu por el conde Andrés hubiese concluído, ya por una repulsión declarada, ya por una admiración definitiva? En el primer caso debería yo haberme abismado más y más en la ciencia; en el segundo desear una moralidad más activa, más virilidad práctica en mis actos. Sí, yo habría debido, pero lo natural en cada uno es su naturaleza. Mi naturaleza exigía que por una metamorfosis, cuyo proceso he procurado pintar a usted del mejor modo que me ha sido posible, la admi-

ración replusiva hacia el conde llegase a ser en mí un principio de crítica con respecto a mí mismo, y que esta crítica diese nacimiento a la teoría un poco nueva de la vida; que esta teoría despertase mi predisposición natural a las curiosidades pasionales, y que se fundiese el todo en una nostalgia de experimentos sentimentales, y que precisamente en ese momento una joven se hallase en mi intimidad, joven cuya sola presencia hubiera sido bastante para despertar el deseo de agradarle en cualquier joven de mis años.

»Pero yo era demasiado pensador para que tal deseo hubiese nacido en mi corazón sin haber pasado antes por la cabeza. Por lo menos, así he sufrido el hechizo de la delicadeza y de la gracia que emanaba de aquella niña de veinte años: lo he sufrido figurándome que estaba razonándolo.

»Momentos hay en que me pregunto si, en efecto, ha sucedido así; en que toda mi historia me parece mucho más sencilla, y me digo: «Me he enamorado »natural y sencillamente de Carlota porque es her»mosa, delicada, tierna y yo soy joven. Después he »querido darme a mí mismo pretextos de meditación »cerebral, porque era yo un orgulloso de la idea y »no quería haberme enamorado como cualquiera »otro.» ¡Ah! ¡Cuánto me consuela pensar de este modo! Puedo entonces compadecerme a mí mismo en vez de causarme horror, como me sucede cuando me acuerdo de lo que antes he pensado, de aquella resolución fría acariciada en mi espíritu, estampada en mis cuadernos primero y después, ¡ay!, realizada en los acontecimientos; la resolución de seducir a la

pobre niña sin amarla, por pura curiosidad de psicólogo, por el gusto de obrar, de manejar, también yo, un alma viva, de contemplar directamente este mecanismo de las pasiones, estudiado hasta entonces en los libros, por la vanidad de enriquecer mi inteligencia con un experimento nuevo. Pero sí; esto es lo que he querido y no podía yo dejar de quererlo dirigido como estaba por estas herencias, por esta educación que ya he explicado a usted; transplantado a un medio nuevo en el cual la casualidad me arrojaba, y mordido, como lo fuí, por el feroz espíritu de rivalidad hacia aquel insolente joven a quien miré desde luego como enemigo.

»Y, sin embargo, ¡cuán digna era aquella niña, tan pura, tan tierna, de hallar otro que no hubiera sido yo; que no hubiera sido una máquina fría y mortal de cálculos intelectuales! Sólo de pensar en esto se me destroza dolorosamente el corazón, a mí, que me juzgaba seco y exacto como diagnóstico de médico. No llegué a fijarme en su hermosura desde la primera noche, porque, efectivamente, Carlota nó presentaba al primer golpe de vista aquella perfección de líneas del rostro, aquel brillo de color, aquella majestad en el aspecto que obliga a decir de una mujer que es muy hermosa. Todo era en su fisonomía delicadeza, vaguedad, medias tintas, desde el matiz de sus cabellos castaños hasta el de sus pupilas de un gris algo obscuro, en su rostro, ni muy pálido ni muy rosado. Estudiando su expresión se la juzgaba modesta; y se la juzgaba débil cuando se fijaba la atención en la finura de sus pies y de sus manos y en la gracia de sus movimientos. Aunque era de estatura

más baja que alta, no lo parecía por lo bien proporcionado de su cabeza y de su cuello, que tenía naturalmente elevada y noble. Si el conde Andrés reproducía uno de sus comunes predecesores por un atavismo evidente, ella lograba parecerse a su padre; pero con tan hechicero idealismo de líneas, que no era dable pensar en esta semejanza cuando no se los veía al uno cerca del otro. Fácilmente se reconocían en ella, sin embargo, la influencia de las disposiciones nerviosas que en su padre habían producido la hipocondría. Carlota era de una sensibilidad casi enfermiza que se revelaba, en algunos momentos, por un ligero temblor de las manos y de los labios, aquellos hermosísimos labios sinuosos en que residía una bondad casi divina. Su barba, muy firme, anunciaba una rara fuerza de voluntad en aquella envoltura débil, y ahora comprendo que la profundidad de sus ojos, de vez en cuando inmóviles y como atraídos por un punto sólo para ella visible, denunciaba una tendencia funesta a la idea fija. ¿Cómo podía yo haber observado esto desde luego? El primer rasgo que advertí en ella, en la segunda semana que siguió a mi llegada, fué el de su bondad extremada, y eso gracias a Luciano, mi discípulo.

»Este niño me contó que su hermana le había suplicado varias veces que averiguara de mí si yo necesitaba algo, si me faltaba alguna cosa en mi cuarto... pormenor muy pueril, es cierto, pero que me conmovió porque yo me sentía muy solo en aquella casa tan grande, en la que, desde mi llegada, nadie me prestaba la menor atención. El marqués no aparecía más que en el almuerzo; presentábase envuelto

en su bata y se quejaba de su falta de salud o hablaba mal de las cosas políticas; la marquesa sólo pensaba en aumentar cuanto podía las comodidades del castillo y sostenía largas e interesantes conversaciones con un tapicero venido de Clermont; el conde Andrés montaba a caballo por la mañana, cazaba por la tarde, y por la noche fumaba cigarrillos sin dirigirme la palabra; el aya y la religiosa se observaban y me observaban con una discreción glacial; mi discípulo era un muchacho haragán y tosco, que solamente poseía una buena condición, la de ser muy sencillo, muy confiado y contarme todo cuanto yo tenía ganas de saber acerca de él mismo o de su familia. De este modo supe que la permanencia en el campo aquel año había sido una idea del conde Andrés, cosa que no me maravilló, pues cada vez comprendía yo más claramente que él era el verdadero jefe de la familia; supe que en el año anterior había querido el conde casar a su hermana Carlota con uno de sus camaradas, el señor de Plane; que Carlota se había negado y el señor Plane había partido para el Tonkín; supe... ¿pero qué importan estos pormenores?

»En nuestras dos clases diarias, una por la mañana, desde las ocho a las nueve y media, y otra por la tarde, desde las tres a las cuatro y media, costábame gran trabajo fijar la atención de mi alumno. Sentado en su silla, enfrente de mí, al otro lado de la mesa y pasando su lengua por el paladar mientras llenaba el papel con letras muy gordas y muy mal hechas, guiñábame el ojo y espiaba en mi rostro la menor señal de distracción. Con ese instinto animal y segu-

ro de los niños, advirtió muy pronto que yo le llevaba con menos prisa a sus trabajos cuando él me hablaba de su hermano o de su hermana, y he aquí de qué modo aquella inocente boca me reveló que existía en aquel castillo, frío y extraño para mí, alguien que pensaba en mi bienestar, alguno a quien mis comodidades interesaban algo. ¡Echaba yo tanto de menos a mi madre, aunque no quisiera confesármelo a mí mismo! Y esta nonada, que no significaba, sin embargo, otra cosa que un interés de insubstancial cortesía, fué la que me hizo mirar más atentamente a la señorita de Jussat.

»El segundo rasgo que en ella descubrí después de su bondad, fué su afición a lo novelesco; no porque Carlota hubiese leído muchas novelas, sino porque tenía, como ya he dicho a usted, una sensibilidad muy viva, y esa sensibilidad le había dado algo así como disgusto de la realidad. Sin que ella misma lo sospechara, Carlota era muy diferente de su madre de su padre y de su hermano, y ella podía mostrarse a su familia en la verdad de su naturaleza, ni ver a la familia misma en la realidad de la de ésta sin sufrir al hacerlo. Así, pues, ella no se mostraba a ellos, y se obstinaba además en no verlos. Espontáneamente, ingenuamente, Carlota había formado de aquellos seres a quienes amaba, ideas en armonía con su corazón, y de tal suerte contrarias a la evidencia, que hubiera pasado por falsa o por aduladora a los ojos de un observador malévolo o desconfiado. Decía a su madre, de espíritu tan vulgar: «usted, mamá, que es tan delicada;» a su padre, tan cruelmente egoísta: «papá, usted que es tan bueno;» a su hermano, tan

intransigente y tan terco: «tú, que todo lo comprendes...» y al decirlo lo creía ingenuamente. Pero estas ilusiones en que aquella hermosa criatura se encerraba, la dejaban en la soledad moral más completa y desprovista hasta un grado peligroso del más insignificante conocimiento de caracteres. Desconocíase a sí misma, como desconocía a los demás. Necesitaba Carlota, sin saberlo ella misma, encontrar a alguien que tuviese una analogía de sentimiento con ella. Sucedíale, por ejemplo, lo advertí desde los primeros paseos que dimos juntos, ser la única en sentir verdaderamente la belleza del paisaje formado por el lago, los bosques que le rodean, los volcanes lejanos y el cielo de otoño, casi siempre más azul que el cielo de verano, por el contraste de aquel azul con el oro de las hojas, y en ocasiones tan velado y tan melancólicamente vaporoso.

»Sumergíase entonces Carlota en silencios sin causa aparente, que provenían de que su sér, demasiado conmovido, se disolvía realmente en el encanto de las cosas. Poseía Carlota en estado de instinto obscuro y de sensación inconsciente la facultad que produce en los grandes poetas y en los grandes enamorados el olvido de todo, la predisposición a abismarse por completo en lo que conmueve su corazón, ya sea un horizonte velado, ya un bosque amarillento y silencioso; ora un trozo de música que el aya toca al piano, ora la emoción de una historia conmovedora relatada en su presencia.

»No me cansaba yo en aquellos albores de nuestro conocimiento de observar el contraste, el antagonismo entre el animal de combate representado por

el conde y aquella creación llena de gracia y de dulzura que andaba con tan leve paso por las escaleras de piedra del palacio, y cuya sonrisa era tan cariñosa y tan tímida juntamente. Me atreveré a decirlo todo, ya que no escribo esto para pintarme favoreciéndome, sino para mostrarme a usted tal cual soy. No afirmaré que mi deseo de ser amado por aquella niña adorable, en cuya atmósfera comenzaba yo a encontrarme tan gozoso, no hubiese tenido por principal causa ese antagonismo entre su hermano y ella.

»Sí, acaso en mis propósitos de seducción se ocultaba la voluptuosidad cruel de humillar al soldado, al aristócrata, al creyente, ofendiéndole en lo que era para él más precioso. Sé que es horrible esto que digo, querido maestro; pero no me consideraría yo digno de ser discípulo de usted si no le diese este documento acerca del fondo más recóndito de mi corazón.

»En último resultado, este odioso matiz de mis sensaciones no sólo sería un fenómeno necesario como los demás, como la gracia novelesca de Carlota, como la sencilla energía de su hermano y como estas complicaciones mías, tan obscuras para mí mismo.

»§ IV.—Primera crisis

»Recuerdo con toda claridad el día en que este proyecto de seducir a la hermana del conde Andrés surgió en mi cerebro, no ya como elemento de una novela fantástica sino como hecho posible, próximo, casi inmediato. Después de haber permanecido dos meses consecutivos en el palacio había yo ido a ver

a mi madre para pasar con ella las fiestas de principio de año, y no regresé a Clermont hasta que transcurrió una semana.

»Había nevado sin interrupción durante dos días. Los inviernos en nuestras montañas son crudos hasta un punto tal, que solamente la monomanía del señor de Jussat puede explicar el empeño en permanecer allí, en aquellos yermos salvajes de lava barrida constantemente por vientos huracanados. Bien es verdad que la marquesa velaba constantemente para atenuar las molestias que esto podía causar a los habitantes del palacio, cuidando de aumentar en lo posible, las comodidades del mismo y de sus inmediaciones, y es verdad también que bastantes veces a mañanas de tormentas horribles siguen allí tardes hermosísimas, como sucedió precisamente el día en que, de vuelta yo a Clermont, se fijó definitivamente en mi ánimo y tomó cuerpo mi funesta resolución.

»Vuelvo a ver aquel lago cubierto por una ligera capa de nieve, bajo la cual se adivinaba el suave movimiento del agua; veo de nuevo la extensa corriente del Cheyre, cuya blancura de nieve aparecía a trechos manchada por la lava, y completamente blanco, sin mancha alguna, elevábase aquel gigantesco circo de montañas, en tanto que el cercado de Charmont y el bosque de Rouillat proyectaban sobre el fondo blanco de nieve y azulado, la masa negra de sus abetos. Reaparecen ante mis ojos todos esos pormenores insignificantes que echamos de ver apenas y que, no obstante, permanecen ocultos en no sé qué rincón de nuestra memoria.

»Sí, de este modo surge en mi alma todo aquel

paisaje, las ovejas amarillentas y obscuras apacentadas por un pastor vestido con blusa azul y cubierta la cabeza con un ancho sombrero redondo y bajo y acompañado por un perro rojo y peludo, de ojos amarillos, relucientes y muy próximos entre sí. Una chaquetilla de *astracán* encerraba el talle de Carlota; un *boa* de piel rodeando su cuello hacía que su cabeza pareciese más pequeña de lo que era en realidad y mucho más graciosa bajo la toquilla.

»En pos de largas horas de encierro forzoso en el palacio, parecía como si aquel aire vivo y puro la embriagase. Allí estábamos Carlota, su aya, la señorita Largeyx, mi díscípulo y yo. Los delicados pies de la señorita de Jussat hundíanse valerosamente en la nieve, en la cual imprimían sus ligeras huellas. Los ojos de Carlota lucían con la exaltación espontánea y sencilla que experimentan los privilegiados ante la hermosura de la Naturaleza... privilegio envidiable de los corazones sencillos que no vuelve a disfrutarse cuando uno siente seca el alma con razonamientos, lecturas, lucubraciones y teorías abstractas. Caminaba yo cerca de ella, que andaba muy de prisa, y muy pronto adelantamos mucho a la señorita Largeyx, cuyos chanclos resbalaban difícilmente en el camino. El niño adelantaba unas veces, rezagándose otras, se detenía o corría con esa viveza propia de los animales jóvenes.

»Entre aquellas dos alegrías, la de Luciano y la de Carlota, poníame yo cada vez más taciturno y más sombrío. ¿Era aquello la irritación nerviosa que nos hace, en determinados momentos, repulsivas alegrías que vemos próximas a nosotros, y de las cuales no

participamos? ¿Era acaso un esbozo semiinconsciente aún, de mis planes futuros de seducción, para el cual quería yo llamar la atención de la joven por una especie de hostilidad contra su regocijo?

»Mientras duró aquel paseo, yo, que había adquirido la costumbre de hablar mucho con ella, cortaba con monosílabos las frases de asombro que pronunciaba Carlota a cada momento, como si quisiera hacerme partícipe de sus gratas impresiones. Entre callar unas veces y contestar bruscamente otras, puse tan en evidencia mi mal humor, que la señorita de Jussat acabó, a pesar de su entusiasmo, por advertirlo. Carlota me miró dos o tres veces; una pregunta estaba próxima a brotar de sus labios; pero la pobre no se atrevió a formularla. Al contacto de mi tristeza se desvaneció su alegría poco a poco. Hubo un instante en que no pudiendo dominar la impresión que esta tristeza la causaba, con una voz un poco ahogada por el temor se atrevió a preguntarme:

»—¿Está usted malo, señor Greslou?

»—No, señorita—contesté con una rudeza que debió de molestarla, porque su voz era aún más temblorosa que antes cuando me dijo:

»—Entonces alguien ha disgustado a usted; usted no está hoy como los demás días.

»—Nadie me ha disgustado ni me ha hecho nada —respondí, moviendo melancólicamente la cabeza—; pero es verdad, seguí diciendo, tengo motivos para estar triste, muy triste. Hoy es para mí aniversario de una contrariedad muy grande que no me es posible decir.

»Carlota me miró otra vez. La niña no estaba

alerta, y yo proseguía estudiando en sus ojos los movimientos que la agitaban, como pueden seguirse las idas y venidas del mecanismo de un reloj a través de una tapa de cristal. Habíala yo visto inquieta por mi actitud hasta el punto de perder repentinamente el gozo que le producía la vista de aquel hermos paisaje. Veíala entonces condolida al saber que no tenía yo ningún resentimiento con ella, conmovida con mis tristezas, ganosa de conocer la causa y temerosa de preguntármela. Se contentó, pues, con decirme:

»—Perdóneme usted, señor Greslou, que le haya preguntado.

»Después permaneció callada. Aquellos pocos minutos bastaban para revelarme el sitio que ocupaba yo en el corazón de aquella niña. ¡Oh!, ante la manifestación de aquel noble y delicado interés habría yo debido avergonzarme de mi mentira... porque mentira era, mentira improvisada por mí, aquello de la gran contrariedad cuyo aniversario me entristecía. ¿Por qué imaginé aquella embustería? ¿Fué por vanidad? ¿Cedí a mi constante aspiración a la duplicidad de mi sér? ¿Pensé en que aquella aureola de desventura y desengaño podría favorecer la realización de mis planes...? Hoy mismo no acierto a contestar con certeza a esas preguntas.

»Seguramente no preví con exactitud, ni el efecto producido por mi tristeza fingida, ni el de mi indigna fábula; pero recuerdo que no bien lo hube advertido, una resolución inquebrantable nació en mi espíritu: la de continuar hasta el fin y ver lo que yo producía en el alma de aquella niña, prosiguiendo, a conciencia y con premeditación, la comedia casi instintiva

comenzada en aquella hermosísima tarde de Enero, ante la magnificencia de un paisaje que debería haber servido de teatro a más nobles ensueños.

»Hoy, cuando se ha realizado ya lo que es irreparable, comprendo, por una penetración retrospectiva y horriblemente dolorosa, porque me convence a mí mismo de que procedí con torpeza y con crueldad juntamente; que yo había inspirado desde luego a Carlota el más verdadero y también el más tierno de los sentimientos. Toda la diplomacia psicológica a que me consagré, fué, por lo tanto, el ridículo y odioso trabajo del aprendiz en la ciencia del corazón. Hubiérame bastado dejarme llevar por los sucesos para conocer, para gustar de las emociones de que yo estaba sediento, para vivir vida sentimental amplificada y exaltada hasta igualar mi vida intelectual. En vez de esto paralicé los movimientos del corazón abrumándole con ideas. Traté de conquistar un alma que estaba ya conquistada; jugar una partida de ajedrez donde habría bastado proceder sencillamente, y ahora ni tengo siquiera el consuelo vanidoso de decirme a mí mismo que, a lo menos, he dirigido a mi antojo el drama de mi destino; que he combinado las escenas, provocado los episodios, conducido la intriga. Representábase y se realizaba por completo en la señorita de Jussat este drama, en que la muerte y el amor, los dos fieles obreros de la implacable Naturaleza, obrando sin orden mía y como burlándose de lo complicado de mis análisis.

»Carlota ha muerto desesperada cuando a la luz de una explicación trágica me ha visto en mi verdadera naturaleza. Entonces le he causado horror, y ella me

ha dado la prueba más convincente de que mis sutiles reflexiones ninguna influencia han ejercido sobre ella. Carlota me ha amado, es cierto; pero por causas y razones muy diferentes de las que mi cándida psicología había amontonado. Había yo creído resolver en este amor un problema de mecánica mental.

»¡Ay! En él pude encontrar, y no sentí su encanto, una profunda y suave ternura. ¿Por qué no adiviné entonces lo que ahora veo con la claridad de la más cruel evidencia? Extraviada por las tendencias novelescas de su espíritu ¡eran tan natural que aquella pobre niña se engañase con respecto a mí! Mis penosos y largos estudios habíanme dado ese aire de sufrimiento que interesará siempre a la mujer que sea verdaderamente mujer.

»La educación al lado de mi madre me había hecho adquirir modales dulces, finura en los ademanes y suavidad en la voz y cierto meticuloso cuidado de mi persona, que excusaban y hacían olvidar mis torpezas y mis ignorancias. Además de esto, yo había sido presentado por aquel maestro viejo, amigo de mi padre, y que me había recomendado como un joven de ideas elevadas y de carácter muy noble. Con esto había más que suficiente para que una muchachas tan sensible se interesase por mí de un modo extraordinario.

»Pues bien: así que hube advertido aquel interés, en el paseo del cual ya he hablado, me propuse abusar de esos sentimientos de Carlota en vez de conmoverme con ellos. Quien en la noche que siguió a la tarde aquella me hubiese visto en mi cuarto, solo y sentado a la mesa, escribiendo un abultado libro

de análisis relativo a mi persona, no hubiera creído que estaba allí un joven de veintidós años apenas, meditando acerca de los sentimientos que él inspiraba a una doncella de veinte... El palacio dormía. Oíase únicamente el paso del criado que apagaba las lámparas de escaleras y de corredores. El viento rodeaba el vasto edificio con sus gemidos, ya quejumbrosos, ya iracundos. En aquellas alturas, el viento oeste es terrible; ocasiones hay en que su potente soplo arranca toda la pizarra de un tejado. Siempre estas lamentaciones del aire han acrecentado en mi alma el sentimiento de soledad interior. En mi chimenea ardían apaciblemente algunos troncos, y yo escribía en el cuaderno (que eché al fuego antes de ser preso) la relación de mi aventura y el programa de la experiencia que me proponía yo intentar sobre el ánimo de Carlota. Había yo vuelto a copiar el párrafo que acerca de la compasión hay en el hermoso libro de usted: *Teoría de las pasiones;* ya lo recuerda usted, querido maestro, en el párrafo que comienza: «Existe en este fenómeno de la compasión un ele»mento físico, y que, muy especialmente en la mujer, »toca los confines de la emoción sexual.» También por la compasión me proponía yo imponerme, desde luego, a Carlota. Quería yo aprovechar la primera mentira con que la había conmovido, enlazarla con una serie de embustes y concluir haciéndome amar, consiguiendo antes ser compadecido. En tanto que redactaba yo aquel plan de seducción apoyándolo en textos filosóficos, me imaginaba lo que habría pensado el conde Andrés si hubiese podido, como en las antiguas leyendas, desde del pueblo donde se hallaba

de guarnición, descifrar las palabras trazadas por mi pluma. Al propio tiempo, la sola idea de dirigir a mi antojo las ruedas sutiles de un cerebro femenino, todo aquel mecanismo de relojería intelectual y sentimental tan complicado y tan tenue, me impulsaba a compararme con Claudio Bernard, con Pasteur y con sus discípulos. Estos sabios se consagran a la *vivisección* de animales. ¿No tenía yo el propósito de llevar a cabo con todo detenimiento la vivisección de un alma?

»Para obtener de aquel efecto de compasión, antes que provocado sorprendido, todo el resultado preciso, tratábase únicamente, por de pronto, de prolongarle. Con tal intención determiné proseguir por cálculo la comedia de tristeza comenzada por casualidad y disponerlo todo para el día, más o menos lejano, de una explicación, una novela larga y conmovedora de falsas confidencias. Proseguí, pues echándola de triste, no ya en presencia de Carlota, sino también cuando dábamos la lección mi discípulo y yo, en la seguridad de que el niño se apresuraría a contar a su hermana lo que durante las lecciones hacía yo o decía; ¿tenía yo necesidad de haber mezclado a este niño, que me habían confiado, en esta triste intriga? ¿Por qué agregar esta astucia a las otras, siendo así que Carlota ni había pensado por un momento en poner en duda mi buena fe?

»Por un capricho extraño de la conciencia cifraba yo mi orgullo en multiplicar las complicaciones del lazo tendido a Carlota. Luciano y yo dábamos nuestra lección en una pieza bastante grande, adornada con el pomposo título de *biblioteca* por tener una

anaquelería que ocupaba uno de los lienzos de la pared. En esos anaqueles y detrás de la rejilla, cubierta con una tela verde, estaban amontonados muchos libros encuadernados en badana, y principalmente una colección de *La Enciclopedia*.

»Era aquello una herencia del fundador del castillo, gran señor y filósofo que se había hecho labrar aquella habitación en medio de un sitio agreste para educar a sus dos hijos en la naturaleza y con sujeción a los preceptos del *Emilio*. El retrato de aquel aristócrata librepensador, una pintura por cierto muy mediana, cubierta de polvo y ostentando una sonrisa escéptica y sensible a la vez, adornaba uno de los lados de la puerta; en el otro lado veíase el retrato de la esposa del aristócrata, coqueta aún, bajo un peinado dificultoso y altísimo y con lunares pintados en las mejillas. Miraba yo alternativamente uno y otro retrato, mientras Luciano traducía algunos pasajes de Ovidio o de Tito Livio, y me preguntaba yo a mí mismo qué harían mis abuelos durante los años del siglo anterior, en aquellos años en que habían vivido los dos personajes que ambos retratos representaban.

»Veía yo a aquellos ganapanes, a aquellos plebeyos, de los cuales yo procedía, guiando el arado, podando viñas, cavando la tierra en las llanuras brumosas de Lorena, muy parecidos a los aldeanos que, en todo tiempo, pasaban por el camino y delante de las puertas de palacio, y que, calzados hasta más arriba de las rodillas, arrastraban un palo de hierro sujeto a su muñeca con una correa.

»Esta imagen prestaba a mis propósitos y a mis

engaños el atractivo de una especie de venganza.

»¡Cosa extraña! Aunque detestase yo, como en efecto detestaba, en teoría las doctrinas de la revolución y el espiritualismo vergonzante que detrás de ellas se oculta, ¿encontrábame plebeyo en mi alegría profunda cuando pensaba que el descendiente de aquellos pobres labradores llegaría tal vez a seducir a la nieta de aquellos aristócratas con la sola fuerza de mi pensamiento? De todas suertes, y sea de todo esto lo que quiera, continué fingiéndome triste delante de Luciano que, tomando mi tristeza por severidad y mi silencio por enfado, se atrevió a preguntarme:

»—¿Está usted anojado conmigo, señor Greslou?

»—No, hijo mío—respondí acariciando con mis manos su fresca mejilla. Y continué más triste que antes.

»Entretanto, las nieves y los huracanes habían comenzado de nuevo, con que era casi imposible salir del castillo y reinaba en sus templadas habitaciones el silencioso encanto de la intimidad; advertíase allí como una muerte lejana de todos los ruidos del monte, mientras los vidrios de las ventanas, cubiertos de hielo exteriormente y por dentro de vapor de agua, apenas dejaban paso, como a través de espeso humo, a una luz suavísima, como enferma. Producían todas estas circunstancias un fondo de misterio muy adecuado para la figura de melancolía que yo me arreglaba diariamente y que procuraba imponer a la observación de Carlota las varias veces que durante cada día nos habíamos de encontrar. Cuando la campana del desayuno nos reunía en el comedor, sorprendía yo en los ojos que ella fijaba

en mi rostro la misma curiosidad tímida y compasiva observada en aquel paseo en que inicié yo lo que nombraba en mi diario *La entrada en el laboratorio*. Idénticas miradas me dirigían sus ojos cuando volvíamos a reunirnos todos, sentados en el salón, a la hora de tomar el té al resplandor de las primeras lámparas, y después a la hora de comer y, por último, en las largas soledades de las veladas, a menos que so pretexto de concluir un trabajo me retirase yo antes que los otros. La monotonía de la existencia y de los sucesos era tal y tan grande, que nada auxiliaba a la desdichada Carlota para desechar aquella impresión de enigma conmovedor que yo le ofrecía constantemente. El marqués, presa de uno de esos contrastes, casi insensatos, de su carácter desigual, maldecía su funesta resolución de permanecer tanto tiempo en aquel aislamiento. Para cuando el tiempo mejorase anunciaba el marqués la marcha de aquellos sitios, marcha que harto comprendía él que sería imposible. Habría sido demasiado cara y además ¿adónde ir? Después, y cuando perdía la esperanza de que fuesen a visitarle algunos de sus amigos de Clermont, sentábase a la mesa de jugar, con su hija, mientras la marquesa, el aya y la religiosa hacían alguna de sus labores interminables.

»Yo estaba encargado de vigilar a Luciano, que hojeaba algún libro de estampas o jugaba con cualquier *rompecabezas*. Procuraba yo colocarme de modo que Carlota, al levantar sus ojos de las cartas, tuviese por precisión el verme. Algo había yo estudiado de *hinoptismo* y había leído sobre todo muy detenidamente en el libro de usted *Anatomía de la*

voluntad, el capítulo dedicado a los fenómenos singulares de ciertas dominaciones morales, a las que usted da el nombre de *Semisugestiones*. Así esperaba yo dominar aquella cabeza desocupada hasta el instante propicio en que, para completar mi trabajo cotidiano, me decidiese yo a referirle una historia con la cual, justificando mis tristezas y explicando mis actitudes, acabase de apoderarme de aquella imaginación que ya consideraba yo bastante perturbada.

»Había yo dispuesto y aderezado la tal historia ajustándome a dos principios que usted, mi querido maestro, asienta en su precioso capítulo sobre el *Amor*. Ese capítulo, los teoremas de la *Ética* sobre las pasiones, el libro de M. Ribot acerca de las *Enfermedades de la voluntad*, habían sido mis breviarios. Permítame usted que le recuerde esos dos principios, al menos en lo esencial: es el primero, que la mayoría de los seres sólo tienen sentimientos por imitación; abandonados libremente a la naturaleza, el amor, por ejemplo, sería para ellos como es para los demás animales un instinto sensual, un deseo desvanecido inmediatamente después de satisfecho; es el segundo, que los celos pueden existir antes que el amor; por lo tanto, lo crean algunas veces y otras sobreviven a él. Impresionado por la exactitud de aquellas dos observaciones, habíame yo dicho que la novela aparejada para ser referida a la señorita de Jussat, debía, a un tiempo mismo, excitar su imaginación y herir su orgullo. Había yo conseguido tocar en su alma la cuerda de la compasión y quería tocar simultáneamente las de la emulación sentimental y del amor propio. La ocasión de referir aquella histo-

ria me fué ofrecida por Carlota misma unos quince días después de haber yo comenzado a preparar mi novela, que proseguí yo denominando con orgullo mi experimento. Ocurrió que el marqués, leyendo un periódico después de almorzar, encontró un articulejo sobre un juego recién inventado, y con motivo del cual el articulista insertaba una relación de muchos otros juegos ya pasados de moda. Pensó entonces el señor de Jussat que en *La Enciclopedia* había un tomo consagrado a los juegos de cartas; quiso que le buscasen inmediatamente, y como los caprichos del marqués no admitían aplazamiento, subió Carlota a la *biblioteca*, donde me encontró trabajando, trabajo que dejé para ponerme a sus órdenes en la busca de aquel libro. Carlota, con su graciosa sonrisa de siempre, me dijo:

»—Espero que en este libro hemos de encontrar algún juego en el cual pueda usted tomar parte con nosotros... Tememos que se aburra usted aquí, ¡está usted tan triste siempre!»

»Juzgué que había llegado el momento de referir la historia y comencé a decir:

»—¡Ah, señorita! ¡Si usted conociese mi vida!

»Si Carlota no hubiese sido, como lo era, a pesar de sus dos o tres viajes a París, una criatura crédula, una niña novelesca, habría conocido de seguro que comenzaba yo una relación preparada de antemano solamente con oir aquel principio y advertir la labor de las frases con que proseguí. Al pronunciarlas, a mí mismo me parecían torpes y premiosas. No me detuve, sin embargo, y conté lo que me había propuesto de un amor con una niña extranjera, rusa

que me abandonó por casarse con un viejo muy rico. Carlota me escuchaba atentamente, y cuando hube concluído, se contentó con decirme con afectada frialdad:

»—No comprendo cómo pudo usted confiar en aquella joven que escuchaba a usted sin el conocimiento de sus padres.

»Y pronunciadas estas palabras, se retiró. Era yo todavía demasiado inexperto y muy novicio en el estudio del corazón de la mujer para traducir en mi favor, como ahora lo hago, aquella actitud de Carlota, a la cual consideré entonces perdida para mí para siempre.

»Esta convicción mía de que mi proyecto de seducción habíase fracasado en la primera escaramuza aumentó y tomó consistencia grande en los días que siguieron inmediatamente a mis falsas confidencias. Carlota apenas me dirigía la palabra. He sabido después, por confesión de ella misma, que pretendía disimular con su fingida frialdad una creciente turbación que la desconcertaba por lo nueva, por lo fuerte y por lo profunda.

»Yo ignoraba esto, yo no comprendía nada de esto, solamente sabía que mis proyectos habían fracasado y esto me hacía más cruel a medida que más me hechizaba la inocencia ingenua de aquella niña. Para decirlo de una vez, comenzaba yo a experimentar en la atmósfera de Carlota emociones de un orden más sensual que psicológico. Era yo joven y tenía en mi carne, a pesar de mis resoluciones de filósofo, aquella memoria del sexo cuyas persistencias fatales y

cuyas resurrecciones invencibles tan admirablemente ha analizado usted en sus libros.

»El animal impuro, injerto en mí sobre el animal *pensante*, para emplear una de las metáforas de usted, merced a mis experimentos voluptuosos, estremecíase al crujido de aquella bata de mujer soltera. La suavidad de su rostro, la dulzura de sus gestos, su pie apareciendo al extremo de la falda, su seno naciente, que se adivinaba a través de la tela de su corpiño; su nuca rubia, los cabellos levantados y recogidos con suma sencillez sobre la cabeza, un lunarcito obscuro que tenía próximo a la fresquísima boca, todas las perfecciones de su persona física, levantaban en mí un deseo vago y casi doloroso. Habíame apercibido para seducirla y era yo el que había sido seducido. Usted, que tan admirablemente ha señalado el elemento de odio feroz que rodea el apetito sexual, comprenderá también que aquellas irritaciones del deseo iban acompañadas casi siempre de un furor salvaje contra aquella fisonomía seductora, inmóvil siempre en su soñadora frialdad, y que tan honda turbación producía en mi alma, sin que pareciese notarlo siquiera.

»En esta situación insoportable estuvimos bastante tiempo. Carlota y yo debíamos indudablemente aprovechar la primera ocasión que se nos presentase, ella para abandonarse a su amor, tanto más peligroso cuanto menos lo conocía ella misma; yo para comenzar nuevamente mi experimento interrumpido. He aquí de qué modo se me presentó esta ocasión: Sucedió una tarde, que el marqués, muy próximo a la chimenea, envuelto en la bata con que abrigaba, a

veces durante todo el día, su enfermedad imaginaria, hablaba a su esposa muy extensamente de cierto artículo que se había publicado en el periódico de la mañana. Tratábase de una fiesta dada por unos conocidos suyos. Tenía yo, a la sazón, en la mano, el periódico de que se hablaba, y notándolo el señor de Jussat, me dijo:

»—¡Si nos leyera usted ese artículo, señor de Greslou!

»Admiré yo entonces, una vez más, allá, en mi fuero interno, el arte con que aquel *gran señor* convertía en insolencias las peticiones más insignificantes. Solamente el tono del anciano me había herido. Obedecí, no obstante, y comencé a leer aquella «crónica», mucho mejor escrita de lo que ordinariamente lo están trabajos de esa índole.

»Durante aquella lectura, el marqués me miraba como admirado. Necesito decir a usted, querido maestro, que, en la época de mi amistad con Emilio, había adquirido yo verdadera habilidad para la lectura. Durante su larga enfermedad no había para aquel amiguito mío placer mayor que el de oirme leer algún trozo de nuestros autores predilectos. Mi voz es naturalmente algo sorda; pero ya me había ejercitado en hacerla suave y clara.

»—Lee usted bien, muy bien—exclamó el señor de Jussat, luego que hube terminado—. Su asombro vino a convertir el elogio en una nueva ofensa a mi amor propio. Esa admiración del marqués dejaba ver muy elocuentemente lo ajeno que él estaba de hallar mérito alguno, ni aun el de leer, en un muchacho de Clermont, silencioso, tímido, llegado al palacio por

la recomendación del anciano Limasset para desempeñar allí las funciones de *un criado de letras.*

»Después, el señor de Jussat, obedeciendo, como hacía siempre, los impulsos de su capricho, siguió diciendo:

»—Me ocurre con este motivo una idea: Desde hoy nos leerá usted un poquito todas las noches. Esto nos distraerá algo más que las cartas.

»Encontrábame, pues, de repente ascendido a nueva servidumbre, sin haber podido calcular si aquello convenía o no a mis estudios, porque por la noche llevaba yo muy a menudo al salón los libros en que me preparaba para mi licenciatura, sin abandonar a Luciano. No pasó, sin embargo, por mi imaginación, ni por un segundo, el pensamiento de eludir aquella nueva carga, ni aun lo de sufrir por ella. Además, aquella genialidad del marqués me había valido una mirada casi suplicante de Carlota, una de esas miradas en las cuales una mujer sabe, sin hablar, solicitar perdón de un agravio inferido por persona a quien ella ama.

»Esta nueva carga de la lectura ¿no podría ser utilizada por mí en beneficio de la empresa de seducción comenzada y abandonada, pero que la mirada de Carlota me había hecho mirar de nuevo como realizable? A la pregunta del marqués sobre la elección de libro, respondí que yo buscaría. Busqué, efectivamente, busqué un libro que me permitiese aproximarme a la presa alrededor de la cual yo giraba, como vi en cierta ocasión, cerca de Puy de Dôme, a un milano girar alrededor de un pobre pajarillo. ¿No estaba yo en caso de intentar por un nuevo

procedimiento la influencia de la imitación que yo había esperado inútilmente de mi fingida confidencia? Pero ¿cómo hallar una novela que fuera lo bastante apasionada para turbar a Carlota y lo bastante correcta en la forma para ser leída delante de toda la familia junta? Registré en todos sentidos la biblioteca. Su formación incoherente y llena de contradicciones reflejaba las permanencias sucesivas de sus respectivos propietarios y las distintas aficiones de éstos. Existía allí todo el fondo de las obras del siglo *décimooctavo* de que he hablado a usted ya; después advertíase una gran laguna. Durante la emigración, el palacio había permanecido sin habitar. Después, una multitud de libros del romanticismo, casi todos ejemplares de las ediciones primeras, demostraban las aspiraciones literarias del padre del marqués, del cual sabía yo que había sido muy amigo de Lamartine.

»Caían después en las manos detestables novelas contemporáneas, esas que se compran en las estaciones de ferrocarril y se arrojan después medio hojeadas, cortadas a veces con el dedo; acabé por hallar en aquel revoltijo un *Eugenio Grandet*, que, a mi juicio, llenaba las dos condiciones apetecidas. Nada hay que más atractivo tenga para una imaginación joven que esos idilios, castos y ardientes a la vez, en los cuales la inocencia envuelve la pasión en una penumbra de poesía. Pero el marqués había de saber de memoria aquella célebre novela; temí que se negase a autorizar su lectura; no sucedió así, antes por el contrario, cuando le indiqué el título del libro exclamó con alegría:

»—¡Bravo! Es uno de esos libros que se leen una

vez y se habla de ellos siempre, aunque uno los olvide en seguida... Yo vi en París a ese Balzac una vez en casa de los Castries. Ya hace esto más de cuarenta años..., era yo un pollo por entonces..., pero lo recuerdo muy bien; era un hombre bajo y obeso, vehemente, con cierto aire de gran señor..., hermosos ojos muy vivos y conjunto vulgar.

»La verdad: que desde las primeras páginas el marqués comenzó a dormitar, mientras que la marquesa, el aya y la hermana de la caridad bordaban sin dejar que se adivinase su pensamiento, y Lucianillo, poseedor desde hacía poco tiempo de una caja de colores, iluminaba a conciencia los dibujos de un libro muy abultado. Yo, leyendo, observaba, sobre todo, a Carlota; y me costó muy poco trabajo convencerme de que por aquella vez mi cálculo había sido acertado y de que el alma de la joven vibraba bajo las frases de la novela como el violín bajo un hábil arco. Todo la había preparado a recibir esta impresión; desde sus sentimientos, ya algo turbados, hasta sus nervios, con bastante tensión por la influencia de un orden físico.

»No se vive impunemente semanas enteras en una atmósfera como la de aquel castillo, siempre templada, casi asfixiante. La hipocondría del marqués exigía que el calorífero caldease las habitaciones día y noche. Esta enervación diaria era un auxiliar con el que no me hubiera yo atrevido a contar, y que mi conciencia de psicólogo tiene cierta complacencia en señalar ahora. Desde aquella noche vi a la señorita de Jussat pendiente de mis labios, a medida que los sencillos amores de Eugenia y de su primo Carlos

desarrollaban sus conmovedores episodios. Aquel instinto mismo de comediante que me guió en mi confidencia mentida hízome después dar a cada frase la entonación que yo juzgaba que le gustaría más.

»La verdad que esa novelita me gusta mucho, si bien prefiero a ella otras novelas de las obras de Balzac; aquellas que, como el *Cura de Tours*, por ejemplo, verdaderas preciosidades literarias y en las que cada frase contiene más filosofía que un scolio de Spinosa. Esforzábame yo, sin embargo, para fingirme conmovido por los infortunios de la hija del avaro hasta las últimas fibras del corazón. Mi voz parecía compadecerse de la dulce reclusa de Saumur; vibraba rencorosa contra el primo desleal.

»En esta ocasión, lo mismo que en las otras, me entregué a un trabajo inútil del todo; no era necesario aquel complicado artificio mío; en la crisis de sensibilidad imaginativa por la que atravesaba entonces Carlota, cualquier novela de amor era para su alma un peligro. Si el marqués y la marquesa hubiesen tenido, aun siendo en cantidad muy escasa, el espíritu de observación que los padres deberían ejercitar siempre en rededor suyo, habrían adivinado ese peligro en la fisonomía de su hija, cada vez más y más encantada durante las tres noches que duró la lectura. La Marquesa se contentó con manifestar que caracteres tan sombríos como el padre Grandet y su sobrino, no existen en la vida real. Por lo que respecta al marqués, había vivido demasiado para emitir opiniones tan sencillas; expuso en muy pocas palabras las razones de su hastío durante la lectura.

»—Indudablemente, eso está muy bien hecho...

demasiado bien hecho. Esas descripciones que no se acaban nunca, esos análisis, esos cálculos numéricos... están muy bien, no quiero negarlo; pero cuando leo una novela es para divertirme...

»Y sacó en consecuencia que era preciso pedir al librero de Clermont toda la colección de comedias de Labiche. Este capricho nuevo me desesperó. Ibame a encontrar nuevamente imposibilitado para influir en la imaginación ya perturbada de la joven, en el momento mismo en que principiaba yo a columbrar probabilidades de feliz éxito. Eran estos temores desconocimiento de la necesidad que aquel espíritu, ya conmovido, experimentaba sin darse de ello razón ni advertirlo siquiera; la necesidad de acercarse a mí, de vivir en contacto con mi pensamiento, de comprenderme y de conseguir que yo le comprendiera. Al día siguiente de aquel en que el marqués había dictado aquel decreto de proscripción contra las novelas analíticas y a la hora misma en que yo trabajaba con Luciano, vi entrar en la biblioteca a la señorita de Jussat. Venía a colocar en su sitio el tomo, inútil ya, de *La Enciclopedia*, y hecho esto, sonriéndose con cierta timidez, me dijo:

»—Quiero pedir a usted un favor. Tengo aquí bastantes horas libres y de las cuales no sé verdaderamente qué hacer... Me alegraría mucho que usted me aconsejase acerca de mis lecturas... El libro que usted escogió el otro día me ha gustado mucho... por lo general, las novelas me aburren ¡y ésta me ha parecido tan interesante!

»Oyendo hablar de aquel modo a Carlota experimenté la alegría misma que el conde Andrés debió

de probar cuando vió al soldado enemigo asomar la cabeza curiosa por encima de la tapia. También me pareció que yo tenía la víctima humana al alcance de mi fusil. Al suplicarme que yo dirigiese sus lecturas ¿no venía Carlota a colocarse por sí misma a disposición mía? La respuesta a esa pregunta me pareció de una importancia tal, que fingí encontrarme en grave embarazo. Después de darle mil gracias por la confianza con que me honraba y distinguía, manifesté que me encargaba de una misión muy delicada y de la que no me juzgaba yo digno; en una palabra, aparenté deseos de declinar un mandato que me había embriagado de gozo. Insistió Carlota y acabé ofreciendo que al día siguiente le entregaría una lista de obras adecuadas. Tratábase ahora de que no me equivocase en la elección, bastante más difícil que la de *Eugenia Grandet*. Pasé toda la tarde y parte de la noche en escoger y desechar después, de memoria, centenares de tomos. ¿Cómo determinar los que conmoverían su imaginación, sin trastornarla; que la excitasen y no la irritaran? Mucho pensé y muy despacio medité sobre la intoxicación literaria que deseaba yo realizar; resultado de aquellos pensamientos y de estas meditaciones, así como del efecto que en mí había producido algún libro, fué la siguiente lista de obras que entregué a Carlota y que me figuraba yo que servirían mejor a mis designios: *Dominique*, de Fromentin; *Princesse de Cleves, Valerie; Julia de Trécœur; Lys dans la vallée; Los Reisebilder*, de Heine; algunas comedias de Musset, en particular la titulada *On ne badine pas avec l'amour;* las primeras poesías de Sully Prodhomme y las de

Vigny. A esta lista iba adjunto un comentario tentador, en el cual indicaba yo, del mejor modo que me había sido posible, el matiz de delicadeza propio de cada uno de aquellos escritores. Esta lista y estos comentarios contenían la carta que la pobre niña conservó siempre y de la cual han dicho los jueces que era un comienzo de declaración amorosa. ¡Ah! ¡Extraña declaración y cuán distante de la vulgar ambición de una boda ventajosa que esos espíritus groseros me han atribuído estúpidamente! Aun cuando yo no tuviese otra razón de orgullo, que diré a usted al final de esta Memoria, para no defenderme, callaría obstinadamente por el disgusto que me causaron esas inteligencias ruines y bajas entre las cuales ninguna hay que comprenda las acciones dictadas por ideas puras. Cuando me den por jueces a usted y a los otros príncipes del pensamiento moderno, podré hablar como hablo a usted ahora.

»Las obras señaladas por mí llegaron de Clermont. Ninguna de ellas fué rechazada por el marqués. Es necesario poseer espíritu de mayor alcance que el de aquel pobre hombre para comprender que no hay libros malos. Hay, sí, momentos malos para leer los mejores libros. Con ocasión de la lectura de esos libros y de los sentimientos que en cada uno de ellos se analizaban, hablábamos muy frecuentemente Carlota y yo en aquel castillo, donde podíamos considerarnos aislados por completo. Nadie pensaba en vigilarnos. El disimulo con que yo me había enmascarado al llegar al palacio continuaba protegiéndome. Los marqueses me habían modelado desde la primera semana de un modo completamente distinto a mi ver-

dadera naturaleza. No se cuidaron de averiguar si aquella su primera impresión era falsa o verdadera. La buena señorita de Largeyx, satisfecha con las dulzuras de su parasitismo complaciente, era demasiado inocente para sospechar los pensamientos de depravación intelectual que barajaba yo en mi cabeza. El padre Barthomeuf y sor Anacleta, divididos por una secreta rivalidad, velada bajo las formas de una amabilidad simplemente eclesiástica, sólo se cuidaban de una cosa: de predisponer a los amos del castillo, el cura en pro de su parroquia, la religiosa en favor de su orden.

»Luciano era muy niño todavía, y por lo que a los criados se refiere, yo no había aprendido aún cuanto de perfidia se oculta bajo la impasibilidad de su cara afeitada y la severidad de su librea obscura con botones dorados. Carlota y yo podíamos, por consiguiente, hablarnos con entera libertad durante todo el día. La joven aparecía primeramente por la mañana en el comedor, donde mi discípulo y yo tomábamos el té, y allí, so pretexto de desayunarse con nosotros, podía hablarme un rato en un extremo de la mesa; después la veía en la biblioteca, adonde iba siempre ya por una causa, ya por otra; nos encontrábamos luego en el salón antes de almorzar y después de haber almorzado. Carlota ponía empeño en servirnos el café a todos, y lo distribuía muy de prisa a fin de poder detenerse cerca de mí, a quien dejaba para el último, lo cual nos permitía charlar un instante en el hueco de la ventana. Cuando el tiempo era bueno, salíamos por la tarde los cuatro: Carlota, su aya, mi discípulo y yo. El té de las cinco volvía a

reunirnos, y la comida después, y la velada en seguida, de modo que nuestras conversaciones comenzadas y suspendidas con tan cortos intervalos no formaban, si así puede decirse, más que una sola.

»Estos comienzos debían terminar, para no ser inútiles en una intimidad muy distinta de la intimidad del sentimiento. Hay en el libro de usted, *Teoría de las pasiones*, y al pie de una página, una nota que yo leía y releía en aquella ocasión, y que sé de memoria; dice así:

»Un estudio bien hecho acerca de la vida de los »seductores de profesión arrojaría mucha luz sobre »el problema del nacimiento del amor. Pero nos fal»tan documentos. Casi todos esos seductores han »sido hombres de acción, y que, por consiguiente, »no sabían explicarse. Sin embargo, algunos pasajes »de un gran interés psicológico, *Las Memorias de »Casanova*, *La vida privada* del mariscal Richelieu, »el capítulo de Saint-Simón acerca de Lauzún nos »autorizan a decir que en el noventa y cinco por »ciento de los casos, la audacia y la familiaridad físi»cas son los medios más seguros para crear el amor. »Esta hipótesis confirma nuestra doctrina sobre el »origen animal de esta pasión.»

»Yo me repetía, en voz baja, mientras sostenía con Carlota mis conversaciones literarias y repetía las palabras de usted con tanta mayor convicción cuanto más cierto era que la Naturaleza, como antes dije a usted, hablaba dentro de mí, y la presencia de la joven despertaba el ardor de mis más punzantes recuerdos.

»Algunas veces, cuando ella y yo estábamos solos

durante unos minutos y Carlota se movía, o sus pies se adelantaban hacia mí, o respiraba... las ondas febriles del deseo corrían violentamente por mis venas y necesitaba yo apartar de ella mis ojos, cuya expresión la hubiera espantado. Miraba yo cómo su mano blanquísima hojeaba un libro, cómo extendía el dedo para señalar una línea y yo pensaba: «¡Si yo le co»giese esa manita, si se la estrechase cariñosa, suave, »dulcemente entre las mías!» Decíame yo que debía hacerlo, pero no me atrevía.

»Muy a menudo también, y cuando ya no estaba ella delante, pensaba yo que la audacia me sería tanto más fácil cuanto más completa fuese. Prometíame entonces estrecharla entre mis brazos y poner mi boca sobre su boca.

»Me la figuraba ya cayendo desvanecida en mis brazos al ardor de mis caricias, dormida, subyugada por aquella revolución de mi ardor apasionado. ¿Qué sucedería después? A esta idea palpitaba mi corazón de una manera extraña. No era el temor de ser expulsado de allí ignominiosamente lo que me retenía. Más vergonzoso era para mí no atreverme. Y no me atrevía. ¡Cuántas y cuántas veces resoluciones aun más insensatas me han tenido despierto toda la noche! Levantábame de mi lecho, después de muchas horas de agitación que me cubría el cuerpo de sudor frío. «Si ahora fuese yo a su cuarto,» me decía a mí mismo, «si yo me colocase a su lado; si ella al despertar se encontrase enlazada conmigo, unidos nuestros labios, juntos nuestros cuerpos...» Llevaba yo el frenesí de este proyecto hasta abrir la puerta de mi cuarto con las precauciones del ladrón, bajaba un

tramo de la escalera y daba la vuelta al corredor hasta otra puerta, la de las habitaciones de Carlota.

Aquello era arriesgarme a ser sorpendido y expulsado... por nada. Colocaba mi mano sobre el picaporte; el frío del metal abrasaba mis dedos... Después... no me atrevía.

No era solamente el miedo lo que me detenía, no; lo que me paralizaba cerca de la señorita de Jussat, como por influencia magnética, era, ahora lo veo con claridad, aunque sin explicármelo bien, su pureza. Parece absurdo al pronto que el conquistar a una virgen sea más difícil que enamorar a una mujer que ya se ha entregado a otro hombre, y que sabiéndolo todo, puede defenderse más fácilmente. Y, sin embargo, así sucede. Al menos yo he experimentado en mí mismo ese retroceso forzado ante la inocencia. Muy frecuentemente, cuando yo sentía entre mi persona y la de Carlota esa barrera invisible, he recordado la leyenda del *Angel de la Guarda*, y he comprendido el origen de esa creación poética del catolicismo.

Reducido a su realidad por el análisis, este fenómeno prueba solamente que en las relaciones entre dos seres, hay una reciprocidad de acción del uno sobre el otro, sin que acaso ni el uno ni el otro lo adviertan.

La primavera llegó, en estas alternativas tan terribles para mí de audaces proyectos, de insensatos temores, de combinaciones ingeniosas, de ardores inefables. ¡Y qué primavera! Es necesario haber conocido toda la crudeza del invierno en estas montañas y conocer después la repentina dulzura de la renova-

ción, para saber qué encanto de vivir flota en aquella atmósfera, cuando Abril y Mayo vuelven a traer la estación sagrada.

Al calor de aquella Naturaleza exuberante se fundió el hielo de las ideas abstractas que aprisionaban mi espíritu. Cuando, transcurrido algún tiempo, he vuelto a leer las hojas del diario, hoy destruído, en que registraba yo y comentaba mis sensaciones, me he asombrado viendo con qué fuerza los manantiales del amor ingenuo tornaron a abrirse bajo esta influencia que, sin embargo, solamente era física! Estoy irritado contra mí mismo por haber pensado con tal cobardía. Y, no obstante, pruebo cierta dulzura al decir que en aquella época he amado sinceramente a la que ya no existe. Sí, me lo repito con verdadero consuelo: por lo menos, el día en que, por último, me atreví a hablarle de amor, día nefasto que señala el principio de la perdición de ambos, me engañé a mí mismo con mis propias palabras.

»Para decirlo todo y no presentarme más fuerte de lo que en realidad he sido, debo confesar que aquella declaración, en la cual tanto había yo pensado, fué sencillamente el efecto de la más impensada de las casualidades. Lo recuerdo perfectamente, estábamos a 12 de Mayo. Es la fecha exacta. ¡Ah! ¡Pensar que todavía no ha transcurido un año y que después...! La mañana había sido hermosa, y por la tarde salimos a paseo, como de costumbre, Carlota y su aya, mi discípulo y yo, y nos dirigíamos hacia el pueblo de San Saturnino a través de un espeso bosque de encinas, álamos y avellanos que separa a dicho pueblo del castillo de Montredón, hoy en ruinas.

y que se denomina bosque de *La Pradat*. El camino que corta este bosque salvaje es excelente. Habíamos tomado un carruajillo de dos ruedas que en el país nombran *charrette*, y en el que, muy justos, cabíamos los cuatro. Nunca estuvo la temperatura más templada ni más azul el cielo, ni fué nunca más embriagador el aroma de la primavera que embalsamaba el aire... Poco menos de una legua habíamos andado cuando la señorita de Largeyx, fatigada por el sol, se instaló en el carruaje. La estólida ha declarado después contra mí, y muy cruelmente, y ha recordado todo cuanto supo o se imaginó de lo que voy a referir ahora. Luciano se confesó también fatigado poco después, y subió también al carruaje; quedamos solos por consiguiente, caminando a pie, Carlota y yo. Habíasele ocurrido a la señorita de Jussat formar un ramo de azucenas y yo la ayudaba en la tarea. Engolfados en esto nos alejamos, sin advertirlo, del camino, de modo que apenas si por entre los troncos del arbolado espeso alcanzábamos a ver el grupo formado por el carruajillo y las tres personas que lo ocupaban, Luciano, el aya de Carlota y el segundo cochero de los marqueses.

»Carlota fué la que primeramente advirtió nuestra soledad. Escuchó con atención, y como no oyese el ruido de las herraduras del caballo al chocar con las piedras del camino, exclamó riéndose como una chiquilla:

»—Nos hemos perdido... Por fortuna, el camino no es difícil de hallar. ¿Quiere usted aguardar a que arregle yo este ramo? Sería una lástima estropear estas flores tan hermosas. Sentóse tranquilamente sobre

una roca que bañaba el sol, allí colocó en su falda las flores recogidas y comenzó a formar el ramo. Jamás la había visto yo tan hermosa. Con el propósito de manejar más fácilmente los tallos de sus flores habíase quitado los guantes y veía yo sus hermosas y blancas manos, cuyos dedos afilados iban y venían. Carlota armonizaba de un modo casi sobrenatural con el paisaje en que nos encontrábamos, por el encanto de la juventud que de ella emanaba. Cuanto más miraba yo a Carlota, tanto se enseñoreaba de mi espíritu la idea de que si no aprovechaba aquella ocasión para decirle todo lo que deseaba yo decir hacía tanto tiempo, no volvería a presentársele otra más propicia. ¿De qué profundidades de mi alma había salido aquella idea y en qué momento? No lo sé; pero sé que apenas concebida, creció, creció... Un confuso y vago remordimiento mezclábase con aquella idea... el remordimiento de ver a aquella niña, tan confiada, tan indefensa contra el trabajo paciente a favor del cual y abusando de nuestro trato diario habíala yo conducido a tratarme con una dulzura casi fraternal. Mi corazón palpitaba. La magia de su presencia conmovía todo mi sér. Desgraciadamente para ella, Carlota volvió hacia mí su cabeza para mostrarme el ramo casi concluído. Estoy seguro de que la pobre joven vió sobre mi semblante las huellas de la emoción, la tempestad de mis pensamientos, porque su fisonomía, tan gozosa, tan franca, se veló de pronto con sombras de inquietud. Debo añadir que durante nuestras conversaciones de aquellos dos últimos meses en que nos habíamos hecho tan buenos amigos, procuramos evitar, ella por delicadeza, yo por

malicia, toda alusión a la novela del desengaño amoroso con que había yo pretendido excitar su compasión. Comprendí que había concedido crédito a la novela y que no había dejado de pensar en ella cuando la oí decir, mirándome con melancolía:

»—¿Por qué entristece usted con recuerdos amargos un día tan hermoso? Parecía que era usted ya más razonable.

»—No—respondí—, no; usted no sabe, señorita, lo que ahora me entristece... ¡Ah! No son ciertamente los recuerdos... Usted alude a mis pesares de otro tiempo, ya lo conozco... Pero está usted equivocada en esto... Ya no hay en mi alma sitio para ellos... como no lo hay en esas ramas para las hojas del año pasado.

»Mostrábale yo, al decir esto, el frondoso ramaje de un álamo, cuya sombra caía entonces sobre la piedra en que estábamos sentados. Oí que mi voz pronunciaba esas frases como si hubiese sido la voz de otra persona; al propio tiempo leí en los ojos de mi compañera que, a pesar de la poética comparación, con la cual había yo procurado salvar lo que había en mis palabras de directo, Carlota me había comprendido. ¿Qué pasó en mí y cómo lo que había sido imposible hasta entonces me fué tan fácil? ¿Cómo me atreví a lo que no creía que pudiera atreverme nunca? Tomé su mano, que sentí temblar en la mía, como si la pobre niña hubiese quedado anonadada de terror. Carlota tuvo fuerzas para levantarse con intención de alejarse de mí, pero sus rodillas temblaban y ningún trabajo me costó obligarla a que se sentase de nuevo.

»Estaba yo tan trastornado por mi propia audacia, que ya no era dueño de mí, y comencé a expresar lo que sentía con palabras que de seguro no podría yo repetir ahora; tan lejos me encontraba yo en aquel momento de obedecer a cálculo alguno. Cuantas emociones había yo atravesado desde mi llegada al castillo, sí, todas, desde las más detestables, como mi envidia al conde Andrés, hasta la mejor, mis remordimientos de abusar de la candidez de una pobre niña, todas se fundieron en una especie de adoración casi mística, casi insensata... a aquella criatura, temblorosa, tan conmovida y tan bella. Veíala yo ponerse, a medida que oía mi voz, tan pálida como las azucenas que aun tenía en su falda. Recuerdo que las palabras brotaban de mis labios con exaltación de locura, desordenadas hasta la imprudencia, y que terminé repitiendo como en un espasmo: ¡Cuánto amo a usted! ¡Ah, cuánto amo a usted!, y estrechando su mano entre las mías y aproximándome a ella cada vez más. Carlota se inclinaba como si no tuviese ya fuerzas para sostenerse. Pasé entonces el brazo que me quedaba libre alrededor de su cintura, sin pensar, en mi turbación misma, en robar un beso a sus labios. Aquel gesto mío hizo que Carlota tuviese un nuevo estremecimiento de espanto, y recobrando la energía necesaria para levantarse y desprenderse de mi brazo gimió, más que pronuncio, estas palabras: «Déjeme usted..., déjeme usted.» Y andando hacia atrás, con las manos tendidas hacia adelante para defenderse, llegó hasta el tronco del álamo que poco antes le había yo mostrado. Allí se apoyó palpitante de emociones, mientras derramaba abundantes y si-

lenciosas lágrimas; había en ellas tanto de pudor ofendido y tanto de rebelión dolorosa en el temblor de sus labios entreabiertos, que permanecí inmóvil en el sitio en que estaba, y solamente pude balbucear la palabra *perdón*.

»—Calle usted—dijo Carlota moviendo al mismo tiempo la mano.

»Así permanecimos, uno enfrente de otro, silenciosos, durante un tiempo que he comprendido que debió de ser muy corto, pero que me pareció infinito. De pronto oímos que Luciano, alarmado sin duda por nuestra ausencia, nos llamaba, imitando el grito del cuco, que era la seña convenida en nuestros paseos por los bosques. A esta llamada a la realidad Carlota tembló: la sangre volvió a colorar sus mejillas. Me miró con ojos en que el orgullo se sobreponía al espanto.

»Miróse silenciosamente a sí misma, como si acabase de despertar de un horrible sueño. Vió sus manos desnudas que todavía temblaban, y sin pronunciar una palabra más recogió sus guantes y sus flores y se puso a correr delante de mí; sí, a correr, como fiera perseguida, hacia donde sonaba la voz de Luciano. Dos minutos después estábamos en el camino.

»—Me he puesto un poco enferma—dijo Carlota a su aya, como para prevenir la pregunta que su rostro alterado debía motivar—. ¿Quieren ustedes dejarme un sitio en el coche; nos volvemos a casa?

»—El calor habrá hecho a usted daño—dijo la señorita Largeyx.

»—¿Y el señor Greslou?—preguntó Luciano.

»—Volveré a pie—le respondí, y continué andando.

»Poco tardé en perder de vista el carruaje; extraordinaria angustia había reemplazado en mí la alegría y los ardores felices del principio de nuestro paseo. Por esta vez estaba ya echada la suerte. Yo había dado la batalla y la había perdido; de seguro iba a ser expulsado ignominiosamente. Pero la perspectiva de ser arrojado de una manera vergonzosa me trastornaba menos que una mezcla singular de dolor, de despecho y de deseo.

»He aquí adonde mi sabiduría de psicólogo me había llevado; he aquí el resultado de un sitio puesto en toda regla contra el corazón de una muchacha inexperta. De su parte, ni una palabra sola para responder a la más vehemente y apasionada declaración; y yo, allí, en el momento decisivo, cuando había llegado la ocasión de obrar, ¿qué había logrado decirle que no fuesen frases de novela? Y solamente un ademán de Carlota, aquella huída retrocediendo y con las manos tendidas hacia delante, me había hecho permanecer inmóvil como clavado en un sitio. Indudablemente, en aquel momento de nuestras relaciones, había en mi amor a Carlota mucho orgullo y gran parte de sensualidad, porque el movimiento de idolatría que me había hecho hablarla poco antes con sincera elocuencia se transformó en rabia por no haberla arrojado al suelo y haberla atropellado violentamente, allí, al pie mismo de aquel árbol, contra el cual la veía yo aún apoyándose; y yo, a cuatro pasos de ella... cuatro pasos... menos quizás... no había sabido hacer otra cosa que solicitar perdón. Cuando alcancé a ver el palacio cruzó por mi cabeza el pensamiento de huir, de regresar directamente

a Clermont, antes que soportar los sinsabores que me esperaban; pero ya era tarde; el marqués mismo se adelantaba hacia mí, acompañado por Luciano, que me llamaba. La voz de mi discípulo tenía la entonación ordinaria de familiaridad y la acogida del padre acabó de probarme que yo me había equivocado al creerme perdido tan pronto.

»—Le han abandonado a usted—me dijo—y ni aun se les ha ocurrido enviarle un carruaje. ¡Buen pasito ha traído usted!—Y al decir esto miraba la hora en su reloj—. Mucho temo—continuó diciendo—que Carlota haya cogido un enfriamiento; ha tenido que acostarse inmediatamente. ¡Este sol de la primavera es muy traidor!

»Carlota, pues, no había dicho nada. Hoy está mal, dije para mí; hablará mañana. Pero el día siguiente pasó y pasaron otros sin que nada de particular sucediese, pero viviendo yo en ansiedad continua, con zozobras incesantes y con insoportable fiebre. Por último, al octavo día el marqués me envió un recado para que fuese a verle a su cuarto. Esta vez, pensé, ha llegado la hora; es preferible. Esperaba yo encontrar su semblante amenazador y terrible, palabras injuriosas, y hallé, por el contrario, al hipocondríaco sonriente, animados sus ojos y rejuvenecido el semblante.

»—Mi hija—empezó a decirme el marqués—no mejora. Nada grave tiene, pero padece esos extraños accidentes nerviosos... Se ha empeñado en que vayamos a París para curarse... ¿Sabe usted? Ya estuvo muy enferma otra vez y la curó un médico en quien ella tiene gran confianza. Tampoco me vendrá mal a

mí consultarle acerca de mis dolencias. Pasado mañana parto con ella. Es posible que después hagamos un viajecillo para que se distraiga. Quería yo, por consiguiente, dar a usted algunas instrucciones particulares con respecto a Luciano, para los días que he de estar ausente, aunque estoy muy contento con usted, mi querido Greslou, muy contento, mucho. Ayer mismo se lo escribí a Limasset; es para mí una satisfacción tener a usted cerca de Luciano.

»Pensará usted, mi querido maestro, fundándose en lo que he manifestado acerca de mi carácter, que aquellos cumplimientos del marqués me halagarían porque probaban la perfección con que había yo desempeñado mi papel y porque desvanecían los temores que me habían atormentado durante una semana... Pues bien, no sucedió así. Vi claro y positivo e indudable este hecho: Carlota no había querido contar la escena ocurrida con nosotros, y me preguntaba yo: ¿por qué? En vez de dar al silencio de la joven una significación favorable a mí, me ocurrió de pronto la idea de que había callado por no privarme de mis medios de ganar el pan; por lástima, no por aquella compasión amorosa que yo había procurado inspirarle. Apenas hube imaginado esta explicación, la tuve por indiscutible.

»—No—me dije con despecho a mí mismo—, no; esto no será; no aceptaré nunca una limosna de una indulgencia denigrante. Cuando Carlota vuelva, no me encontrará aquí. Ella, con su conducta, me indica lo que yo debiera haber hecho, lo que haré. He pretendido interesarla y ni aun he conseguido su enojo. Dejémosla, cuando menos, un recuerdo que

no sea el de un capigorrón que conserva su comedero aun sufriendo las más afrentosas injurias. De tal modo había yo renunciado a mis proyectos, tan muertas estaban mis esperanzas de seducción que me habían sostenido durante aquel invierno, que en la misma noche escribí una carta para aquella de quien había procurado hacerme querer, y en esa carta le pedía otra vez perdón.

»Comprendo, le decía, que toda clase de relaciones son ya imposibles entre nosotros»; y agregaba: «a su regreso al castillo no se verá usted obligada a soportar mi odiosa presencia.»

»En la mañana del día siguiente, y aprovechando la confusión que llevan consigo los preparativos de un viaje, espié el momento en que, llamada por su madre, Carlota abandonó un instante su habitación, y penetré en ella. Allí, entre varios libros y otros objetos de pequeñas dimensiones, vi la cartera de viaje. La abrí para dejar allí mi carta, y tropezaron mis ojos con un sobre, en el cual Carlota había escrito esta línea: *12 de Mayo de 1886.* ¡Era la fecha del día de mi funesta declaración!...

»Me apoderé del sobre, le entreabrí para ver lo que contenía... hallé algunos capullos de azucena disecados, entonces recordé que durante nuestro paseo había yo dado a la señorita de Jussat algunas azucenas, más lindas que las otras, y que Carlota había guardado en su corpiño... ¡Carlota las había conservado! Las conservaba allí a pesar de lo que yo le había dicho, tal vez por lo que yo le había dicho, pues aquella fecha estaba escrita de su puño y letra: 12 de Mayo de 1886.

»No creo que experimentaré nunca una emoción comparable a la que se apoderó de mí al ver aquel sobre, inundando mi corazón con olas de orgullo satisfecho. Sí, Carlota me había rechazado; Carlota huía, pero me amaba. Allí, en mis manos, tenía yo la prueba de un sentimiento que yo no me hubiera atrevido a esperar nunca. Volví a cerrar la cartera, volví a mi cuarto precipitadamente para no ser sorprendido, y no dejé la carta mía, que destruí en aquel mismo instante. ¡Ya no era cosa de que yo abandonase el castillo; se trataba, por el contrario, de esperar a que ella volviese, y entonces... obraría yo... y vencería... ¡Carlota me amaba!

»§ V.—Segunda crisis

»¡Carlota me amaba! El experimento de seducción iniciado por mi orgullo y mi curiosidad había logrado buen éxito. Esta evidencia, porque no dudé ni un solo minuto de aquella prueba sorprendida por mí, hizo que fuese para mí aquel viaje de Carlota llevadero y hasta agradable. Su fuga se explicaba perfectamente por el espanto que sus emociones le causaban. Además, ausentándose durante algunas semanas, me sacaba de un apuro verdaderamente grave. ¿Cómo debía yo proceder? ¿Qué conducta debía yo seguir para poner coronamiento debido a mi empresa? Yo iba a disponer del tiempo necesario para pensar en todo eso, durante aquella ausencia que no podía ser de larga duración, puesto que los Jussat no poseían casa en ninguna otra parte, por entonces. Aplazando, pues, para más adelante un plan nuevo,

me abandoné a las embriagueces del amor propio triunfante, mientras presenciaba como testigo indiferente la partida de Carlota y de su padre. Habíame yo despedido de ella en el salón, como por delicadeza, para no ser un estorbo en los últimos minutos de despedida de la familia, y me había retirado a mi cuarto. El apretón de manos del marqués, muy expresivo y muy cordial, habíame probado una vez más cuán *arraigado* estaba yo en aquella casa, y adiviné, a través de la fingida frialdad de la hija, las palpitaciones de un corazón que no quiere entregarse. Habitaba yo en el piso segundo un cuarto de esquina, cuya ventana daba a la fachada principal del edificio. Me coloqué detrás de la cortina, de modo que pudiese ver sin ser visto, la subida al carruaje.

»Era una victoria atestada de bultos y guiada por el mismo cochero de la tarde del 12 de Mayo. Apareció el marqués, después Carlota. Bajo el velo, y a tanta distancia, no podía yo distinguir bien las líneas de su rostro, y cuando levantó el velo para enjugarse los ojos, no habría yo sabido decir si los últimos besos de su madre y de su hermano eran los que producían en ella un acceso de emoción nerviosa o si esto reconocía por causa la desesperación de un acto muy doloroso. Pero la vi perfectamente, luego que el carruaje traspasó la verja, volver la cabeza; y como los suyos habían ya entrado en la casa, ¿qué podía mirar Carlota con tanto interés sino la ventana detrás de cuya cortina a mi vez yo la contemplaba? Después, una espesura de árboles me ocultó el carruaje, que reapareció a la orilla del lago, para desaparecer después perdiéndose en el camino que

atraviesa el bosque del Pradat; ese camino donde la esperaba un recuerdo que seguramente había de hacer latir con más velocidad aquel corazón al fin turbado, aquel corazón conquistado completamente.

»Este sentimiento de orgullo satisfecho duró un mes entero, sin un minuto de interrupción, y nunca mi inteligencia estuvo más clara, más vigorosa, ni más hábil en el manejo de las ideas, prueba inequívoca de que todavía estaba yo, en aquellas mis relaciones con Carlota, completamente intelectual y psicológico. Entonces escribí mis páginas mejores: un trozo acerca del *trabajo de la voluntad durante el sueño*. Hice entrar en él, con delectación de sabio que usted comprenderá, todos los pormenores que yo había notado de algunos meses a aquella parte sobre las idas y venidas, vueltas y revueltas de mis resoluciones. Había yo llevado de todas ellas, como usted sabe, un diario exacto analizando por la noche antes de dormirme y por la mañana al despertarme las variaciones y matices de los estados de mi alma. Sí, fueron días aquellos de extraordinaria plenitud del entendimiento. Tenía yo entonces mucha libertad. La señorita de Largeyx y sor Anacleta se relevaban para acompañar a la marquesa. Mi discípulo y yo aprovechábamos para pasear las horas más hermosas y más dulces del día. En estos paseos y mientras Luciano perseguía mariposas o cogía flores, entregábame yo a meditaciones profundas acerca del desenlace del plan que tan felizmente había comenzado.

»Yo había conseguido crear un principio de pasión en el alma de una doncella de la cual me sepa-

raban abismos. ¿Qué procedimientos nuevos y aplicados con rigor ingenioso me permitirían aumentar la intensidad de esa pasión? Olvidaba yo la magnificencia del cielo, la frescura de los bosques, la majestad de los volcanes, el vasto paisaje desplegado en rededor mío para ver solamente fórmulas de álgebra moral. Dudaba yo entre dos soluciones diversas para el día próximo en que Carlota y yo nos hallásemos otra vez frente a frente en la soledad del castillo. ¿Debería yo en el momento de su vuelta fingirme indiferente, para desconcertarla, para rendirla por el asombro primeramente y después por el amor propio y el dolor? ¿Despertaría sus celos insinuándole que la extranjera de mi novela había vuelto a Clermont y me escribía? ¿Me convendría, por el contrario, la serie de declaraciones ardientes, audacias que aturden, locuras que embriagan?

»Examinaba yo sucesivamente cada una de estas soluciones y otras varias, y me complacía en esto para atestiguarme a mí mismo que no había sido cogido, que el filósofo dominaba al enamorado, que mi *yo*, en fin, ese idolatrado *yo* del cual me había convertido en sacerdote, continuaba siendo superior, lúcido, independiente. Enojábame otras veces conmigo mismo al advertir indígenas debilidades y pueriles estremecimientos. Dentro del palacio era donde esto me sucedía más a menudo.

»Delante de los retratos de Carlota, esparcidos profusamente en las paredes del salón, sobre las mesas, en el cuarto de Luciano. Fotografías de todas dimensiones la representaban: a los seis años, a los diez, a los quince; yo podía seguir, en aquella colec-

ción de retratos, la historia de su belleza, desde la gracia infantil de los primeros años hasta los hechizos serios de ahora. Los rasgos de la fisonomía variaban al pasar de un retrato a otro; la mirada, nunca. Era la misma en los ojos de la niña, y en los de la joven: un no sé qué de seriedad, de ternura y de fijeza que revelaba sensibilidad profunda. Así se había fijado sobre mí, y el recordarlo solamente me causaba emoción intensa. ¡Ah! ¿por qué no me entregaba a ella enteramente? ¿Por qué mi vanidad se encarnizaba en rechazarla? Pero ¿por qué en tantos de estos retratos se hallaba Carlota al lado de su hermano el conde Andrés? ¿Qué fibra secreta de odio había tocado en mi corazón aquel hombre sólo con existir, para que al ver yo su imagen cerca de la imagen de su hermana sintiese que se secaba de pronto toda ternura en mi corazón y sólo dejaba en mi espíritu la voluntad? ¡Y qué voluntad! Yo osaba formularla ahora, cuando estaba seguro de haber cogido en mis lazos aquel corazón. Sí, yo quería ser el amante de Carlota. ¿Y después...? ¿Después? Yo me empeñaba en no pensar en esto, como procuraba desechar los escrúpulos instintivos que me causaba la hospitalidad violada. Recogía yo las más viriles energías de mi pensamiento y hacía lo posible para infiltrar en mi alma, aun más de lo que ya estaban, mis teorías sobre el culto de mi *yo*. Yo saldría de aquel experimento con gran caudal de recuerdos y de emociones. Tal era el término moral de la aventura. El término material era mi regreso a casa de mi madre, terminada que fuese mi tarea de enseñanza. Cuando los escrúpulos se despertaban con violencia y una voz interior me

decía: «¿y Carlota; tienes derecho a tratarla como una »cosa, como un objeto material de tu experimento?» tomaba yo mi ejemplar de Spinosa y leía en él aquella teoría donde el autor demuestra «que nuestro derecho »tiene por único límite nuestro poder.» Tomaba después el libro de usted *Teoría de las pasiones*, y allí leía aquellas frases elocuentes sobre el duelo de los sexos en el amor.

»—Es ley del mundo—me decía yo a mí mismo—que toda existencia sea una conquista realizada y sostenida por el más fuerte a costa del más débil. Esto es exacto en el mundo moral como en el mundo físico. Existen almas de rapiña como existen lobos, y gavilanes, y leopardos.

»Este orgullo de mi victoria se desvaneció como el humo por un hecho sencillísimo; el señor de Jussat escribió para decir a la marquesa que volvía solo; la señorita de Jussatt seguía muy delicada y se quedaba en París en casa de una hermana de su madre. Cuando la marquesa nos comunicó esta noticia estábamos en la mesa. Al oirla me acometió como un espasmo de cólera que a mí mismo hubo de asombrarme; necesité pretextar un desvanecimiento súbito para retirarme del comedor. Yo habría gritado, deseaba romper alguna cosa, manifestar de algún modo, por insensato que fuese, la rabia que agitaba mi alma. En la fiebre de vanidad que me exaltaba desde la partida de Carlota lo había yo previsto todo, todo menos el que aquella niña, a pesar de su amor, tuviese la entereza de carácter necesaria para no volver a Aydat. ¡Era tan sencillo el recurso que Carlota había hallado para huir de mí, tan sencillo, pero al propio tiempo,

tan eficaz y tan definitivo! La táctica maravillosa de mi psicología resultaba tan estéril como el mecanismo del cañón más perfecto contra un enemigo refugiado fuera de su alcance. ¿Qué podía yo sobre la joven, si la joven no estaba allí? Nada, absolutamente nada, y reunirme a ella era imposible.

»El convencimiento de mi impotencia surgía tan rudo, tan doloroso, que no pude comer, ni dormir, ni descansar un minuto en el tiempo que transcurrió entre la llegada de aquella carta y el regreso del marqués, que volvió solo efectivamente. Con la llegada del señor de Jussat iba yo a saber si aquella resolución de Carlota excluía ya toda esperanza de contraorden o si existía aún alguna probabilidad de que la joven regresara para fines de Julio, o para el mes de Agosto, o en Septiembre. Mi compromiso en casa de los Jussat duraba hasta mediados de Octubre. Palpitaba mi corazón, mi garganta estaba apretada, mientras Luciano y yo paseábamos en la estación de Clermont, a las seis de la tarde. En el exceso de mi impaciencia había yo conseguido que nos dejasen salir a recibir al marqués. La locomotora entró en agujas. El señor de Jussat asomó su cabeza a una ventanilla. Al verle, y casi sin darle tiempo para saludar, le pregunté, arriesgándome a abrirle los ojos respecto a mis sentimientos:

»—¿Y la señorita Carlota?

»—Gracias, gracias—me contestó estrechando mi mano—dice el médico que padece una perturbación nerviosa muy honda. Parece que la vida de las montañas no le conviene... ¡Y yo que sólo allí estoy a mi gusto! ¡Ah, es triste, sí, muy triste! En fin, ensayare-

mos por larga temporada el tratamiento hidroterápico en París, y después acaso en Nericia.»

»¡Carlota, por consiguiente, no volvía!... Si alguna vez echo de menos, solamente como documento psicológico, el cuaderno con cerradura que yo mismo arrojé a las llamas, es ahora, querido maestro; allí estaba el cuadro diario de mis pensamientos desde la tarde de Junio en que el marqués me anunciaba así la ausencia definitiva de su hija. Allí hubiera usted hallado, como en un atlas de anatomía moral, una ilustración de la hermosa análisis de usted sobre el amor, el deseo, la tristeza, los celos y el odio. Sí, en el transcurso de aquellos cuatro meses pasé por todas esas fases. Una circunstancia imposible de prever entonces cortó el curso probable de los sucesos. Habíale yo dirigido a casa de su tía, sin temor al peligro de ser descubierto, algunas cartas apasionadas, vehementes, locas. Ninguna de ellas obtuvo contestación. He sabido después que aquellas cartas la conmovieron de tal modo, que las conservó siempre.

»Las cenizas de aquellos papeles fueron encontradas en la chimenea de su estancia. Carlota las arrojó al fuego en la noche de su muerte. Entonces, con dolor y despecho, y desesperación en el alma, adquirí el convencimiento de que mi amor a Carlota era sincero, inmenso, se sobreponía a todo. Todos los objetos, el bosque y sus árboles, el campo y sus flores, me hablaban de ella, y la sensación de su ausencia hacíase más intolerable cuando paseaba con el pobre Luciano, que constantemente, sin cesar, me hablaba de su hermana. Luciano quería a Carlota, la admiraba con tal sinceridad y ternura tan verdadera, que a

todas horas me daba pruebas de lo digna que era, efectivamente, de ser querida y admirada. En aquella época intenté resumir en una especie de novela *autobiográfica* la historia de mis sentimientos por Carlota. Suponía yo en dicha novela, y vea usted cómo la casualidad se encarga de realizar algunas veces nuestros ensueños; un gran psicólogo consultado por un joven, y, hacia el final, el psicólogo redactaba, para uso del enfermo moral que se había acercado a él en busca de consejo, un diagnóstico pasional con indicación de sus causas.

»Escribí aquellos trozos durante el mes de Agosto y bajo la influencia abrumadora de un calor de la zona tórrida. Consagré a él próximamente quince días, desde las diez de la noche hasta la una de la madrugada..., abiertas las ventanas todas, volando en torno de mi lámpara encendida grandes mariposas nocturnas, de esas mariposas anchas, de matices sombríos, y que llevan en su coselete una calavera pintada en blanco. Elevábase la luna inundando con su claridad azulada el lago, por cuya superficie corrían reflejos nacarados; el bosque, cuyo misterio parece acrecentarse; la línea de volcanes extinguidos, esos volcanes tan parecidos a los que mi buen padre me señalaba en aquella misma hora, enseñándome el empleo del telescopio. Como en los tiempos en que la palabra de mi pobre padre me revelaba la historia del mundo, tornaba yo a ver la nebulosa primitiva, después la tierra, que se destacaba de esa nebulosa, por último, la luna destacándose de la tierra. Esa tierra estaba ya muerta y la tierra moriría también. Sí, la tierra iba helándose de un segundo a otro, y la se-

rie imperceptible de esos segundos, sumándose unos con otros durante millones de años, había ya extinguido el fuego de los volcanes, de donde brotaba en otro tiempo hirviente y devastadora la lava, sobre la que estaba edificado aquel castillo.

»Enfriándose esta lava había levantado una barrera que detuvo el curso del agua, con que se había formado el lago, y el agua de aquel lago iría evaporándose a medida que fuese disminuyendo la atmósfera, esos miserables catorce kilómetros de aire respirable que rodean el planeta. Cerraba yo un instante los ojos y sentía rodar a este globo caduco a través del espacio infinito, ignorante de los universos parciales que giran sobre él, como ignora el espacio la existencia de los soles, de las lunas y de las tierras. Así continuará rodando el planeta cuando no sea más que una bola sin aire y sin agua, de la que habrá ya desaparecido el hombre, como los animales y las plantas. Estas reflexiones que la contemplación del cielo estrellado me sugería, lejos de calmarme y de proporcionarme tranquilidad, me hacían sentir con terror esta conciencia de mi persona: la *realidad única*, de que yo era dueño ¿por cuánto tiempo? Apenas en un punto y por un momento. No podía sobrellevar aquellos tristes pensamientos... Entonces surgió en mi mente el recuerdo de Mariana, aquella obrera que había sido mi primer amante. Díjeme entonces, en mi sentido íntimo, que tal vez me equivocaba yo al creerme un sér abstracto, una inteligencia pura. Al cabo de meses y meses que había yo vivido como hombre formal ¿no estaba constantemente en pugna con mi carácter? Los fenómenos de mi pasión

por Carlota, fenómeno cuyo teatro era mi *yo*, ¿no serían consecuencia de una castidad demasiado prolongada? Quizá aquellos deseos nada tenían de psicológicos y sólo traducían apoplejía de juventud, exceso de savia no empleada. Sería en este caso todo un prurito de deseos fáciles de destruir con la satisfacción de ellos... Pretextando no sé qué negocios de familia, obtuve del marqués ocho días de licencia, y llegué a Clermont muy resuelto a entregarme allí en el más violento frenesí, al desenfreno, con la primera mujer que encontrase. Busqué a Mariana, que ya no era una obrera pobre, sino la *entretenida* de un propietario rural, y a su lado pasé la primera noche, al terminar la cual me convencí de que no era aquel el procedimiento para curarme. No volví a visitarla, ni visité a ninguna otra. Pasé los pocos días de mi licencia al lado de mi madre; ésta, viéndome sumergido en una melancolía profunda, se inquietaba mucho y me abrumaba a fuerza de preguntas; no veía yo, por lo tanto, llegar la hora de volver al castillo. Cuando menos allí podría yo vivir con mis recuerdos. Pero un terrible golpe me esperaba a mi llegada. Así que el marqués me saludó, se apresuró a decirme muy satisfecho:

»—Una buena noticia: Carlota está mejor; y otra noticia buena también...: se casa. Sí, acepta por último al señor de Plane. Nada, de veras, ¿sabe usted? Un amigo de Andrés a quien ella misma había rechazado en otro tiempo y ahora ya le quiere... Sí, sí, es una noticia buenísima..., porque, ya usted ve, a mí me quedan ya muy pocos años de vida..., estoy delicado, muy delicado.

»Podía el buen señor explicarme al pormenor sus enfermedades supuestas, analizar su gastralgia, su gota, su catarro crónico, su afección cardíaca, sus jaquecas, yo le escuchaba como el condenado a quien acaban de leer su sentencia de muerte atiende a las palabras del carcelero. Yo no pensaba más que en el matrimonio de Carlota, que me sumergía en la desesperación más horrible, mientras el señor de Jussat continuaba diciendo:

»—Quiero mucho a mi futuro yerno... y celebraría de veras que usted le conociese; es leal, valiente, bueno, altivo. Tiene verdadera sangre de aristócrata en sus venas. En fin, ¿usted comprende a las hembras? Ahí tiene usted a Carlota que no es más loca ni más necia que otra cualquiera, al contrario, ¿verdad? Dos años hace que se le presentó ese novio; contestó que no. Esto hizo al pobre joven perder el juicio, y le impulsó a buscar la muerte en la guerra, y después... dice que sí. ¿Sabe usted? Yo ya me figuraba que en su enfermedad nerviosa había algo de amoríos... Entiendo bien de esto... me decía yo: Carlota está enamorada... y era de él. ¿Y si ahora él no la hubiera querido?

»Reproduzco esta especie de discurso escogido entre otros veinte de la misma índole, porque él basta para que usted se haga cargo de cómo, sin pretenderlo, aquel pobre señor enconaba mi herida y acrecentaba mis amarguras. No, no era el señor de Plane a quien Carlota había amado aquel invierno; pero sí era cierto que había amado. Nuestras existencias se habían cruzado en un punto, como se cruzan los dos caminos que yo alcanzaba a ver desde mi venta-

na: el uno, que baja de la montaña y se dirige hacia el funesto bosque del Pradat; el otro, que sube hacia el pico del Rodde. Muy frecuentemente me aconteció, a la caída de la tarde, mirar sendos carruajes que seguían el uno y el otro camino, después de haberse rozado casi al pasar por el punto de intersección, perderse uno y otro en direcciones contrarias. No de otro modo se habían separado nuestros destinos... y se habían separado para siempre. La baronesa de Plane viviría en París, en lo que denominan el *gran mundo*, y esta idea me representaba un torbellino de sensaciones desconocidas, fascinadoras, en medio de una fiesta jamás interrumpida. Yo... de sobra sabía yo cuál habría de ser mi vida en lo futuro. Veíame ya, con la imaginación, en mi cuartito de la calle de Billard. Con la imaginación también seguía yo las tres calles que es preciso tomar para ir hasta la *Facultad*. Penetraba después en el palacio de la Academia, aquel palacio labrado con ladrillos rojos; me dirigía al salón de actos, de paredes desnudas y guarnecidas con marcos negros. Escuchaba las explicaciones del profesor, y éstas duraban hora y media, transcurridas las cuales volvía yo por las frías callejuelas de la ciudad antigua, porque no habiendo estudiado lo bastante para sufrir con probabilidades de buen éxito mi examen, me sería necesario pasar todavía un año más en mis tareas de preparación. Continuaría yo, por consiguiente, yendo y viniendo por aquella decoración de casas negruzcas, con aquel horizonte de montañas cubiertas de nieve, viendo a los padres de mi amiguito Emilio, sentados cerca de su ventana, y al señor Limasset, mi protector y amigo

de mi padre, leer un periódico en un rincón del café de París, y los ómnibus de Royat en la esquina de Jaude... ¡Cuánto y cuán de veras maldecía yo entonces aquella existencia tranquila! ¡Y ahora!... ahora, ¡cuánto deploro que no haya sido esa mi suerte! ¡Cuánto celebraría despertarme pobre estudiante cerca de la *Facultad* de letras de Clermont, inquilino del padre de Emilio, discípulo del venerable Limasset, ranseunte perezoso en aquellas callejas sombrías... pero ¡inocente!... ¡inocente!... y no el hombre que ha atravesado por lo que yo he atravesado y que necesito decir.

»§ VI.—Tercera crisis.

»Hacia últimos de aquel terrible mes de Septiembre, Luciano se quejó de un malestar que el médico, por de pronto, atribuyó a un simple enfriamiento. Dos días después se agravaron los síntomas. Dos médicos de Clermont, llamados apresuradamente, diagnosticaron una fiebre escarlatina, aunque benigna. Si mi pensamiento no hubiese estado completamente consagrado a una sola idea fija, que me tenía convertido a la sazón en un verdadero monomaníaco, habría yo tenido con qué llenar de notas mi cuaderno. Habríame bastado seguir las evoluciones del espíritu del marqués y la lucha empeñada en su corazón entre su amor paternal y su hipocondría. Tan pronto, y a pesar de las palabras tranquilizadoras de los médicos, inquietábase hasta angustiarse, y pasar la noche velando a Luciano; tan pronto se aterraba por la aprensión de ser contagiado y se metía en cama, que

jándose de imaginarios dolores y contando las horas hasta la llegada del médico.

»Sucedía, a veces, cuando los síntomas le parecían muy graves, que exigía del médico que principiase por él la visita. Después se avergonzaba de su miedo. El fondo de buena raza que había en su sangre reaparecía. Levantábase entonces y se castigaba a sí mismo con frases amargas sobre la debilidad que traen los años, y volvía a la cabecera de su hijo. Su primera idea fué ocultar a la marquesa, lo mismo que al conde Andrés y a Carlota, la enfermedad del niño. Pero transcurridas dos semanas, como aquellas alternativas de celo y de terror hubiesen agotado su energía, experimentó la necesidad de tener a su lado a la marquesa para que le sostuviese, y tal era la incoherencia de sus ideas, que me consultó sobre esto.

»—¿No cree usted que es deber mío decírselo—dijo para terminar la consulta.

»Existen almas dadas a la mentira y al engaño que sobresalen en excusar con motivos muy laudables sus más ruines acciones. Si a ese número perteneciera yo podría ahora alegar como un mérito el haber insistido para que el marqués desistiese del propósito de llamar a su familia. Es cierto que no era desconocido para mí el alcance de mi respuesta y de la determinación que pensaba tomar el señor de Jussat. De sobra sabía yo que si él avisaba a la marquesa, ésta y su hija llegarían por el primer tren, pues conocía lo suficiente a Carlota para estar seguro de que no dejaría sola a su madre. Yo volvería a verla; hallaría una suprema ocasión de resucitar aquel amor

naciente, cuya prueba había yo sorprendido. Podría decir yo, por lo tanto, que el consejo mío al señor de Jussat de que dejase feliz y tranquila a su hija en París había sido una prueba de lealtad.

»Sí, tuve esa apariencia de hombre leal; ¿por qué? Si no estuviese yo convencido de que no hay efecto sin causa, ni lealtades de éstas sin un secreto egoísmo, vería en mi proceder una gran repugnancia a explotar, en pro de una pasión culpable, el más noble de todos los sentimientos: el cariño de una hermana a su hermano. He aquí la verdad desnuda: cuando procuraba yo convencer al señor de Jussat, mi creencia arraigada era la de que no habría de serme posible, de ningún modo, reconquistar el corazón de Carlota. Preví en su regreso una humillación nueva. Gastado por aquellos largos meses de luchas interiores, no me sentía yo con fuerzas para seguir luchando. No tuve, por consiguiente, ningún mérito al presentar al marqués los inconvenientes y aun los peligros de la permanencia allí de dos mujeres cerca de un enfermo que podía transmitirlas su enfermedad.

»—¿Y yo?—exclamó ingenuamente aquel pobre hombre—. ¿No estoy exponiéndome diariamente? Pero tiene usted razón por Carlota; escribiré que no venga.

»Dos días después, al recibir un telegrama, exclamó:

»—¡Ah! Greslou, vea usted lo que ellas hacen—y me entregó el telegrama en que se anunciaba la llegada de la señorita de Jussat con su madre.

»Quise huir, lo cual habría sido muy sencillo y

muy natural. Mi compromiso terminaba, como ya en entra ocasión he dicho, en 15 de Octubre. Estábamos a 5. El niño había entrado en franca convalecencia; iba a tener a su lado a su hermana y a su madre. Podía yo, por consiguiente, volver a mi casa sin escrúpulo y con cualquier pretexto. Pude y debí hacerlo, por mi tranquilidad y también por mi reposo. Quise, pues, hablar de esto al marqués; comencé a hablarle, efectivamente..., pero él no me dejó acabar:

»—Está bien—me dijo—, está bien; ya hablaremos de eso después.. ; no tengo la cabeza para nada...; esta contrariedad... Por eso he envejecido tan de prisa. Siempre sinsabores.

»¿Quién sabe? Acaso mi destino habrá dependido de aquel movimiento de mal humor que obligó al viejo loco a no escucharme. Si entonces yo le hubiese hablado, si hubiésemos convenido en mi marcha, hubiérame yo visto en la necesidad de partir efectivamente, mientras que la sola presencia de Carlota cambió mi proyecto de huír en proyecto de quedarme, como una lámpara encendida que se lleva a una habitación, cambia de pronto en luz las tinieblas.

»Lo repito, querido maestro, estaba ya convenido de que Carlota había dejado en absoluto de interesarse por mí; esto por una parte; por otra, creía yo que me hallaba, con respecto a ella, en una crisis, no de amor verdadero, sino de vanidad herida y de sensualidad enfermiza. Pero al verla bajar del carruaje al pie de la escalera, al advertir de qué modo mi presencia la trastornaba, al sentir cómo la suya me enloquecía, comprendí con absoluta evidencia

dos cosas: primera, que me sería absolutamente imposible abandonar el castillo mientras ella estuviese allí; segunda, que ella había sufrido, desde el mes de Mayo, amarguras y trastornos muy semejantes a los míos, si no peores que ellos. Carlota podría haber huído de mí con valor sincero, no haber contestado a mis cartas, no haberlas leído, haber ofrecido su mano para poner entre nosotros lo infranqueable, haber creído ella misma que ya no me amaba y hasta haber vuelto en esa persuasión; pero... me amaba. Yo leí aquel amor a través de los ojos conmovidos de la pobre niña, como lee usted las palabras con las que trato de pintar esa evidencia mía. Allí estaba Carlota, delante de mí, con su vestido de viaje y blanca, blanca como esta hoja de papel.

»Hubiera yo debido explicarme aquella palidez por el cansancio de una noche pasada en el vagón, ¿no es cierto?, y por la inquietud que le producía la enfermedad de su hermano. Sus ojos, al encontrarse con los míos, temblaron de emoción; pero, ¿no podía ser esto una manifestación del pudor ofendido? Había enflaquecido, y cuando al penetrar en el vestíbulo se quitó el abrigo, observé que su traje, un traje del año anterior que yo conocía, hacía algunos pliegues alrededor de sus hombros, pero, ¿no había estado enferma? Era inútil buscar explicaciones sutiles a lo que sólo una causa tenía.

»Carlota continuaba amándome; me amaba todavía; acaso más que me había amado nunca. ¿Qué me importaba que no me hubiese dado la mano al primer encuentro? ¿Qué me importaba que apenas me hubiese dirigido la palabra en el vestíbulo? ¿Qué me

importaba que subiese las gradas de la escalera principal, al lado de su madre, y sin volver la cabeza...? ¡Me amaba! Esta certidumbre, después de tanto tiempo de dudas y de ansiedad, me inundaba el corazón con olas de alegría que casi me hicieron perder el sentido allí, sobre la alfombra de la escalera, que pisé en pos de Carlota para dirigirme a mi habitación.

»¿Qué iba yo a hacer ahora? Puesto de codos sobre mi mesa y sosteniendo en las manos mi frente para contener los latidos de las sienes, que parecían próximas a estallar, me dirigí a mí mismo esa pregunta, sin hallar contestación a ella, como no fuese que yo no podía concluir todo con una separación y con un silencio; por último, que nos aproximábamos a una hora en la cual tantos esfuerzos recíprocos, tantas luchas ocultas, tantos deseos combatidos por una parte y por otra, nos precipitaban hacia una escena suprema; y yo sentía esa escena, la sentía, la adivinaba muy próxima, y trágica, y decisiva.

»Y la escena llegó... y fué como yo la sentía y como yo la adivinaba.

»La contemplación de los sufrimientos de Carlota, que yo leía en sus ojos, en aquellos bellos ojos que me miraban suplicantes, me trastornaba y me quitaba valor y energía para discurrir. Recuerdo que experimentaba yo un torbellino de sensaciones; algo de ardiente, de frenético, de intolerable... una neuralgia aterradora de todo mi sér íntimo y... creciendo... creciendo... siempre creciendo, el ensueño de acabar de una vez: el proyecto de un suicidio. ¿Cuándo nació esta idea? ¿Dónde y con motivo de qué sufrimiento particular?

»No puedo decirlo. Bien ve usted que he amado realmente en aquellos momentos; que todas mis sutilezas se habían fundido en la rama de aquella pasión, como se funde el plomo en el fuego, pues no hallo materia de análisis en lo que fué verdadera enajenación, abdicación de todo un *yo* en el martirio. Porque, lo repito, la angustia de los ojos de Carlota, cuando esos ojos encontraban los míos, la defendían de mí más que la hubiesen defendido sus palabras.

»El pensamiento del suicidio continuó en mí por una especie de deseo insensato de dejar señalada en el corazón de Carlota una huella que nunca desapareciese, por un empeño loco de darle una prueba de amor, contra la cual nada pudiese ni la ternura de su marido, ni la magnificencia del medio social en que iba a vivir ella. «Si muero desesperado, porque me separan de Carlota para siempre, será necesario que ella se acuerde mucho tiempo, mucho tiempo... del humilde profesor, del pobre provincianillo capaz de sentir con tal energía.» Me parece que formulé esta reflexión. Ya lo ve usted, digo «me parece», porque, en puridad, en aquel período no pude estudiarme ni comprenderme. No me reconocí en aquella fiebre de violencia y de tragedia en que fuí consumido. Apenas si vislumbro en aquel vaivén desenfrenado de mis pensamientos una especie de *autosugestión*, como usted la nombra; yo me *hipnoticé* a mí mismo. Procediendo como sonámbulo, determiné matarme en tal día y en tal hora, y fuí a la botica para comprar el funesto frasco de nuez vómica.

»Durante todos estos preparativos, y bajo la in-

fluencia de aquella resolución, yo no esperaba nada, nada calculaba. Una fuerza verdaderamente extraña a mi propia conciencia obraba en mí. No; en ningún instante de mi vida he sido, como en este, espectador de mi pensamiento y de mis acciones, con una completa separación entre un *yo* que obraba y un *yo* que pensaba. Pero sobre este punto he escrito una nota que encontrará usted en la hoja de señal de mi ejemplar del libro de Briere de Boismont, consagrado al suicidio. Experimentaba yo en aquellos preparativos una sensación indefinible, como de soñar despierto, como de automatismo consciente. Atribuyo tan extraño fenómeno a un desorden nervioso próximo a la locura y producido por los estragos de una idea fija. Solamente en la misma mañana del día escogido para ejecutar mi proyecto pensé en mi última tentativa con respecto a Carlota. Habíame yo sentado a la mesa para escribirle una carta de despedida. Me la figuré leyendo aquella carta, y de pronto surgió en mi espíritu esta pregunta: «¿Qué hará?» ¿Era posible que no se conmoviese Carlota por aquel anuncio de mi suicidio probable? ¿No había de precipitarse a impedirlo? Sí; Carlota correría a mi cuarto. Allí encontraría mi cadáver... Sí, yo no esperaba, para matarme, el efecto de aquella última prueba. En este particular, estoy muy seguro de que veo claro. Sé que aquella esperanza nació en mí así exactamente, y en aquel punto preciso de mi proyecto.

»—Ensayemos—me dije—. Determiné, pues, que si a las doce de la noche Carlota no había ido a mi cuarto, bebería yo el veneno. Sus efectos me eran conocidos. Sabía yo de sobra que eran casi fulminan-

tes, y tuve esperanzas de padecer muy poco. Es muy extraño el hecho de que todo aquel día pasase para mí en una tranquilidad completa. Pero debo hacer esta indicación. Sentíame como aligerado de un gran peso, como realmente desprendido de mí mismo, y no comenzó mi ansiedad hasta que se aproximaban las diez de la noche, cuando, habiéndome retirado a descansar antes que nadie, coloqué mi carta en una mesa del cuarto de Carlota. A las diez y media oí, por la puerta de mi cuarto, que estaba abierta, a la marquesa, al marqués y a Carlota, que subían la escalera. Detuviéronse para charlar algunos minutos en los pasillos; despidiéronse después como de costumbre, y luego entró cada uno en su cuarto... Las once... las once y cuarto... nada aún. Miraba yo mi reloj, colocado delante de mí, y muy próximo a otras tres cartas preparadas ya y que estaban dirigidas, respectivamente, al señor de Jussat, a mi madre y a usted, querido maestro. Mi corazón palpitaba, como si quisiera romper el pecho; pero la voluntad era firme y fría. Había yo anunciado a la señorita de Jussat que no me vería al día siguiente. Estaba yo muy seguro de no faltar a mi palabra *sí*... no me atrevía yo a profundizar en lo que aquel *sí* encerraba de esperanza. Contemplaba yo el movimiento de la manecilla de los segundos, y calculando maquinalmente, realizaba una multiplicación exacta: «A razón de sesenta segundos por minuto, debo ver la manecilla moverse aún tantas veces, porque a las doce en punto me mato.» Un ruido furtivo, ligerísimos pasos que me pareció oir con suprema emoción, interrumpió mi cálculo. Aquellos pasos se aproximaban, se detu-

vieron delante de mi puerta... La puerta de pronto se abrió... Carlota se hallaba delante de mí.

»Yo me había levantado. Ambos permanecimos un rato frente a frente y ambos de pie. El rostro de Carlota estaba descompuesto, quizás por lo enorme de aquel acto suyo; su palidez era espantosa y extraordinario el brillo de sus ojos casi negros, pues el iris, dilatado por la emoción, había invadido toda la córnea. Advertí esta circunstancia porque transformaba por completo su fisonomía. Esta fisonomía, ordinariamente tan reservada, casi sin expresión, respiraba entonces el extravío de un sér dominado por una pasión más fuerte que su voluntad. Era visible que Carlota se había acostado y levantádose luego, como indicaba su tocado y sus cabellos recogidos en una magnífica trenza. Una bata blanca sujeta con un cordón se plegaba alrededor de su talle; y la prueba de cuán aturdida había salido la joven de su cuarto, era que había introducido en sus chinelas sus pies desnudos. Indudablemente una angustia irresistible habíala lanzado a mi cuarto desde su lecho. Ni pensaba en lo que yo podría creer en ella ni de lo que intentaría decirle. Había creído en mi carta, y venía presa de una exaltación tan viva, que no temblaba. No bien se repuso de aquella emoción que le dominó, al verse en mi estancia, gritó con voz entrecortada:

»—¡Ah!... ¡Gracias, Dios mío! No he llegado demasiado tarde... ¡Muerto!... He creído ver a usted muerto... ¡Ah, esto era horrible! Pero eso ha concluído, ¿no es cierto? Dígame usted que me obedecerá; dígame que no atentará contra su vida... ¡Ah, sí, júremelo usted!

»Carlota cogió entre las suyas mi mano; sus dedos parecían helados. La entrada de la señorita de Jussat en mi cuarto era una cosa tan decisiva, una prueba tal de amor en el instante mismo en que yo me hallaba tan exaltado, que no reflexioné, y sin responder, recuerdo que la estreché entre mis brazos llorando, que mis labios buscaron sus labios, y que le di, a través de mis lágrimas, el más ardiente, el más tierno de los besos, y también el más sincero y apasionado; recuerdo también que fué aquel un segundo de éxtasis infinito, de suprema felicidad, y que ella se desprendió de mis brazos avergonzada de lo que acababa de permitir en su rostro, cada vez más extraviado.

»—Desgraciada—exclamó—. ¡Ah! Es preciso que yo me vaya de aquí... Déjeme usted salir... No se acerque usted a mí...

»—Ya ve usted entonces—le contesté—que es necesario que yo muera. Usted no me ama, usted va a ser de otro; todo nos separa... y para siempre.

»Tomé el frasco negro, y mostrándoselo, dije:

»—La cuarta parte de este líquido es el remedio para tantos dolores... En cinco minutos todo habrá terminado.

»Y con dulzura, sin hacer un solo gesto que pudiera obligarla a defenderse, continué diciendo:

»—Sí, váyase usted ya, y gracias por haber venido. Antes de un cuarto de hora habré concluído de sentir lo que siento ahora; esta intolerable privación de usted... Adiós otra vez, no me prive usted del valor.

»Carlota se había estremecido cuando la luz de la lámpara alumbró el licor sombrío. Extendió hacia

mí su mano y me arrancó el frasco gritando: *¡No... no!* Le miró, leyó la inscripción del manuscrito rojizo y tembló. Su rostro se alteró más todavía. Una profunda arrruga surcó su frente. Sus labios palpitaron. Expresaron sus ojos la agonía de una ansiedad extrema, y después, con un acento casi duro, lanzando sus palabras como si le fuesen arrancadas por un poder irresistible y atormentador, dijo:

»—Yo también... he sufrido mucho, he luchado mucho...—. Y adelantándose hacia mí y cogiéndome del brazo..., continuó diciendo: «—Solo, no; solo, no; moriremos juntos. Después de lo que he hecho, no es posible otra cosa.»— Y al decir esto, aproximó el frasco a sus labios. Logré arrancárselo, y ella, con una sonrisa de extraviada, siguió diciendo: «—Morir, sí; morir aquí, cerca de usted y con usted...»— Y diciendo esto, se aproximó a mí más todavía, y reclinó su cabeza sobre mi hombro, de modo que sentía yo en mi rostro el contacto suave de su sedosa cabellera. «—Así, así... ¡Ah! Hace ya tanto tiempo que amo a usted..., tanto tiempo... Ahora puedo decirlo, pues pago con mi vida el derecho a decirlo... ¿Quiere usted llevarme consigo? ¿Quiere usted que nos vayamos juntos los dos? ¡Los dos!»

»—¡Oh! Sí, sí—contesté...—juntos, unidos para siempre moriremos ambos. Te lo juro. Pero no ahora... ¡Ah, déjame tiempo para sentir que me amas! Nuestros labios se habían juntado otra vez; pero ahora ella me devolvía mis besos. Estrechábala yo contra mi pecho y la sentía desfallecer en mis brazos. Enlazada a mí de ese modo, la llevé hasta mi lecho, y Carlota se abandonó completa y del todo. ¡Ah! Fue-

ron aquellos besos nuestros de esos besos en que el éxtasis de los sentidos y el éxtasis del alma se confunden deliciosamente; en que lo pasado, lo presente y lo porvenir desaparecen para no dejar sitio a lo que no sea amor, a la dolorosa, a la embriagadora locura del amor. Aquel lindo cuerpo, aquella estatua viva de Tanegra me pertenecía en toda su gracia, en toda su inocencia; parecíame que aquel momento no era verdad; tanto y tanto sobrepujaba los límites de mis esperanzas y casi las fuerzas de mis deseos.

»En la suave claridad que arrojaba la llama de la lámpara y el fuego casi extinguido de la chimenea, la delicadeza de aquellas líneas, su extrema palidez, sus cabellos esparcidos ahora la asemejaban a una aparición, y la voz de fantasma, una voz de más allá de la vida, hablaba en ella contándome la larga historia de sus sentimientos hacia mí. Decíame cómo se había enamorado, sin sospecharlo siquiera, desde nuestra primera entrevista; luego, cómo había sufrido con mis tristezas y con mis confidencias; después, cómo había soñado en ser mi amiga, una amiga que me consolase dulcemente; y luego la luz espantosa que mi declaración en el bosque había arrojado sobre su corazón, y cómo ella se había jurado poner entre nosotros un abismo. Decíame cuáles habían sido sus luchas al recibir mis cartas, sus resoluciones inútiles de no leerlas, la locura de sus esponsales para quitar toda esperanza, su vuelta al castillo y... el resto. Carlota encontraba para revelarme la secreta y cruel novela de su ternura esas frases púdicas y apasionadas que parten de lo más misterioso del alma, como brotan las lágrimas de los ojos.

»—Aunque pudiera—decía Carlota—desvanecer; ahora parte de aquellos dolores, no querría hacerlo de tal manera necesito sentir que por ti he vivido. Tú me dejarás morir la primera para que yo no te vea padecer. Y me envolvía, al decir esto, entre sus cabellos sueltos, y veíase en su rostro, que había yo conocido tan dueño de sí, una especie de éxtasis del martirio, una alegría como sobrenatural acompañada con dolor, una exaltación mezclada con remordimientos.

»Aquí es, mi querido maestro, donde aparece el episodio más singular de esta aventura, el que los hombres llamarían el más vergonzoso; pero entre usted y yo esos vocablos no tienen sentido, y he de tener el valor de contar a usted todo lo ocurrido. Yo había sido sincero, ya lo he dicho, y sincero sin la más ligera sombra de cálculo, en la resolución de suicidarme, que me había hecho comprar el frasco de nuez vómica y escribir después a Carlota. Cuando ella vino, cuando cayó en mis brazos, cuando me dijo: «vamos a morir juntos», yo había aceptado con absoluta y completa buena fe. Habíame parecido tan sencillo, tan natural, tan fácil morir los dos al mismo tiempo. Usted que ha descrito en páginas tan varoniles el vapor de la ilusión producida en nosotros por el deseo físico, esa embriaguez del sexo, que se enseñorea de nosotros como el vino, no me considerará un monstruo por haber sentido que ese vapor se disipase con el deseo, que aquella embriaguez desapareciese con la posesión. En medio de esta noche de locura llegó una hora en que, fatigados de ca-

ricias, languideciendo de voluptuosidad, quedamos descansando uno cerca del otro.

»Contemplaba yo a Carlota y se apoderaba de mí el pensamiento de que dentro de pocas horas aquel cuerpo adorable y animado entonces por todos los ardores de la vida estaría inmóvil, helado, muerto... ¡Muertos aquellos labios en que todavía palpitaban mis besos! ¡Muertos aquellos ojos hermosísimos! ¡Muerta aquella alma que era mía, llena de mi amor, embriagada por mí! Repetía yo mentalmente y sin cesar esta palabra: «¡Muerta, muerta, muerta!» Y lo que ella representa de súbito derrumbamiento en la noche, de irreparable caída en las tinieblas, en la frialdad, en el vacío, me angustió el corazon. Un estremecimiento recorrió todo mi sér, tuve miedo... ¿por ella?, ¿por mí?, ¿por los dos? No lo sé... Tuve miedo, un miedo que heló lo más recóndito de mi sér. Carlota, que estaba dormida, exhaló un suspiro y despertó...

—»¡Ah!—me dijo estrechándome convulsivamente entre sus brazos—estás aquí; había yo perdido el conocimiento. He soñado... ¡Ah, qué sueño! He visto a mi hermano que se lanzaba sobre ti... ¡horroroso sueño!

»Me dió otros muchos besos, y cuando estaban unidos nuestros labios dió una hora. Carlota escuchó atentamente, y contó cuatro campanadas.

»—Las cuatro—dijo—, ya es tiempo. Adiós, amor mío, adiós otra vez.

»Me besó con más ternura. Su fisonomía, en medio de su exaltación, parecía tranquila, casi risueña.

»—Dame el veneno—dijo Carlota con voz firme. Permanecí inmóvil y no contesté.

»—¿Tienes miedo por mí?—preguntó—. ¡Bah! Ya verás cómo sé morir; dame.

»Me levanté, tuve la tranquilidad de reparar en lo posible el desorden de mi traje, y resuelto a evitar a todo trance aquellos dos suicidios, recogí el frasco y lo encerré en el armario. Carlota no advirtió nada de esto, hallábase sentada en el lecho y aún en oración; pero, sin duda, le parecía que tardaba yo demasiado, porque volvió a decirme:

—»Estoy pronta.

»Entonces vió mis manos vacías. La expresión extática de su rostro tornóse en angustia extremada, y su voz era casi áspera cuando dijo:

»—El veneno, deme usted el veneno.

»Después, como si contestase a un pensamiento que hubiese surgido de pronto en su alma, agregó febrilmente:

»—No, no es posible.

»—No—exclamé entonces arrojándome de rodillas ante ella y cogiéndola las manos—, no, dices bien; no, eso no es posible... No puedo dejarte que mueras delante de mí, por mí asesinada. Te lo suplico, Carlota, no me pidas que realice tan funesto proyecto. Cuando compré este veneno yo estaba loco... creía que no me amabas y quería matarme... Sí, lo quería sinceramente. Pero ahora que me amas, que lo sé, que te has entregado a mí... ahora ¡ah! no puedo... no quiero... Vivamos, amor mío, vivamos... Consiente en vivir... Huiremos juntos si quieres... y si no quieres, si estás arrepentida de estas horas de

abandono... sea... sufriré solo el martirio; te lo juro, esto quedará como si no hubiese ocurrido... no volverás a verme. Para ayudarte a morir... matarte... no, no y no... No te canses en pedirlo.

»¿Cuánto tiempo la hablé y qué más le dije? No lo sé. Espiaba yo sobre su fisonomía una emoción dulce, una debilidad de mujer, uno de esos *sí* de la mirada que desmienten el *no* pronunciado por la boca. Carlota callaba, fijos en mí sus ojos, que brillaban entonces con un fuego trágico. Había retirado sus manos de las mías y cruzado los brazos sobre el pecho, y envolviéndose en su cabellera, como alejada de mí por horror invencible, dijo cuando cesé de suplicar:

»—¿Conque no quiere usted cumplir su palabra?

»—No, no puedo—balbuceé—, no puedo; no supe al prometerlo, lo que prometía.

»—¡Ah!—gritó ella con un desprecio cruel y temblándole los labios—¡Dígame usted que tiene miedo! Deme usted el veneno. Devuelvo a usted su palabra en lo que a usted se refiere... ¡Moriré sola! Pero haberme hecho caer en este lazo... ¡Cobarde! ¡Cobarde! ¡Cobarde!

Ni aquel insulto, ni las repetidas injurias de Carlota quebrantaron mi resolución; me senté sobre la alfombra en que estaba arrodillado, como si no me quedasen ya fuerzas para levantarme, y continué moviendo la cabeza y repitiendo: *no*, *no* y *no*.

»La joven no dijo una palabra más. La vi recoger su hermoso y abundante cabello, que arregló apresuradamente con un nudo; introdujo sus pies en las chinelas, se envolvió en su bata blanca, buscó

después, con la mirada, el frasco negro con membrete encarnado, y como no lo viese en la mesa, se dirigió hacia la puerta, sin dejar de decir:

—»¡Cobarde! ¡Cobarde!

»Todo había concluído. Esperé, equivocándome una vez más, como tantas otras, que la reflexión hiciese volver a Carlota en su acuerdo y atribuir al amor mi negativa a cumplir la empeñada palabra. Nada, Carlota no volvió a hablarme; la escribí, y mis cartas me fueron devueltas sin abrir siquiera; fuí de noche a su cuarto y hallé cerrada la puerta; llamé repetidas veces y no me contestó; quise hablarla una vez, y ella me apartó con la mano desdeñosamente, sin mirarme siquiera.

»Anunciόse por entonces la próxima llegada del señor de Plane y del conde Andrés, y esta noticia me decidió a tomar la resolución que yo acariciaba hacía algunos días. Habíame rogado el marqués que prolongase mi permanencia en el castillo hasta el día 15 de Noviembre. Anuncié en la mañana del funesto día 3 de Noviembre que acababa de recibir de mi madre una carta un poco alarmante; durante el día dije que un telegrama más alarmante aún aumentaba mis inquietudes. Solicité, pues, del señor de Jussat que me permitiese partir para Clermont al día siguiente, muy de mañana, y agregué que, si acaso no me era posible regresar, me hiciese el favor de embalar algunos objetos míos que allí quedaban, y remitírmelos. Dije todo esto delante de Carlota, seguro de que ésta daría a mis palabras su verdadero significado: «Se va para no volver.»

»Creía yo que la noticia de esta separación la con-

movería, y deseando aprovechar esta emoción, tuve la audacia de escribir un billete con estas líneas solamente: «Próximo a dejar a usted para siempre, tengo derecho a solicitar de usted una última entrevista. Iré a la habitación de usted a las once.» Y como era menester que no pudiera Carlota devolverme aquel billete sin leerle, le coloqué abierto encima de una mesita de noche, a riesgo de perderme y de perderla si la doncella lo veía. ¡Ah, cómo latió mi corazón cuando a las once menos cinco me dirigí hacia su puerta y apoyé mi mano sobre el picaporte! El cerrojo no estaba echado. Carlota me esperaba. Al primer golpe de vista comprendí que la lucha sería ruda. Su rostro sombrío manifestaba muy claramente que no me había permitido entrar para perdonarme. Llevaba una bata de color oscuro, y nunca había sido más implacablemente fijo y frío el brillo de sus ojos.

»—Caballero—me dijo luego que hube cerrado la puerta—, ignoro lo que se proponía usted decirme; lo ignoro y además no quiero saberlo. No es para escuchar a usted para lo que le he permitido entrar. Juro a usted, y yo sé cumplir mis ofrecimientos, que si adelanta usted un paso o si intenta hablarme llamo y hago que arrojen a usted de aquí como a un ladrón.

»Al pronunciar aquellas palabras, Carlota había colocado el dedo sobre el botón de la campanilla eléctrica colocado a la cabecera de su cama. Su actitud, su voz revelaban tal resolución, que debí callar; ella continuó diciendo:

»—Me ha hecho usted cometer tres acciones indignas... La primera tuvo por excusa el que yo no creyese a usted capaz de una infamia como la que

empleó... Además, sabré espiarla—agregó, como si se lo dijese a sí misma.—¡La segunda!... No busco excusa para ella... Y su rostro enrojeció con un color de vergüenza... Me era insoportable pensar que usted había procedido así. He querido estar segura de lo que usted era... He querido conocer a usted... Me había usted dicho que tenía su diario... He querido leerlo... Lo he leído... He entrado en la habitación de usted cuando no se hallaba en ella. He buscado entre sus papeles; he forzado la cerradura de aquel cuaderno... Sí, sí, yo he hecho todo eso... Harto castigada he sido por ello, pues he leído en aquellas páginas lo que he leído... La tercera... Diciéndoselo a usted pago la deuda que he contraído con usted por la segunda... La tercera...—Carlota vaciló un instante y después siguió diciéndome—impulsada por la indignación he escrito a mi hermano. El conde Andrés lo sabe todo.

»—¡Ah!—grité.—Está usted perdida.

»—Ya sabe usted lo que he jurado—dijo Carlota atajando mi palabra y volviendo a poner el dedo sobre el botón de la campanilla.—Calle usted. Yo ya no puedo perderme y nadie puede hacer ya nada ni en pro ni en contra mía. También mi hermano sabe esto y conoce mi determinación. Recibirá mi carta mañana. Yo debía prevenir a usted; ya que en tanto estima su vida. Ahora váyase usted.

»—¡Carlota!—dije con voz suplicante.

»Carlota miró al reloj, y dijo secamente:

»—Si dentro de un minuto no ha salido usted de aquí, llamo.

»§ VII.—Conclusión

»¡Y obedecí! A las seis de la mañana del día siguiente abandoné el castillo; llevaba yo al dejarlo los presentimientos más tristes, pues en vano intenté convencerme de que aquella escena no tendría consecuencias; quise creer que el conde Andrés llegaría a tiempo para salvar a su hermana de una resolución desesperada; que ella misma vacilaría en los últimos momentos; que sobrevendría algún incidente inesperado... ¡Qué se yo!

»En cuanto a huir, a retroceder ante la venganza posible del hermano de Carlota no lo pensé ni un solo momento. Por esta vez había yo vuelto a encontrar mi carácter, porque encontré en mí una idea viva y que me sostenía: la de no dejarme humillar por nadie. Sí, aunque ya había tenido ante una muchacha enloquecida y en la debilidad del amor dichoso una hora de desfallecimiento, estaba yo seguro de no tener otra ante las amenazas de un hombre. Llegué a Clermont devorado por una ansiedad que no fué de larga duración, pues supe el suicidio de la señorita de Jussat y fuí arrestado sin intervalo apreciable.

»Desde las primeras palabras que oí al juez de instrucción imaginé y vi los pormenores de aquel suicidio. Carlota tomó del frasco de veneno comprado por mí la cantidad que consideró suficiente para su muerte. Hizo esto, sin duda, el día mismo que leyó mi diario, cuya cerradura hallé efectivamente forzada, cosa en que yo no había reparado porque no me

cuidaba en aquellos días de ese diario, que era ya completamente inútil para mí.

»Para no despertar sospechas, Carlota tuvo cuidado de reemplazar con agua la cantidad de veneno que había quitado del frasco. Arrojó después por la ventana el frasco de que se había servido, porque no quiso que sus padres supiesen que ella se había suicidado hasta que el conde Andrés se lo dijese. Y yo, que sabía toda la verdad sobre este horrible drama, yo que podía dar mi diario, cuando menos, como una presunción de inocencia, destruí aquel diario al salir del primer interrogatorio, he renunciado a defenderme, por el hermano.

»Ya lo he dicho a usted, había yo apurado hasta el fondo la copa de las humillaciones y no quería ya más; no quiero más. Ese hombre a quien tanto he envidiado desde el primer día, ese hombre que ahora representa para mí la muerte y que, conociendo también toda la verdad, debe de considerarme como el último de los últimos, no ha de tener el derecho de despreciarme... y no lo hará. No lo tiene porque ambos callamos. Pero en mí el silencio es arriesgar mi cabeza para salvar la honra de la que ya no existe, y en él es inmolar un inocente a esa honra misma. De nosotros dos, yo, que no quiero defenderme guareciéndome detrás del cadáver de Carlota, y él, que poseyendo la carta en que ella le anunciaba su suicidio, la guarda para vengarse del amante de su hermana, dejando que sea condenado como asesino, ¿quién es ahora el bravo? ¿Quién el caballero? Toda la vergüenza de mi debilidad en aquella noche, en la cual Carlota se entregó a mí, si en aquello hubo vergüen-

za, la borro ahora con no defenderme, y hallo cierta voluptuosidad de orgullo, como desquite de aquellos últimos días tan horribles, en no suicidarme ahora, en no pedir a la muerte olvido para tantas torturas. Es preciso que el conde Andrés lleve su infamia hasta lo último. Si soy condenado, sabiendo él que soy inocente, teniendo él la prueba de que lo soy y callando... los Jussat-Randon nada tendrán que echarme en cara, quedaremos en paz.

»Sin embargo, he dicho a usted todo, mi venerado, mi querido maestro; he mostrado a usted lo más recóndito de mi sér, y al confiar al honor de usted el secreto, sé muy bien a quien me dirijo para que crea necesario insistir sobre la promesa que he adquirido el derecho de exigir a usted en la primera página de este cuaderno. Pero vea usted, este silencio me ahoga; me ahoga este peso que tengo siempre, siempre, sobre mí. En una palabra, me ahoga el remordimiento. He menester que alguien me comprenda, y me consuele, y me ame; que una voz me compadezca y me dirija palabras con las cuales se disipen los fantasmas que me rodean, y me asedian, y me martirizan. Había yo formulado mentalmente, cuando di principio a estas páginas, una lista de preguntas que deseaba yo dirigir a usted al terminar. Lisonjeábame la idea de que llegaría yo a contar a usted mi historia como usted expone los problemas de psicología en sus libros, que tantas veces he leído, y ahora nada encuentro que decir a usted más que la palabra de la desesperación: *De profundis.* Escríbame usted, mi querido maestro; diríjame. Sosténgame usted en la doctrina que ha sido, que es aún la mía;

en este convencimiento de la necesidad universal de que nuestras acciones, aun las más detestables, aun las más funestas, aun esta misma fría empresa de seducción, hasta mi debilidad y mi cobardía ante el pacto de la muerte, van unidas al conjunto de las leyes del Universo infinito. Dígame usted que no soy un monstruo, que nada hay en mí de monstruoso, y que si saliera yo de esta crisis suprema, usted estaría ahí para estimarme como discípulo y como amigo. Si usted fuese médico y un enfermo llegase a usted mostrándole una herida, usted lo curaría por humanidad. Usted es médico también, un gran médico de las almas. ¡Ah, la mía está muy hondamente herida y muy ensangrentada! Solicita de usted una palabra que la consuele, una palabra, una sola, y bendecirá a usted por siempre su fiel

ROBERTO GRESLOU.»

V

TORMENTOS DE IDEAS

Había transcurrido un mes desde que la madre de Roberto Greslou llevó al solitario de la calle de Guy de la Brosse aquel extraño manuscrito que tantas vacilaciones produjo en Adriano Sixto antes de leerlo. El filósofo permanecía aún, después de transcurridas aquellas cuatro semanas, de tal modo perturbado con aquella lectura, que los comparsas humildes que constituían su sociedad no pudieron menos de observarlo. Celebrábanse frecuentes conferencias entre la señorita de Trapenard y los esposos Carbonnet en el chiribitil de la portería, lleno de olor al cuero, y donde la fiel ama de llaves y los juiciosos porteros discutían sin cesar sobre las causas de aquel extraño cambio sobrevenido en las costumbres del célebre filósofo. Aquella admirable, aquella automática regularidad de las salidas y las entradas que durante quince años habían hecho de Sixto un cronómetro viviente para todo aquel pacífico y tranquilo barrio del Jardín de Plantas, habíase transformado de pronto en una ansiedad febril e inexplicable. El filósofo iba y venía, desde la visita de la señora Greslou, como un hombre agitado que no puede estar quieto en ningu-

na parte, que cuando pasea piensa de pronto en volver a casa, y una vez de vuelta ya no puede sufrir su casa. En la calle, en vez de andar con el paso metódico en el cual se adivina una máquina nerviosa perfectamente equilibrada, Sixto se apresuraba unas veces, se detenía otras o gritaba como si disputara consigo mismo. Esta sobreexcitación nerviosa se traducía por signos más extraños aún. La señorita Trapenard había referido a los Carbonnet que su amo no se acostaba ahora antes de las dos y las tres de la madrugada.

—Y no es por trabajar—agregaba la buena mujer—porque se pasa andando, andando, las horas muertas. La primera vez que esto sucedió creí que estaba enfermo. Me levanté para preguntarle si quería algo, y él, siempre tan atento, tan dulce... me despidió brutalmente.

—Yo—dijo la señora Carbonnet—le vi el otro día, al volver de paseo, sentado en el café; no podía yo creer a mis ojos. Allí estaba, sí, señor, detrás de las vidrieras y leyendo un periódico. Si yo no le hubiera conocido me habría dado miedo. Era necesario verle, ¡qué cara, y qué arrugas en la frente, y qué boca!

—¿En el café?—exclamó la señorita Trapenard—. En dieciséis años, poco menos, que le he servido no le he visto una vez siquiera abrir un diario.

—Este hombre—dijo el señor Carbonnet—tiene un disgusto que le pudre la sangre; y los disgustos, sabe usted, señorita María, son como quien dice, el tonel de *Adelaida*, no tienen fondo. La verdad del caso es que todo esto principió con aquella cita del juez y con la visita de la señora enlutada; ¿y sabe

usted lo que yo pienso? Que se trata de algún hijo que este señor tiene en alguna parte y que se conduce mal.

—¡Ave María purísima!—gritó la criada—. ¡Él un hijo!

—¿Y por qué no?—replicó el portero, guiñando maliciosamente un ojo detrás de las gafas—. Bien puede haber sido en su juventud tan travieso como cualquier otro.

Después de dirigir algunas bromas a su gallo Fernando, prosiguió el portero maestro de obra prima comunicando a la señorita Trapenard, que le oía espantada, los rumores que circulaban acerca del pobre señor Sixto desde su cambio visible de costumbres. Todas las malas lenguas estaban conformes en atribuír a la cita del juez la actual perturbación del filósofo. La planchadora decía haber sabido por un *paisano* del señor Sixto que su fortuna provenía de un depósito, del cual se había apoderado su padre y que él tenía que devolver. El carnicero contaba a quien quería oirle que el sabio estaba casado y que su mujer había venido con ánimos de armarle un escándalo atroz y hasta de formarle causa. El carbonero había insinuado que el buen hombre era hermano de un asesino cuya ejecución, bajo el falso nombre de Campi, atormentaba aún en aquella época los cerebros de la gente del pueblo.

La pobre señorita Trapenard estaba realmente espantada. Aquella pobra mujer, corpulenta, de buen color, fuerte como un toro a pesar de sus cincuenta y cinco años; siempre aldeana, con sus zapatones gruesos, sus medias de lana azul hechas por ella

misma, sentía hacia su amo un afecto tanto más fuerte cuantos más eran los elementos que entraban a integrarlo. En él respetaba la aldeana al *caballero*, a la persona bien educada, de quien sabía ella que los periódicos habían hablado muy a menudo. Quería en él al solterón, que no examinaba nunca sus cuentas y la dejaba ama absoluta de la casa, un bienestar seguro y una renta para los últimos años de su vida. Por último, ella protegía, ella, sólida, robusta, al hombre de constitución débil, casi enfermizo y tan sencillote, como decía ella, que un niño de diez años podría engañarle. Por esto esas rarezas la mortificaban en su orgullo, y al propio tiempo la alteración del genio de su amo le hacían el hogar casi desagradable. Por verdadero afecto se alarmaba porque su amo no comía, no dormía casi. Veíale triste, pensativo, enfermo, y ni conseguía alegrarle, ni menos adivinar la causa de aquella melancolía creciente y de aquella agitación. Calcúlese cómo se quedaría la buena ama de llaves cuando, una tarde del mes de Marzo, Sixto regresó a las cinco, después de haber almorzado fuera, y le dijo:

—¿Está en buen estado mi maleta?

—No lo sé—respondió la criada—; el señor no la ha usado desde que estoy en la casa.

—Vaya usted a buscarla.

La criada obedeció, y trajo poco después una maleta de cuero llena de polvo, con la cerradura enmohecida y sin llaves.

—Muy bien—dijo Sixto—; va usted a comprar una parecida a esta inmediatamente y a poner en ella lo que sea necesario para un viaje.

—¿El señor se va?

—Sí, por algunos días.

—Pero el señor no tiene nada de lo que se necesita; el señor no puede irse de este modo, sin manta de viaje, sin...

—Busque usted lo que sea necesario, y vaya usted de prisa, porque debo tomar el tren de las nueve.

—¿Acompañaré al señor?

—No; es inútil. Vamos, que apenas queda tiempo.

—Con tal que no tenga el proyecto de *asudizarse* —dijo el señor Carbonnet cuando la criada le contó aquel nuevo acontecimiento, casi tan extraordinario, en aquel rincón del mundo, como si el filósofo hubiese anunciado su casamiento.

—¡Ah!—dijo la criada oyendo al portero—. Si quisiera llevarme aunque yo pagase el viaje de mi bolsillo, iría.

Este grito, sublime en boca de una criatura llegada de su aldea para servir y que llevaba su economía hasta hacerse sus vestidos de casa utilizando los gabanes desechados por su amo, probará más que todos los análisis qué inquietudes causaba en aquellas pobres gentes la metamorfosis del sabio, que efectivamente, atravesaba una crisis moral terrible. No sospechando que nadie le mirase, dejaba ver toda la intensidad de esa crisis en sus gestos más insignificantes, así como en los rasgos de su fisonomía. Desde la muerte de su madre no había conocido el filósofo horas tan duras; y, al menos, los dolores producidos por aquella irreparable separación habían sido sólo sentimentales, mientras que la lectura de la memoria de Roberto Greslou había alcanzado, con

no menor golpe, al filósofo en el centro mismo de su sér, en lo más profundo de la vida intelectual, única razón de su existencia. En el momento mismo en que daba a Marieta la orden de prepararle lo necesario para el viaje, hallábase tan poseído de espanto como la noche en que hojeaba aquel cuaderno de confidencias. Aquella historia siniestra de una seducción tan bajamente conducida, de una traición tan negra, de un suicidio tan melancólico poníale frente a frente con la visión más horrible: la de su pensamiento como agente y corruptor... cuando él había renunciado voluntariamente a todas las concupiscencias y vivido con un ideal constante de pureza. Todas las aventuras de Roberto Greslou le mostraban sus libros como un cómplice de su orgullo repugnante, de una sensualidad abyecta, a él que no había trabajado jamás sino para servir a la psicología como obrero modesto y con un trabajo que él juzgaba beneficioso y en el ascetismo más severo, para que los enemigos de sus doctrinas no pudiesen combatir con su ejemplo sus principios. Haber obrado mal sabiéndolo y queriéndolo es muy triste para el hombre que vale más que sus hechos; pero haber consagrado treinta años a una obra, haber creído que esta obra era útil, haberla continuado con toda sinceridad y con sencillez, haber rechazado como injuriosas las acusaciones de inmoralidad lanzadas por adversarios apasionados, haberse inclinado a no dudar de la propia razón y del entendimiento propio y hallar de repente, a la luz de una revelación abrumadora, con una prueba indiscutible, una prueba real como la vida misma de que esa obra ha envenenado

un alma; que esa obra llevaba dentro de sí un principio de muerte; que esa obra propaga y defiende aquel principio mortal por todos los ámbitos del mundo... ¡Ah! ¡Qué sacudida tan terrible, qué herida tan cruel, aunque la sacudida sólo hubiese de durar una hora y la herida se cerrase inmediatamente!

Esto había experimentado Sixto al leer y releer y tornar a leer cien veces aquellas páginas a él dedicadas. Cuando la madre de Roberto le había dicho gritando: «usted ha corrompido a mi hijo», la serenidad del sabio apenas se había alterado. Tampoco había opuesto más que un desdén soberano a la acusación del señor de Jussat, reproducida por el juez, y a la frase de este último sobre las responsabilidades morales.

¡Qué tranquilo había salido del Palacio de Justicia...! Ahora ya no encontraba aquel desdén; su serenidad había sido vencida, y él, el que negaba toda libertad; él, el fatalista que descomponía la virtud y el vicio con la brutalidad de un químico al estudiar los gases; él, el profeta osado del mecanismo universal, y que hasta entonces había conocido la armonía perfecta entre su corazón y su entendimiento, sufría algo que estaba en contradicción con todas sus doctrinas: tenía remordimientos y se reconocía responsable. Las luchas que dentro de su espíritu libraran sus convicciones filosóficas y sus sentimientos humanitarios; las alternativas de estas luchas... produjeron en Sixto tales trastornos, que le privaron de la facultad de discurrir durante muchas horas.

Un acontecimiento muy sencillo acabó de hacer más trágica esta lucha íntima, imponiendo al filósofo

una acción inmediata. Una mano desconocida le envió un periódico en el cual había sido publicado un artículo violentísimo contra Sixto con motivo del proceso de Roberto Greslou. El articulista, inspirado evidentemente por algún allegado o algún amigo de los Jussat, fustigaba a la filosofía moderna y sus doctrinas, encarnadas en Adriano Sixto y en otros muchos sabios. Después pedía un castigo ejemplar.

En el párrafo último de aquel trabajo, improvisado a la moderna, con ese realismo de imágenes que es la retórica de hoy, como el idealismo de las metáforas fué la retórica de tiempos pasados, mostraba el periodista al asesino de la señorita de Jussat subiendo al cadalso, y una generación de jóvenes decadentes corregidos por tan provechoso ejemplo.

En cualesquiera otras circunstancias aquellas declaraciones hubieran hecho sonreir al filósofo. Hubiese creído que el papelucho le había sido enviado por su enemigo Dumoulín, y habría continuado su interrumpido trabajo con la misma tranquilidad con que Arquímedes trazaba sus dibujos de geometría en la arena durante el saqueo de la ciudad. Pero la lectura de aquella crónica emborronada, sin duda, en un rincón de una mesa de café de Tortuni, por un moralista de plazuela, le hizo pensar en un hecho, en el cual no había pensado todavía: en que aquel drama moral se duplicaba como drama real. Dentro de algunas semanas, acaso días nada más, un hombre, de cuya inocencia él poseía una prueba, iba a ser juzgado.

Ahora bien, según las leyes y la justicia de los hombres, el seductor de la señorita de Jussat era ino-

cente; y si aquella memoria no constituía un testimonio decisivo, presentaba un carácter indiscutible de veracidad que bastaba para salvar una cabeza. ¿Podía él permitir que cayese esa cabeza, siendo el confidente de las miserias, de las vergüenzas, de las perfidias del joven, sabía también que aquel muchacho, de inteligencia pervertida, no era asesino? Era indudable que él se hallaba ligado, con un pacto tácito, al abrir y leer el manuscrito; pero ese pacto, ¿podía ser valedero aun en caso de muerte?

Existía en aquel solitario, atormentado hace ya un mes por amarguras morales, tal necesidad física de escapar a la comezón ineficaz y estéril de su pensamiento por una volición positiva, que experimentó una especie de descanso cuando, por último, adoptó una resolución. Otros periódicos, consultados ansiosamente, hiciéronle saber que el *proceso Greslou* se vería ante el Tribunal de Riom el viernes 11 de Marzo. El día 10 daba a Marieta aquella orden de prepararle la maleta, orden que tanto había sorprendido a la criada, y en aquella misma noche tomaba el tren después de haber echado al correo una carta dirigida al señor conde Andrés de Jussat, capitán de dragones, de guarnición en Luneville. Esta carta, que el filósofo no firmó, contenía solamente estas líneas: «El señor conde de Jussat posee una carta de su hermana que contiene la prueba de la inocencia de Roberto Greslou. ¿Permitirá el conde que sea condenado un inocente?» El psicólogo nihilista no había podido escribir las palabras *deber* y *derecho*, pero su resolución estaba tomada. Esperaría a que el proceso hubiese terminado, para hablar; y si el señor

de Jussat guardaba silencio hasta lo último y Greslou era condenado, depositaría Sixto la Memoria del joven en manos del presidente.

—Ha tomado billete para Riom—dijo la señorita Trapenard al portero al regresar de la estación, adonde le había acompañado, contra la voluntad del viajero...—¿Pero qué idea de irse tan lejos y solo, y con este frío, estando tan a gusto aquí?

—Tranquilícese usted, señorita Marieta—le respondió el portero—. Ya sabremos lo que sucede, un día u otro, pero a mí no hay quien me quite de la cabeza que hay un hijo ilegítimo de por medio.

VI

EL CONDE ANDRÉS

En el momento en que el billete puesto en el correo por Adriano Sixto, aquel billete que el filósofo nombraba el llamamiento supremo, el conde Andrés, de quien dependía en aquellos momentos la suerte de Roberto Greslou, hallábase también en Riom. hizo la casualidad que aquellos dos hombres no se encontrasen, porque el célebre escritor, al bajar del tren, tomó al acaso el ómnibus de la fonda del Comercio y el conde tenía su cuarto en la del Universo. Allí, en un salón adornado con muebles viejos, mal empapelado, con colgaduras muy usadas y remendada alfombra, durante la mañana del viernes 11 de Marzo de 1887, en que comenzaban los debates del proceso Greslou, el hermano de la pobre Carlota se paseaba de arriba abajo.

El asistente del conde, un dragón de fisonomía alegre, había puesto un poco en orden aquel salón alquilado la víspera y estaba arreglando la mesa. De cuando en cuando el soldado miraba a su capitán ir y venir, atusarse el bigote con mano nerviosa, morderse los labios, fruncir las cejas, expresar, en fin,

en su varonil semblante la ansiedad más dolorosa. Pero José Pourat, así se llamaba el asistente, se explicaba perfectamente, en su inteligencia sencilla, que el conde no fuese dueño de sí cuando estaban juzgando al asesino de su hermana. Para este soldado, como para todas las personas que de cerca o de lejos habían tratado a los Jussat-Randon y conocían a Carlota, la culpabilidad de Roberto Greslou era evidente. Lo que el leal soldado no podía comprender, conociendo la energía del oficial, era que hubiese dejado ir solo al marqués a presenciar el juicio. «Eso me haría mucho daño», había dicho el conde, y Pourat, que preparaba cucharas y cubiertos, no sin haberlos frotado previamente por una desconfianza muy justa en la limpieza de servicio de la fonda, recapacitaba, advirtiendo la horrible angustia de su capitán: «Es un gran corazón, sin duda, aunque algo brusco... ¡Cómo quería a su pobre hermana!»

Andrés Jussat no advertía siquiera que hubiese otra persona en la sala. Sus ojos obscuros, próximos a la nariz, que en otro tiempo habían admirado y hasta disgustado a Roberto Greslou por su semejanza con los de las aves de rapiña, no lanzaban aquella mirada fiera que va, si así puede decirse, derecha al objeto y se apodera de él. No; existía ahora en aquellas pupilas una especie de inexplicable encogimiento, algo así como vergüenza, miedo de mostrar el sufrimiento. Este databa del día en que recibió la terrible carta de Carlota, a la cual siguió el telegrama anunciando su muerte, y en que él había tomado precipitadamente el tren para Auvernia sin saber de

qué modo enteraría a sus padres de la horrible verdad, pero decidido a tomar venganza de Greslou. El marqués le había recibido con estas palabras:

—¿Has recibido mi telegrama? Ya tenemos al asesino.

El conde no contestó comprendiendo que había algún error en lo que decía su padre; pero cuando éste le explicó lo acontecido y la prisión de Roberto, creyó que el destino le ofrecía aquella venganza, objeto único de sus pensamientos desde que leyó, ¡con cuánto dolor en el alma!, la confesión de la muerta y los pormenores de la caída, de los extravíos, de sus resistencias, de su decepción horrible y de su funesta determinación. Reducíase todo a no mostrar la carta que conservaba en su cartera, y el cobarde, el infame seductor de la joven sería condenado sin duda alguna. El honor de Carlota quedaba a salvo, porque Roberto Greslou no podía demostrar sus relaciones con la joven; el marqués y la marquesa, aquellos padres tan confiados, que tanto amaban el recuerdo de la pobre niña, ignorarían la falta de su hija, falta cuyo conocimiento sería para ellos una desesperación nueva... y el conde Andrés había callado.

Había callado, pero no sin un violento esfuerzo sobre sí mismo. Este hombre valeroso, que poseía, por naturaleza y por voluntad, las virtudes de un verdadero soldado, detestaba la perfidia, las transacciones de la conciencia y todas las cobardías. Comprendía que su deber era hablar, no dejar que se acusase a un inocente. En vano se decía a sí mismo que Roberto había sido el asesino moral de Carlota, y que este asesinato merecía un castigo como el otro;

este sofisma de su odio no había conseguido ahogar por completo la voz que le prohibía hacerse cómplice de una iniquidad, y le decía que el condenar a Greslou como envenenador era inicuo. El silencio de Roberto le encolerizaba con Roberto y con él mismo... En esta lucha entre su odio y su conciencia se hallaba aún, cuando oyó decir a Pourat:

—Mi capitán, aquí está ya el señor marqués.

—¿Qué ha pasado, padre?—preguntó con ansiedad el conde.

—Tenemos todo el Jurado a nuestro favor...

El deseo de la venganza animaba a este anciano, que había olvidado su hipocondría y sus imaginarios dolores; su palabra era viva, imperiosa y clara... «—Hoy han sorteado los jurados, he tomado los nombres... todos son gentes honradas y desean que se haga un ejemplar castigo. El fiscal está seguro de que será condenado... ¡Ah, infame!... He tenido una satisfacción, la única desde hace tres meses, en verle entre dos gendarmes y en comprender que estaba bien cogido... ¡Oh! No es fácil escaparse de aquellos puños... Pero ¡qué audacia! El infame ha paseado tranquilamente su mirada por el salón... Yo estaba en primera fila... me ha visto y, ¿lo creerás?, no ha separado de mí los ojos, ni los ha bajado... me ha mirado fijamente como desafiándome... ¡Bah! Su cabeza es la que necesitamos y la tendremos.»

El anciano hablaba con acento salvaje y sin advertir la dolorosa impresión que sus palabras producían en el conde. Este, al pensar en su enemigo vencido así por la fuerza pública, arrastrado por los gendarmes, como destrozado por el engranaje de la máqui-

na anónima e invencible que se llama la justicia, se había estremecido con estremecimientos de vergüenza; la vergüenza del hombre que hubiese encargado a BRAVOS de oficio un asunto de muerte. Él estaba empleando, efectivamente, a los gendarmes y a los magistrados, como se empleaba a los *bravos* de la Edad Media para asesinar, en una venganza que tanto había deseado él realizar por su cuenta y bajo su responsabilidad. Era indudablemente una indignidad y una cobardía no haber hablado. Por otra parte, ¿qué significaba aquella mirada que Greslou había lanzado al marqués? ¿Sabría Roberto que Carlota había escrito su carta de confesión la víspera de suicidarse? La sola idea de que el joven pudiera sospechar la verdad y despreciarlos, al marqués y a él, por su silencio, encendía la sangre en el corazón del conde.

—No, no—dijo cuando su padre, después de almorzar muy apresuradamente, había vuelto a la audiencia para presenciar la continuación del juicio—. No puedo callar; hablaré o escribiré.

Sentóse a la mesa y comenzó a trazar maquinalmente estas palabras a la cabeza de un plieguecillo de papel: «Señor presidente.» Caía la tarde y Andrés continuaba en el mismo sitio, con la frente apoyada en la mano y sin haber escrito más que la primera línea de aquella carta. Esperaba noticias de la segunda parte de la sesión y escuchó con estremecimiento profundo la relación de su padre.

—¡Ah, mi querido Andrés!—decía el anciano con indignación—. ¡Qué bien has hecho en no venirte conmigo! ¡Qué infamia! ¡Oh, qué infamia! Greslou ha sido interrogado; pero persevera en su sistema

de guardar silencio. Eso no importa nada... Los peritos llegaron luego a exponer los resultados de su análisis. Nuestro buen doctor ha declarado primero. Temblaba su voz, ¡excelente sujeto!, cuando explicó sus impresiones a la vista de nuestra pobre Carlota, y, a solas, al entrar en su habitación... Después habló el profesor Armand; tú no habrías podido soportar aquello... ¡Era una cosa horrible! Horrible aquella autopsia de nuestro ángel, allí, en aquel salón donde había más de quinientas personas. Por último llegó el turno al químico de París. Si hubiese quedado alguna duda.. después de esto ya... El frasco de que se sirvió aquel monstruo estaba allí, en la mesa, yo lo he visto. Y después, ¿cómo se han atrevido? Su abogado, un defensor nombrado de oficio, y que ni siquiera tiene la excusa de ser amigo de su defendido, su abogado... ¿cómo podría yo decírtelo?... Ha preguntado si Carlota había muerto pura... si se había examinado su cadáver para fijar esto... Estas palabras promovieron en la concurrencia un rumor de desaprobación y de disgusto. ¡Eh! ¡Mi hija! ¡Tan pura, tan noble... una santa! ¡De qué buena gana hubiera yo abofeteado a aquel hombre!

Hasta el asesino, a quien nada conmueve, se sintió impresionado al oir aquellas palabras. Yo lo he visto... En aquel momento cogió la cabeza con ambas manos y lloró. Debería estar prohibido por la ley hablar así de una víctima delante del Tribunal. ¿Qué creería aquel estólido, que Carlota había tenido un amante? ¡Un amante! ¡Ella un amante!

La indignación del anciano era tan grande, que de pronto estalló en sollozos; también el conde en pre-

sencia de aquel dolor inmenso, sintió que las lágrimas se agolpaban a sus ojos, y aquellos dos hombres, sin pronunciar una palabra, se abrazaron.

Cuando Andrés quedó solo en su cuarto, intentó continuar la carta principiada; pero no tuvo ánimos para dar tan terrible golpe a su pobre padre... dudó, vaciló... hubo momentos en los que se decidió a escribir... pero no escribió. Tomó sí la carta de su hermana y volvió a leerla, aunque sabía de memoria cada una de sus frases. ¡Brotaba de aquellas páginas, escritas por aquella mano ya inmóvil para siempre, un suspiro tan desesperado, un suspiro de agonía tan triste! ¡La ilusión de la desdichada joven había sido tan insensata; tan sinceras habían sido sus luchas; tan amargo su despertar, que el conde sintió otra vez las lágrimas que surcaban su rostro! Era esta la segunda vez que lloraba en aquel día, él que desde la muerte de Carlota había tenido secos los ojos, como si el odio los quemase.—Greslou lo ha merecido todo—se dijo. Después permaneció inmóvil algunos minutos, y luego colocó sobre el rescoldo a medio consumir de la chimenea las hojas de la carta. Encendió una cerilla, y encendida la colocó debajo del papel; contempló cómo la llama se desarrollaba en rededor del pliego, iba ganando poco a poco los renglones escritos... y, por último, transformaba aquella prueba única del miserable amor y del suicidio de la joven en unos restos negruzcos. El conde mezcló y revolvió aquellos restos con las cenizas. Se acostó después, diciendo en voz alta: *está hecho*, y se durmió, como la noche anterior a su primera batalla.

Andrés, madrugador de ordinario, no despertó hasta las nueve del día siguiente.

—El marqués me prohibió que despertase al señorito—respondió Pourat cuando fué llamado por el conde y mientras abría la ventana. El sol penetró en la habitación; ese sol alegre de despedida del invierno sustituía al cielo triste y obscuro de la víspera... —El señor marqués salió hace una hora. Sabe usted, mi capitán, hoy ha sido necesario conducir al preso por el subterráneo.

—¿Qué subterráneo?

—Uno que hay para ir desde la cárcel al Palacio de Justicia. Parece que lo emplean para los grandes criminales que pueden ser acometidos por las turbas. A fe mía, mi capitán, que si yo le viese pasar me parece que me entrarían muchas ganas de cargar sobre él... A los perros rabiosos no se les juzga, se les mata. Vaya, ya me dejé olvidadas las cartas de esta mañana en el salón.

Pourat volvió al cabo de un minuto y entregó a su capitán tres cartas: los sobres de las dos primeras indicaron al conde inmediatamente de quién eran. El sobre de la tercera carta estaba escrito con letra que el hermano de Carlota desconocía del todo. Había sido dirigida desde París a Luneville y desde este último punto a Riom. Las manos de aquel oficial valiente, que no sabía lo que era el miedo, temblaron al tomar aquella carta. Cuando leyó las líneas escritas allí por el filósofo, se puso tan pálido como el papel que tenía entre sus manos temblonas, de tal suerte, que el asistente le preguntó:

—¿Se pone usted malo, mi capitán?

—Déjame—contestó bruscamente—: me vestiré solo.

La lectura de aquella carta renovaba en el alma del conde la lucha que él creía terminada para siempre. Como él conocía perfectamente la letra de Greslou, comprendió que aquella carta no estaba escrita por él; existía, pues, en el mundo otra persona conocedora del secreto; había alguien que podría decir, con justicia, que el conde Andrés, tan celoso de su honra, había cometido una indignidad y una cobardía. Esta situación se le hizo más intolerable cuando su padre, que regresaba del paseo, comenzó, como en el día precedente, a referirle lo acontecido.

—Se ha interrogado a los testigos... He declarado yo. Pero lo más duro de todo ha sido el encontrarme, antes de la sesión, con la madre de Greslou... Es una fortuna que no se haya hospedado aquí... Está en la fonda del Comercio, donde ha tenido la osadía de suplicarme que fuese a hablar con ella, y donde hemos pasado un momento... ¡Qué momento!... Tiene una figura difícil de olvidar... un rostro severo y unos ojos negros que lanzan como un fuego sombrío cuando lloran. La pobre mujer se ha adelantado hacia mí y me ha hablado... Me ha conjurado para que yo diga que su hijo es inocente, que yo lo sabía, y que, por lo tanto, no tenía derecho a declarar contra él. ¡Desdichada!... El rato ha sido horrible, pero no puedo sentir rencor contra ella... Al fin es su hijo... Es realmente extraño que un infame como ese pueda tener en el mundo un corazón que le ame así... como amaba yo a Carlota, como a ti te amo. ¡Ay!—prosiguió el cruel anciano—es ya la una;

va a hablar el fiscal... Después hablará la defensa Entre las cinco y las seis de la tarde tendremos ya el veredicto. ¡Cómo me tranquilizará el corazón verle mientras se publica la sentencia!... Eso es lo justo: ha matado, debe morir.

¡Entre cinco y seis!... Cuando el conde quedó solo comenzó nuevamente a pasearse de arriba abajo, como la víspera, mientras Pourat y el ayuda de cámara del marqués quitaban la mesa. Estos dos hombres han contado que nunca habían visto a su amo tan inquieto como durante aquella media hora. Grande fué el estupor de ambos cuando mandó que le preparasen su traje de uniforme. En un cuarto de hora se vistió y salió de la fonda, de donde no había querido salir en los tres días que llevaba en Riom. Una circunstancia hizo temblar al valiente Pourat. Notó que el capitán había tomado su revólver, colocado en la mesita de noche.

—Pourat, si Greslou es absuelto—dijo—el capitán es hombre para levantarle la tapa de los sesos allí mismo.

—Acaso deberíamos seguirle—dijo el otro criado.

Entretanto Andrés había llegado al Palacio de Justicia, y casi inconscientemente, porque procedía como una máquina, manifestó sus deseos de prestar declaración.

—En cuanto el señor fiscal termine podrá usted hablar al señor presidente—le dijo un ujier.

Esta noticia proporcionó al conde algún consuelo. Se le evitaba el suplicio de declarar en público y delante de su padre; pero esta esperanza duró muy poco. Aún no habían transcurrido diez minutos

cuando el presidente apareció en el gabinete donde Andrés le esperaba. Era un anciano de elevada estatura, rostro grave y cabellos grises, que, contrastando con el color rojo de la toga, parecían verduzcos. Desde las primeras palabras y ante la afirmación del conde Andrés de que llevaba la prueba de que el acusado era inocente, interrumpió el magistrado:

—En esas condiciones, caballero, no me es lícito admitir las confidencias de usted. El juicio va a comenzar de nuevo y usted será oído como testigo si ni la acusación ni la defensa se oponen a ello.

Ninguna de las estaciones de su calvario se evitaban, pues, al hermano de Carlota. Había venido a chocar con esa máquina impasible de la justicia que no tiene, que no puede tener en cuenta la sensibilidad humana. Le fué preciso sentarse en la sala de testigos y acordarse de la escena que allí había pasado, pocas horas antes, entre su padre y la madre de Roberto Greslou; entrar después en la sala donde se celebraba el juicio; allí vió las paredes desnudas con la imagen del crucifijo dominando a la concurrencia, las cabezas vueltas hacia él con suprema atención, al presidente colocándose de nuevo entre dos asesores, al fiscal y al abogado envueltos en sus togas rojas, a los jurados a la izquierda del Tribunal. Roberto Greslou estaba a la derecha, en el banquillo de los acusados, lívido, con los brazos cruzados e impasible. Mucha gente se apresuraba a entrar y se disponía a oir, detrás de los magistrados, en la tribuna. En el sitio de los testigos Andrés reconoció a su padre... ¡Cómo le entristeció ver desde allí sus venerables cabellos blancos! Pero su corazón no desfalleció cuan-

do el presidente, después de haber preguntado a la defensa y a la acusación si no se oponían a que declarase otro testigo, le hizo decir su nombre y circunstancias y prestar juramento según la fórmula. Los magistrados que asistieron a esta escena están conformes en afirmar que nunca hubo en juicio alguno emoción parecida a la que se apoderó de todos los presentes, incluso los magistrados mismos, cuando aquel hombre, cuya vida de héroe conocían todos por los artículos publicados en muchos periódicos, a consecuencia y con motivo del proceso, comenzó con voz firme, pero en la que se notaba un terrible dolor.

—Señores jurados: solamente tengo que decir dos palabras. Mi hermana no ha sido asesinada, se ha suicidado. La víspera de su muerte recibí una carta suya en la cual me anunciaba su resolución de morir, y me explicaba el por qué. He creído tener derecho a ocultar este suicidio, he quemado esa carta. Si el hombre que se halla ante vosotros—y señaló a Greslou con la mano izquierda, volviéndose a medias hacia él—no ha envenenado, ha hecho algo peor... Pero eso no corresponde a vuestra justicia... No debe ser condenado por vosotros como asesino... Es inocente. A falta de una prueba material de esa inocencia, prueba material que no puedo daros, os doy mi palabra.

Estas palabras caían una a una, produciendo como una especie de angustia general en toda la sala. Oyóse entonces un grito seguido de un gemido.

—Está loco—gritaba una voz—, está loco; no le escuchéis.

—No, padre mío—replicó Andrés, que había conocido la voz de su padre y que se volvió hacia él—, no estoy loco. He hecho lo que el honor exigía. Espero, señor presidente, que no se me exigirá decir nada más.

La voz del conde era suplicante, y de tal modo se comprendió por el público la situación de aquel hombre, que hubo murmullos de disgusto cuando respondió el presidente:

—Con gran sentimiento mío, caballero, no puedo acceder a lo que usted me indica. La extraña gravedad de la declaración que usted acaba de prestar no permite a la justicia contentarse con indicaciones que su deber, un deber doloroso, pero deber al fin, es hacer que usted precise.

—Está bien, señor presidente, yo también cumpliré mi deber hasta el fin.

—Ha hablado usted de una carta que escribió a usted su señora hermana. Permítame usted manifestar que es por lo menos extraordinario que la primera idea de usted no haya sido iluminar a la justicia comunicándole esa carta.

—Contenía un secreto que hubiera yo ocultado aun a costa de mi sangre.

Andrés ha contado después al amigo que tan fiel le había sido, a Máximo Plane, escogido por él para hermano, que aquel había sido el momento más terrible de su sacrificio; pero que, a contar desde entonces, la emoción quedó como suprimida en su ánimo, acaso por su grandeza misma. Todos los pormenores de la carta de su pobre hermana fueron re-

velados... hubo de referir sus propias sensaciones y sus agonías horribles.

En lo que respecta a lo sucedido después, el mismo conde ha manifestado que recordaba solamente algunas circunstancias materiales: bajo su mano sintió el frío de la columna de hierro en que se apoyó cuando se sentó en el banco de los testigos, del cual había sido necesario retirar al marqués desde las primeras palabras de aquella declaración... Ha dicho que recordaba la voz del fiscal cuando se levantó para retirar su acusación, el discurso del abogado de Greslou, la salida del Jurado y su reaparición con un veredicto negativo. ¿Cuánto tiempo transcurrió entre aquellas palabras del fiscal y la publicación del veredicto? Nunca ha podido darse cuenta exacta de ellas bien, así como tampoco ha podido dársela del empleo de su tiempo en aquella noche.

Desocupada la sala le invitaron a que también abandonase el local; recuerda que anduvo muy de prisa y fué muy lejos. Algunos vecinos de Combronde, que regresaban a sus casas de vuelta del juicio, le encontraron en el camino de aquel pueblo. Salía de una posada, donde había escrito varias cartas dirigidas: una a su padre, a su madre otra, la tercera a su coronel y a su amigo Máximo Plane la última.

A las nueve de la noche, el conde Andrés llamaba a la puerta de la fonda del Comercio, donde su padre le había dicho que paraba la madre del absuelto, y preguntaba al portero si el señor Greslou estaba allí. El portero había oído la relación de los dramáticos incidentes de aquella sesión, y con sólo ver el uniforme de capitán de dragones comprendió quién

era el que preguntaba, y tuvo la discreción suficiente para responder que el señor Roberto Greslou no había parecido por allí.

Desgraciadamente creyó proceder con acierto subiendo en seguida al cuarto del joven que, en efecto, hacía una hora que, puesto en libertad, se hallaba allí con su madre y Adriano Sixto. Este no había podido resistir a las súplicas de la viuda que, habiéndole hallado en los pasillos de la fonda, le había conjurado a venir en su auxilio para reunirse a su hijo.

—Caballero—dijo el dependiente de la fonda después de haber pedido permiso para hablarle aparte—, tenga usted cuidado, el señor conde de Jussat está buscando a usted.

—¿Dónde está?—preguntó febrilmente Greslou.

—Probablemente no habrá salido de la calle—dijo el portero—, pero le he dicho que usted no estaba aquí.

—Ha hecho usted muy mal—dijo el joven, y tomando su sombrero se lanzó a la calle sin contestar a su madre que le preguntó: ¿Adónde vas?

Roberto bajó volando la escalera; la idea de que el conde creyese que se ocultaba de él le trastornaba. El conde estaba al otro lado de la calle; Roberto le reconoció, y se fué hacia él.

—¿Quería usted hablarme, caballero?—le preguntó con altanería.

—Sí—dijo el conde.

—Estoy a las órdenes de usted para la reparación que quiera usted exigir de mí. No abandonaré a Riom; doy a usted mi palabra.

—No, señor—respondió Jussat—; con hombres como usted no se bate uno... A seres así se los mata.

Y al decir esto sacó el revólver del bolsillo, y como Roberto, lejos de huír, permanecía ante él, como si le dijese: «atrévase usted», le disparó a boca de jarro. Oyóse simultáneamente en la fonda el ruido de la detonación y un grito de agonía, y cuando acudieron las gentes hallaron de pie al conde Andrés que, recostándose en la pared, arrojaba el arma, y cruzándose de brazos dijo sencillamente, mostrando el cuerpo del amante de su hermana:

—He hecho justicia.

Y se dejó prender sin hacer la menor resistencia.

. . . . . .

. . . . . .

Durante la noche que siguió a aquella escena trágica, los admiradores de la *Psicología de Dios*, de la *Teoría de las pasiones* y de la *Anatomía de la voluntad* habríanse admirado de seguro si hubiesen podido ver lo que pasaba en el cuarto número 3 de la fonda del Comercio y leer en el pensamiento del implacable y enérgico maestro. Al pie del lecho mortuorio hallábase arrodillada la madre de Roberto Greslou. El gran demoledor, sentado en una silla, miraba alternativamente a la mujer que rezaba y al muerto que dormía el sueño mismo de Carlota de Jussat; y por la primera vez, sintiendo la impotencia de su razón para sostenerlo, aquel analizador casi inhumano a fuerza de lógica, se humillaba ante el impenetrable misterio del destino. Las palabras de la única oración que recordaba de su niñez: «Padre nuestro que estás en los cielos...,» se escapaban de

su corazón. No las pronunciaba, es cierto; acaso no las pronunciaría nunca; pero si existe ese Padre celestial a quien grandes y pequeños vuelven los ojos en las horas de angustia como al recurso último, ¿no es la más conmovedora de las oraciones esta necesidad de orar? Y si ese Padre celestial no existiese ¿tendríamos hambre y sed de El en esos momentos? «No me buscarías si no me hubieses hallado.» En este instante mismo, y gracias a la lucidez de pensamiento que acompaña a los sabios en todas las crisis, Adriano Sixto recordó aquella frase admirable de Pascal en su *Misterio de Jesús*; ¡y cuando la madre de Roberto se levantó pudo ver que el filósofo Adriano lloraba!

París, Septiembre 1888.—Clermont-Ferrand, Mayo de 1889.

FIN

INDICE

	Páginas.
A un joven	1
I.—Un filósofo moderno	13
II.—El proceso Geslou	43
III.—Dolor sencillo	65
IV.—Confesión de un joven del día	91
§ I.—Mis herencias	96
§ II.—Mi medio ambiente de ideas	121
§ III —Transplantación	146
§ IV.—Primera crisis	179
§ V.—Segunda crisis	217
§ VI.—Tercera crisis	230
§ VII.—Conclusión	250
V.—Tormento de ideas	255
VI.—El conde Andrés	265